HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

POR

MÁXIMO DUNCKER

VERTIDA DEL ALEMÁN POR

D. F. GARCÍA AYUSO

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO XI

Comprende desde la expedición de Mardonio hasta la batalla de Micala

MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO IRAVEDRA
calle del Arenal, núm. 6

1897

I.

LA EXPEDICION DE MARDONIO.

En tanto que los cantones de la península vivian en contínua discordia y consumian sus fuerzas en fratricida lucha; que Esparta reducia á la impotencia á los argivos, que Atenas y Egina se destrozaban mútuamente, el imperio persa, cuyas enormes fuerzas se hallaban concentradas en una sola mano, seguia acercando sus huestes, paso á paso, pero de una manera constante y sistemática, á las costas de Grecia. Apaciguados los últimos resíduos del levantamiento de los jónios en Otoño del año 494 y arrojado de su pequeña república Milciades, estableció el ejército persa sus cuarteles de invierno en el Quersoneso. Dario habia llamado, entre tanto, nuevos refuerzos de mar y tierra, que debian reunirse en Cilicia, de donde partirian para el Helesponto, las naves á lo largo de la costa y el ejército por la carretera, recientemente restaurada, que unia Sardes con dicho punto. La armada llegaria antes á su comun destino á fin de preparar el tránsito de las tropas.

Dario entregó el mando del ejército así reforzado á Mardonio, hijo de Gobryas, príncipe de los patisjoreos

que ocupaba el lugar inmediato al rey entre todos los nobles de la monarquía y cuya hija se habia casado con Dario antes de su exaltacion al trono. En Cikathauvatis se halló Gobryas al lado de Dario al verificarse el asesinato de Gaumata y en todos los grandes levantamientos y sediciones habia corrido este príncipe la suerte de su soberano, peleando siempre á su lado. Encima del portal de columnas que precede al monumento sepulcral de Dario, en Nakshi-Rustem, á un lado de la fachada se vé su imájen, en bajo relieve, con una inscripcion que dice: «Gaubaruva (Gobryas), el patisjoreo, porta-lanza del rey Dario;» y en la epopeya persa, cuyos datos ha recogido Herodoto en la narracion de los sucesos ocurridos en el campamento de Dario durante la expedicion contra los scolotas, resalta muy particularmente el consejo de Gobryas. El monarca persa premió todos estos servicios, aparte de las distinciones personales de que le hizo objeto, dando á Mardonio la mano de su propia hija Artazostra y confiándole ahora la direccion del numeroso ejército enviado contra los paises de Occidente.

El primer objetivo de Masdonio era establecer la soberanía de Persia en la costa de Tracia, sometiendo á su yugo las ciudades griegas allí situadas y toda la Macedonia, que, reducidas á la obediencia por Megabyzo dieziocho años antes, se habian declarado, de hecho, independientes, á consecuencia del levantamiento de los jónios. Así se desprende, á lo menos, del curso natural de los sucesos y de la explícita declaracion de Herodoto que dice: «Megabyzo y Mardonio han sometido todo el pais hasta Tesalia, haciéndolo tributario,» en cuyo número está incluida la Macedonia. Lo que no está averiguado es si se sostuvo la guarnicion puesta en Dorisco desde la expedicion de Megabyzo; Herodoto

cuenta que los peones de Tracia, trasladados en 512 á Frigia, regresaron de aquí á su patria, cerca del Pangeon trácio, haciendo primero escala en Quio, desde donde fueron conducidos hasta Lesbos y por los de Lesbos hasta Dorisco, desde la cual dieron por tierra la vuelta á Peonia. Resulta, pues, que entonces la costa se hallaba libre de enemigos.

El rey Amintas de Macedonia habia muerto entre tanto, despues de un reinado de cuarenta y dos años, el 498, sucediéndole su hijo Alejandro. Aunque este príncipe tenia una hermana en la corte de Susa, casada con el hijo de Megabyzo, siguió la corriente contraria á los intereses persas (1); y, á diferencia de su padre que mantuvo íntimas relaciones con Pisistrato y con Hippias, él estrechó alianza con la república ateniense, declarándose abiertamente su favorecedor y amigo, puesto que celebró con los atenienses un tratado de amistad y hospedaje (2). Era tambien para él asunto de la mayor importancia tener aliados en Grecia, sobre todo despues de la derrota de los jónios. Dos años despues de su exaltacion al trono, en 496, asistió á la solemnidad olímpica, no tan solo para ofrecer sacrificios á Júpiter, sí que tambien á fin de tomar parte en el certámen; y es digno de atencion que disputara el premio de la carrera en el Estadio, en vez de hacerlo con la cuadriga, que era el certámen propio de los nobles y tiranos. No podia presentarse para un griego espectáculo más halagüeño que el de un rey, cuya autoridad se estendia sobre vastos territorios, disputando el premio del Estadio en condiciones iguales á las que regian para los de su nacion. Pero los macedonios que vivian más allá del Olimpo no se

(1) Gutschmid. Symbol. Phil. Bonn. p. 107.

(2) Herod. VIII, 136. 143.

consideraban incluidos dentro del círculo de la civilizacion helena y apenas mantenian relaciones con los cantones del Sur, á que pertenecia Olimpia. Bien fuese por esta razon ó por un exceso de severidad, es el caso que los jueces del campo pidieron al príncipe macedonio las pruebas de su orígen heleno. Presentólas efectivamente, haciendo ver que su casa descendia de la misma Argos, y que el bisabuelo de su antepasado Perdicas, era hermano del rey argivo Fedon.

Alejandro no obtuvo el premio que se otorgó á Tisicrates de Croton, pero fué uno de los primeros en llegar á la meta; y logró afianzar su amistad entre los griegos que era su principal objeto, mereciendo tambien que Pindaro le dedicara una de sus inmortales odas, de la que, por desgracia, sólo se conserva un pequeño fragmento que dice: «vigoroso y valiente hijo de Amintas, que llevas el mismo nombre que el rico dardanida (Alejandro hijo de Priamo); á los nobles deben tributarse alabanzas con hermosos cantos; únicas que semejan á los honores que se rinden á los inmortales; el hecho más precioso muere si se guarda sobre él silencio.» (1) Todo nos induce á creer que esta oda pindárica se refiere á la concurrencia de Alejandro en Olimpia y no á la consagracion de la estátua de oro en Delfos ó en la misma Olimpia, como pretenden otros (2). En efecto, esta dedicacion no pudo tener lugar hasta despues del año 479, cuando las derrotas sufridas por los persas permitieron al caudillo macedonio utilizar las minas de oro situadas en la costa de Tracia. Su presentacion en Olimpia tampoco pudo ocurrir antes del 496, en que heredó el trono de su padre, ni despues del 493 en que,

---

(1) Pind. fragm. Núm. 85. 86, p. 606 Böckh.

(2) Herod. VIII, 121. Solin. p. 72 Mommsen.

apareciendo como príncipe vasallo de Persia, no hubiera sido bien recibido en una fiesta esencialmente helénica, ya que no cabe suponer que disputase el premio de la carrera despues de la conclusion de las guerras medas, en 476, cuando habia entrado en el período de la vejez (1).

Si la amistad de los griegos que con este hecho habia ganado Alejandro, le era ó no beneficiosa; en términos más precisos, si los espartanos, que eran los aliados más poderosos y de más valía, á la sazon, en Grecia, se mostrarian más serviles con el regio contendiente del Estadio que los atenienses con el generoso donador de islas y principados, se veria tan pronto como apareciese el caudillo del ejército persa, con los nuevos refuerzos en el Quersoneso, ya que, segun la voz más autorizada, Tracia y Macedonia eran el primer objetivo de la expedicion, por más que el intento principal fuese el de conquistar para la corona de Persia todas las ciudades griegas que pudiese (2).

Es verdad que la leyenda de los griegos y Herodoto particularmente, suponen que el ejército persa marchó directamente contra Eretria y Atenas; pero esta hipótesis no tuvo más objeto que el de hacer resaltar la osadía de estas dos diminutas repúblicas en oponerse y retar al poderosísimo rey de medos y persas. El mismo Herodoto contradice la verdad de tal propósito al describir luego la marcha del ejército de Mardonio, y por lo que hace á la pregunta de Dario sobre quiénes eran los atenienses, al disparo de la flecha al aire, á la sentenciosa frase del servidor que por tres veces dice á su dueño todos

(1) Contaria á la sazon 54 años por lo menos, toda vez que en 512 pasaba de 18.

(2) Herod. VI, 43. 44.

los dias: «Señor, acuérdate de Atenas,» son puntos que el citado historiador expone únicamente como simples tradiciones de los griegos. Y aunque atribuye particular importancia al incendio de Sardes, en el que tomaron parte los atenienses, suponiendo que fué uno de los hechos que más excitaron el enojo de Dario, es seguro que éste no tenia tan poderosos motivos para sentir la parcial destruccion de la capital de Lidia (1).

***

En Cilicia subió Mardonio á bordo de una de sus naves y se adelantó con toda la escuadra al ejército de tierra que seguia el camino real, en direccion al Helesponto. Era la primavera del año 493. Una vez pasado el Helesponto y habiéndose reunido en el Quersoneso las tropas de refuerzo con las que allí habian invernado, empezó Mardonio las operaciones poniendo sitio á Cardia, ciudad situada al N. O. de dicha comarca, sobre la costa de Tracia. Milciades el viejo, fundador del principado quersonesio, habia poblado esta ciudad con colonos áticos y, despues de posesionarse tambien de Paktya, que se hallaba enfrente sobre la Propontide, habia cerrado la garganta de la lengua terrestre por un muro que pasaba en medio de las dos ciudades.

En Cardia fué donde se embarcó tambien Milciades el jóven, para no dejarse encerrar allí por los persas y con el propósito, además, de levantar el decaido espíritu de Atenas en favor de la causa nacional. Cardia interceptaba á los persas el camino para Tracia, pero aunque

(1) Lo propio puede decirse respecto del incendio del Santuario de Cibeles, en el que ningun interés particular tenia Dario. Antes hemos hablado de la errónea suposicion de Herodoto, que atribuye á Mardonio la destitucion de todos los tiranos de Jonia y el establecimiento del régimen democrático en todas las ciudades.

opuso tenaz resistencia, cayó en poder del invasor y con ella sucumbió el último resto de la soberanía de Milciades. El ejército de tierra prosiguió su camino á lo largo de la costa en direccion al Occidente, en tanto que la flota iba costeando el continente, sin apartarse del ejército, á fin de asegurar su aprovisionamiento y cooperar á la toma de las ciudades marítimas que opusieran resistencia. No conocemos el detalle de las operaciones que tuvieron que emprender los persas, durante su marcha, ni de la resistencia que les opusieron los naturales; sabemos únicamente que la armada sujetó á los de Taso, que antes habian rechazado el ataque de Histieo y que Mardonio traspuso el Ejeidoro, convertido por Amintas en frontera de Macedonia, mediante la conquista de la comarca de Anthemus. Parece ser que el rey Alejandro esperó en vano el auxilio que pudiera venirle del Mediodía: ni uno sólo de los cantones griegos se movió para rechazar la invasion de los persas; así es que Mardonio pudo decir luego, con verdad, á su rey y señor: «lo cierto es que internándome hasta la Macedonia y faltándome ya poco para llegar á la misma Atenas, nadie se me presentó en campo de batalla» (1).

En circunstancias tales no hubiera sido cuerdo Alejandro en oponerse á un enemigo tan poderoso. Sin el auxilio de Grecia no sólo se veria precisado á someterse á Dario, sino que la prudencia le aconsejaba que abrazase el partido de los persas. Aparte de otras consideraciones, pensaria que aun podria darse lustre de gran señor en calidad de lugarteniente del rey de medos y persas. Para salir airoso en la empresa podia ayudarle mucho la hermana que tenia casada en la corte de Susa, y si se manejaba el asunto con habilidad podria, tal

(1) Herod. VII 9.

vez, ganar la confianza del mismo Mardonio; y luego, con el favor de los persas, quizás llegaria Macedonia á estender sus dominios á costa de las tribus tracias.

Segun todas las apariencias Alejandro dirigió su política en este sentido y desplegó gran habilidad en las negociaciones que hubo de sostener con el general persa. A lo ménos parece indicarlo así la tranquila marcha de su ejército á través de Macedonia. Hallábase atrincherado este en la comarca septentrional de dicho reino, al Norte del territorio de los Lynkestos, cuando los brigos, pueblo tracio que se hallaba en posesion de aquella comarca, bañada por el alto Erigon, embistieron en la oscuridad de la noche contra el ejército de Mardonio, logrando matar gran número de soldados y aun herir al mismo general. Este, sin embargo, supo vengar la afrenta, puesto que no abandonó el pais hasta tanto que hubo rendido y domado á los brigos juntamente con las tribus vecinas de los tracios.

Pero las pérdidas que sufrió el ejército en la inesperada refriega con los brigos y una desgracia, más inesperada aun, que sobrevino á la armada, le decídieron á volver atrás con todo el ejército, á fin de no verse sorprendido en pais enemigo por el invierno. Despues de someter á los tasios, iba la armada costeando el continente hasta dar vista á Acanto, desde aquí debió dar la vuelta á las penínsulas que forman el pais de Chalcidice, á fin de ponerse de nuevo en comunicacion con el ejército de tierra en la bahía de Therme, hacia la desembocadura del Axios (Vardar) ó del Haliacmon. Estaba ya la armada á la altura de la más oriental de dichas lenguas terrestres, frente al cabo del monte Atos, cuando se levantó una terrible tempestad que arrojó gran número de naves contra dicho promontorio, donde, segun el testimonio de Herodoto, fueron á estrellarse

trescientas, pereciendo en ellas más de 20.000 personas, que murieron ó ahogadas ó á consecuencia del frio, ó tambien devoradas por los monstruos marinos. Que el desastre allí sufrido fué grande, lo demuestra por un lado la modificacion introducida en el plan de campaña y por otro los esfuerzos que luego hicieron los persas para evitar el paso de la armada por el Atos. Ochenta y ocho años despues de este desgraciado suceso, fueron arrojados cincuenta triereos peloponesios, conducidos por el espartano Agesandro, contra el mismo promontorio con tal violencia que todos se fueron á pique y de sus tripulaciones solo pudieron salvarse doce hombres, segun testimonios fidedignos (1).

Las naves de la armada persa que escaparon del naufragio, habian sufrido tambien daños de más ó ménos consideracion; y, estando ya muy avanzada la estacion de Otoño, Mardonio creyó oportuno suspender las operaciones y retirarse al Asia.

En último término podia darse por bien empleada la campaña, toda vez que se habia cortado por completo el incendio del levantamiento jónico que amenazaba prender en la costa de Tracia, se habian recuperado las conquístas de Megabyzo y se incorporó al reino persa la rica isla de Taso. Mardonio adoptó, pues, las medidas necesarias para asegurar la posesion de las nuevas adquisiciones; se dió á toda la region comprendida entre el Bósforo y el Olimpo, ó sea la costa de Tracia, con las colonias helenas allí comprendidas y la Macedonia, lo mismo que á las islas de Lemnos, Imbro y Taso, la organizacion que existia en las demás provincias del imperio persa y se designó la cantidad que debia aportar al Erario público en concepto de contribuciones.

(1) Diod. 13, 41. Así lo prueba tambien el munumento de Coronea, citado por el mismo Diodoro.

El punto más capital consistia en asegurar á las tropas reales el paso de los dos estrechos y para lograrlo se pusieron fuertes guarniciones en Bizancio y Sèstos, que eran como las cabezas de aquel gigantesco puente, que separa los dos continentes: particularmente la última fué convertida en una verdadera fortaleza. Cardia, que tan vigorosamente habia resistido el empuje de los enemigos y era la llave que ponia en comunicacion el Quersoneso con Tracia, tuvo que albergar numerosa guarnicion y un comandante persa. En la punta meridional del Quersoneso se preparó el puerto de Eleunte para que sirviese de estacion naval á una parte de la armada persa (1). De todo lo cual se infiere que los caudillos de Dario no desconocian la importancia suma del Helesponto, de aquella region en que fundó su principado Milciades, bajo el punto de vista estratégico. Añadióse una ciudadela á las fortificaciones que ya existian en Dorisco, y se levantó un castillo en Eion, cerca de la desembocadura del Strymon, para asegurar el paso por aquel punto. En general, todas las grandes poblaciones griegas de la costa, particularmente Abdera, que era la más importante de todas, quedaron guarnecidas por tropas y comandantes persas (2).

***

No sabemos á cuanto subia el tributo que los persas impusieron á los territorios nuevamente anexionados; ya que las únicas noticias que sobre este particular tenemos son que «conquistado el pais comprendido desde Dorisco hasta Tesalia fué hecho tributario del rey, primero por Megabyzo y despues por Mardonio;» y que «á

---

(1) Herod. IX, 115. VII, 22. Tucid. 1, 94.

(2) Herod. VII, 59. 105-107.

los ingresos que Dario percibia del Asia y de algunas provincias de Libia, se añadió el tributo que despues le pagaron, tanto las islas del Asia menor, como los vasallos que llegó á tener en Europa, hasta en la misma Tesalia» (1). Si, como parece probable, la costa de Tracia y Macedonia pagaban ya tributo á los persas desde el año 512, en que tuvo lugar su primera sumision, hasta que ocurrió el levantamiento de los jonios, Mardonio volvió seguramente á restablecerle, haciéndole estensivo á la isla de Taso. Las monedas que se han encontrado en la cuenca del Tigris, pertenecientes á Macedonia y á los edones, tribus tracias que habitaron el valle del bajo Strymon, prueban suficientemente que la obligacion de pagar tributo no sólo pesaba sobre las ciudades griegas de la costa y Macedonia, si que tambien sobre los pueblos tracios. Las monedas macedonias llevan la figura del rey Alejandro á caballo, vestido con el manto real, sombrero en la cabeza y venablo arrojadizo en la mano; las edonas llevan la inscripcion: «Ghelas, rey de los edones.» El cuño es griego, como la escritura, cuyos caractéres tienen formas que corresponden á la divisoria de los siglos sexto y quinto antes de Jesucristo (2).

Despues de ordenar así los asuntos en el pais conquistado tuvo tiempo Mardonio de pasar, con todo su ejército, el Helesponto antes de finar el Otoño del año 493. La experiencia adquirida en esta campaña debia

(1) Herod. VII, 108. III, 96. Antes hemos demostrado que la organizacion de las satrapías y el señalamiento de sus respectivas cuotas de contribucion tuvieron lugar hácia el año 515. La inscripcion de Baghistan, que se grabó al terminar los grandes levantamientos, nombra únicamente una clase de jonios entre los pueblos que componen el imperio; la de Persepolis los divide en jonios del continente y jonios del mar; la inscripcion sepulcral de Dario cita los nombres *yâuna* y *yâuna takabara*.

(2) Poole, Catalogue of Greek coins, p. 144.

servir de norma para organizar las que en lo sucesivo se emprendiesen contra Grecia. Apenas habia entrado en Macedonia cuando las tropas fueron sorprendidas por temporales precursores del invierno y las tormentas de la misma estacion destrozaron tambien una gran parte de la armada. Renovar la campaña en estas condiciones era exponerse á sufrir los mismos contratiempos; y sin embargo no era posible trasportar numerosos cuerpos de ejército desde el interior de tan vasto imperio hasta el Helesponto, en condiciones de poder llegar al Olimpo en la estacion más favorable para las operaciones militares. Desde luego debia abandonarse la via del Atos, tan peligrosa en aquella época para toda clase de buques, ya que existia otra recta más segura para llegar á las costas de Grecia, desde las de Asia, á través del mar de las Cicladas.

En todo caso era preciso disponer las cosas de manera que el grueso del ejército llegara á su destino en la estacion bonancible y que la armada no se viera expuesta á las tormentas del Otoño. Lo primero no podia lograrse sino trasportando por mar las tropas, para lo cual podia emplearse la misma flota; de este modo se llegaria á las costas helenas dos meses antes que por la vía de los Estrechos. Es verdad que este sistema era opuesto á la táctica militar de los persas y ofrecia el inconveniente de tener que trasportar en naves extranjeras el ejército real con todos sus pertrechos y bagajes, en lugar de seguir la ruta mas segura «que marcaba la carrera del vehículo de Mitra, y de los corceles del númen que da la victoria;» pero sus ventajas eran tan evidentes que contrapesaron todas las demás consideraciones, aun las que se fundaban en la leyenda religiosa.

En esta ocasion no habia peligro de que la flota pudiera ser atacada por naves enemigas, toda vez que

Grecia no podia disponer sino de un número insignificante de galeras, aun contando las de Egina y Atenas que tenian bastante que hacer en casa; en tanto que Persia tenia á sus órdenes una armada numerosísima compuesta de galeras fenicias, cilicias, chipriotas, egipcias y de los jonios nuevamente sometidos á su yugo. Aun en el supuesto de que fuera preciso renunciar al trasporte de algunos elementos de guerra, no era este obstáculo que equilibrase las ventajas enumeradas, toda vez que el enemigo sólo podria oponer en todo caso un ejército varias veces ménos numeroso que el de Dario; y aun seria posible trasportar por mar una gran parte de la caballería, que era el más valioso elemento de guerra de los persas. En general los monarcas persas, sobre todo Dario, no se detenian por las dificultades de carácter técnico que pudieran oponerse á la realizacion de sus planes, mucho menos cuando estos ofrecian ventajas de gran peso.

Las costas de Tracia y de Macedonia formaban ya parte del vasto imperio medo-persa; pero aun no se habian sometido algunas islas del Egeo, como la de Naxos que habia rechazado poco tiempo hacia las intimaciones de Megabates. Aceptado el nuevo plan de campaña se ofrecia ocasion propicia para terminar este asunto; porque si el ejército sometia á su paso Naxos y las Cicladas, podia desde aquí arribar en pocas horas á las costas de Eubea, que, á su vez, sólo se hallaba separada de Atica por un brazo de mar estrecho. Ya en dicho punto tenia el ejército persa un poderoso auxiliar en Hippias y su partido, que estaba dispuesto seguramente á facilitar el desembarco de las tropas y su marcha en direccion á Atenas, desde cuya capital podian operar con desembarazo en todas direcciones y hasta impedir la union de los cantones griegos.

Con la posible premura se despachó á todas las ciudades marítimas del imperio la orden real, mandando alistar naves de guerra y construir embarcaciones para el trasporte de caballos. La isla de Thaso proporcionó á los persas una ligerísima distraccion, cuando en 492 trató de sacudir su yugo, es decir, «al año segundo despues de la expedicion de Mardonio,» segun la expresion de Herodoto» (1). Con tal propósito construyeron los thasios triereos y fortificaron las murallas de su capital, pero Dario sofocó la rebelion en sus comienzos y tan por completo, que los isleños se vieron precisados á arrasar dichas murallas y á entregar toda su flota al comandante de Abdera, en obediencia de las órdenes del monarca persa. Por consiguiente, no está en lo cierto el mencionado historiador cuando dice que «los thasios habian sido delatados por los pueblos vecinos de que intentaban levantarse contra los persas,» toda vez que dá por terminada la construccion de «naves largas para la guerra» y la «ereccion de muros más fuertes para su resguardo,» obras que no podian tener otro objeto que el de sacudir el yugo extranjero (2).

Para fijar definitivamente los detalles del plan de campaña, era conveniente saber con antelacion qué islas y cantones de Grecia estaban dispuestos á someterse y cuáles se aprestarian á la resistencia; de esta manera se podria dirigir con más acierto y menos riesgo el ataque. Con tal objeto, en el verano del año 491, despachó Dario heraldos á todos los cantones, pidiendo en nombre del gran rey el agua y la tierra, ó sea los signos de sumision al poder de Persia. Al mismo tiempo se comunicaron las órdenes para que el ejército se re-

(1) VI, 46.
(2) Herod. VI, 46. 48. 49.

uniese al principiar la inmediata primavera en la costa de Cilicia, señalándose para campamento de las tropas la llanura de Tarsos y la próxima bahia para punto de reunion de la armada.

***

Se acercaba el momento en que los cantones de la Península iban á recibir el premio de su indigna política. El solo nombre de aquel pueblo guerrero que, viniendo de Oriente, habia sentado su dominacion por Lidia y Egipto, llegando por un lado á Barca y por el otro al Olimpo, infundia pavor á los griegos; «sus ánimos estaban ya sometidos,» como se hace notar en un diálogo platónico. Si todas las fuerzas reunídas de los jonios habian sido impotentes para contener el empuje de los persas, que los derrotaron en Efeso, en Mylasa, en Atarneo y por último y definitivamente en Lada; mucho menos podrian oponerse ahora á sus ejércitos victoriosos pequeños Estados, cuyos recursos eran inferiores á los que tenian en sus manos los jonios. La suerte de las ciudades de Jonia, del Bósforo y del Helesponto, les decia bien á las claras el destino reservado á los que no obedecian los mandatos de Dario.

En tales condiciones oponer resistencia era condenarse á la destruccion; así lo reconocieron los habitantes de las islas y de muchos cantones del continente que no vacilaron en otorgar á los mensajeros del rey el agua y la tierra, en cuyo número se cuentan los eginetas. Creian sin duda éstos que así ponian á salvo su comercio con los puertos del imperio persa y su navega cion en el mar Negro y tal vez aspiraban por ese medio á ganar el favor de Dario en contra de su rival Atenas, ya que esta república no podia someterse á los invasores sin pasar por la ignominia de entregar las riendas del gobierno en manos de Hippias y aceptar las du-

ras condiciones de un caudillo ofendido. De esta manera corrian los griegos á una vergonzosa ruina y se imponian ellos mismos el yugo antes que el enemigo pisara sus playas.

Atenas rechazó las pretensiones de Dario, y Esparta, acostumbrada hacia sesenta años á figurar á la cabeza de los Estados helenos y confiada en su propio poder que la habia hecho dueña de todo el Peloponeso, sintió demasiado profundamente el desprecio y la injuria que envolvia aquella exigencia de incondicionada sumision para no encomendar el asunto al fallo de las armas; y la irritacion del pueblo espartano subió de punto al tener noticia de la indigna cobardia de los campesinos que se sometieron sin tratar de oponer resistencia alguna, mucho más, cuanto que los jefes del gobierno tenian conciencia de haber preparado, con su política egoista, aquel estado de cosas. Es lo cierto que los heralnos enviados por Dario á Esparta, «fueron arrojados en un pozo con la insolente zumba de mardarles que ellos mismos tomaran de allí el agua y la tierra para su rey» (1).

Sin tratar de poner en duda la relacion de Herodoto, llama, sin embargo, la atencion, como lo ha hecho notar Kirchhoff (2) que sin haber anunciado antes la llegada de los heraldos á Atenas y Esparta, ni decir una palabra del recibimiento que allí se les hizo, deja el relato de su asesinato para el Libro VII de su Historia, sin duda relacionando la suerte de dichos heraldos con la que cupo á los hijos de Sperthias y de Bulis que, voluntariamente, sufrieron una pena semejante, ante sus ojos, en el estío del año 430, para aplacar la cólera de los taltibiadas, heraldos sagrados que torcian todos los

(1) Herod. VI, 49. VII, 133.
(2) En su obra *Entstchungszeit*, pág. 23.

agüeros de sus víctimas. La hipótesis de que los atenienses arrojaron tambien en el pozo á los heraldos del rey, patrocinada por Herodoto, tiene todas las apariencias de una fábula inventada por un patriotismo exajerado que no podia consentir que Atenas quedase en peor lugar que Esparta. Pausanias afirma que el hecho ocurrió por instigacion de Milciades (1), pero Plutarco sostiene que la pena alcanzó solo al intérprete de los heraldos á propuesta de Temistocles, dándose como causa el que, siendo de orígen griego, habia deshonrado la lengua helena (2). El fundamento de esta hipótesis fué, tal vez, el decreto que, á propuesta de Temistocles, se mandó grabar en una columna erigida en la ciudadela, al lado de la estátua de Minerva, por el que se proscribia á Arzmio de Telea, por haber introducido en Grecia moneda de los reyes medo-persas; cuyo monumento, sin embargo, es de época posterior (3).

(1) Paus. III, 12, 7.

(2) Plut. Themisth. 6.

(3) Dinarch. c. Aristog. 24-26 Aeschin. c. Ctesiphont. 258. Demosth. in Philipp. 3 p. 121, de f. leg. p. 428 R.

II.

LA BATALLA DE MARATON.

La política de abstencion y de espectativa, patrocinada por Xantippo y Aristides, no habia dado buenos resultados; Atenas iba á sentir muy pronto sus perniciosas consecuencias, segun la rapidez con que se precipitaban los sucesos. A pesar de los contratiempos que sufrió el ejército de Mardonio en las montañas de los brygos y de la desgracia que sobrevino á su armada al doblar el promontorio de Athos, en cuyos hechos ninguna parte tuvieron los mencionados políticos, no habia tiempo suficiente para llevar al terreno de la práctica los planes de Temístocles. Se habia dado el primer paso en el sentido de la defensa nacional, expulsando á los reales heraldos del territorio ateniense; los nobles y los demócratas, sin distincion de linajes ni opiniones, habian obrado así por atender á su seguridad personal, tanto como á la independencia de la patria, ya que todos sabian lo que podian esperar de Hippias.

Nadie dudaba en Atenas que la reclamacion de Dario seria inmediatamente apoyada por las armas; y sin embargo se encontraba la pequeña república completa-

mente aislada, bajo el peso de un profundo terror y de una gran decadencia. El Peloponeso era el único pais griego que podia reunir un núcleo respetable de fuerzas y prestar valioso apoyo en la empeñada contienda. La negativa de sumision por parte de Esparta y Atenas, creaba entre varias repúblicas una especie de solidaridad de intereses, que podia serles ventajosa, á lo ménos haciendo desaparecer por completo la rivalidad que tan marcado carácter habia tomado diez años antes. Si la resistencia de los griegos de la metrópoli á los planes de Dario se limitaba á las dos mencionadas repúblicas, fuerza era estrechar más y más los lazos de union que las unian, como pueblos hermanos; pero de las dos, Atica era la más inmediatamente amenazada.

El principal y mayor peligro para los atenienses estaba en que Egina se habia sometido sin resistencia á los persas. A cuatro millas tan sólo de Atica, la anexion de esta isla á Persia allanaba por completo á sus ejércitos el camino para llegar á la costa y era como una tentadora invitacion que les brindaba á tomar posiciones enfrente de Atenas. Y sin embargo, aun teniendo en cuenta lo inminente del peligro, dada la manera de proceder de los griegos en casos semejantes, debemos extrañar que los atenienses tomasen la iniciativa para llegar á una inteligencia con Esparta, adoptando la importante resolucion de enviar á Laconia una embajada que acusara á los eginetas de «haber hecho traicion á la causa de los griegos.»

No sabemos á quien corresponde el mérito de este acto, que podia ser el primer paso dado en el camino de la salvacion de la independencia griega. Si la mocion hubiese partido de los alcmeonidas, es seguro que no hubiera pasado en silencio Herodoto esta circunstancia, al exponer los servicios prestados á Atenas por dicha

familia. Pero la manera de llevar á cabo un acto tan importante y de formular la embajada, así como los esfuerzos que hace luego Temístocles para obtener resultados prácticos en análogo sentido, nos inducen á considerar como autor de la mocion á dicho caudillo. Si se tiene en cuenta la falta de todo lazo que uniese á los cantones griegos, las eternas rivalidades y rencillas que les separaban aun en los momentos de mayor peligro para su propia existencia, cuando ya se dejaba oir el terrible estruendo de las armas enemigas, fuerza es reconocer que los atenienses realizaron un acto de la mayor importancia, al recordar á los cantones griegos la comunidad de la sangre, del lenguaje y de la fé, para deducír el deber en que todos estaban de mantenerse unidos en una sola aspiracion contra el comun enemigo; ellos establecieron el principio de que en determinados casos existian para los cantones deberes cuyo cumplimiento no podia eludirse sin hacer traicion á la patria, y que era preciso procurar que el más poderoso de los Estados helenos aceptara esa solidaridad de intereses que lleva consigo el concepto de una patria comun.

Es seguro que los espartanos verian con buenos ojos un hecho por el que Atenas reconocia su Estado como cabeza de los cantones griegos; hacia mucho tiempo que surgió en Esparta la idea de poner fin á la contienda que sostenia contra Atenas uno de los miembros de la simaquía espartana, pero se sobrepuso la enemistad que los laconios profesaban á los atenienses. El presente estado de cosas habia cambiado profundamente la situacion de Grecia. Esparta no podia oponerse á las colosales fuerzas de Persia si prescindia de los cantones que no formaban parte de su simaquía, mucho ménos si permitia que sus propios aliados se pasaran por su cuenta y riesgo al enemigo. Era, pues, indispensable casti-

gar la defeccion de Egina y entregar las riendas de su gobierno á un partido opuesto á los persas. De esta manera se daba tambien satisfaccion á las reclamaciones de los atenienses.

En realidad se arrogaban los espartanos excesivos derechos de supremacia sobre sus aliados al despachar al rey Cleomenes para Egina con el encargo de «cojer prisioneros á los hombres que habian aconsejado y puesto en práctica el acuerdo de someterse á Persia, como medida que reclamaba el bien comun de todos los griegos.» Una pretension de esta naturaleza traspasaba los límites de sus atribuciones y quebrantaba los convenios que unian á los aliados, segun los cuales no era lícito pedir responsabilidad á ningun ciudadano por sus simpatías hácia Esparta, pero tampoco la exigian por las que pudieran mostrarse hácia otros estados. La mision de Cleomenes tenia por objeto derribar el gobierno existente en Egina, cojer presos á sus representantes y establecer otro nuevo formado por personas de ideas opuestas á la dominacion persa. Es indudable que la defeccion de los eginetas aumentaba los peligros que amenazaban á Atenas, Esparta y sus aliados por parte de la invasion persa; en situacion tan crítica era, pues, indispensable apelar á medios extraordinarios.

Cleomenes tropezó en Egina con dificultades que tal vez no habia previsto. El partido de los persas, á cuya cabeza estaban Crios y Casambos, tenia mayoría en el Consejo y en la Asamblea de los nobles, y, al verse amenazados dichos caudillos en sus personas, extremaron más y más la defensa. Por otra parte la minoría, con cuya cooperacion se habia contado, no pudo prestar todo el apoyo que de ella se esperaba, de suerte que las fuerzas entregadas á Cleomenes para el desempeño de su mision resultaron insuficientes, y los caudillos egi-

netas salieron, por el momento, del paso, diciendo que carecia de autorizacion para aquella empresa, toda vez que obraba sin el concurso de su colega Demarato; y no contentos con esto le echaron en cara que se hábia dejado sobornar por los atenienses.

Cleomenes regresó á Esparta sin haber dado cumplimiento á su mandato y su cólera no tuvo límites cuando averiguó que el rey Demarato habia fomentado en secreto la resistencia del partido dominante en Egina. Quince años antes le habia arrebatado el placer de tomar venganza de los atenienses; segun todas las apariencias habia tenido tambien parte en la acusacion que se presentó contra él por no tomar la capital de Argos y ahora hacia fracasar su mision en Egina. Cleomenes, hombre de carácter irascible y altanero, resolvió tomar cruel venganza de Demarato y de los eginetas.

***

La casa real de Euripon se componia de dos líneas, descendientes respectivamente de los dos hijos del rey Teopompo; la familia reinante procedia del mayor y la colateral del menor de dichos hijos, siendo, en la actualidad, representante de la segunda Leotiquides, hijo de Menares. El rey Demarato, su primo, le habia inferido una injuria profunda, arrebatándole la doncella con quien ya estaba desposado, para hacerla su mujer. Así resultó que Cleomenes y Leotiquides se encontraron á la vez animados por un mismo pensamiento y se coaligaron para derribar del trono á Demarato y elevar en su lugar á Leotiquides. Al efecto presentó este una acusacion diciendo: «que Demarato ocupaba injustamente el trono, puesto que no era hijo del rey Ariston, segun él pretendia.»

Recordaremos, á este próposito, que Ariston no ha-

bia tenido hijos de sus dos primeras mujeres, y que entonces robó la suya al espartano Agetos, en la que tuvo á Demarato. Leotiquides sostuvo en su acusacion que la mujer de Agetos se hallaba ya en cinta cuando la robó Ariston, segun este mismo lo habia dado á entender en el acto de nacer el niño. Llamada á declarar la viuda del mencionado Ariston, que ya contaba unos 85 años, aseguró que Demarato era hijo de Ariston, pero que habia nacido á los siete meses de embarazo.

Los espartanos consultaron al oráculo délfico. Pero Cleomenes habia previsto este paso y se adelantó á la consulta ganando á Cobon, que llevaba entonces la direccion de aquel santuario, el cual inspiró á la pitonisa Perialla la respuesta de que «Demarato no era hijo de Ariston.» La cuestion estaba, pues, resuelta; segun la sentencia del pretendido númen, fué destituido Demarato y colocado en su lugar Leotiquides.

Con Demarato quedó tambien derrotado el partido de los persófilos en Egina. Cleomenes se trasladó con su nuevo colega á la isla, donde nadie osó oponerse á las pretensiones de Esparta, que eran al mismo tiempo las de Atenas. Dióse, pues, inmediato cumplimiento á la orden del príncipe espartano que les mandaba prender á los diez ciudadanos que les fuesen designados, á saber: Crios, Casambos y ocho de los nobles más distinguidos de la agrupacion mencionada. Los eginetas sufrieron un desengaño terrible al ver que los prisioneros, en vez de ser conducidos como rehenes á Esparta, eran entregados á los atenienses. Era esta una venganza personal, tan astuta como refinada, que, sin embargo, habia de traer beneficios á Grecia; porque los principales señores de Egina en poder de los atenienses eran la más segura garantía de que esta pequeña república no volveria á hacer armas contra Atica, ni á conspirar con

el comun enemigo en perjuicio de la libertad y de la independencia de los griegos. Así quedaron las cosas en el Otoño del año 491.

El próximo verano se trasladó á Grecia el poderoso ejército persa encargado de llevar á efecto la anunciada sumision de Esparta y Atenas. Parece seguro que en esta capital no sólo se tenia noticia de los preparativos marítimos que se estaban ejecutando del otro lado del Egeo, sino que en la primavera del año 490 se conocian ya los movimientos de la armada. Nunca tuvieron los atenienses más imperiosa necesidad de colocar al frente de sus negocios hombres aptos, que en las elecciones celebradas en el mes de Muniquio del año mencionado. Desde la reforma de Clistenes ejerció un papel importante en la república, además de los arcontes, la persona del polemarjo; pero en los momentos actuales era este el cargo más importante del Estado. Importaba tambien mucho dar al polemarjo hábiles auxiliares en los estrategos sometidos á sus inmediatas órdenes.

Nombróse en dichas elecciones primer arconte del año á Fenippo; y, con respecto al polemarjo, se esperaba con fundamento que la eleccion recaeria en Milciades, ya que nadie se habia opuesto con más franqueza que él á los planes de Dario; de nadie podia esperarse, con más seguridad que de él, que lucharia hasta el último aliento contra el enemigo y que preferiria la muerte á cualquier transaccion con los persas; nadie conocia á este pueblo su manera de hacer la guerra, su armamento, su sistema de combatir, en fin, mejor que él; y en Atenas no habia un sólo caudillo cuyo mando diera esperanzas de una conducta más decidida y experta que la de Milciades. Sin embargo, no recayó en él la eleccion y bien puede atribuirse á la desconfianza y oposicion de los alcmeonidas, el que no llegara á ser Polemarjo. Fué

á un excelente campeon de la patria de los ecuestres Dioscuros, de Afidnae, á Calimaco, enviado por dicha ciudad á salvar á los espartanos en el apuro del levantamiento de los mesenios, como poeta y caudillo, al que la mayoría de los votos proclamó para el referido cargo. Aun una de las diez tríbus, segun parece, la á que estaba adjudicada la comarca de Lakiadae y en la que radicaban los bienes de Milciades, la tríbu de Oeneis, eligió á éste último para estratego; la tríbu de Antiojis eligió á Arístides. Por lo demás, sólo sabemos que Stesilao se hallaba entre dichos estrategos (1).

Aunque por la época en que entraron á desempeñar sus cargos los nuevamente elegidos, á principios del año ateniense, en el solsticio de verano, no estaba ya muy lejos el ejército de operaciones de Dario, la tradicion que ha llegado hasta nosotros nada dice acerca de las disposiciones del polemarjo y del estratego para resistir á un ataque cada vez más inminente, pero es indudable que no terminaron las negociaciones con Esparta con la entrega de los rehenes de Egina, y que Atenas tenia la promesa de esta república de auxiliarla en caso de ataque por parte de los persas.

Segun la orden del rey habian llegado en la primavera á Cilicia los contingentes del interior del reino, esto es, del pais de Iran, compuestos de persas, medos y sakos, pues en aquel punto, al Este del mar Mediter-

(1) Apenas podrá dilucidarse si las tríbus eligieron de su seno estrategos hasta 476, ó si, ya desde Clístenes pudieron elegirlos entre todos los atenienses. Tampoco dice claramente Plutarco (Arist. 5) que Temístocles fuera estratego de Leontis; pudiera deducirse indirectamente de los datos de Plutarco y aun de los de Diodoro 11, 12; pero yo creo, que, si Temístocles se hubiese hallado entre los estrategos, quizá se hubiera conservado alguna huella de su gestion en este cargo.

ráneo, donde la gran vía de Media y Persia toca más de cerca en dicho mar, debian embarcarse para invadir cuanto antes los cantones de Grecia. Y dadas las fuerzas del reino persa, el modo como Dario llevaba á cabo sus empresas, la tenaz oposicion que los jonios habian hecho, como mal unidos desde el principio, y peleando en adelante separados, y dado en fin, el objeto de la expedicion, que habia de ajustarse á los designios del rey, de traer á la obediencia á los que rehusaban muestras de sumision, debemos seguramente admitir que allí peleó un numeroso ejército, al cual se habia enviado la flor y nata de las tropas reales, que seguramente no serian conducidas á una ruina cierta.

Herodoto se contenta con decir que el ejército era fuerte y estaba bien pertrechado, pero podemos calcularle, incluyendo la caballería, en unos 70.000 hombres, que acamparon en la llanura situada al Este de Tarsos, reuniéndose en la costa los buques que habian de trasportarlos á Grecia. Constaba del mismo número de triereos que se habian aprestado contra la flota de los jónios, y que se habian presentado delante de Mileto, esto es de 600; cuya dotacion de marinos, marineros y remeros, ascendia por lo ménos á 90.000 hombres. Además venian los buques para conducir los caballos, cuya construccion habia impuesto Dario á las ciudades marítimas, y los buques de provisiones para abastecer tan numeroso ejército (1).

(1) No trasmite Herodoto el número de las fuerzas terrestres, indudablemente, porque las cifras que le eran conocidas no le parecian seguras. Tambien Jenofonte se contenta con decir, que «los persas y sus aliados habian venido con muy grandes aprestos;» Anab. 3, 8, 12. Mas segun un aproximado cálculo acerca de la extension de la línea de batalla de Maraton, podrian tener los persas unos 60.000 hombres de infantería, pues aún no habia experimenta-

Iba éste á las órdenes del medo Datis y del príncipe de la sangre Artafernes, sobrino de Dario, hijo de su hermano Artafernes el que mandó en Sardes; aunque parece que la jefatura perteneció de derecho á Datis. Hippias, aunque ya era bastante anciano, se hallaba en las cercanías para auxiliarles con su consejo y con sus parciales en Hellada y Atica.

El objeto de la empresa estaba determinado, y consistia en la sumision de las Cicladas, de Eubea y de Atica, que debian ser evacuadas antes del equinoccio para evitar los temporales de Otoño que pondrian en peligro

---

do el ejército pérdidas muy importantes delante de Eretria. Nepote dice, que, segun Eforo, tendrian unos 200 000 hombres, 100.000 infantes y 10.000 caballos; debiéndose considerar los 90.000 restantes como pertenecientes á la tripulacion de la escuadra. Mas se habian envanecido ya los atenienses en el siglo quinto con el triunfo de Maraton, y la habian celebrado con harta frecuencia, y en el siglo cuarto, en el que ya sólo vivian de las antiguas glorias, llegaron á exagerar desmedidamente su alcance. En el Menexenos de Platon (pág. 240) conduce Datis 500 hombres contra Atica; en el epígrama sobre los prisioneros, como tambien en Licurgo (c. Leocrat. 109) se dice sencillamente: *Ellênôn promajountes Azênaioi Marazôni jrusoforôn Mèdôn estoresan dunamin*, pero recibió luego el pentámetro *ekteinan Mêdôn innéa muriádas*, y más adelante, *eikosi muriadas*; Ael. Arístid. 2, 511; Schol pág. 289 Frommel. Esta version se funda ya en los 200.000 persas que dice Trogo murieron en Maraton (Justino 2, 6), el que tambien hace subir dicho ejército á 600.000 hombres.

Los cartagineses condujeron á Sicilia 120.000 hombres en 1.000 buques de trasporte. (Xenoph. Hellen. 1, 5, 21; y tambien Timeo en Diodoro 13, 81): los atenienses llevaron á Sicilia 100 hoplitas en cada uno de sus triereos (Böck. Economía política I, 2.ª ed. 387); y segun este último cálculo, los 600 triereos de Dario podrian trasportar sobre unos 60.000 hombres de tropas terrestres. Ahora bien; los buques atenienses para caballos llevaron despues á bordo 30 de éstos animales, con sus correspondientes ginetes y servidores; y, siendo los de Dario del mismo porte, bastaron 100 para conducir más de

la flota, y el invierno que impediria el abastecimiento del ejército, interrumpiendo la navegacion. Se habia decidido, por tanto, buscar al enemigo en campo abierto, evitando todo lo posible los asedios que, como hacia poco se habia experimentado en el de Mileto, podian prolongarse indefinidamente, á despecho de toda táctica y de todos los medios que se escogitaran para mantener el cerco.

Navegó la flota á lo largo de la costa del Asia menor hasta la altura de Samos y, desde aquí, emprendió el rumbo, segun el plan de guerra, hácia las Cicladas, atravesando el mar Egeo, pues ante todo, debia castigarse á Naxos (1).

A la aproximacion de tan poderosas fuerzas flaqueó el ánimo de los moradores de esta isla que tan valientemente se opusieron once años antes á los 200 triereos y al ejército de Megabates. Desconfiaron de poder soste-

---

3.000 ginetes, puesto que entre los persas no tenia cada ginete un servidor. Modernamente Napoleon hizo construir 420 de estos buques, para 16 caballos cada uno, con objeto de trasportar como 7.000 á Inglaterra.

Nada se sabe de cierto acerca de si la flota de Datis estuvo compuesta sólo de buques fenicios, ó acaso los hubo en ella tambien de Chipre y de Cilicia. Herodoto (6, 48) atribuye á Dario haber impuesto todos los tributos de guerra y la construccion de los buques para trasportar caballos á las ciudades marítimas; en otro pasaje (6, 118) hace mencion de un sólo buque fenício en toda la flota; en otro (6, 98) dice de Datos: *hama agómenos kaì Iônas kaì Aioléas*, pasaje, que, por la escasa relacion que tiene con el contexto, parece intercalado. Y Pausanias, al describir el cuadro de la batalla pintado en el Poikile, habla sólo de buques fenicios.

(1) Herodoto, 6, 49, dice: Los habitantes de todas las islas á que Dario envio embajadores, habian dado tierra y agua; en otro pasaje (6, 96) supone que Naxos fué atacada sin prévio aviso. Segun lo cual dicha isla no recibió intimacion alguna.

nerse tras los muros de la ciudad, y huyeron á la montaña. Ciudad y templo fueron entregados á las llamas, y los naxios que cayeron en manos de los persas, reducidos á la esclavitud. Tras ésta viéronse sometidas las restantes islas, y todas tuvieron que dar rehenes y proporcionar en adelante buques y tropa al ejército persa. Mas no quiso Datis mostrar solamente su rigor, sino tambien su benevolencia, é hizo saber á los griegos que no tenian que temer por sus santuarios desde el momento en que se reconociesen súbditos de los persas; y ya vimos antes que los monarcas de Persia, no sólo toleraban el culto de sus sometidos, sino que le favorecian y fomentaban.

Los habitantes de Delos, de la sagrada isla de Apolo, habian huido ante la flota persa, y Datis dejó sus buques anclados en Renéa, é intimó á los fugitivos á que volvieran, asegurándoles que nada tenian que temer. Y, segun el testimonio de Herodoto, parece que Datis dedicó á Apolo, en el altar de Delos, una gran ofrenda de incienso por valor de 300 talentos, esto es, sobre unos 200 quintales. Siendo posible que Datis consagrara en el fuego de su altar este magnífico don á Mithra, dios de la luz y dispensador de la victoria, á quien pudo reconocer en el Apolo griego (1).

La primera parte de la campaña estaba conseguida, y ahora el objetivo inmediato era Eubea.

Desde que los atenienses sojuzgaron á Calcis y se posesionaron del territorio de los Hippobotes, Atenas era el poder que predominaba en esta isla, y al lado suyo, sólo tenia importancia el de Eretria, que, como Calcis,

(1) A cada paso ordena el Avesta á los creyentes echar perfumes al fuego. En una inscripcion del rey Antioco de Comagene, encontrada precisamente en lo alto del Dagh de Nemrod, se encuentra en el texto á los dioses Apolo y Mithra al lado del dios Oromasdes.

habia sido precipitada de la altura en que se mantuviera durante los siglos octavo y sétimo, pero que, no obstante, siempre conservaba algo de la importancia á que la elevara la gloria adquirida en otros tiempos (1). Convenia, pues, á los persas, en caso de que Atenas se decidiera á defender su dominacion en Eubea, auxiliar á los eretrios, que se hallaban dispuestos á oponerse á ellos; estando así en manos de Datis la posibilidad de inferir á Atenas tan terrible golpe en esta isla, que de allí en adelante difícilmente quedarian á aquella república fuerzas, ni mucho ménos ánimo para resistirse. Mas no pensó Datis en desembarcar en la costa oriental de Eubea, pues si encontraba en ella al ejército ateniense, le cortaria la retirada en cuanto entrara en el golfo, á más de que anclaria sus buques con mucha más seguridad en éste.

Puso, pues, la proa la gran escuadra hácia la punta Sur de la isla; dejó á estribor el promontorio de Geraestos, y penetró en el estrecho. Al pasar se destacó una division que obligó á entregarse á Carystos, ciudad de los Driopes, que tuvieron la intrepidez de resistirse. Más allá, hácia el Norte, ocupó la isla de Egilea, que se halla en frente de Tricorythos en la costa de Atenas, siendo elegida como punto á propósito para anclar en ella los buques de trasporte. Los triereos subieron cuatro ó cinco leguas más hácia el Norte del estrecho, y á la embocadura del Imbrasos en Taminae, legua y media al Este de Eretria, tomó tierra el ejército, tanto de infanteria como de caballería.

***

Habíanse adoptado en Atenas todas las medidas para

(1) Platon. Menexen. pág. 240. Aristot. Pol. 4, 32. Strabon página 448. Plut. Amator. 17.

defender la posesion del campo de Lelanto, las 4.000 suertes de tierra en que habian sido divididos los bienes de los caballeros de Calcis, y para no abandonar en el peligro á los eretrios que imploraban auxilio. Pero seguramente habia pocas esperanzas en el éxito de la resistencia, si los persas se presentaban en Eubea con fuerzas numerosas; pues Eretria en la época de su mayor florecimiento no contaba más que con 3.000 hoplitas, y, ahora, en verdad no era mayor el número de los que podia presentar en campaña; por otra parte, no podian dejar al Atica completamente desguarnecida, porque la flota persa lo mismo podia dirigirse desde las biciadas á la costa ática que á Eubea, y, en todo caso, debian quedar guarniciones en Atica. Por tanto, los poseedores de las suertes de tierra, los klerujos, recibieron la orden de auxiliar á los eretrios, enviándose á más 4.000 hoplitas, casi la mitad del total de las fuerzas áticas.

Segun la narracion de Herodoto, hallábanse en Eretria divididos los pareceres; unos creian que se debia abandonar la ciudad y buscar refugio en las montañas: otros trataban hasta de entregar la ciudad á los persas, con lo cual esperaban favorecerse á sí propios, cuando Esquines, hijo de Nothon, uno de los primeros ciudadanos de Eretria, puso en conocimiento de los hoplitas áticos aquel estado de cosas y les aconsejó urgentemente que se volviesen al Atica, si nó querian tambien correr á su perdicion. Predominó en la ciudad el parecer de no salir al encuentro de los persas, sino defenderse en las murallas (1). Tan pronto como los de Eretria se afirmaron en tal decision — y esto fué cuando, al ver en el mar las fuerzas de la armada, durante el desembarco del

(1) Herod. 6, 100.

ejército de tierra y de los caballos, ya no podia tomarse otra,—la mision de los auxiliares atenienses habia terminado, pues la idea de encerrarse dentro de los muros con los eretrios, seguro es que no se les pasó por la imaginacion ni á los estrategos atenienses, ni áun siquiera á un soldado. Además, la entrada de los persas en el estrecho y su desembarco en la costa occidental de Eubea, habia cambiado completamente el aspecto de las cosas. La retirada por el estrecho era extremadamente peligrosa; á cada momento podia ser cortada é iba á perder el Atica casi la mitad de su ejército. No se necesitaba, pues, el consejo de Esquines para decidir á los hoplitas atenienses á que se volvieran, sino que lo hicieron, dirigiendose por Oropos al Atica; y, á haber sido posible, tambien les hubieran seguido los eretrios con sus mujeres é hijos (1).

No podia Atenas ser derrotada ya en Eubea; pero en Eretria podian ver todas las ciudades de Hellada, y especialmente Atenas, un saludable ejemplo de la suerte que esperaba á quienes se atrevieran á oponerse á los persas. Hubiera deseado Datis haber podido preparar una derrota á los eretrios delante de sus muros; pero ni ellos salieron, ni Datis pensó más que en acabar pronto,

(1) Wecklein (Tradicion de las guerras medas) afirma, que no tuvo lugar envío alguno de tropas en auxilio de Eretria, sino que es más probable que los klerujos áticos huyeran á la simple aproximacion de los persas, y que lo del consejo de Esquines sea una invencion de los atenienses para encubrir la fuga. De tal modo estaban las cosas, que hubiera sido supérfluo el consejo de Esquines aun cuando ciertamente le diera. Ya se ha hecho notar que los klerujos atenienses no estaban obligados â permanecer en sus posesiones; únicamente podian reunirse en armas en su totalidad, mediante una orden de los estrategos. Las noticias de Herodoto respecto â los sucesos de Eretria parecen fundarse en las tradiciones de los eretrios emigrados á orillas del Tígris.

y, sin ocuparse en atrincheramientos y demás preparativos de sitio, se precipitó inmediatamente al asalto; pues sus gentes eran bastante numerosas para no sentir la pérdida de algunos hombres, y podian relevarse las fuerzas que dieran el asalto. Los eretrios defendieron sus muros con inquebrantable valor; en vano procuraron los persas, durante seis dias, trepar á lo alto de la muralla. Muchos persas y muchos eretrios habian sucumbido, cuando, al sétimo dia, dos hombres principales de la ciudad, Euforbos y Filagros, la vendieron á los persas, siendo saqueada y entregada á las llamas con sus templos y sus habitantes, unos pasados á cuchillo y otros reducidos á la esclavitud. Sólo unos pocos lograron escapar (1); y la parte ática de la isla fué asolada poco despues y sojuzgada toda ella (2).

Una vez sometidas á Dario las Cicladas y Eubea, sólo restaba al ejército cumplir la última parte del objeto de la empresa, esto es, dominar á Atenas. ¿Reembarcaria las tropas? ¿Enervarian los caballos en una nueva navegacion? ¿Doblarian la punta Sur de Atica, para desembarcar inmediatamente delante de Atenas y bloquearla? No estaba inclinado Datis, de ningun modo, á emprender un largo asedio; podia sobrevenir el invierno y prolongarse durante él. Era más fácil y natu-

(1) Esto se deduce de la reedificacion de la ciudad algunas millas al O. de la antigua, la que diez años despues de la destruccion de la antigua Eretría podia concurrir á la flota helénica con siete trireos. Con esto quedan refutadas las fábulas del *Sagéneusis* del Menexenos de Platon (p. 240. 241) que además suponen haber sido tomada la ciudad al tercer dia, como tambien Diogen. Laert. 3. 33. La fábula que refiere Ateneo (pág. 535) tomada de Heraclides de Ponto, del eretrio Diomnesto está en contradiccion con los hechos históricos, y no es más que una de tantas anécdotas que corren acerca de la fabulosa riqueza de los dadujos.

(2) Demosth. in Neaeram. p. 1377. R.

ral trasportar las tropas por el estrecho y acamparlas en la costa oriental de Atica, é indudablemente valia la pena intentar si podia atraer á los atenienses á aceptar la batalla en campo abierto; acaso se moveria entre tanto el partido de Hippias, que ya debian haber engrosado todos los que, al ver la inutilidad de la resistencia, no quisieran correr ciegamente á su perdicion. Y, el haber ocupado la isla Egilea y establecido en ella el depósito del ejército,—conduciendo tambien allí los prisioneros de Eretria,—dá á conocer, que el proyecto ulterior era acometer al Atica por la costa oriental, siendo el sitio determinado para verificar el desembarco la llanura de Maraton, situada en la costa ática, algo más al Sur de esta isla. «Esta comarca»—como dice Herodoto—«era la más apropósito para la caballería y se hallaba muy cerca de Eretria.»

Despues de veinte años de espera y sufrimiento, veíase al fin Hippias al término de sus anhelos. Podia acordarse de los tiempos en que, siendo jóven, hacia cuarenta y ocho años, habia arribado á aquella costa con su padre, procedente de Eretria; cómo acudieron los diacrios, y la victoria conseguida en Palene llevó á su padre y á él á Atenas. ¡Y qué ejército desembarcaba hoy en aquella playa! Quizá él tuvo que indicar á los caudillos persas los lugares donde los buques podian atracar á la orilla, y dónde seria mejor establecer el campamento. Sobre lo alto de una roca, bajo el promontorio de Cinosura se armó la tienda de Artafernes (1). Quizá estaba Hippias muy seguro de terminar los dias de su senectud investido con los honores de príncipe; pero tampoco le cabia duda de que atraia sobre su patria innumerables desdichas, que no era sólo el Atica sino toda la

(1) Pausan. 1, 32, 7. Vischer, Recuerdos. pág. 77.

Grecia lo que sacrificaba á los persas. Tampoco ignoraba que, pocos dias despues de la caida de Eretria, pueblos del lejano Oriente, persas, medos y sakos, hollarian el suelo ático, que los buques de guerra de los fenicios, cilicios y chipriotas cubririan la costa ática desde Cinosura hasta más allá de Probalinthos (1), y que 150.000 extranjeros sedientos de botin, los arios del ejército y los semitas de la armada, estaban prontos á precipitarse sobre Atenas.

Despues del regreso de los klerujos de Eubea, se esperaba saber en Atenas, con angustiosa ansiedad, qué sesgo tomarian los acontecimientos en aquella isla, con qué resultado se defendia Eretria, si los persas se limitarian á ocupar á Eubea, y si se volverian desde allí. Apenas podia dudarse de que Atica seria el último objeto del ataque; pero no era fácil saber por qué lado seria acometida. El polemarjo y los estrategos reunieron sin duda todos los hoplitas del país dentro y en las inmediaciones de la ciudad, teniéndolos dispuestos á defenderla, en caso de que los persas se presentaran en el Falero, y estaban prontos á marchar con ellos donde quiera que desembarcaran en la costa.

Mucho antes de lo que se esperaba llegaron las funestas noticias de Eretria; pero aún no se sabia adonde se dirigian los persas, cuando, seis dias despues de la luna nueva, se supo en la ciudad que sus triereos habian desembarcado las tropas en la bahia de Maraton. Inmediatamente envian los estrategos un veloz andarin á Esparta á decir á los reyes y á los eforos: «Los atenienses suplican á los lacedemonios que vengan en su auxilio y no consientan que la antigua ciudad de los

(1) Por cada triereo deben calcularse unos 50 pies, y si al ponerlos á flote habian de poder utilizar los remos, 600 triereos necesitaban una extension de costa de milla y cuarto.

helenos caiga bajo el yugo de los bárbaros. Ya se ha perdido Eretria, y Hellada cuenta con una gloriosa ciudad menos (1),»

Se equivocaba Hippias al contar con el concurso de los diacrios, pues no encontró ya la Atenas que abandonara veinte años antes. Bien podian extremecerse los corazones atenienses al saber lo rápida y completamente que habia sido aniquilada Eretria, al ver el desembarco del poderoso ejército persa y la huida de la poblacion del campo hácia los muros de la capital; pero la mayoría estaba dispuesta, á pesar de ésto, á persistir en la resistencia, y el pretendiente contaba sí con partidarios, pero no con un partido, pues el gobierno del Estado por la comunidad de los ciudadanos habia echado profundas raices, y no querian cambiar los atenienses la igualdad de derechos, la libre discusion y la decision por mayoría, por el dominio de un tirano ó por el de los persas. Y la decision de resistirse no habia sido tomada á la li-

(1) Lugebil, Historia de la constitucion política de Atenas, Suplemento á los Anales de Jahn: (5, 642 y siguientes). Busolt, Lacedemonios (pág. 365) supone que se mandó tambien un correo á Esparta despues de la caida de Eretria; pero no se deduce tal cosa de las palabras de Herodoto, (6, 102, 103) que dice: «Pocos dias despues de la toma de Eretria, navegaron hácia Atica, y, siendo Maraton la comarca más apropósito para que maniobrase la caballeria, y Eretria el punto más próximo, allí las condujo Hippias.» Cuando los atenienses tuvieron noticia de ésto—la travesia y el desembarco—partieron tambien hácia Maraton. Y ante todo, dirigiéndose primero á la ciudad (6, 105), enviaron á Feidippides. Es tanto más comprensible que Herodoto, en el breve dato de la embajada, sólo alude al hecho capital de la caida de Eretria y de la inmedíata amenaza á Atenas, sin mencionar tampoco expresamente el desembarco, cuanto que el subsiguiente desembarco estaba comprendido en la inmediata amenaza. La comision de Feidippides tuvo esencialmente el objeto de avisar á Esparta de que habia llegado el momento crítico.

gera. Mas, habiendo sucumbido Mileto, á pesar de su denodada resistencia, envuelta por una escuadra de 350 buques de línea, ¿era imaginable que se sostuviese Atenas? ¿No mostraba una vez más la rápida rendicion de Eretria que ni áun tras fuertes muros era fácil oponerse á las armas persas? ¿Y si se lograba en efecto resistir el ataque de Datis, contra toda probabilidad y esperanza, no enviaria el rey nuevos y más poderosos ejércitos, y no se envolverian en una guerra indefinida y dudosa que acabaria por la caida de Atenas?

Atica estaba sola; los más de los cantones habian dado á los persas tierra y agua, y ninguno queria seguir la suerte de Atenas, siendo por lo menos dudoso el que les auxiliasen los espartanos, y si llegarian á preferir más bien esperar el ataque de los persas en los desfiladeros del Taigeto. ¿Mas si se llevaban las cosas al último extremo, estaria segura Atenas de no albergar traidores dentro de sus propios muros? Por otra parte segura estaba de que no era imposible conciliarse al rey de los persas. ¿De qué se trataba pues? De reconocer á Hippias como príncipe de Atenas. Ciertamente que, de hacerlo, habia que sacrificar á los que arrojaron á este tirano y á muchos otros. Pero si realmente tan malo é insoportable habia sido el régimen de los pisistratidas, ¿no estaban tambien perdidas, si se hacia resistencia, así las haciendas como la vida? ¿Y áun suponiendo que hubiese que pagar un tributo al gran rey y aprestarle buques, dejaba por eso de ser ménos preciosa la vida de los ciudadanos? Cierto es que los jonios conservaban su autonomía despues de su levantamiento; podian reconstruir sus templos y celebrar las fiestas de sus dioses; conservaban su lengua, sus leyes, su propiedad y sus costumbres; pero así y todo, despues del desembarco de los persas, la mayoría de los atenienses estaba en la fir-

me decision de resistirse á toda costa, sin que se hubiera hecho intento alguno de negociacion. Y en realidad sólo tal decision podia salvarles, si es que habia ya esperanza alguna. Mas no era la desesperacion la que inclinaba á la mayoría á proceder así, pues aún quedaban otros recursos. No era el mandato de un poderoso monarca lo que obligaba á los atenienses á salir á campaña, ni eran ellos una muchedumbre guerrera que peleara por pelear; eran pacíficos labradores y ciudadanos á quienes impulsaba y fortalecia en su resolucion de vencer ó morir, tomada á sangre fria y premeditadamente, la conservacion de su independencia y de su gobierno democrático, contribuyendo el recuerdo de felices contiendas, en que lograran sobreponerse á peloponesios, beocios y calcidios, á mantener alto el espiritu de virilidad y confianza que nunca les fué más necesario que en éstos momentos.

En la tarde del quinto dia despues de su partida, y undécimo del novilunio, estaba ya el andarin Feidippides de vuelta de Esparta, habiendo recorrido, de ida y vuelta, la distancia que media entre ésta y Atenas, esto es, veintinueve leguas en poco más de dos dias. Su embajada no era para animar, pues, si bien los espartanos habian prometido su auxilio, tambien habian declarado que no podian enviar inmediatamente sus tropas, porque celebraban las Karneas, y á causa de éstas fiestas, no podian salir hasta despues del plenilunio. ¿Seria esta dilacion un pretexto de que se servian para negar su auxilio? ¿No podrian salir contraríos los augurios de los sacrificios celebrados en las fronteras, durante el plenilunio? ¿Querian acaso esperar allí el resultado de la empresa? Feidippides habia obtenido dicha contestacion nueve dias despues del novilunio; los espartanos no querian salir hasta el decimosexto dia del

mismo, y, por tanto, en ningun concepto habia que esperarlos, antes de que trascurrieran lo ménos ocho dias (1).

***

Ya se habia esperado demasiado el auxilio de Esparta, pues de un momento á otro podia presentarse el ejército persa ante los muros de la ciudad, y habia llegado el momento crítico en que debia decidirse si se limitarian á defender los muros ó si pelearian en campo abierto. Si se encerraban en la ciudad, al aglomerarse dentro de sus muros toda la poblacion rural, faltaria espacio para contenerla y muy pronto se sentiria la escasez de víveres para sostener aquella muchedumbre. Aunque se defendieran con éxito los muros, no habiendo la más mínima esperanza de auxilio, pronto penetraria el desaliento, y los adeptos de Hippias habrian ganado entonces la partida. El encerrarse en los muros era, pues, dar por cierta la derrota, y no quedaba más que un medio, aunque en verdad muy arriesgado, que presentara probabilidades de salvacion, que era: puesto que se veian obligados á emprender la lucha sin Esparta, encargar á los ancianos y á los ciudadanos que no eran militares de la defensa de los muros, en caso de que se dividiera el ejército enemigo, y, saliendo con todas las mejores tropas de que se podia disponer, procurar dar una batalla decisiva lo antes posible. Cuanto más pron-

(1) De Herod, (6, 106) se deduce que Feidippides obtuvo contestacion nueve dias despues del novilunio. En los libros de las *Leyes* (p. 692, 698) se afirma que los espartanos se hallaban ocupados en una guerra con los mesenios. Herodoto no menciona las Karneas, y el escrito sobre su malignidad le echa en cara por esta razon, que los espartanos en bastante número, salieron á campaña antes del plenilunio. Las Karneas duraban del 7.° dia del Karneo hasta el 15.°, esto es, hasta el plenilunio del mismo mes; Herod. 7, 206; Thucid. 5, 54, 75. Confróntese Kaegi, Historia Crítica, pág. 450.

to se trabara la lucha, más pronto se pondria fin á las excitaciones y quejas de los partidarios de Hippias y de los pusilánimes, y mejor se evitarian todas las vacilaciones, preocupaciones y temores que el número de los enemigos podia infundir en los atenienses. Débese á Milciades el haber hecho prevalecer este plan de campaña en el colegio de los estrategos, inmediatamente despues de la vuelta de Feidippides.

Sin duda se discutió largamente y repetidas veces la mejor manera de resistirse, sin que pudiera dejar de tomarse en consideracion la eventualidad de que los espartanos les negaran su auxilio, en cuyo caso importaba decidir si se habia de pelear sin ellos en campo abierto. Ya era patente que los espartanos dudaban y Atenas no podia esperar más, y ya se discutia si habian de encerrarse ó salir al campo sin el auxilio de Esparta, cuando Milciades se inclinó á que se decidiera inmediatamente la salida. Arístides se adhirió al parecer de Milciades, y su voto y reconocida discrecion debieron hacer que se tuviera en cuenta (1). Mas, por otra parte, tambien se defendia con buenas razones la opinion contraria. ¿Cómo se podia pretender que lucharan en campo abierto tan pocos contra tantos? Además, estaba en contra de los que opinaban por la salida, á parte de la pequeñez del ejército ateniense, su situacion peligrosa y desfavorable frente á un numeroso enemigo, si éste llegaba á dividirlos. Y dado caso de que se quisiera pelear en campo abierto, lo razonable seria presentar la batalla bajo los muros de Atenas, donde todas las fuerzas estuvieran reunidas, y, en caso de apuro, se asegurara la retirada, especialmente contra la caballería persa. Acaso antes de que se hallara el enemigo delante de Ate-

(1) Plut. Arist. 5

nas llegaran los espartanos. ¿Por qué, pues, habian de arriesgar por una lijereza la suerte de Atenas? ¿Por qué habian de tomar impremeditadamente una resolucion de vida ó muerte? Antes bien, se necesitaba emplear la mayor prudencia y prevision, pues aún no habia resistido á los persas ningun ejército regular griego.

Este parecer más prudente predominó entre los estrategos; pero la decision correspondia al polemarjo que ocupaba la presidencia en el consejo de los estrategos y que era el que dirigia sus deliberaciones, es decir á Calimaco que actualmente ejercia el mando supremo. Entonces Milciades, segun refiere Herodoto, llevó á parte á Calimaco y le dijo: «En tu mano está el sumir á Atenas en la esclavitud ó el libertarla, erigiéndote á tí propio un monumento de eterna gloria, como no le lograron Harmodio y Aristogiton (1). En todo el trascurso de su existencia, nunca se hallaron los atenienses en tan gran peligro como ahora, pues, si sucumben ante los medos, seguro es que tendrán que sufrir el verse entregados á Hippias; pero si esta ciudad se salva, puede llegar á ser la primera de Grecia. Si no peleamos temo que comience la discordia á desunir los ánimos de los atenienses y se despierten entre ellos tendencias médicas; mas si luchamos antes de que la discordia penetre, y si los dioses nos otorgan su auxilio, quizá logremos obtener la victoria en esta campaña. En tu mano está y de tí depende; acepta mi pensamiento y nuestra patria será libre y la primera de Grecia; pero lo contrario ocurrirá si asientes á la opinion de los que no optan por pelear.» Decidióse Cali-

---

(1) Harmodio y Aristogiton debieron ser de Afidnae como Calimaco, Plut. Quaest. conviv. 1, 10, 1. Stein, Coment. á Herodoto. 6 109.

maco por el pensamiento de Milciades, al que, segun dice Herodoto, «se sometió el juicio del polemarjo, quedando al fin decidido pelear con los persas.»

El polemarjo y los estrategos tenian el derecho de ordenar la salida por su cuenta y riesgo, pero en aquellos difíciles dias era importante obtener la autorizacion y el asentimiento del pueblo. Estaba tambien entre las atribuciones de los estrategos la de convocar la Asamblea popular (1), bajo la presidencia de los consejeros de la tríbu de Aias, á que el mismo Calimaco pertenecia, y de la que precisamente eran entonces los pritanos, decidiéndose en el Pnyx, que el polemarjo sacase las tropas fuera de la ciudad (2).

---

(1) Thucid. 2, 22, 59.

(2) Plut. Quaest. conv. 1, 10, 3. En Herodoto la serie de los sucesos es la siguiente: Los atenienses tienen noticia del desembarco de los persas y parten hácia Maraton con objeto de oponérseles; despues viene la narracion de los acontecimientos anteriores, en que intervino Milciades, y por último, se interpola la noticia relativa á la embajada que despacharon los estrategos á Esparta. A la narracion de la embajada y de sus resultados, sigue un sueño de Hippias, la llegada de los platenses al campamento ático, y la motivacion de este auxilio; la disputa de los estrategos ocurre inmediatamente antes de la batalla, segun lo exigia el curso de la narracion La cuestion más importante acerca de la cual habia de resolverse en Atenas, era la de si se dejarian sitiar ó irian á pelear fuera de los muros. Mas una vez que se decidiera salir á campaña, veíanse precisados á pelear; y ya fuera, sólo podia cuestionarse acerca de si habian ellos de atacar ó esperar á ser atacados, en caso de que los persas retardaran en verificarlo, y la solicitacion del auxilio de Esparta supone, en el mero hecho de hacerla, que se habia decidido en Atenas luchar en campo abierto: pues los auxiliares espartanos no hubieran podido encerrarse con los atenienses en la ciudad, como tampoco lo habian hecho los klerujos áticos en Eretria, sobre lo cual no pedia caber en Atenas la menor duda.

En el momento en que llegó la contestacion de Esparta, ya se habian apurado todas las consideraciones que preceden al adoptarse

Verificóse la salida el décimo tércio dia despues del novilunio, con toda la tropa aguerrida y equipada, quedando solamente los ancianos, los ciudadanos y avecindados sin armamento de hoplitas, para defender la ciudad, en caso de que el enemigo se dividiera, ó de que

---

una resolucion definitiva; la cuestion era ahora si se habia de luchar en campo abierto, áun sin el auxilio de Esparta, ó si se esperaria el asedio. Sobre esto, y sólo sobre este punto pudo promoverse la cuestion de los estrategos, cuestion que evidentemente hubo de surgir *antes* de la salida, puesto que surgió *á causa de ella*. En la relacion de Eforo, que encontramos en Nepote, ocurre la disputa de los estrategos en la ciudad «sobre si se han de dejar asediar ó han de salir;» aquí viene la llegada de los platenses, que dá el predominio á Milciades, *único* promovedor de la salida (Milciades 4, 5), En la narracion de Trogo tienen los espartanos que «detenerse cuatro dias por motivos religiosos,» y Milciades es el promovedor de la decision de no esperar á los espartanos; «confia más en la prontitud que en los aliados.» En Herodoto las razones de Milciades se dirigen simplemente contra la demora: «Si vacilamos, aparecerá la desunion que entrega á los atenienses á los medos; si por el contrario atacamos antes de que la desunion aparezca, nos hallaremos en estado de vencer.» Si la salida ocurrió, segun refiere Plutarco, por un psefisma, entonces tuvo lugar anteriormente la decision de los estrategos en la misma ciudad. La cuestion era harto importante para no recabar la aquiescencia de la Asamblea popular, aunque bien considerado, no lo contradice el dato de Plutarco que no es justo desechar porque se encuentre en un diálogo burlesco, pues los hechos hechos quedan aun cuando estén citados humorísticamente. Tambien cita Demóstenes el psefisma de Milciades referente á la salida. (Fals. leg. p. 438 y los escolios.)

Acerca de lo ocurrido en el consejo de los estrategos dice Herodoto: «predominó la peor opinion; despues como el polemarjo se adhiriese al parecer de Milciades, éste alcanzó el triunfo.» Si antes el parecer contrario tenia mayoría y los votos se hallaban al menos en la relacion de 6 á 4, ¿cómo pudo decidir la cuestion el voto del polemarjo, que, segun Herodoto, era el undécimo votante? ¿Cómo un funcionario nombrado á la suerte, como Herodoto llama de paso al polemarjo, pudo decidir en ó sobre un colegio de estrategos escogidos? Lugebil ha heche observar, con más razon, que Herodoto hace

una parte de su flota apareciera ante el Falero. Eran como unos 9.000 hoplitas, seguidos de otros tantos servidores armados á la ligera; en fin, un ejército de unos 20.000 hombres el que iba al encuentro de los persas (1).

---

hablar á Milciades con Calimaco, exáctamente como á Temistocles con Euribiades. (Suplemento al Anuario de Iahn. 5, 597 y siguientes). El polemarjo era entonces el jefe del ejército.

No es sólida la opinion de que se aceptara solamente la salida para ocupar los desfiladeros del Pentélicon, pues tambien para mantenerlos era preciso pelear y tenia por consiguiente aplicacion el argumento de Milciades: «somos demasiado débiles para luchar;» llegando demasiado tarde á ocupar los desfiladeros, si salieron á campaña cuando ya los persas habian desembarcado, á no ser que estos, que sólo distaban de allí dos horas, los hubieran dejado intencionalmente libres. La manera de pelear de los griegos no era nada á propósito para mantenerse á la defensiva; el acampar en la falda oriental de la montaña se oponia á la defensa de los desfiladeros, y, finalmente, su posicion sobre el Pentélicon podia ser bloqueada á derecha ó izquierda por Pallene y Cefisia.

Si se insiste en que el consejo de los estrategos se verificó ya en el campamento de Maraton, entonces no pudo tener lugar la disputa sobre si, en el caso de que los persas retardaran mucho el ataque habrian de esperar ó atacar ellos mismos.

(1) Herodoto no consigna ni el número de los atenienses ni el de los platenses. Nepote (Milciades 5) da 9.000 de los primeros y 1.000 de los segundos; el mismo dato proporciona Suidas, (Hippias); son las cifras de Eforo. Tambien Plutarco (Parall. 1) da 9.000 atenienses. Los escolios á Aristófanes (Equites V. 781) hacen que se complete el número del ejército con la llegada de 1.000 platenses. Puede asegurarse que el número de los hoplitas áticos era el de 9.000, puesto que quedaba guarnicion en Atenas. Pausanias (10, 20, 2, 4, 25, 2) da «1 000» platenses, pero dice que «no llegaban á 10.000 atenienses.» Mas el número de 1.000 platenses parece algo elevado, puesto que pelearon en Platea 600 hoplitas de esta ciudad (Herodoto 9, 28). Justino (2. 9), da 10.000 atenienses y 1.000 platenses. Se deduce de Herodoto 9, 29, 30, que por cada hoplita hay que contar un armado á la ligera.

***

Rodeada por las alturas del Parnes y Brilessos en forma semicircular, estiéndese la feraz llanura de Maraton casi horizontalmente como á unas dos ó tres leguas de distancia del mar, alcanzando su latitud, hasta el pié de la montaña, donde ésta, en el medio del semi círculo, retrocede más de una legua larga (1). Próximamente en este punto está atravesada por un torrente que desde las alturas corre hácia el mar, y limitada por una laguna al pié del promontorio de Cinosura, que cierra el llano por el Norte. Los persas habian dejado sin duda de ocupar las montañas y sus desfiladeros, porque deseaban atraer á los atenienses á pelear en la llanura, de modo que podian estos situarse en la pendiente que va hácia el mar; debiendo haber acampado en Maraton, en el distrito del templo de Hércules, que habremos de buscar en el valle que atraviesa por Aulona detrás de Vrana, próximamente en el lugar donde hoy se halla la capilla de San Jorge (2). El lugar estaba bien elegido; sin duda lo fué por el mismo Milciades. Allí en lo alto de las rocas se estaba al abrigo del ataque de la caballería persa, se dominaba su campo y la inacabable línea de los triereos en la costa. Bien podia bloquearse la posicion de los atenienses por Cefisia y Pallene, pero el camino de Cefisia, á la izquierda de la misma, era un sendero abrupto y tortuoso, en el que no podia aventurarse un ejército con caballería y bagajes; para girar á la derecha sobre Pallene, tenian los persas que presentar el flanco derecho, y seria entonces más eficaz atacarles bajando de las montañas, que apartarse del camino, y que afrontarles en Pallene, donde en vano los atenienses intentaron detener á Pisistrato.

(1) Lolling, Comunicacion del Inst. arqueol. 1, pág. 68, 89.
(2) Ibidem. pág. 88.

Los atenienses acampaban en un suelo que pertenecia al más valeroso de sus héroes, al que supo vencer al mismo terror de la muerte; allí fué introducido este culto por los fenicios. Abajo, en la llanura de Maraton, su héroe nacional, Teseo, el fundador de su estado, domesticó el salvaje toro maratónico; al Norte se hallaba situada Afidnae, donde estuvo la fortaleza á que el mismo confiara su esposa y su tesoro; á espaldas del campamento alzábase la montaña de Pan, con la caverna del dios, en la cual podian verse sus cabras, masas roquizas que semejaban dichos animales (1). ¡Si ahora el dios infundiera terror á los medos!

Las fuerzas, la manera de pelear y el carácter general de los dos ejércitos que acampaban frente á frente, no podian ser más distintos. Los persas seguian las órdenes de su soberano; su fuerza se fundaba en su natural valor guerrero, en la conciencia de tantas victorias, en el orgullo de ser el pueblo dominador del Asia. Y, si estos tenian el sentimiento de su poder y gloria, tampoco las fuerzas de los pueblos tributarios, que habian acudido al llamamiento del rey, carecian de pericia militar, sostenidos por el ejemplo de los persas y atraidos por el botin. La infantería estaba armada á la ligera, protegida por escudos tegidos de mimbres, sin yelmo ni coraza; al lado del venablo arrojadizo y del sable, que eran poco usados, su principal arma, era el arco. Su armamento era ligero, su formacion apretada y grosera, en columnas de considerable fondo. Las filas posteriores disparaban sus flechas por encima de las que tenian delante (2). El combate se verificaba á distancia,

(1) Pausan. 1, 32, 6. Lolling. pág. 72.

(2) Xenonph. Anab. 1, 8, 3. Cyr. Inst. 3 5, 39. Herodoto asigna 50 hombres á cada escuadra del ejército persa; si se admite que se colocaban dos escuadras, una tras otra, resulta un fondo de 20 hombres.

y, ya el enemigo estuviera quieto, adelantára ó retrocediera, se le cubria con una sostenida lluvia de dardos, hasta que se creia suficientemente aturdido, y entonces se enviaba la caballería á que se arrojase sobre su masa. Rara vez llegaba á pelear la infantería cuerpo á cuerpo.

Entre los griegos, y sobre todo entre los atenienses habia perdido ya la juventud el concepto antiguo de la guerra, ya no se la queria por sí misma y por el botin. Los soldados atenienses no eran guerreros de fama, sino ciudadanos, en su mayor parte labradores laboriosos, pacíficos industriales, que no conocian la disciplina ni el honor militar de un ejército encanecido en el ejercicio de las armas. Ellos no peleaban por fuerza, sino únicamente por defender su independencia, su derecho, sus bienes, sus campos, sus mujeres y sus hijos; no siendo costumbre de los helenos jugar la vida aturdida y temerariamente. Su valor no provenia de su natural ánimo heróico, no era fruto de una vida empleada en el ejercicio de las armas, fundábase en sus deberes para con su pátria y para con sus conciudadanos, en la conciencia de que la ordenanza debia reducirse á no retroceder de la fila, ni atreverse abandonar al compañero, puesto que no eran abandonados por él. Esto es lo que prometian al recibir las armas, pero no se lanzaban ciegamente al combate, les gustaba prepararse debidamente á la gravedad del momento decisivo, aguardaban favorables augurios, y querian oir la enérgica arenga del caudillo antes de empezar la lucha. Se atribuia importancia suma á las armas defensivas, siendo el mayor desdoro el arrojar el escudo, y sin embargo no era posible huir con el escudo pesado.

La táctica helénica no conocia entonces ni la carga de caballería ni el combate á distancia; sólo existia en ella el ataque y defensa con arma blanca; eran «comba-

tientes de cerca.» Su infantería llevaba yelmo de bronce ó de cuero, coraza de cuero con planchas metálicas, escudo de bronce y planchas que llegaban hasta la parte inferior del muslo; sus armas ofensivas eran largas lanzas arrojadizas. Lo decisivo en su táctica era la accion simultánea de la masa, la sólida formacion, lo bien concertado de los movimientos, el regulado impulso de toda la línea. Sabian que era de escaso efecto el ataque de una línea de batalla de débiles pelotones, que el impulso de las filas posteriores influye en el de la anterior; que el empuje de una formacion de muchos fondos prometia más resultado (1); manteniendo en lo posible la línea, aún en el caso en que la voz del heraldo la alterase de orden del general en jefe, cuando era preciso cambiar de posicion. No existian en ella esas alternativas de avance y retroceso; sólo habia un sencillo avance hacia el enemigo para poder trabar la lucha cuerpo á cuerpo, que daba resultado cuando decidia el primer choque. Pero esta táctica iba á sufrir ruda prueba frente á un ejército de arqueros, ante los terribles escuadrones de la caballería persa.

Cuando los atenienses, dos dias despues de haber

(1) La formacion de los griegos fué haciéndose paulatinamente de más fondo. En las guerras del Peloponeso, la formacion habitual era de ocho en fondo, como la de los atenienses en Delion (Tucid. 4, 94): los lacedemonios, con excepcion de los sciritas, formaron en Mantinea 448 escudos de frente, por ocho en fondo (Tucid. 5, 68); por el contrario, los 11.000 hoplitas griegos de Ciro el jóven, formaron sólo cuatro escudos en fondo, presentando, por tanto, un frente de 2 750 escudos (Xenoph Anab. 1, 2). No parece escesivo contar con Köchly y Rüstow, que se daba á cada hombre armado de escudo 3 1[2 piés; pues 2.750 darian, segun esto, un frente de 8.600 piés de largo. Hoy se cuentan 2 1[3 piés por hombre. Epaminondas reforzó despues los pelotones del ala con que él combatió hasta cincuenta escudos, y la falanje de Filippo de Macedonia contaba 16 hombres de fondo.

acampado en el Heracleo, ante el enemigo, hallábanse pegados al pié de las rocas, cubiertos sus flancos por las salientes lomas de la montaña y formados en órden de combate, vínoles un auxilio que nadie esperaba ni nadie habia solicitado. Por la pendiente del Parnes bajaba un cuerpo de hoplitas, eran las fuerzas de los platenses. Mientras el desembarco de los persas habia sobrecogido de angustia y espanto á toda la Grecia (1), mientras contemplaba cruzada de brazos la ruina de Eretria y el peligro de Atenas, pensando comprar su salvacion sometiéndose, la pequeña república de los platenses, sin cuidarse de las consecuencias que pudiera acarrear sobre su ciudad tamaño atrevimiento, habia decidido demostrar su gratitud á los atenienses, por la difícil guerra que estos sostuvieron en su favor contra los beocios, por la enérgica proteccion que contra Tebas les habia dispensado Atenas. Contaban, pues, con un valiente caudillo, con Arimnesto, que mandaba á los platenses, y con un millar de decididos hoplitas, inesperado auxilio que debió elevar más aún su ya levantado espíritu (2).

(1) Platon Menex. p. 240.

(2) Paus. 9, 4, 2.—Puesto que Feidippides se hallaba de vuelta en Atenas, la tarde del undécimo dia despues del novilunio, pudo tener lugar el 12.° la decision de la salida, y el 13.° la marcha con las tropas tiempo hacia reunidas, y su acampamiento. Admitiendo que la noticia de la decision de los atenienses llegara á Platea el 13.° y que se reunieran los hoplitas en el mismo dia, necesitaron dos completos de marcha para llegar á Maraton, y así y todo no pudieron llegar al campamento ateniense antes de la tarde del dia 15.° La batalla tuvo lugar el 17.° dia del novilunio despues de haber descansado un dia los platenses. Los espartanos se pusieron en marcha el dia despues del plenilunio: esto es el 16.°, pues se presentaban las ofrendas del plenilunio el dia despues de su entrada, esto es el 15 despues del novilunio, y traspusieron en tres dias las 25 millas que hay hasta la frontera ática. Llegaron, pues, el 18.° por la tarde, un dia despues, porque la batalla se habia dado el 17.° del novilunio que era, segun el calendario ateniense el 17 de Metagetnion, esto es el 12 de Setiembre del año 490.

El mando del ejército pasaba, en segundo lugar, siempre bajo la inspeccion del polemarjo, como antes dijimos, cada dia á un estratego, segun el órden de sucesion en que las tríbus los habian elegido para cada año; pero los estrategos debieron ceder su turno en favor de Milciades, pues el peligro era bastante inminente y debia evitarse toda vacilacion ó mal paso en el mando supremo. Milciades era el promovedor de la decision de ir al encuentro de los persas, aun sin el auxilio de los espartanos, y él conocia al enemigo y su manera de pelear. Los que habian sido de su parecer debian abandonarle gustosos la ejecucion del plan, mientras los que se le habian opuesto, tenian interés en que recayera sobre él toda la responsabilidad, encargándole de realizarle. En todo caso, era oportuno que en tal situacion hubiese al lado del polemarjo un jefe permanente de Estado mayor.

Frente á la línea de batalla de los atenienses, habian desplegado la suya los persas, pero no atacaron; querian dejarse atacar, hacer bajar á los atenienses á la llanura. Precisamente para dárselo así á entender y darles á conocer la extension de su frente, habian sacado Calimaco y Milciades á los atenienses delante de su campo (1). Y, despues de haber dado un dia de descanso á los platenses, decidieron ambos caudillos no perder más tiempo y atacar por su parte, como lo ordenaron á sus tropas en la madrugada del dia décimosétimo despues del novilunio, próximamente el 12 de Setiembre de 490 antes de J. C.

La manera de pelear de los griegos exigia tomar la ofensiva, pues á la lluvia de dardos de los persas sólo po-

(1) Esto se deduce en primer lugar de Herodoto (6, 108) y en segundo de que Milciades conocia la extension de la línea de batalla de los persas.

dian oponer el escudo, y el único medio de evitar, tanto ésta como la carga de la caballería, era venir antes á las manos; pues empeñado el combate cuerpo á cuerpo, no podian atacar los ginetes sin arrollar tambien á los suyos. Los persas habian desplegado su línea de batalla, y Milciades dió á la suya la misma extension, pues temia que, tan pronto como sus tropas bajaran de las montañas que trazaban un semicírculo en torno de Vraná, hoy Argaliki y Cotroni, saliendo al llano, avanzasen rebasando su línea y atacando de flanco, lo que temian los hoplitas, sobre todo por el lado derecho que no les cubria el escudo.

Seguramente que dando tal extension á la línea, no podia tener, sino en parte, el fondo acostumbrado; pero Milciades, con experto ojo táctico, consideró que, en caso necesario, el ala reforzada podria compensar la debilidad del centro; lo más urgente era asegurar el ala contra la superioridad numérica de los persas y su caballería. «El centro,—nos dice Herodoto,—constaba de pocas filas; las alas habian sido más reforzadas.» Y si admitimos que se colocose en cada ala 3.000 hoplitas de seis escudos en fondo, en el centro habria próximamente unos 4.500 de tres en fondo y 2.500 escudos al frente, lo cual daba una extension de un tercio de milla (1). En segundo término y en igual número, seguian los armados á la ligera, que en verdad eran todos siervos bisoños y bajo todos conceptos muy mal organizados.

Por lo demás, sólo sabemos que, en el centro de los atenienses se hallaban las tribus de Antiojis y de Leontis; la primera al mando del estratego Arístides; y que con la segunda peleó Temístocles, que pertenecia á ella. En el ala derecha, en el puesto de honor de la línea griega de batalla, donde en otro tiempo se situaban los

(1) 7.800 piés para los hoplitas con los intervalos para los jefes.

príncipes del Atica (1), se hallaba el polemarjo y á su lado Milciades; al frente de cuya ala estaba Eantis (2), y á la que pertenecia el polemarjo. En el segundo puesto de honor de dicha línea, en el ala izquierda, hallábanse los platenses. Milciades habia formado su línea casi al pié de las rocas en que se asentaba la jurisdiccion de Hércules, que descendian en rápida pendiente al llano de la playa, avanzando sólo entre ambas pendientes lo que exigia la extension de su frente; diciendo Herodoto que la distancia que mediaba entre las dos líneas de batalla, «no bajaria de unos ocho estadíos,» esto es, de unos 4.800 piés; por donde se vé que los persas no querian atacar, sino alejar á los griegos de las montañas y atraerlos á la llanura.

La línea de batalla de los persas, toda vez que la falda de las alturas de Vrana dista 21.000 piés de la embocadura de aquel torrente, esto es, de la orilla del mar (3), se hallaba á 16.000 piés, ó sea, á dos tércios de milla, tierra adentro distante de su campo, hallándose alineado su frente en la direccion SO. (4). En la extension del frente de su formacion, segun la cual Milciades

(1) Euripid. Suppl. 657.

(2) Plut. Quaest. conv. 1, 10, 3. Esquilo es quien asigna esta situacion á Eantis.

(3) Segun el mapa de Maraton de la seccion de Estado mayor francesa.

(4) No dudo de que es Vrana el que está junto al lugar que ocupaba el antiguo Maraton, y no Maratona. Se deduce la direccion del ataque hácia el NO. por la huida del centro persa hácia la laguna de Cato Suli. Si Milciades hubiera atacado desde Maratona, esto es, se hubiera situado entre las corrientes del Staurokaki y del Kotroni, estando los persas enfrente de él á ocho estadíos, es decir, á un quinto de milla, la línea de batalla de los persas se hallaria sólo á unos 14.000 piés, esto es, á media milla larga del mar. Tomo tambien esta distancia del citado mapa.

habia extendido la suya, como de un tércio de milla, se hallaban colocados sobre 3.000 persas, cuyos pelotones tenian 20 hombres de fondo; encontrándose, por tanto, los atenienses en frente de 60.000 hombres. La caballería, segun costumbre persa, estaba formada aparte (1), hallándose colocada detrás de ambas alas, en el centro, lo más selecto de las tropas reales, persas y sakos, y en las alas el contingente de los medos y de los demás pueblos tributarios.

Entre los griegos se procuraba comenzar el ataque á una distancia moderada, y á paso regular, para mantener el órden y la alineacion, á lo que cada hoplita exhortaba á su inmediato; pero se hallaban ante un ejército de arqueros, y el resultado dependia en gran parte de trabar cuanto antes el combate con arma blanca; pues en la lucha cuerpo á cuerpo era en la que tenia superioridad el armamento griego, ó sea el yelmo y el escudo de bronce con respecto á la tiara y al escudo de madera, y la lanza arrojadiza contra el sable corto. Cuanto antes llegaran al enemigo, tanto ménos podrian maniobrar los persas para envolver las alas, y cuanto más pronto vinieran á las manos, tanto ménos tiempo quedaba á la caballería para desplegarse, marchar de flanco y atacarles, á más que la rapidez de la acometida aumentaria el empuje de la línea griega en su ataque, de lo cual dependia el éxito.

Al hacer Milciades tales consideraciones concibió el atrevido pensamiento de dirigir á la carrera contra los persas su línea de batalla, cosa que sólo podia intentarse con soldados que, como los atenienses habian asistido á los cursos gimnásticos, y que desde su juventud se

(1) Asi se hallaba la caballería en Platea, segun Herodoto (9, 32). Segun el lijero armamento de la infantería persa puede asignarse á cada indivíduo 2 1/2 piés en la línea de combate.

habian ejercitado en la carrera; no siendo tampoco nuevo el correr con el armamento de hoplitas, pues treinta años antes se habia verificado en Olímpia la primera carrera de éstos. Mas habia que recorrer una larga distancia, y ¡cómo seria posible conservar el órden y formacion de una línea tan dilatada en semejante carrera! No obstante, recordando que el sacrificio ofrecido por el polemarjo á Enyalios y Artemis Agrotera, dioses de la guerra, el cual debió sacrificar á Artemis por la victoria tantas cabras como enemigos sucumbieran, resultó de favorable augurio, Milciades, recognoscible por el penacho de su casco compuesto de cerdas de caballo y plumas de gallo y por el manto de estratego, arengó á los hoplitas y les ordenó atacar á los persas á la carrera (1). Dióse la voz de mando y entonóse el Pean; en aquel momento la trompeta hizo la señal; requirieron sus escudos y la línea avanzó (2).

Como hicieran delante de Eretria, los persas habian esperado, en su campamento de la playa, la salida de los atenienses, sin más consecuencias que la de haber emprendido la devastacion de los contornos hasta Delion (3); pero aquí tenian más poderosas razones que allí para observar esta conducta, pues al fin se moverian los partidarios de Hippias, y por otra parte, era más difícil de decidir el asedio de Atenas que el de Eretria,

---

(1) Schol. Aristoph. Equit. V. 660. Aelian V. H. 2, 25. Segun Eliano, Milciades es quien hace la ofrenda, segun los escolios el polemarjo; Xenoph. Anab. 3, 2, 12. Plut. malig. Herod. 26. Acerca del ataque de los atenienses á la carrera, véase Herodoto 6, 111. Del mosthen. in Neaeram p. 1377 R. Pausan. 1, 15, 3. La pintura de pórtico representaba á Milciades arengando á los guerreros: confrónt. Nepos. Miltiad. 6.

(2) Confróntese Tucidides 6, 69. Xenoph. Anab. 1, 8, 17. 18.

(3) Herod. 6, 118 Pausan. 10, 28, 6.

y los temporales de Otoño no estaban muy lejos. Por fin, á los siete dias de su desembarco, á la caida de la tarde, se presentaron los atenienses; ahora sólo les faltaba hacerles bajar de las montañas y atacarlos en la llanura, para pelear en posicion ventajosa. Con este objeto se desplegaron en órden de batalla, pero no atacaron aún á los atenienses que se habian situado al pié de las alturas apoyando su retaguardia en las rocas; mas pronto sucedió lo que Datis esperaba, viéndose á los cuatro dias de su aparicion sobre las montañas, que no sólo desfilaban al pié de ellas, sino que penetraban resueltamente en la llanura, avanzando contra la línea de los persas. La hora decisiva habia llegado, y se presentaba con las circunstancias más favorables (1).

Admiráronse los persas, segun nos dice Herodoto, al ver la precipitacion con que llegaba la línea de los atenienses; pensaron que eran éstos presa de una locura, y de una locura altamente perjudicial, pues tan pocos se atrevian á lanzarse contra tantos, descendiendo de las montañas y embistiendo á la carrera desde tan lejos,

---

(1) Se ha hablado sobradamente, admirándose de la demora de los persas, que sin embargo, no duró más que 10 dias, del 6 al 16 despues del novilunio. El desembarco de los caballos es difícil que pudieran terminarle el primer dia; en cuanto á lo restante bastan las razones dadas en el texto. Feidippides obtuvo contestacion en Esparta á los nueve dias del novilunio (Herod. 6, 106), habiendo llegado allí en dos dias, el 7 y el 8; y débese tener en cuenta que los espartanos no pudieron tomar determinacion en menos de uno, y qúe, además, necesitó Feidippides otro de descanso, y en los dias 10 y 11 regresó á Atenas. Los espartanos partieron un dia despues de los sacrificios del novilunio, y llegaron en tres dias, 16, 17 y 18 á las fronteras áticas, pero llegaron un dia despues de la batalla; Herod. 6, 120. Platon. Menexen. p. 240; Legg. p. 699. Isocr. Panegyric. 87. Segun esto se dió la batalla el 17 y los persas esperaron la salida del 6 al 13, y el ataque el 14, 15 y 16.

sin tener arqueros ni caballería que protegiera sus flancos. Preparáronse á recibir al enemigo cubriendo á los atenienses con una lluvia de flechas, tan pronto como estuvieron á tiro, y esperaron agrupados en apretada masa, y á pié firme, el choque de aquella prolongada y resplandeciente línea que se acercaba dando gritos de guerra y lanza en ristre. Mas aunque los atenienses atacaron con vigoroso empuje (1), segun dice Herodoto, los persas resistieron el choque; y, habiendo fracasado el ataque á la carrera, trabóse el combate cuerpo á cuerpo, que se hizo muy reñido, «y duró largo tiempo.» Por más que pelearon valerosamente Arístides y Temístocles, el centro tomó parte en la lucha, y por último fué roto; los persas y sakos los persiguieron tierra adentro, derribando á los siervos, que en el ataque iban en segundo término, para retirar los heridos del combate, y no poseian más medio de defensa que piedras de honda. Felizmente las alas no se dejaron por esto desconcertar sino que, ganando terreno por su parte, pusieron en fuga al enemigo y le persiguieron; éxito que fue debido á la buena direccion y ejemplo de Calímaco y Milciades en el ala derecha, y de Arimnesto y los estrategos en la izquierda.

Pero aún fué mas importante la ventaja obtenida por estos jefes, pues lograron contener la persecucion, reunir nuevamente los hoplitas, y, verificando una conversion á retaguardia, los lanzaron contra el victorioso centro de los persas. Las cuatro ó cinco tribus del centro, rechazadas, pasaron bien angustiosas horas, antes de que los hoplitas de las alas llegaran á reunirse,

(1) Nuestras tropas hubieran traspuesto la distancia de 4.800 piés que separaba á las dos líneas de batalla, con todo su equipo, en unos nueve á diez minutos, los atenienses necesitarian más bien ménos que más.

y antes de que hubieran podido atacar de nuevo. Por fin, la embestida de las dos columnas de las alas quebrantó la fuerza del centro de los persas y sakos, que tambien se declararon en fuga, como los de las alas, que no se habian rehecho, sino que huyeron hasta los barcos; y el haber suspendido su persecucion las alas áticas, y la continuacion del combate en el centro les dió tiempo para poner á flote los buques, con ayuda de sus tripulantes, y lanzarse en ellos. Con tal violencia fueron perseguidas las últimas tropas del centro en su fuga, que estrechadas obstinadamente, parte fué arrojada á la laguna inmediata al promontorio de Cinosura, y parte consiguió llegar á las naves, seguida por los atenienses que pidieron fuego, pretendiendo incendiar las que aún no estaban á flote.

En la confusion de este acalorado combate murieron: el mismo polemarjo, que, segun nos dice Plutarco, habiendo sido atravesado por un venablo, áun moribundo permaneció en pié (1), Stesilao el estratego, y muchos famosos atenienses. Cinegiro, hijo de Euforion, no quiso soltar el espolon de un buque que iba á darse á la mar, y le cortaron la mano de un hachazo (2). Solamente lograron apoderarse de siete naves; pero la derrota que experimentaron los persas fué bastante considerable, pues dejaron de 6.000 á 6.400 muertos en el campo de batalla.

¡Qué ateniense se hubiera atrevido por la mañana á esperar nada de tal expedicion! ¡Quién pudiera sospechar semejante resultado! Sin embargo no habia pasado aún todo el peligro, pues el enemigo estaba vencido

---

(1) Parallela. 1. Suidas «Hippias».

(2) Véase en Justino (2, 9) hasta qué punto se exajeraron estos hechos.

pero no aniquilado. Vióse á la muchedumbre de sus naves dirigir el rumbo al NO. hácia la isla de Egilea, donde se hallaban los depósitos de los persas. Debia esperarse á ver si se admitia definitivamente como valedera la solucion, tal cual habia resultado, es decir, si sintiéndose completamente vencidos, emprenderian la retirada, si llegarian á posesionarse de Eubea, ó si, tan pronto como se rehicieran, pensarian renovar el ataque en aquel ó en otro punto. En ningun caso debia abandonar el ejército ático la costa oriental, mientras la flota enemiga estuviera en Egilea, y no saliera del estrecho de Eubea.

A la mañana siguiente, vióse á los triereos persas partir de aquella isla, y, dejando atrás el campo de batalla, dirigir su rumbo hácia el Sur, despues de lo cual, era de creer que el enemigo habia desistido de todo ulterior intento, y emprendia el camino de su patria, á no ser que hubieran decidido retirarse á las Cicladas. Pero poco despues, se tuvo noticia en el campamento ático de que á la altura de Sunion habia cambiado de direccion la flota, y navegaba hácia el N. á lo largo de la costa occidental de Atica. Indudablemente era á Atenas á donde se dirigia; el enemigo esperaba llegar á la ciudad antes que el ejército, y caer sobre élla, siendo ésto tanto más peligroso, cuanto que Hippias podia tener cómplices en Atenas.

Inmediatamente se puso en movimiento el ejército, quedando Arístides con los hoplitas de su tribu, la de Antiojis, en el campo de batalla para custodiar el botin y protejer á los heridos. Se trataba de adelantarse al enemigo por el camino de tierra, y atenienses y platenses se dirigieron á la ciudad con la mayor precipitacion. Llegaron á tiempo; al caer la tarde acampaba el ejército al Oriente de los muros, en la pendiente del Ly-

cabeto, en Cynosarges, á orillas del Ilisso, antes de que la flota persa estuviese á la altura del Falero. En la misma tarde llegaban á las fronteras áticas los auxiliares espartanos que habian salido el dia 16.º despues del novilunio, hallándose sólo á unas cuatro millas de Atenas. Su número no era considerable, componiéndose el auxilio de unos 2.000 hoplitas, pues, tras haberse demorado todo lo posible, no quiso Esparta arriesgar más en la partida. Tampoco venian á su frente ni el rey Cleomenes ni Leotycidas; pero, al ménos, la tropa no parecia querer faltar, pues habia recorrido en tres marchas las veinticinco millas que hay de Esparta á los montes de Kerata (1).

***

No era fácil que los caudillos persas, derrotados contra toda esperanza à la cabeza de tal ejército, se reconociesen vencidos, y bien pudieron proponerse en Eu-

---

(1) No dice Herodoto que estuvieran los atenienses de vuelta en Atenas en el mismo dia de la batalla, pero así lo asegura Plutarco. Suponiendo que la batalla comenzara por la mañana temprano y terminara al mediodía, acaso hubieran podido los atenienses estar de vuelta en la ciudad por la noche, pero no podian abandonar la costa oriental hasta que los persas no estuvieran fuera del Euripo.

La isla Egilea está á tres millas de la playa de Maraton, y allí debieron ante todo instalar á los heridos que pudieron llegar á bordo de los buques, y que subian á algunos miles; hacer desalojar los buques ocupados tumultuosamente, y volver á poner en órden sus gentes, haciéndolas desembarcar y embarcar donde les correspondiese, y conducir provisiones á bordo; siendo tambien embarcados los prisioneros de Eubea, segun expresamente dice Herodoto. Mas por mucho que se apresuraran á hacer todo ésto, y aunque trabajaran toda la noche, no era posible que á la mañana siguiente estuvieran terminadas estas operaciones. Al darse, por tanto, nuevamente á la mar tenian que recorrer, para ir á Atenas por el camino más corto, 16 millas ó 640 estadíos, y Scylax (69) cuenta un dia de navegacion por cada 500 de éstos; mas con todo, pudiera darse el

bea permanecer frente al Atica en amenazadora proximidad. Mas ¿cómo habia de subsistir tan numeroso ejército todo el invierno, cuando las borrascas de éste impidieran la navegacion? Era preferible hacer un nuevo intento para acabar con Atenas. El ejército habia sido derrotado, acaso estaba desanimado, pero aún era numeroso, pues la pérdida sufrida ante Eretria y en Maraton dificilmente llegaria á unos 10.000 hombres, á los que ciertamente hay que añadir todavia algunos millares de heridos; mas, en cuanto á la armada, carecia de importancia la pérdida de siete triereos. Hippias tenia partidarios en la ciudad, y si aparecia la flota inopinadamente ante los muros ántes del regreso del ejército y anclaba en la rada del Falero, cobrarian ánimo para levantarse en armas; la sorpresa y el terror de Atenas, unidos al levantamiento de los adeptos del ex-tirano, bien utilizados, podian hacerla caer en sus manos al primer ataque.

Dice Heredoto que «cuando los persas estuvieron ya en los barcos se mostró un escudo,» más no dice claramente si los persas vieron esta señal; es probable que nadie lo sabia de cierto en Atenas. Si bien esto sólo podia manifestar que los partidarios de Hippias estaban

---

caso de que un buque con viento favorable los recorriera en la mitad de tiempo, pudiendo en un dia trasponer 640 estadíos, pero seguramente que no podrian verificarlo centenares de buques. De ningun modo, pues, llegó la flota antes del mediodia de su partida á la altura de Sunion, y áun cuando hubieran puesto vigías desde Maraton hasta Sunion, no pudo llegar al campamento ateniense la noticia de que la flota persa navegaba á lo largo de la costa occidental, antes de la tarde del mismo dia, ni tampoco levantarse tan pronto el campo para acudir á Atenas. Probablemente no se hizo á la mar la flota persa en la primera sino en la segunda mañana despues de la batalla, y los atenienses llegaron en la tarde del segundo dia despues de la misma al Lycabeto.

dispuestos á hacer lo que de ellos se esperaba, aunque no se habría necesitado tal incentivo para decidir á los caudillos persas, pues demasiado sabian ellos que Hippias contaba con adeptos en la ciudad. El principal proyecto, no obstante, habia fracasado cuando los triereos anclaron en la ensenada de Falero, pues vióse al ejército ateniense pronto á impedir el desembarco; más no podia Datis abandonar tan pronto la esperanza de un éxito favorable frente á la ciudad, y la flota permaneció anclada algunos dias delante de Atenas. Al fin, como nada sucedia dentro de ella, fué preciso adoptar una desconsolodora resolucion, porque la época de los temporales de otoño habia llegado con el equinoccio, todo el ejército no podia vivir en Eubea, y no se atrevian á dejar una parte de él para conservar la isla, temiendo claramente exponerla, y se emprendió la retirada.

Navegó la flota hácia las Cicladas dirigiéndose á Mycono, llevándose los prisioneros de Eretria juntamente con los de Naxos; pero aun lograron hacer una importante adquisicion, pues sometieron las Cicladas, con lo cual dió un gran paso la dominacion de Dario en la península helénica. En esta navegacion debió morir Hippias que habia esperado durante diez y seis años esta expedicion, aunque en vano, pues sea que en el camino de Sigeo á su domicilio muriera de enfermedad en Lemnos, ó que se quedara ciego, murió de miserable muerte «alcanzado por la ira de los dioses pátrios» (1).

(1) Ciceron (Attic. 9. 10) y Justiniano (2, 9) hacen preces á Hippias en Maraton; pero Herodoto seguramente no lo hubiera callado, y Tucídides difícilmente (6, 59), por lo que parece más creible la noticia del Hippias de Suidas. Grote se equivoca cuando piensa que fuera entonces Lemnos á Ática. Milciades encontró la flota cerca de Imbros en su huida hácia Atenas el año 494; y al ménos se sometieron ahora á Dario todas las islas que le obedecian al verificarse la

No exageró Herodoto al elogiar á los atenienses cuando dijo que «fueron los primeros que resistieron el aspecto del armamento medo y de los hombres que traian, pues hasta entonces se habian aterrado los griegos de oir tan solo pronunciar su nombre, siendo tambien aquellos los primeros que, segun sus noticias, atacaron al enemigo á la carrera» (1). Más tenian que agradecer su salvacion al ánimo decidido de la mayoría de sus nobles, labradores y ciudadanos, que combatieron despreciando todo peligro, y despues á la atrevida ocurrencia del rápido ataque de Milciades y á su excelente direccion del combate, como tambien á la voluntaria obediencia y diestra cooperacion de Arístides (2), al enérgico al par que sufrido valor y prudencia con que sus hoplitas pelearon. Pronto salió el Atica de la difícil crísis, pues solamente once dias acamparon los persas en su suelo, no habiendo comprado demasiado cara la victoria, pues los hoplitas atenienses no habian perdido más que unos 192 muertos, á los que, dada la manera de pelear de los persas, hay que añadir, por lo ménos, cinco veces este número de heridos, á más de la pérdida de los platenses heridos y muertos, y por último, la de los siervos que habian sucumbido á manos de los persas y sakos (3).

---

sublevacion de los Jonios. Herodoto refiere en especial que en la flota de Jerjes habia buques de Lemnos (8, 11. 8, 84); dato confirmado por pasajes como Aeschyl. Pers. 890 Tucid. 1, 16. Diodor. 11, 3.

(1) Herod. 6, 112.

(2) Que los atenienses, contra la opinion de Jántippo, creian á los almeonidas contrarios á Milciades, lo prueba el aserto de la tradicion ática, que Herodoto procura refutar, de que ellos fueron los que hicieron á los persas la señal con el escudo.

(3) Herodoto reunió en Atenas sus datos referentes á la batalla en los años 446 á 443, y habia ido ya en 440 á Esparta con tal objeto, habiendo demostrado Kirchoff (Tiempos primitivos, páginas 12,

Como ya hemos dicho, el polemarjo debia sacrificar á Artemis Agrotera, diosa de la guerra, antes de la batalla, tantas cabras como enemigos sucumbieran; más como no podian encontrarse tantas, segun nos dice Je-

---

16. 44) que el coleccionamiento de los datos sobre ella se verificó antes del verano del 430. Pero su narracion se ajusta perfectamente á todo lo que con evidencia se sabe referente al conjunto y objeto de la expedicion; es concisa, clara y sin jactancia. Los momentos que hace destacar en la descripcion de la batalla, concuerda con lo representado en el cuadro del Pecile, respecto del cual es indiferente admitir que le hicieran Polignoto, Panaenos ó Micon, ó que colaboraran los tres en él, puesto que el cuadro sólo pudo pintarse ajustándose á la tradicion, tal como existia en Atenas 40 á 50 años despues de la batalla. A pesar de todo, la critica exajerada de nuestros tiempos ha preferido á la más antigua y fundada relacion, á la de Herodoto, la más infundada, y el escrito sobre la malignidad de este historiador relegó su relato de la batalla de Maraton á la categoría de las narraciones burlescas y satíricas; segun las que, dicha batalla no fué más que «un pequeño encuentro con los bárbaros desembarcados» ó como más atrevida que rectamente se ha traducido «con los bárbaros fugitivos.» Sabemos además, que Teopompo, notorio enemigo de Atenas, defendió esta mezquina apreciacion (Fragm. 167 Müller), y no debe sorprendernos lo más mínimo el que á las exajeraciones que eran comunes en Atenas en el siglo cuarto, cuando ya sólo se vivia del brillo de las pasadas glorias, se opusiera tan brusca contradiccion.

En Suidas se encuentra en el *Jôris ippeis*, la siguiente noticia: «Cuando Datis entró en Atica y de nuevo fué arrojado, se dice que los jonios se subieron á los árboles é hicieron seña á los atenienses de *«que estaba separada la caballería »* Milciades comprendió el juego, atacó, y de este modo venció.¡Y por esto se usa la frase *jôris ippeis* aplicada á los que se separan de la formacion de batalla.» Todo esto parece muy extraño. Datis vino y se fué sin ser derrotado ni haber derrotado, pero la situacion de las cosas presupone que los ejércitos acamparon uno frente á otro. En tal caso, ¿no hubieran visto las avanzadas atenienses el difícil y lento embarque de los caballos, ni los persas hubieran impedido á los jonios hacer la señal al enemigo? Si se pudo ver la señal en el campamento ateniense, se vió más clara, segura y prontamente el embarque. Las palabras *jô*

nofonte, decidieron los atenienses sacrificar á la diosa al principio del mes siguiente, el seis de Boedromión,

---

ris ippels significan, pues, solamente la separacion, el aislamiento de la caballería. Jenofonte una *jôritzein* para indicar la colocacion de cierta parte del ejército (Anabas. 6, 5. 11), y Herodoto dice de la formacion de batalla de los persas en Platea: «*la infantería estaba en órden de batalla y la caballería se habia formado aparte* (*ippos jòris etétakto*); 9, 32. Segun esto, pues, las palabras que constituyen la frase significan más bien la colocacion especial de la caballeria que su retirada.

Se trae en apoyo de la noticia de Suidas la señal con el escudo citada por Herodoto. Datis intentó un golpe de mano sobre Atenas, por lo cual emprendió el embarque de la caballería, pues para llevarle á cabo hubiera esta sido inútil y embarazosa; pero si, segun Herodoto, se hace ya la señal con el escudo cuando los persas están en los barcos, no puede ésta ser considerada como causa del embarque. Hé aquí otro apoyo para Suidas: Datis se embarcó quizá sin haber sido derrotado, habiendo sólo experimentado alguna pérdids en el embarque, y la llegada de los espartanos impidió lo demás Weclein. Memorias de la Acad. de Munich 1876 pág. 277. Este motivo está tomado de Eforo y citado por Nepote, que le aprecia de diversa manera.

Mas si se admite que Datis conocia la llegada de los espartanos, tambien hay que admitir que acaso conocia sus fuerzas; y si no habia sido sériamente derrotado, poco podia importarle tener enfrente 2.000 hombres más. ¿Cómo se explicaria ademàs que los persas sostuvieran un supuesto combate en retirada, para dar tiempo al embarque, á dos tércios de milla, ó por lo ménos á media milla de la costa, como queda dicho? O si quiere objetarse en ésto á Herodoto, ¿cómo pudo ocurrir el que murieran tantos siervos atenienses que fueran sepultados en un segundo túmulo con los platenses, cuando sólo pudieron sucumbir los siervos á retaguardia de la línea de batalla?

Por último; el principal punto de apoyo de Suidas es que Herodoto ni hace mencion de ataque de caballería, ni ha pensado en la suerte de los caballos. Pero, sin que ésto sea atribuirle importancia alguna, en el relieve que ha explicado Jahn (Revista arqueológica. 1866. pág. 222 y siguientes) hay en primer término ginetes persas que tiran de los caballos, y despues el combate al rededor los bar-

su próxima fiesta, quinientas cabras, y, para cumplir su voto, que se repitiera esta ofrenda anualmente en ac-

cos. Para Herodoto, la caballería se halló en el campo de batalla, pues si nó ¿cómo podia él hacer desembarcar á los persas en Maraton «para hacer allí uso de la caballería.» ni hacer que los persas se admirasen de que atacaran los atenienses «sin caballería ni arqueros?» La concisa narracion de Herodoto pudo pasar por alto la inútil carga de caballería, pues, impidió que los caudillos persas la utilizaran, la celeridad del ataque de los atenienses, y bien pudo ser deshecha y arrastrada en la fuga de las alas del ejército. ¡Cuantas veces áun en las batallas modernas no se deja pasar el momento oportuno de la carga de caballería! Los caballos cayeron en manos de los atenienses, pues Herodoto no cita en general el botin, y ¿cómo se ha de admirar uno de que no se vuelvan á mencionar los caballos, si Atica estuvo en poder de los persas en el otoño de 480 y en el verano de 479, y éllos debieron tener cuidado, las dos veces, de llevarse completamente cuanto encontraran del botin de Maraton, inclusos tambien acaso los caballos que hallaran con vida, aunque fueran viejos!

La relacion de Eforo está conservada por Nepote, y encierra una contradiccion, pues hace empezar la batalla á los atenienses que, sin embargo, se mantienen á la defensiva: «En muchos sitios,—dice,—habian cortado árboles para estar cubiertos por las alturas de los montes y por los troncos cortados, de la caballería enemiga, é impedir les rodearan á causa de su superioridad numérica.» La frase *arbores rarae*, en lugar de *stratae*, contradice tanto á la anterior *nova ars*, como á la siguiente *hoc consilio.*» Trogo conviene con Herodoto en la distancia de las líneas de batalla, y la narracion de Plutarco en la de la ruptura del centro, no estando tampoco en contradiccion los comentarios, aparte de que en Herodoto los temporales y el invierno son las causas que llevan á los persas de Sunior al Falen.

Habla en pró de lo seriamente reñida que fué la batalla, el número de muertos de los persas, que sin duda los atenienses contaron; pues en las cuatro grandes batallas, mediante las cuales Dario restableció el reino de Ciro, perdieron los armenios, segun la inscripcion de Bagistan en Atschitu, 2.024, y en Antiara 2.045 hombres; los margianos 4.023 y los partos é hircanios en Patigrabana 6.560. Si la derrota de Maraton no fué sufrida en reñido combate, sino fué

cion de gracias por la victoria de Maraton (1). A Pan, que habia infundido terror á los persas, dedicáronle los atenienses una gruta en la misma roca de la cincladela, en su ángulo noroeste, junto á las «puertas nuevas,» frente al santuario de las Eumenides (2), debiendo tambien ofrecerse á este dios un sacrificio anual y celebrarse una carrera con antorchas. Además, Milciades manifestó particularmente su gratitud á Pan, pues en la dicha gruta le hizo erigir una estátua, cuya inscripcion, compuesta por Simonides, decia: «A mí, á Pan, el de los piés de macho cabrío, enemigo de los medos, amigo de los atenienses, la ha erigido Milciades (3). Pues aquel andarin, que con tal presteza fué á Esparta en demanda de auxilio, contaba, segun refiere Herodoto, que el camino, en las montañas de Parthenion escarpada pendiente roquiza entre Hysial y Tegea (4), se le habia aparecido el dios Pan, y, llamándole por su nombre, le habia mandado preguntar á los atenienses por qué no le tributaban honor alguno, cuando con frecuencia les habia hecho bien y les haria más en lo porvenir. Aún solian contarse otras maravillas. El mismo Teseo surgió de la tierra completamente armado, para defender su ciudad contra los bárbaros, y precediendo á sus atenienses penetró en las filas de los persas. Tam-

sensible, si los persas no tuvieron gran respeto á la pericia militar de los griegos, son absolutamente inexplicables los largos preparativos y las grandes proporciones que Jerjes habia dado á su expedicion.

(1) Xenoph. Anab. 3, 2, 12. Plut. mal. Gerod. 26. Schol. Aristoph. Eq. v. 660. Böckh. Indexlect. univ. Berol. 1816; ciclos lunares de los griegos pág. 66 siguientes.

(2) Herodot. 6, 105, Ross. El Pnyx y el Pelasgikon. págs. 20. 21.

(3) Herod. 6, 105. Pausan. 1, 28, 4. Simonid. frag. 136 Bergk. 2.ª edicion.

(4) Curcius, Peloponeso 3, 367.

bien se pretendia haber visto á un campesino, sin armamento y llevando la reja del arado en la mano, matar muchos enemigos y desaparecer de improviso despues de la batalla, quizá el dios délfico pidió despues á los atenienses que le venerasen como héroe representándole con la reja (*ejetlaes)*, en la mano (1). En efecto, los labradores del Atica fueron los que vencieron á los persas.

Vióse despues en el decorado pórtico inmediato á la plaza de Atenas, al lado de la batalla de las amazonas, de Teseo y de la toma de Ilion, el cuadro de la batalla de Maraton. «Aún muestra—dice Demóstenes—el cuadro del pintado pórtico el testimonio del valor de los platenses; vése en él que con sus cascos beocios vienen en auxilio con la rapidez posible.» Pausanias dice: «Se vé á los atenienses y platenses correr á trabar la lucha con los bárbaros, y entonces, se pelea con igual bravura por ambas partes; más hallá huyen los bárbaros del combate y se precipitan unos á otros en la laguna, viéndose al fin del cuadro los barcos de los fenicios y á los helenos que matan á los bárbaros que en ellos se lanzan. Aún está pintado el héroe de Maraton y Teseo, como surgiendo de la tierra, Atena y Hércules, al que los de Maraton, segun ellos mismos dicen, fueron los primeros en adorar como dios. Entre los combatientes se destacaban Calímaco, «el polemarjo electo,» y entre los estrategos, «Milciades.» Sabemos además que se veia á Milciades con el brazo extendido, señalando á los bárbaros, arengando á los guerreros y exhortándolos al ataque, y asegura Plinio que se hallaban tambien los retratos de Milciades, de Calímaco y Cinegiro, y por último los de Datis y Artafernes (2).

(1) Plut. Theseus, 35. Pausan. 1, 15, 3, 1, 32, 5.
(2) Pausan. 1, 15, 3. Demosth. in Neauram, p. 1.377. Plin. His.

***

Contra el precepto de Solon, fueron sepultados los muertos en el mismo campo de batalla, diciéndonos Tucidides que se verificó así por considerarse singular el brillo de su heroismo. En la llanura de Maraton, cerca de la playa, junto á la embocadura del torrente que desde la montaña de Pan corre hácia el mar, alzóse un magnífico monumento fúnebre, y se inscribieron en lápidas, por tríbus, los nombres de los difuntos, los cuales aún pudo leer Pausanias 600 años despues de la batalla de Maraton. El monumento es cónico y mide hoy todavía sobre 300 piés de altura y cerca de 200 pasos de circuito (1). Los muertos de Platea fueron tambien sepultados allí, erigiéndose sobre ellos otro monumento, y en la misma tumba descansan los siervos de los hoplitas que sucumbieron á los golpes de los persas y sakos en la ruptura del centro (2). Al lado de los túmulos erigióse el trofeo de la victoria, formado de piedras blancas, cuya inscripcion, redactada por Simonides, decia: Los atenienses, los más esforzados de los helenos, echaron por tierra el poder de los medos cubiertos de oro» (3).

Los maratonios honraban á los héroes que quedaron en su suelo con limosnas y libaciones, pero los atenien-

---

nat. 35. 8. Schol. Aristid. 3. pág. 566. D. Jahn Datos arqueol. páginas 16 y siguientes. Esquines afirma (in Ctesiph. 186). No logró ciertamente Milciades que se inscribiera su nombre en el cuadro, pero sí el primer puesto en el mismo, arengando á los soldados. El cuadro se pintó mucho tiempo despues de la muerte de dicho caudillo.

(1) Lolling. Arqueolog. Inst. 1, 79.

(2) Pausan. 1, 32, 3. En la tumba de los esclavos se apoya sin duda la exacta afirmacion de Pausanias, de que en la batalla pelearon esclavos.

(3) Aristoph. Vesp. 711. Lycurg. in Leocrat. 109. Pausan. 1, 32, 5.

ses se dirigian anualmente á Maraton el seis de boedromion, en procesion armada, á sacrificar allí las cabras á la diosa y á traer á los muertos el premio de la victoria (1). Segun una noticia no muy segura, parece se estableció un premio para la mejor elegía en honor de los muertos, al que optaron entre otros Esquilo y Simónides, habiéndole conseguido la elegía de éste que comenzaba con las palabras: «oh hija de Jove, si ha de honrarse lo mejor, celebro al pueblo ateniense que solamente lo realizara.» Seguro es que á ningun hombre despues que á Esquilo, que peleó en Maraton al lado de Cinegiro su hermano, se ha dedicado mejor elogio que este: «narre el maratónico bosque su vigoroso esfuerzo, y el melenudo medo que aprendió á conocer su brazo.» Nada dice de sus tragedias el epitáfio (2).

Mucho tiempo despues veíanse en el campo de batalla, junto al promontorio de Cinosura, los pesebres de piedra en que se decia comieron los caballos de Artafernes; y los labradores de aquellos contornos refirieron á Pausanias que durante la noche se oia el relinchar de los caballos y el estruendo del combate de las tropas. Y aún los restos del fúnebre monumento y numerosas puntas de flecha sepultadas en la arena, nos dan testimonio de aquel dia en que se salvó Atenas y con ella Grecia y la cultura helénica.

Comprendieron los atenienses lo que tenian que agradecer á Milciades, é hicieron que no escasearan las manifestaciones en honor suyo; tuvo su monumento especial en Maraton, su estátua fué colocada en el Pritaneo, y del botin de la batalla quizá que hizo fundir

(1) Mommsen. Heortología. pág. 214.

(2) Pausan. 1, 14, 5. Vita Aeschyl. Nada afecta á su importancia el que el epitafio de Esquilo proceda de él mismo ó haya sido compuesto á su nombre.

su estátua en bronce para ser consagrada en Delfos (1). En cuanto al botin, fué considerable.

Su décima parte se asignó á Atenas, á Apolo y á Artemis; de la parte de Apolo se hicieron estátuas en bronce de este dios, y de los diez héroes de las tríbus, erigidas todas en Delfos; para custodiar las cuales y todos los sagrados presentes ulteriores de los atenienses, se construyó un edificio. De la parte de Artemis se erigió en Atenas el templo de este glorioso númen (2). «Tambien la grandiosa estátua de bronce que se erigió despues á la más esforzada Athena» en la ciudadela, es uno de los monumentos levantados para perpetuar la memoria de la batalla de Maraton, como tributo de homenaje al númen á quien el pueblo creia autor del triunfo alcanzado en aquel dia. Segun el testimonio de Demóstenes los griegos entregaron á los atenienses, once años despues de la batalla, «oro persa» con el que se abonaron los gastos de la grandiosa estátua. Al decir de Pausanias tambien la estátua de los *promajos* se erigió con parte del diezmo del botin cogido en Maraton (3); pero Demóstenes asegura que fueron los grie-

(1) Pausan. 10, 10. 1, 18, 3. 1, 32, 4. La anécdota de Plutarco (Cimon 8), sobre que Milciades habia pedido una corona por la victoria, la que le fué disputada por Sófanes—que así debe leerse—quien le dijo, que si él sólo hubiera vencido, bien pudiera exigir él sólo recompensa, no es muy creible. La historia de Calias de Plutarco (Aristid. 5) es decididamente apócrifa. Arístides se quedó con la tríbu de Antiojis en el campo de batalla; la familia de Calias pertenece á la de Oeneis. Que esta familia hacia mucho tiempo pertenecia á los más ricos linajes, lo prueba Herodoto (6, 121, 122), y el sobrenombre *Sakko ploutos* es apropiado á la importante participacion que Calias, hijo de Hipponicos Ammon, tenia en las minas de Laurium.

(2) Pausan. 1, 14, 5. 10, 10, 1. Si la riqueza de este botin (Plut. Arist. 5).

(3) Paus. 1, 28, 2. IX, 4, 1.

gos los que entregaron á los atenienses el oro con que se construyó el «Aristeion» de la gran estátua de bronce, siendo Arzmio de Zelea el encargado de llevar aquel donativo al Peloponeso (1). En un pedazo de piedra que debió formar parte del basamento de esta estátua, ó la de otra análoga, tambien relativa á la batalla de Maraton, se conserva un fragmento epigráfico que alude al «dia de la servidumbre que amenaza á toda la Grecia» y hace mencion de aquellos que, permaneciendo firmes en el campo de batalla, derrotaron á los persas (2).

Lo que no cabe dudar es que los atenienses guardaron siempre gratitud á los de Platea, por el generoso auxilio que en aquellos dias de prueba les prestaron. Así es que no tan solo recibieron una cuantiosa porcion del botin, sino que en lo sucesivo se les consideró como hijos adoptivos de Atica, por cuya razon en las panatheneas, fiesta principal de Atica en que tomaban parte todos los municipios del pais, el heraldo incluia el nombre de los plateenses en la oracion que recitaba por los de Atenas (3).

Los prisioneros de Eretria, cogidos en Eubea, fueron trasportados á Susa, para ser presentados al rey. Este, sin embargo, no tomó ninguna medida violenta contra ellos, antes bien, les señaló para residencia el pueblo de Arderica, situado sobre la orilla izquierda del Tigris, cerca de la carretera de Susa, y allí vivian aún cuando Herodoto visitó aquellos parajes 30 ó 40 años más tarde, conservando su propio idioma. Euforbo y Filagro que habian hecho traicion á su patria, recibieron tierras en premio de su villanía (4). No obstante

(1) Dem. de falsa leg. p. 428. 121.
(2) Inscript. Attic. I Núm. 333. Wachsmuth Atenas, p. 542.
(3) Herod. VI. 111.
(4) Herod. VI, 119 Diodor., XVII, 110. Curtius, IV, 12. Plut. de garrul. 15.

Grote designa como traidor de Eretria á Gongylo, cuyos descendientes aparecen luego en posesion de Myrina, Grynea y Gambrion, en la Eólide (1); pero Herodoto atribuye tal villanía á otros dos indivíduos y afirma que la defeccion de Gongylos tuvo lugar más tarde. Esta partió para Bizancio en compañía de Pausanias con el contingente de Eretria, nuevamente restaurada, exponiendo á Jerjes la embajada del mismo Pausanias, al propio tiempo que le entregaba los prisioneros hechos. Por este servicio recibió recompensa del rèy, pero sus conciudadanos le castigaron con el destierro (2).

---

(1) Xenoph. Hell. III, 1, 6. Anab. VII, 8, 8.
(2) Tucid. I, 128. Diodor. XI, 44 Jenof. l. c,

III.

LA EXPEDICION DE MILCIADES.

El coro de ancianos recuerda en las Acarnanias de Aristofanes, «cómo en el esfuerzo de la batalla de Maraton tuvieron que limpiarse el copioso sudor que corria por la frente de los guerreros, y cómo luego persiguieron al enemigo» (1). En efecto; este combate fué, sin duda, el hecho más grande que hasta entonces habian realizado las armas helenas; los ciudadanos de Atica, sin distincion de clases, habian derrotado en batalla campal á los aguerridos soldados de Ciro y de Dario, á pesar de la inmensa superioridad numérica del enemigo; una república de muy exíguas proporciones habia desafiado el colosal poder de vastísimo imperio persa y sostenido con ventaja el desigual combate. Si en aquel dia hubiera sucumbido Atenas, habria arrastrado en su caida á todos los cantones griegos. Es verdad que Esparta habria aun defendido el Peloponeso con el auxilio de sus aliados; pero la fuerte posicion que hubiera tenido Persia, una vez conquistadas las comarcas de Eubea y Atica, que ocupaban precisamente el centro de

(1) Acharn. 695.

la Península, unida á su poderosa armada, eran elementos más que suficientes para vencer esa resistencia.

Y sin embargo el triunfo de Maraton no hizo más que alejar momentáneamente el peligro que amenazaba á la ciudad de Minerva; porque nadie dudaba que el ataque se renovaria con vigor nuevo y más numerosas fuerzas el año proximo; no obstante los griegos se opondrian á los persas con la energía que infunde el recuerdo del triunfo y con la seguridad que les daba la experiencia adquirida en Maraton, de que los soldados persas no eran invencibles, como podian haber creido los jónios vencidos en Efeso, en Mylasa y en Atarnes; este convencimiento era un precioso resultado que toda la Grecia debió á los atenienses.

Pero las exíguas fuerzas de Atenas podian agotarse, aún contando con el apoyo de otros cantones, que hasta el presente habian permanecido neutrales, en presencia de los inagotables recursos de Pérsia, en hombres y dinero, ya que estos procedian de todas las ricas y vastas provincias del Imperio. Era, pues, deber principalísimo de los caudillos atenienses procurar al país medios de defensa con que resistir nuevos ataques del enemigo, imponíaseles un problema poco menos que insoluble, cual era el de trasformar una república de muy pequeña estension, en potencia respetable, robusteciendo en alto grado la fuerza interior y la organizacion del Estado.

En primer término era indispensable adquirir medios de combate que pudieran infundir alguna esperanza de éxito en la desigual lucha con los persas; y nadie estaba en mejores condiciones para realizar tan difícil empresa que el hombre que hacia algun tiempo, especialmente desde la batalla de Maraton dirigia con su iniciativa el timon de la patria; que, á pesar de la per-

secucion de que fué objeto por parte de los mismos gobernantes, habia salvado á su pais de la ruina, en el borde mismo del precipicio. Por eso tambien gozaba de mayor prestigio que ninguno de sus conciudadanos, aun los alcmeonidas, sus perseguidores se hallaban ahora muy por debajo de Milciades; el enemigo más constante de los persas, y el primero y más desinteresado de los patricios de Atenas, como que no habia vacilado en ceder á su patria los paises que conquistara con la fuerza de su brazo. Oigamos cómo describe Herodoto la posicion de este hombre extraordinario:

«Despues de la derrota de los persas en Maraton, creció mucho su crédito entre los atenienses, de quienes antes era ya muy estimado. Entonces, pues, pidió Milciades á sus conciudadanos que le confiasen 70 naves con la tropa y estipendios correspondientes, sin declararles contra quienes dirigia aquella expedicion, asegurándoles únicamente que si querian seguirle, iba á enriquecerles, pues se proponia conducirles á cierta provincia de donde, sin el menor daño ni peligro, podrian volver cargados de oro. Los atenienses, confiados en lo que les proponia, le cedieron la armada.

»Teniendo aquella tropa embarcada ya á su mando, partió Milciades contra Paros, dando por razon que iba á castigar á los parios por haber antes hecho la guerra con sus galeras asistiendo al persa en Maraton. Mas este era un nuevo pretexto, y lo que en realidad le movia era el encono contra los parios, nacido de que Liságoras, natural de Paros, le habia acusado y puesto mal con el persa Hidarnes. Llegado allá Milciades con su armada, puso sitio á la ciudad en que se habian encerrado los parios, á quienes envió un pregonero pidiéndoles 100 talentos con la amenaza de que, en caso de negárselos, no levantaria el sitio sin haber rendido la

plaza. Los parios, lejos de discurrir como darian á Milciades aquella suma, sólo pensaban en el modo de defender bien su ciudad fortificándola más y más, y alzando de noche otro tanto aquella parte de los muros por donde la plaza estaba más espuesta á ser tomada.

»Hasta aquí concuerdan en la exposicion del hecho todos los griegos; lo que despues sucedió lo cuentan los parios del siguiente modo. Dicen que Milciades, falto de consejo consultó con una prisionera oriunda de la misma Paros, por nombre Timo, que ejercia el cargo de sacerdotisa de las diosas infernales Céres y Proserpina. Habiéndose esta presentado á Milciades, aconsejóle que si tanto empeño tenia en tomar á Paros, hiciera lo que ella misma dijese; y en efecto, habiéndole confiado el expediente, subió el caudillo á un cerro que está enfrente de la ciudad, y no pudiendo abrir las puertas del templo de Céres legisladora, quiso saltar la pared de aquel cercado; hecho lo cual marchaba dentro del santuario de la diosa, ya fuese con ánimo de quitar alguno de los objetos que allí habia, ó con otro designio; más al trasponer el umbral, sobrevínole tal temor religioso que le obligó á volver atrás por el mismo camino; y al pasar otra vez la cerca se dislocó un muslo ó, como quieren otros, se hirió gravemente en una rodilla.

»Mal parado Milciades por la caida, determinó volverse de allí sin haber conquistado á Paros, despues de haberla tenido sitiada 26 dias, durante los cuales taló toda la isla. Llegó á noticia de los parios que Timo, la sacerdotisa de la diosa, habia dado á Milciades los medios para la toma de la plaza, y queriendo tomar venganza de ella por la traicion, apenas se vieron libres del asedío, enviaron á Delfos consultores encargados de preguntar si harian bien en castigarla, tanto por haber declarado de qué manera podria ser tomada su patria,

como por haber mostrado á Milciades misterios sagrados que á ningun varon era lícito ver ni saber. Mas la Pitia no se lo permitió, diciendo que la culpa no era de Timo, sino que siendo el destino fatal de Milciades que tuviese mal éxito su empresa, ella le habia servido de guía para la ruina del mismo caudillo» (1).

***

Desde luego se ocurren graves objecciones que oponer á esta narracion de Herodoto. Compréndese perfectamente, y así lo exigia el estado de los asuntos en Atica, que Milciades tratara de procurar á su patria recursos con que poder proseguir la guerra con los persas, y que para lograr ese objeto pidiera buques y soldados. En efecto; los atenienses no se pondrian en condiciones de poder rechazar las futuras invasiones de los persas, sino suscitándoles dificultades y tropiezos en las islas y en las mismas costas de Asia; para llevar á cabo estas operaciones, aunque se hicieran con el carácter de simples guerrillas ó razzias, necesitábase ante todo mucho dinero, puesto que no serian menester menos de 15 á 20.000 remeros y hoplitas, todos bien alimentados, y los primeros, además, remunerados con sueldo, para molestar al enemigo y causarle daños en tan diferentes y apartados puntos.

Milciades conocia estas circunstancias mejor que ningun otro ateniense; y por eso, inmediatamente despues de la jornada de Maraton, emprende su expedicion en busca de dinero. Lo extraño es que no tengamos noticias mas precisas respecto de los tesoros que el caudillo ateniense pretendia encontrar en Paros; lo que parece dar visos de probabilidad á la maliciosa suposicion de Herodoto, segun el cual la adquisicion de dinero

(1) Herod. VI, 132—135.

no era más que un pretexto para cubrir la venganza que iba á tomar en los parios, por cierta injuria que le hizo un ciudadano de la isla, á la sazon ausente. Tampoco sabemos quien era el Hydarnes ante el cual presentó Liságoras la acusacion contra Milciades, puesto que hubo varios caudillos persas de ese nombre; pero lo que está averiguado es que el hecho, si es efectivo, ocurrió por lo menos veinte años antes de la batalla de Maraton; cuando al tiempo de verificar Dario su expedicion al Danubio, sometió los paises del Bósforo y del Helesponto, y con ellos el principado de Milciades, es decir hácia el 515 antes de Jesucristo. Segun eso, Milciades habia ya declarado la guerra á los persas al verificarse la espedicion de Dario, sin que en la franqueza con que se les opuso le igualara ninguno de los príncipes griegos que aportaron sus naves á la flota del rey (1). Despues de semejante declaracion no se nos alcanza qué calumnia pudo presentarse para perjudicar al caudillo ateniense en el ánimo de los persas; ni comprendemos cómo podian abrigar nuevos rencores por cualquier acusacion que se presentase contra él ante un capitan del rey, despues de llevar á cabo en el Danubio actos contra la dominacion persa que debian hacerle más sospechoso que las más negras acusaciones; despues de pagar á sus enemigos superabundantemente en Maraton, todos los daños y perjuicios que á él le habian hecho, incluso la prision de su hijo. La idea de tomar venganza de los parios, por haber sido acusado de helenismo ante los persas por un hombre de aquella procedencia, hacia 25 años, envuelve un motivo tan fútil para un hecho de tal magnitud, que sólo puede achacarse á invencion de enemigos mezquinos, como los alcmeonidas que, cegados por el odio personal, no re-

(1) Herod. VII. 10.

paran en los medios de atacar al adversario. Tradiciones alcmeonidas y de Paros son las que ha seguido en esta relacion Herodoto, particularmente en la parte que se refiere á los sucesos ocurridos despues del levantamiento del sitio, y en lo que atañe á las desgracias del caudillo á qnien se pinta como un hombre alucinado; razon por la cual tiene muy buen cuidado de advertir que sólo hasta ese punto concuerdan las tradiciones de los griegos sobre el particular, separándose luego la de los parios, á la que él mismo da la preferencia, sin duda porque esa version, que atribuye la desgracia del caudillo á un crimen religioso frustrado, se amoldaba mejor á sus ideas y sentimientos religiosos. Por lo que á los parios respecta luego veremos los motivos que tuvieron para encubrir en las nebulosidades de esa fábula su antigua y antipatriótica conducta.

Contra la supuesta «relacion unánime de los griegos» acerca de la expedicion de Milciades á Paros existen tradiciones que presentan bajo otro aspecto los hechos. Un pasaje tomado de las obras de Eforo, dice que «Milciades llevó á cabo desembarcos en varias islas verificando en ellas grandes devastaciones. Tuvo sitiada á Paros, que era entonces la más rica y poderosa ciudad de las Cicladas, tanto por el lado del mar como por el de tierra. Ya habia destruido las murallas y sus habitantes estaban resueltos á entregarse cuando, de repente, empezó á arder un bosque próximo á Myconos. Los parios creyeron que era una señal de socorro que les daba el general Datis, rompieron el compromiso y rehusaron entregar la ciudad» (1). Con esta relacion concuerda la que nos da Nepote, cuando dice, que «los atenienses entregaron á Milciades una armada de 70

---

(1) Steph. Byz. *Páros.*

galeras para que atacase las islas que habian prestado auxilio á los persas. En esta expedicion redujo á su deber á la mayor parte y tomó algunas á viva fuerza. Habiéndose negado á obedecerle la más importante de todas, Paros, mandó bajar á tierra á sus tropas, construyó vallados al rededor de la ciudad y la cortó las comunicaciones con el exterior. Terminados ya los cercados y techos de abrigo, hizo un movimiento de avance en direccion á la muralla y, cuando estaba á punto de apoderarse de la plaza, se prendió fuego, durante la noche, no se sabe cómo, á un bosque situado en el interior del país. Sitiados y sitiadores, al ver el fuego, creyeron que era una señal dada á los segundos por las tropas del rey; y fiados en su socorro los parios rehusaron hacer la entrega de la plaza, al mismo tiempo que Milciades, temiendo verse atacado por la armada real, despues de prender fuego á las obras de asedío que habia levantado, se puso en camino para Atenas, con las mismas naves que habia traido y con varias heridas que recibió en el sitio» (1).

Despréndese de estas relaciones que el caudillo ateniense tuvo más sérios propósitos que los de ejercer una mezquina venganza personal, y que el fin principal de su espedicion fué arrancar á la dominacion persa las Cicladas que Datis habia anexionado al Imperio en la anterior campaña (2). Atenas misma habia sentado el principio de que la sumision de un Estado heleno á la soberanía de Persia, envolvia una traicion á la patria; y era muy natural que diese algun paso efectivo para sustentar ese principio en el terreno de los hechos. Pero aun en la relacion de Herodoto se descubre claramente

(1) Nepos Miltiades, 7.

(2) Herod. VI, 49. 96. 99. VII, 95. Aeschyl. Pers., 885. 886.

que Milciades intimó á las islas que abandonasen el partido del Rey para abrazar de nuevo la causa de los griegos. Tal exigencia por parte de Milciades era, sin duda, exagerada; ya que, de cualquier modo que verificasen su separacion de Persia, se exponian á un severo castigo. Tampoco podia creer Milciades que 70 triereos bastasen para poner las costas de las islas á cubierto de cualquier ataque de la armada persa; sin embargo podia aspirar á reforzar su propia flota con las naves de aquellas, y reanudar por este medio sus interrumpidas relaciones con el Quersoneso y las costas asiáticas. En realidad este era tambien el procedimiento más breve y seguro para formar una armada que pudiera arrebatar á los persas el dominio del Egeo y oponerse á un desembarco de tropas enemigas en Atica. A lo menos, en el supuesto de que no se lograse apartar á las islas de la alianza persa, y obligarlas á correr el riesgo de una guerra con tan poderoso enemigo, habia probabilidades de inutilizar la estacion que habian establecido en las Cicladas y que tan excelentes servicios podia prestarles para el aprovisionamento de sus tropas y para organizar desde allí desembarcos en Eubea y Atica. Los triereos que se tomasen á los aliados de Persia eran otros tantos elementos que se quitaban al enemigo de Atenas; y por la misma razon se trataba de arrebatar á los isleños sus provisiones, de saquear sus campos, y de exigirles sumas de dinero que, de otro modo, irian á llenar las arcas del tesoro persa. De esta manera, sin obligarles á esgrimir sus armas contra los persas podian coadyuvar á hacerles la guerra.

Por donde se vé que Milciades dirigió su campaña en último término contra los persas y que si la expedicion no producia el resultado de impedir una nueva invasion del enemigo en Atica, á lo menos podia difi-

cultarla, ya estendiendo los dominios de la pequeña república, ya tambien aumentando sus recursos y medios de defensa. Osado indudablemente era el pensamiento de poner á Atica en condiciones de tomar la defensiva contra un enemigo que, en las peores circunstancias, podia oponer fuerzas muy superiores; pero siempre la quedaba el recurso de rehuir el combate. Ya hemos indicado antes el medio de que se valió Milciades para poner en práctica tan atrevido pensamiento sin haber obtenido resultado; ahora comprendieron los caudillos atenienses que la táctica más segura consistia en hacer la guerra á Persia en el mar Egeo, siquiera fuese preciso sacrificar las Cicladas si no abandonaban el partido enemigo; semejante alternativa se impone con harta frecuencia á los paises que tienen la desgracia de hallarse colocados entre pueblos beligerantes. En realidad no habiéndolas dejado Persia en libertad de seguir sus inclinaciones ó de permanecer neutrales, ningun derecho tenian á que Atenas respetara su nueva situacion.



Resumiendo las luchas que se deducen de las tradiciones que acabamos de exponer, resulta que, bajo el primer arcontado de Arístides, pidió Milciades, en la primavera del año 489, que se le entregara la armada con un buen contingente de tropas, para realizar una empresa de la que esperaba obtener grandes y positivas ventajas para los atenienses (1). Estos no vacilaron en

(1) Plut. Aristid. 5. Comp. Aristid. c. Caton. 2, Marmor Pariuns ep. 50. Es evidente que la expedicion no pudo verificarse el 490. En efecto; la batalla de Maraton se libró hácia mediados de Setiembre y aun tuvo qne trascurrir algun tiempo hasta que estuvo lista la armada; por otra parte los atenienses no hubieran permitido que sus naves salieran á la mar en pleno invierno.

poner su flota y sus mejores soldados en manos de un hombre que merecia toda su confianza. Seguramente no se ocultaban á tan entendido capitan los peligros de la empresa, aunque no sabemos que los diera á conocer á los atenienses. Si, en el momento de su partída, no se hallaba aun lista la armada enemiga, acantonada en las costas asiáticas, podia estarlo de un momento para otro. De todos modos la campaña tuvo feliz comienzo. Algunas de las Cicladas occidentales se pasaron á los atenienses, á las que Herodoto añade Ceos, Cythnos, Sifnos, Serifos y Melos; otras pagaron la contribucion de guerra que se les impuso y las que no se sometieron fueron entregadas al saqueo (1).

A consecuencia de las desgracias que sufrió Naxos en la lucha con Persia el año anterior, habia quedado Paros á la cabeza de las Cicladas, por su poder y riqueza. Milciades la intimó que se sometiese á los atenienses ó de lo contrario pagase una contribucion de 100 talentos. En realidad la isla se hallaba en condiciones de satisfacer una cantidad mayor que esta, puesto que su matrícula anual, como aliada de la Confederacion ática, ascendia despues á 16 talentos y, en ocasiones á 30. Pero el temor de atraerse la venganza de los persas se sobrepuso á todas las demás consideraciones, y Milciades puso sitio á la ciudad por mar y por tierra. Las obras de combate y asalto construidas al rededor de sus muros, prueban suficientemente que se proponia tomarla y conservarla para Atenas, y hasta se dice que fué el primer griego que empleó esos medios de asedio contra las murallas de Paros. Indudablemente puso en grave apuro la ciudad, puesto que tanto Eforo, en dos distintos pasajes, como Herodoto, hacen notar que los

(1) Herod. VIII, 46,

sitiados reparaban durante la noche los daños que Milciades les hacia durante el dia, es decir que tapaban las brechas que habian abierto los atenienses.

No obstante, pasadas ya más de tres semanas de asedío, se hallaban tan derruidos los muros, que los parios no se sintieron con ánimos para resistir más tiempo y convinieron con Milciades las condiciones de la capitulacion. Entonces vieron levantarse por el Este, cerca de Myconos, una gran columna de fuego y humo. Los persas comunicaban sus avisos por medio de fuegos que pasaban de una isla á otra, por cuya razon creyeron los sitiados que aquella era la señal de la aproximacion de la armada persa, á cuyo frente, segun el testimonio de Eforo, se hallaba otra vez Datis, quien iba en socorro de la ciudad. En esta creencia negáronse los parios á cumplir lo pactado, hecho perfectamente comprobado por la frase proverbial griega *anapariatzein*, como si dijéramos *despariarse,* con que se designa el acto de aquellos que rehuian el cumplimiento de convenios ajustados (1).

El mismo caudillo ateniense interpretó la aparicion del fuego en igual sentido que los parios, lo cual es indicio seguro de que sabia que en las costas asiáticas estaba reunida ó se estaba armando una numerosa flota enemiga á la que él no podia hacer frente; por cuya razon, despues de prender fuego á las obras de ataque y asalto que habia construido, embarcó de nuevo sus tropas. El mismo recibió varias heridas, segun lo atestigua Eforo, y se puede colegir de su carácter, que no lo permitia huir del peligro. Hállase confirmado este hecho por diversos testimonios: uno afirma que fué herido en un muslo por un proyectil de los sitiados; otro dice que

(1) Herod. IX, 3. Steph. Byz. l. c.

fué arrojado desde lo alto de la muralla, sin duda en un ensayo de asalto (1); hechos que la tradicion de Paros presenta modificados en la forma en que los expone Herodoto, adicionados con el episodio de Liságoras y la cólera de Milciades contra este pario y el otro relativo á la profanacion del santuario de Céres, consecuencia de la cual fué la herida recibida en el muslo. Hallándose este santuario extramuros de la poblacion, sobre una eminencia, es natural suponer que Milciades escogió aquel sitio para dirigir desde allí las operaciones del bloqueo, cuya circunstancia pudo servir de fundamento á la leyenda mencionada.

Eforo sostiene que «Milciades regresó á Atenas con las mismas naves que habia sacado para su expedicion.» Por consiguiente, si no hubiera tenido más objeto que el de molestar y perjudicar á los nuevos súbditos del imperio persa, á presencia casi de la misma flota enemiga, logrado quedaba con la devastacion de la isla, que menciona el mismo Herodoto, ya que ningun daño habian sufrido los intereses de Atenas. Pero cuanto más grandes y gloriosas fueron las esperanzas que se fundaron en los resultados de la expedicion, alimentadas muy particularmente por el misterio con que el mismo caudillo envolveria sus planes, tanto más penosa y desfavorable fué la impresion que su fracaso produjo en Atenas. Esperábase un hecho de armas brillante del vencedor de Maraton, á quien despues de este triunfo se creia poco menos que invencible. Por otra parte nadie llegó seguramente á figurarse que se pusiera á contribucion toda la flota ateniense para verificar un acto de simple pirateria y que aun así retrocediera sin haber

(1) Schol. Ael. Aristid. p. 218 Frommel. Schol. Aristid. inedit. en Valckenaer ad Herod. VI, 136.

dado cima á la empresa. Así es que la consideracion de lo que habian esperado ganar pesó más en el ánimo de los atenienses que la satisfaccion de volver á ver íntegra su flota y de saber que habia puesto en grave apuro á los de Paros y ganado para su causa algunas de las Cicladas.

Los adversarios de Milciades, en particular Jantippo y los alcmeonidas, se aprovecharon á maravilla de este cambio de la opinion popular. El temor de que Milciades se apoderase del mando quedaba enteramente desvanecido si ellos sabian explotar el presente fracaso; pero no les bastaba inutilizarle para el gobierno; querian deshacerse de él por completo para alejar hasta el peligro de su competencia. Así, pues, pusieron en juego toda su influencia para lograr ahora lo que no pudieron alcanzar cinco años antes; era en efecto la ocasion más propicia para humillar al hombre que, desde la jornada de Maraton, ejercia un dominio absoluto sobre el pueblo ateniense, de tal manera, que jamás pudiera levantarse ni recuperar su prestigio, quedando así incapacitado para perturbar la política de los alcmeonidas, ya que con él quedaba tambien extinguida la familia de los filaidas.

Por estas lijeras indicaciones se podrá juzgar del negro colorido con que se pintaria todo lo que hacia relacion á la expedicion de Milciades. Sus enemigos dirian seguramente que habia ejercido actos de tiranía sobre el pueblo ateniense, arrogándose la atribucion de declarar la guerra segun su capricho; que habia envuelto en el misterio sus planes y habia procedido como los piratas, á la manera que Histieo y Aristagoras; que habia engañado á los atenienses, seduciéndoles con la promesa de soñadas ventajas; que habia emprendido la expedicion bajo su responsabilidad y que, por tanto,

debia sufrir tambien las consecuencias; que habia abusado de la confianza que depositaron en él los atenienses, comprometido la gloria adquirida con el concurso de todos y sepultado al pié de las murallas de Paros el prestigio de las armas atenienses; era preciso, pues, proceder con severidad y hacer un duro escarmiento, á fin de que nadie osara en lo sucesivo abusar de esta manera de la confianza del pueblo ateniense, arrogándose atribuciones y poderes extraordinarios. Era preciso hacer ver que los méritos contraidos al servicio del pais, aun en Maraton, no podian servir de carta blanca para cualquier delito.

***

Sin duda que Milciades tenia razones muy poderosas que alegar en su defensa: nadie era capaz de tomar medidas más prudentes y acertadas para combatir á los persas que las que él habia propuesto; si hubiese abandonado el secreto, y expuesto ante la Asamblea popular el plan de su expedicion contra las Cicladas, la flota persa habria acudido al punto indicado antes que sus naves; precisamente para evitar este resultado habia emprendido la expedicion bajo su responsabilidad exclusiva; de todos modos habia obtenido la ventaja muy considerable de quitar á los persas toda posibilidad de encontrar provisiones y naves en dichas islas si renovaban la guerra contra Atenas el año inmediato. No habia cedido al valor de los parios; antes bien, habíase retirado por conservar íntegra la flota de su patria, y si levantó contribuciones en país enemigo, es porque la guerra exije dinero.

Si la mirada de Milciades hubiera podido penetrar en el porvenir, hubiera demostrado á los atenienses que su expedicion no era más que el preludio de otras muchas que ellos mismos enviarian á dichas islas; hu-

biera podido recordarles que no era el más insignificante de los fundamentos de su poderío el subsidio que suministraban las Cicladas, y que uno de sus mas distinguidos caudillos, 60 años despues de su combatida expedicion les aconsejaria que tomasen parte en un combate decisivo, por la razon de que ellos tenian 6.000 talentos en su tesoro militar, mientras que el enemigo carecia absolutamente de recursos.

Tan dominados estaban por la pasion del odio Jantippo y sus parciales y tan vivo era su deseo de no perder la ocasion, que no tuvieron siquiera el miramiento de esperar el desenlace de las graves heridas que recibió en el sitio de Paros; antes, por el contrario, no vaciló en pedir la pena de muerte para el ilustre caudillo mutilado en el servicio de la patria, al que esta debia la decisiva victoria de Maraton. El odio de partido, hermanado con el rencor de familias rivales, no podia proceder con más encono: pedir la pena de muerte para un general porque no habia podido tomar una ciudad bien fortificada que, ademas, esperaba socorro inmediato de la armada persa! Y sin embargo, la habia reducido al extremo de pedir la capitulacion. La injusticia de semejante proceder salta más á la vista si se tiene en cuenta que nueve años despues se volvió á poner en práctica el plan de Milciades contra las Cicladas, tomando parte en la empresa todos los helenos; y las fuerzas navales de toda Grecia, despues de obtener uno de sus más gloriosos triunfos, sin hallarse amenazadas por la armada enemiga, tuvieron que declararse impotentes para tomar la insignificante ciudad de Andros, cuyo único delito era haberse sometido á los persas como Paros, sin que por eso se formara causa á ninguno de los caudillos de la armada griega.

Segun autorizadas tradiciones la acusacion presen-

tada contra Milciades no se fundó en el saqueo de las islas; al decir de Herodoto se le acusó de «haber engañado al pueblo,» cuyo engaño, como se deduce del contesto de la narracion del mismo historiador, consistia en no haber llevado á Atenas las sumas de dinero que habia prometido al pueblo. No obstante, Eforo sostiene que sus enemigos le acusaron de traicion, y se fundaron en que «habiendo podido tomar la ciudad de Paros, no lo hizo porque recibió dinero del rey.» Oigamos la exposicion que hace Herodoto, que debemos aceptar como la más fidedigna, á juzgar por las fuentes de donde ha tomado sus datos.

«Despues de su regreso de aquella isla, no hablaban de otra cosa los atenienses que de su infeliz expedicion; pero quien sobre todo le acriminaba era Jantippo, quien, aspirando á formarle causa capital ante el pueblo, le acusaba de haber engañado á los atenienses. Milciades no respondió en persona á la acusacion, hallándose imposibilitado por causa de su muslo enconado con la herida; sin embargo, estando él en cama, defendiéronle sus amigos con el mayor esfuerzo, haciendo valer mucho sus servicios en el combate de Maraton, como tambien en la toma de Lemnos, que cedió á los atenienses despues de someter á los pelasgos. Absolvióle el pueblo de la pena capital; mas por el perjuicio causado á la república le multó en 50 talentos. Despues de este fallo, como se le enconase y pudriese el muslo, falleció Milciades, y su hijo Cimon pagó la multa del caudillo» (1).

La relacion de Nepote difiere en algunos detalles sustanciales, aunque conviene en el fondo de la cuestion. «Milciades fué acusado por su expedicion á Paros, por

(1) Herod. VI, 136.

más que era otra la causa verdadera de la acusacion presentada contra él. Los atenienses recelaban de cualquiera de sus conciudadanos que adquiria algun prestigio, á causa de la tiranía de los pisistratidas, abolida pocos años antes. Milciades, acostumbrado al mando y al desempeño de cargos públicos, no parecia que pudiera resignarse á vivir como particular, mucho más cuando la costumbre debia hacerle apetecer el gobierno, ya que todo el tiempo que estuvo en el Quersoneso fué el jefe de su república y se le habia llamado tirano, aunque ejerció la tiranía con justicia; por cuya razon el pueblo quiso más bien cartigarle siendo inocente que vivir más tiempo presa del temor. Fué es verdad absuelto de la pena de muerte, pero se le impuso una fuerte multa, que se fijó en 50 talentos, por ser esa la cantidad empleada en el armamento de la armada expedicionaria. No habiendo podido Milciades satisfacerla en el acto, fué reducido á una prision y murió en ella.» La idea de que los atenienses condenaron al célebre caudillo por el recelo que le inspiraban sus aficiones á la tiranía, proviene seguramente de Eforo. En realidad de verdad, semejantes temores eran infundados antes de la expedicion á las Cicladas; por consiguiente aun tenian ménos razon de ser despues del fracaso de Paros.

Acerca de la marcha del proceso de Milciades, dice Platon que los atenienses le habian condenado á sufrir la pena de muerte, y hubiera sido arrojado en el Barazron sin la intervencion de los pritanes (1). Otro escritor amplia esta noticia diciendo que «al ser citado á juicio Milciades, el que concibió el proyecto de someter las islas á la soberanía de Atenas, por el fracaso de Paros, se interpuso el pritane y pidió su absolucion» (2).

(1) Platon. Gorg. p. 516.
(2) Schol. Aristid en Valckenaer ad Herod. VI, 136.

Plutarco dice: «condenado al pago de 50 talentos fué encerrado Milciades en una prision hasta tanto que hiciera efectiva la multa, y murió en ella. Por amor á Elpinice, hija de Milciades, se ofreció el rico Callias á pagar dicha suma, si la jóven consentia en otorgarle su mano; y habiendo asentido ésta, lo mismo que Cimon, su hermano, se efectuó así. Diodoro hace notar que Cimon se ofreció á sustituir á su padre en la prision, á fin de poder darle sepultura, no sin tomar á su cargo la deuda del difunto; luego pagó Callias por él los 50 talentos» (1). Sin embargo, hay quien supone que fueron otras las razones en que se fundó Callias para pagar la deuda de su amigo Cimon (2). Por último, citaremos aun el testimonio de otro escritor que se contenta con decir lacónicamente que «Milciades murió en la prision, siendo ya muy anciano, por una pequeña deuda que habia contraido con el municipio» (3).

Tanto Herodoto como Platon afirman que el proceso de Milciades se discutió en la Asamblea popular; sin duda tuvieron en cuenta sus enemigos que cuanto mayor fuese el número de los jueces más fácil era despertar antipatía general contra el acusado y menor la responsabilidad que á cada uno correspondia. Segun el procedimiento criminal ático se discutia ante todo la cuestion relativa á la existencia del delito; si quedaba probada la culpabilidad del acusado, se deliberaba acerca de la clase de castigo que correspondia imponerle y se fijaba en votacion ordinaria.

Jantippo ofreció á su patria uno de los espectáculos

(1) Diodor. Excerpt. de virt. Justin. II, 9.

(2) Tzetzes, Chiliad. I, 22.

(3) Epp. Ps.-Aesch. 3. Böckh, Economia política, II, 17, 2.ª ha demostrado que este Callias no pertenecia á los dadujos, ni era hijo de Hipponico.

más tristes y más repugnantes que nos presenta la historia, al llevar como criminal ante la Asamblea popular á uno de los más hábiles y generosos caudillos que jamás tuvo Grecia, vencedor en una de sus más brillantes batallas, en el momento en que yacia postrado por heridas recibidas en el servicio del pais, incapacitado de todo punto para defenderse, pidiendo al pueblo que impusiera la pena de muerte á aquel que le habia librado poco antes de caer en la esclavitud, que habia librado su capital de la completa ruina y á sus hijas y mujeres del deshonor y de la vergüenza. Seguramente que en aquellos momentos sentiria Milciades no haber sucumbido con Calimaco al lado de las naves persas.

Lo que no está perfectamente averiguado es si el curso del proceso se desarrolló con caractéres tan dramáticos como supone Platon, segun el cual no sólo respondió el pueblo en sentido afirmativo á la cuestion de la culpabilidad, sí que tambien al punto concreto de la pena de muerte, que se hubiera ejecutado en el anciano caudillo sin la intervencion del Pritane. Esta solo se explica suponiendo que una vez votada la culpabilidad del acusado y viendo que se excitaban de una manera peligrosa las pasiones del populacho, durante la discusion de la pena, el presidente ó Epistates de los 50 pritanes, para evitar que el pueblo pronunciara taxativamente tan injusta sentencia, suspendió la votacion, usando de un derecho que le correspondia. Este aplazamiento contribuyó á serenar los ánimos y libró á los atenienses de una mancha vergonzosa, que principalmente hubiera recaido sobre Jantippo. Segun todas las apariencias fueron caudillos de los partidos burgués y agrícola los que presentaron, como contra-proposicion á la que pedia la pena de muerte, la mocion de que se le impusiera una multa de 50 talentos, cuya misma im-

portancia aseguraba, á juicio de los amigos del acusado, el éxito de la contra-proposicion y la derrota de Jantippo (1).

La multa era muy considerable; mas, por un lado era grande la enemiga del partido que se trataba de vencer, y por otro debia ser tambien respetable la fortuna de los filaidas, por cuanto el hijo de Milciades aparece luego en posesion de grandes riquezas. Sin embargo, esto no quiere decir que fuese fácil satisfacer en seguida y de un golpe la indicada suma de 50 talentos ó sea 1.170.000 reales. El derecho ático prescribia la prision para el condenado á pagar una multa al Estado, quedando él y sus herederos excluidos de los derechos de ciudadanía, hasta que se verificase el pago de la multa; asi vemos que Demóstenes fué reducido á prision por haber sido condenado tambien al pago de 50 talentos en el proceso de Harpalo (2). En la tradicion no encontramos dato alguno que confirme la prision de Milciades, atestiguada por Eforo y otros escritores más modernos; y Herodoto no la menciona por más que hace notar que la multa fué satisfecha por su hijo despues de la muerte del padre.

Como quiera que sea, los alcmeonidas habian logra-

(1) No acepto la correccion que se pretende introducir en el pasaje de Demóstenes, «Aristocr. p. 688 R.: kai Kímôna hóti tén patrion (Pariôn) metekínêse politeian ef'heaütû para treis men afeìsan psêfus tó mè zanátô tsemiôsai, pentékonta de talant' exépraxan,» por Kimôna Milziádên; en primer lugar porque la tradicion más fundada lee Pariôn, por ser este el vocablo que da mejor sentido; siquiera no tengamos otra noticia de este cambio constitucional, como ocurre con otros muchos hechos de aquella época; pero es digno de atencion que poco antes y poco despues del citado pasaje se habla de Milciades y de Maraton.

(2) Plut. Demosth. 26. Böckh cita otros casos análogos, Economía política I, 514. 2.ª

do su objeto, inutilizando al único hombre que habia osado oponerse á su desgraciada política. Seá que muriese en la prision de los deudores ó fuera de ella, pero en todo caso privado de los derechos de ciudadano, Atenas no podrá nunca borrar el baldon de haber condenado á ignominiosa muerte al caudillo que, con singular bravura, osó declarar la guerra á Dario en el Danubio, que con sin igual abnegacion la cedió estensos territorios conquistados por la sola fuerza de su brazo y que, segun dice Eupolis á los atenienses en la Poleis: «les dejó la riqueza de la guerra de Maraton» (1). Esta enorme falta no se amengua en manera alguna por la consideracion de que este pueblo ingrato no procedió más justa y cuerdamente con Temístocles, Cimon y Pericles. Pero Atenas preparó con este hecho su ruina, destruyendo por su propia mano la mejor de sus espadas; y los persas no tardarian mucho tiempo en presentarla ocasion de arrepentirse de su nécia ingratitud y de su locura.

(1) Photius Lexic. p. 362, 12.

IV.

LA EXPEDICION DE CLEOMENES.

Desde que fué sofocado el levantamiento de los jónios no cejó Dario un momento en su propósito de ensanchar sus dominios por Occidente con la conquista de Grecia. Si no siguió inmediatamente á la campaña de Mardonio la expedicion de Datis y Artafernes, tal retraso fué motivado por el levantamiento de Thasos, por la construccion de las barcas para el trasporte de caballos y muy particularmente por la sublevacion de los egipcios que, sin embargo, fué sofocada con notable rapidez, gracias á la oportuna presencia del mismo rey en Memfis y á las eficaces medidas que se adoptaron en el sentido que reclamaba la situacion del pais (1). La misma derrota de Maraton fué un estímulo más para continuar la guerra en Occidente y reparar así la afrenta que habian sufrido las armas persas; porque si bien es cierto que estas habian tenido que retroceder ante la infranqueable barrera de las estepas del Yaxartes y del Dnies-

(1) Aristot. Rhet. II, 20. Polieno, VII, 11, 7.

ter, ningun pueblo habia osado hasta entonces hacer frente á los ejércitos de Dario, ni sus armas habian dejado una sedicion sin escarmiento.

Tanto los jónios como los atenienses habian demostrado gran habilidad militar en la séria resistencia que opusieron á fuerzas muy superiores y un valor que desconcertó los planes del enemigo; pero de esto sólo se deducia que debia procederse con más precaucion y que era preciso oponerles aun mayores fuerzas. Al recibir la noticia de la derrota sufrida por Datis y su colega Artafernes, ordenó Dario que se hiciesen considerables preparativos en buques, caballería, infantería y barcos de trasporte (1). La osadía de Milciades al tomar la ofensiva con el propósito de arrebatar las Cicladas á la soberanía de Persia pudo hacer comprender á Dario la necesidad de aumentar las fuerzas militares del imperio, por más que en aquel caso concreto hubieran bastado las naves que se hallaban ya alistadas para ahuyentar de Paros á los atenienses. Al mismo tiempo se dió orden de acumular cuantiosas provisiones para el sostenimiento de los ejércitos de mar y tierra.

Persia contaba, además, con poderosos auxiliares en la misma Grecia. Aparte de los cantones de la Península y de algunas islas que, como Egina, habian otorgado voluntariamente el agua y la tierra, y de los pretendientes al trono de Atenas ó sea los hijos de Hippias que habian fijado su residencia en Persia, el año 488, que siguió á la expedicion de Milciades, se presentó en Susa uno de los reyes de Esparta, descendiente de la familia heráclida, pidiendo apoyo para recobrar la perdida corona. Dario no podia haber soñado cosa más favorable á sus planes que la presencia y amistad de estos

(1) Herod. VII, 1.

dos pretendientes á la tiranía de Atenas y de Esparta; así fué que recibió con grandes honores al ex-soberano de este país y fundó para él un principado compuesto de Teuthrania, Halisarna y Pérgamo, cuyas rentas debian servir para su sostenimiento y para el de sus descendientes.

Segun el testimonio de Herodoto encontrábase Demarato en la corte de Susa al ocurrir el levantamiento de los egipcios; por consiguiente debió trasladarse á aquella capital el año 487 ó antes; contra esta noticia tan precisa, que tiene en su favor la autoridad de los mismos descendientes de Demarato, no tiene valor alguno la afirmacion de Ctesias, segun el cual hubo de presentarse á Xerjes en el momento de llegar este á Abidos (1).

Ya hemos tenido ocasion de ver que ningun griego procedente de la Península, en particular si pertenecia á alguna de las familias que figuraban á la cabeza de los cantones, habia invocado en vano el magnánimo auxilio de los reyes persas. Cuanto más suntuoso y rico fuese el recibimiento y el trato que se diese á estos expatriados, era tanto más seguro que tendrian imitadores; y estas defecciones del campo enemigo eran refuerzos para el ejército persa.

Con la firmeza y serenidad de ánimo que le distinguia dictó Dario las disposiciones convenientes para llevar á cabo los preparativos de la campaña contra los griegos dirigiendo él mismo su ejecucion con la pericia que él sólo tal vez poseia en su vastísimo imperio; dos años despues de la expedicion de Milciades se hallaba todo dispuesto para emprender las operaciones, que debian dar comienzo en la primavera del año 486.

(1) Herod. VII, 3. 104. 239. VI, 70. Xenoph. Anab. II, 1, 3. VII, 8, 17. Hellen. III, 1, 6. Pausan. III, 7, 7.

Pero en aquel momento ocurren sucesos que desbarataron todos estos planes. En primer término se vieron paralizadas las operaciones contra los griegos por el levantamiento de los egipcios, tanto más inesperado cuanto que Dario habia tratado este pais con singular moderacion y prudencia, desde los primeros años de su reinado; habia tenido especial cuidado en hacer que se respetaran sus templos y él mismo habia costeado uno que se erigió en el oasis el Jarigheh; habia hecho levantar monumentos funerarios á los apis muertos en los años 518 y 491; habia terminado la construccion del gran canal que ponia en comunicacion el Nilo con el Mar Rojo, de suma importancia para el comercio del pais de los faraones y habia tambien promulgado leyes cuya benéfica influencia reconocieron los mismos egipcios. Al frente del levantamiento del Nilo se puso un faraon llamado Jabash, «bajo los auspicios de Ptah», númen de Menfis. Dario no se desconcertó por tan inesperado suceso, y desde luego pensó hacer simultáneamente la guerra contra Egipto y contra Grecia, dictando al efecto las oportunas disposiciones; pero «cuando estaba á punto de emprender las operaciones contra Egipto y contra Atenas, le sorprendió la muerte» (1).

Con Dario se apagó una vida por extremo activa, rica en peripecias y en luchas extraordinarias; porque este príncipe fué experto en la guerra, prudente y experimentado en el gobierno, y nunca le igualó soberano de Oriente en poder y magnificencia. Por uno de los hechos más atrevidos que registra la historia, habia roto el nudo gordiano fabricado por uno de los más astutos y hábiles complots que se conocen, evitando así el desmoronamiento del vasto imperio de Ciro, que logró recons-

(1) Herod. VII, 2. 4.

tituir por medio de atrevidos combates, osadas combinaciones, y venciendo además crísis preñadas de peligros.

Dario no gobernó sólo empleando la severidad y la fuerza; por su dulzura, por su dignidad y su elevacion de ideas, habia sabido conquistar el respeto y la sumision de los pueblos. Habia restablecido órden completo en el interior y reglamentado los diferentes ramos administrativos con disposiciones que garantizaban el respeto á la autoridad de los funcionarios públicos, al mismo tiempo que realzaban el prestigio de la corona; estableció un sistema de impuestos que proporcionaba al tesoro público recursos abundantes, sin necesidad de esquilmar ni agobiar á los contribuyentes. Este magnánimo príncipe respetó las creencias, usos, leyes, idiomas y hasta el régimen autonómico de las diferentes nacionalidades que formaban sus vastos dominios, imponiéndoles únicameute la observancia de las leyes generales del imperio y la vigilancia de los funcionarios reales: testigos de esto son los jonios, y aun los hebreos tienen que alabar la magnanimidad de Dario, como la de Ciro.

El imperio de los persas tiene que agradecer á este príncipe la construccion de magníficas vías que le cortaban en todas direcciones, la fundacion de una capital bien situada, el ensanche de sus fronteras hasta el Himalaya y el Olimpo, hasta el Cáucaso y la gran Sirte. Mucho tiempo antes de su muerte habia mandado construir su sepultura, no lejos de su palacio de Persépolis; y en este suntuoso mausoleo fue depositado el más grande de los soberanos persas, que ni antes ni despues tuvo semejante en aquel imperio, muerto, segun Herodoto á los sesenta y cuatro años, segun Ctesias á los se-

tenta y dos, en la primavera del año 485 antes de Jesucristo (1).

Documentos hallados en nuestros dias expresan con notable exactitud los años del reinado de Dario. Las fechas que dá el canon de Ptolomeo han recibido hoy nueva confirmacion por las tablas babilónicas de Egibi, que suministran datos precisos desde el primer año de su reinado hasta el 35; varias estelas egipcias llegan hasta el año 34 de dicho reinado (2), y el contrato comercial, que se conserva en Turin, coloca á Famenoth en el año 35 del mismo.

***

Los griegos, en vez de aprovecharse de aquella tregua que les dieron por un lado los grandiosos preparativos realizados por Dario, sin duda bajo la impresion del fracaso de sus tropas en Maraton y del atrevido ataque de Milciades á las Cicladas; por otro el levantamiento de los egipcios y la muerte del rey, sucesos tan inesperados como favorables; en lugar de oponer á los armamentos de los persas análogos preparativos y de apercibirse por todos los medios para el ataque, aunando sus fuerzas en una aspiracion comun, no sólo no adoptaron medida alguna en este sentido, sino que Esparta persiguió su política egoista de separar y enemistar los diferentes cantones y envolverlos en luchas interiores, adquiriendo de este modo una responsabilidad de que no la exime, en manera alguna, su negativa á secundar el movimiento de los egipcios.

Y sin embargo, los hombres que dirigian entonces los destinos de Grecia tenian experiencia y penetracion suficientes para poder apreciar estas cuestiones internacionales y adoptar la actitud más conveniente á los in-

(1) Herod. I, 209. Ctes. Pers. 19.
(2) Transact. bibl. Arch. 6, 69 sig. Monumentos eg. 4.076. 4.408.

tereses del pais, en relacion con la marcha de los sucesos fuera del mismo; precisamente bajo el reinado del faraon Amasis mantuvo Esparta íntimas relaciones comerciales con el pais del Nilo, y más de una vez hemos citado ejemplos de intervencion meramente política de unos cantones en los asuntos de los otros; recuérdese la de Corcyra y Corinto cuando Hippócrates amenazó en 492 á Siracusa. Pero en los momentos actuales eran otros los asuntos que llamaban la atencion de Esparta. Al mismo tiempo que Atenas se deshacia del vencedor de Maraton, caminaba rápidamente á su disolucion la liga formada por varios cantones del Peloponeso, de manera que la simaquía espartana, el único ensayo formal que se habia hecho para realizar la union de las fuerzas nacionales, iba á desmoronarse en los momentos en que más necesitaban los griegos de un lazo que mantuviese unidas sus fuerzas, para hacer frente al comun peligro. Tal era el asunto que preocupaba entonces á los gobernantes de la República espartana.

Ya vimos antes los medios de que se valió Cleomenes para deshacerse de su colega Demarato, que varias veces se habia opuesto á sus planes, y colocar en su lugar á Leotiquidas, descendiente de la rama segunda de Euripon; la influencia favorable que este cambio tuvo para los atenienses que, como resultado del mismo, se vieron libres de la contienda con Egina, y la presion que, por igual causa, se ejerció sobre esta república para evitar su union con Persia.

El destronado príncipe recibió en un principio con resignacion la pena de destitucion que se le impuso bajo la autoridad de un oráculo délfico; pero poco tiempo despues cambió de parecer y de conducta y no tuvo reparo en decir públicamente que su destitucion «seria para los lacedemonios orígen y causa de grandes cala-

midades.» Si este cambio fué producido por el escarnio que le hizo sufrir Leotiquidas en la fiesta de las gimnopedias, hallándose presidiendo un baile de niños «despues de haber mandado como rey,» segun pretende Herodoto ó por otra causa, es cosa que no podemos determinar á punto fijo; la relacion del citado historiador se funda sin duda en noticias que le comunicaron los descendientes del mismo Demarato.

Sea de esto lo que quiera, bajo el pretexto de que iba á Delfos para consultar al oráculo, encaminóse en derechura á Elis. Claro está que un príncipe de Esparta destronado era un peligro en cualquier punto que se presentase, mucho más si trataba de establecerse en él. Pero su presencia en Delfos era precisamente más peligrosa y molesta para Cleomenes, toda vez que podia averiguar de qué manera se habia fabricado el oráculo que pronunció la Pitonisa recomendando su destronamiento; por cuya razon las autoridades espartanas dieron órden de que se le detuviese y condujese de nuevo á Esparta. Demarato, empero, habia previsto que Elis, unida en estrecha amistad con aquel Estado, no le protejeria, por lo cual se apresuró á trasladarse á la próxima isla de Zacinto (Zante). Tambien le persiguieron aquí los esbirros espartanos, pero los zacintios rehusaron entregar al fugitivo, dándole así tiempo para huir al Asia y refugiarse en la corte de Dario, ya que no se le ocultaban las dificultades con que tendria que luchar para encontrar en Grecia un apoyo que nunca llegaría á conducirle al término de sus aspiraciones.

A pesar de todas estas precauciones sucedió lo que Cleomenes temia y habia querido evitar con la prision de Demarato: se hizo público el procedimiento y negra trama de que se valió para alcanzar de la Pitonisa el oráculo que ocasionó la ruina de Demarato. Tan pronto

como se divulgó la noticia en Delfos, desapareció de allí Cobon, no se sabe si desterrado por el municipio del pueblo ó con objeto de evitar el castigo á que se habia hecho acreedor, y la Pitonisa Perialla fué privada de su cargo. Entonces Cleomenes, temiendo que los espartanos le preparasen la misma suerte que él habia hecho sufrir á su colega, y estando resuelto á no comparecer ante un tribunal y á no dejarse destronar, se retiró á Tesalia. Desde luego se propuso ahorrar á los eforos el trabajo de enviar gentes en su busca. dándoles él mismo á conocer, con hechos palpables, el lugar donde se hallaba y demostrándoles los daños que podia ocasionar á Esparta si se le ponia en la alternativa de obrar como enemigo.

A pesar de las medidas que se habian puesto en vigor para tener en sujecion á los reyes de Esparta y evitar que un príncipe enérgico y resuelto pudiera acrecentar su poder con ayuda de los perioicos, aun existia en la organizacion de los poderes espartanos puntos flacos por donde era fácil el ataque. Entre los aliados de su simaquía habia algunos que no ocultaban su descontento contra Esparta; á uno de estos cantones se dirigió Cleomenes; el de Arcadia, cuyos habitantes sublevados por las maquinaciones del astuto príncipe, se apartaron, en ademan hostil, de la liga espartana. Resuelto á declarar la guerra á su patria obligó á los arcadios «á jurar que le seguirian donde quiera que les condujese.»

En tiempos antiguos y en momentos de gran peligro, se habian unido todos los valles de Arcadia bajo el mando de un sólo caudillo que les conducia á la guerra (1); este es el puesto que pedia Cleomenes y la union

(1) Busolt, Lacedemonios, p. 139 siguientes.

que exigia de los arcadios para llevar á cabo su empresa. Al Norte de Cleitor y no lejos de Feneo, en los montes de Aroania, próxima á la ciudad de Nonacris, se alza vertical una roca de la que cae un chorro de agua que desde allí corre en direccion á un vallecito, árido y de suelo pedregoso, situado al Norte. Los arcadios habian dado á este manantial el nombre de la fuente Estigia, que la epopeya coloca en el mundo subterráneo. A semejanza de los dioses que hacen sus juramentos por esta fuente «que comunica la vida,» quiso Cleomenes que los arcadios le jurasen fidelidad al borde mismo de la fuente Estigia de Nonacris, para lo cual condujo á aquel sitio á los magistrados de todos los valles de Arcadia. De esta manera quiso fundar la nueva liga, mediante la prestacion de un juramento solemne por el que se reconociese su autoridad suprema sobre la misma.

En realidad de verdad nunca se habia encontrado Esparta en situacion tan apurada como ahora; porque los arcadios unidos bastaban por sí solos para derribar el edificio de las simaquia espartana y sus fuerzas eran tambien superiores á las que podia presentar Esparta sola. Por otra parte la presencia de los arcadios en Laconia ó la simple declaracion de guerra seria motivo suficiente para producir un levantamiento general de los mesenios, secundado por los aqueos, los perioicos y los hilotas que vivian desparramados por el valle del Eurotas. Cleomenes habia demostrado con hechos repetidos que no reparaba en los medios, con tal que le llevaran al logro de sus fines; en Esparta se tenia por cosa cierta que, despues de llevar á su patria al borde del abismo, no vacilaria un momento en precipitarla en él. Y todas las previsoras medidas de Jilon para evitar un acto de fuerza por parte de los reyes, toda la série de disposicio-

nes encaminadas á llevar el gobierno por vias expeditas y á precaver tambien los caprichos de la aristocracia, y la rigurosa disciplina de los linajes nobles que se consideraba como inexpugnable baluarte del órden, eran recursos ineficaces ante el actual peligro, promovido por uno de los dos monarcas reinantes que, desde fuera, invadia el pais con fuerzas respetables al mismo tiempo que su colega fomentaba, desde la capital, el levantamiento de hilotas y perioicos.

Habia sonado la última hora para el Estado de Licurgo, de Teleclo y Teopompo, que con tanto trabajo fundaron los dorios, conquistadores del valle del Eurotas. Era evidente que si se encomendaba la decision á la suerte de las armas, podia Esparta darse á si misma el golpe de muerte; por tanto no quedaba otro recurso, aunque se resistiese á ello el orgullo espartano, que someterse á la voluntad del tirano, si habian de salvarse la liga y las instituciones pátrias. Una vez desvanecido el primer peligro, siempre quedaban expeditos otros caminos para salir del apuro; si se lograba atraer á Cleomenes á Esparta, los eforos, investidos como estaban de omnímodos poderes, y acostumbrados á obrar con el mayor sigilo, aprovecharian un momento favorable para combatir al astuto príncipe, á quien harian confiado sus mismos triunfos. Sus propios hermanos, los hijos de la primera esposa de Anaxandridas, el mayor de los cuales, Dorieo, habia sido excluido del trono por favorecer á Cleomenes, apoyarian cualquier medida dirigida contra su rival.

Los lacedemonios, pues, llamaron á Cleomenes con la promesa de mantenerle en posesion de sus antiguos derechos á la corona. Vencido el orgullo de Esparta volvió allá con la confianza que le inspiraban el apoyo de los arcadios que dejaba á la espalda y la misma debi-

lidad del pais que así se entregaba en sus manos. Pero su regreso fué tambien el término de sus tiranías.

«Apenas volvió á Esparta Cleomenes, cuando se apoderó de él una locura declarada, á la que habia estado propenso antes; al punto de que no se acercaba á él ningun espartano sin que le pegase en la cara con el cetro; por cuya razon sus mismos parientes, viendo que se propasaba á tales extremos de locura, le ataron á un cepo. En tal estado, cuando vió que le estaba guardando un hombre sólo, pidióle que le diese un cuchillo, y aunque el guardia se lo negó al principio, como le amenazara con castigarle algun dia, si salia de aquella prision, por ser de condicion hilota, diósele al cabo de puro miedo. Al verse con la cuchilla en la mano, empezó por sus piernas una horrorosa carnicería, haciéndose, desde el tobillo hasta los muslos, largas incisiones, y de aquí hasta las hijadas y lomos, continuando este destrozo en el mismo vientre. Tal es el fin desastroso que tuvo Cleomenes» (1).

Al relatar el fin de Cleomenes ha seguido Herodoto la tradicion espartana. Las fragmentarias y truncadas noticias que da Plutarco no añaden ningun dato nuevo. Segun este escritor, atormentado Cleomenes por una larga enfermedad, «acudió á los adivinos y á las prácticas expiatorias, que antes habia mirado con desdén; mas habiendo perdido el juicio, se apoderó de un cuchillo, y empezando por los tobillos se hizo profundas incisiones hasta que llegó á los sitios donde las heridas son mortales; así murió entre risas y crugir de dientes (2).»

Aunque la mayoría de los escritores atribuyen el fin trágico de Cleomenes á castigo de los dioses, ya por el

(1) Herod. VI, 75.

(2) Apophthegm. Lacon. Cleomen. Anax.

soborno con que cohechó á la Pitonisa en la causa de Demarato, ya por haber talado el bosque sacro de las diosas en la campaña contra Eleusis, ó tambien por la violacion del templo de Argos y la muerte alevosa dada á los argivos, Herodoto, siguiendo una tradicion espartana, asegura que por el largo trato que tuvo Cleomenes con ciertos embajadores escitas, se hizo un gran bebedor, y de bebedor y borracho vino á parar en loco furioso. En prueba de ello, se dice que de ese hecho tomó principio la frase «ir á la Escitia» que usaban los espartanos cuando querian entregarse con exceso á la bebida (1).

La repentina enajenacion mental y la muerte de Cleomenes ocurren en circunstancias tales, que no pueden ménos de despertar sospechas y hacernos creer en la existencia de un golpe de Estado; recurso muy conocido de los hombres de gobierno de esta república. Es tanto más admisible un acto de fuerza en este caso, cuanto que la presencia de Cleomenes recordaba sin cesar á los espartanos la humillacion y la derrota que les hizo sufrir el orgulloso príncipe y el peligro que hubiera corrido la nacion si cualquiera de las autoridades hubiese opuesto la menor resistencia á sus intimaciones. Por consecuencia, su muerte rompia aquel poder ilimitado, borraba una humillacion y quitaba un cuidado harto penoso, porque con Cleomenes desaparecia tambien el único lazo que unia los cantones de Arcadia y quedaba disuelta su liga.

En la relacion de la muerte de Cleomenes hay una contradiccion evidente. El príncipe se halla encerrado en el cepo, y sin embargo se quita á sí mismo la vida. El hilota encargado de su custodia le entrega un cuchi-

(1) Pausan, III, 4. 5.

llo, desde luego faltando á sus deberes; pero no se dice quién llevó allí un arma que para nada hacia falta en aquel sitio. Bien claro se deja ver que Esparta ha sabido cubrir en el misterio un hecho del que supo sacar todo el partido posible.

***

A Cleomenes sucedió en el trono de Esparta su hermano Leonidas, el año 487. La sucesion no pudo ocurrir antes, por cuanto Demarato salió de Esparta hácia el 489, es decir, antes que empezara á eclipsarse la estrella de Cleomenes, su rival y enemigo declarado. Además, los eginetas no pudieron reclamar sus rehenes hasta despues de la batalla de Maraton; y por otra parte, entre la huida de Demarato y la muerte de Cleomenes debió trascurrir bastante tiempo, toda vez que ya se hallaba el primero en Persia cuando empieza á eclipsarse la estrella de Cleomenes, luego tiene lugar su retirada á Arcadia y á Tesalia, y por último, su reposicion.

En tanto que vivió Cleomenes no osaron los eforos tomar medida alguna en contra suya ó de Leotiquidas, por haber traspasado sus poderes en la cuestion de Egina y entregado los rehenes sacados de esta república á los atenienses sus enemigos, en vez de llevarlos consigo á Esparta, no obstante las reclamaciones que dirigieron á este país los eginetas. Pero muerto aquel príncipe se atendieron estas quejas, en la creencia de que así podian alcanzar, de un solo golpe, dos fines: dar satisfaccion á los de Egina y deshacerse de Leotiquidas. Al efecto se hizo comparecer á éste ante un tribunal, que seria, sin duda, el de la Guerusia, cuya sentencia fué que, habiendo ofendido Leotiquidas á los eginetas, á éstos debia ser entregado á cambio de los rehenes que les habia sacado.

En realidad, nada más podia exigir la pequeña república que la entrega por Esparta de su propio rey en calidad de reo y prisionero. En su consecuencia, fué entregado Leotiquidas á los embajadores eginetas, y los lacedemonios creyeron que este príncipe no debia inspirarles ya cuidado alguno. Pero al pensar de esta manera no tuvieron en cuenta que los eginetas estimaban en menos la honra de tener prisionero en su isla á un rey de Esparta, que la devolucion de sus propios rehenes por parte de Atenas. Así es, que los mismos embajadores de la pequeña república exigieron á Leotiquidas que, trasladándose á Atenas, reclamase los rehenes de los mismos á quienes se los habia entregado. Inútil es advertir que Leotiquidas hizo todo lo posible para cumplir bien una mision de cuyo éxito dependia su libertad. En Atenas trató de convencer á la Asamblea popular que los atenienses estaban en el deber de restituir los rehenes que recibieron en depósito, ya que todo hombre honrado debe entregar á su dueño los bienes que se le han confiado. Pero los de Atenas, siguiendo sin duda los consejos de Jantippo y de Arístides, que se hallaban entonces al frente del gobierno, se opusieron francamente á tal devolucion. Tenian en su poder á los hombres más respetables de la isla, que acaudillaban el partido medo-persa y cuya detencion en Atica, durante tres años, habia contribuido á encender más su enemiga contra los atenienses; por consiguiente era de temer que, tan pronto como pusieran los pies en Egina, volveria esta república á hacer alianza con los persas, precisamente en el momento crítico en que resonaba en Grecia más distintamente que nunca el fragor de los armamentos que hacia Persia para vengar la derrota de Maraton. Leotiquidas regresó á Egina sin haber logrado su objeto, pero sus guardianes reconocieron que habia

hecho cuanto estaba de su parte, y luego pensaron que la detencion de este príncipe no compensaba la injusticia cometida por Esparta con sus rehenes en tanto que libraba á esta república de un huésped molesto.

Otra consideracion pesó en el ánimo de los eginetas para devolver la libertad á Leotiquidas: la de no enemistarse con el numeroso partido que tenia este en Laconia. De esta manera fracasó la tentativa de Esparta para librarse de su rey, y no se juzgó oportuno persistir en la realizacion de un proyecto que empezaba bajo malos auspicios. Por otra parte Leotiquidas se habia mostrado complaciente y dócil á las órdenes de los eforos y se veia ménos peligro en mantenerle en el trono de Esparta que en obligarle á echarse en brazos de Dario.

Los nobles eginetas idearon otro medio de libertar á sus compatriotas que, además, les proporcionaba ocasion de tomar venganza de los atenienses. Cada cuatro años ofrecian estos á Neptuno un sacrificio en el promontorio de Sunio, celebrándose al mismo tiempo una especie de regata (1). Tenian en dicho punto la nave capitana, llamada Teorida, porque en ella se trasladaban los Teores ó diputados de Atenas, y, estando llena de personajes principales de la ciudad, apresáronla los eginetas, apostados al efecto en una celada, y se llevaron prisioneros á su isla á todos los diputados. Facilmente hubieran podido los atenienses rescatar aquellos prisioneros, verificando un canje con los rehenes de Egina, pero aun á ese precio rehusaron la entrega de los eginetas y, por no dilatar la venganza del agravio recibido declararon de nuevo la guerra á la revoltosa república. De esta manera estalló otra vez la fràtricida lucha, des-

---

(1) Herod. VI, 85. 87. Lysias acceptor. mun. defensio 5.

pues de una suspension de tres años, el 487. «Tal era el encono de los eginetas contra Atenas que, lejos de dar á esta satisfaccion por las injurias que le habian hecho al declararse en favor de los tebanos, les hicieron un nuevo insulto» (1).

Una guerra, como esta, que sólo consistia en irrupciones imprevistas y ataques piráticos, empezaba por un verdadero acto de piratería. Esta vez se ofreció á los atenienses un auxiliar tan poderoso que les hizo concebir esperanzas de un pronto y favorable término. El partido popular egineta no vivia en buena armonía con el gobierno de los nobles. Uno de sus principales representantes, por nombre Nicodromo, pensó aprovecharse de la guerra para derribar el régimen de los aristócratas, con los que estaba además resentido por habérsele antes desterrado de su patria; y, al saber ahora que los atenienses se disponian á invadir la pequeña isla, entendióse con ellos, comprometiéndose, en un dia determinado, á apoderarse de la «ciudad vieja,» nombre que daban los de Egina á la ciudadela, y abrir sus puertas á los atenienses que se presentarian al mismo tiempo con sus naves en el puerto. Fijóse, en efecto, el dia en que Nicodromo acometeria la empresa; tomó la ciudadela, pero los atenienses no acudieron dentro del plazo señalado. Cuando vió Nicodromo que no parecian sus aliados con el prometido socorro, tomó un barco y se escapó de Egina en compañía de los sublevados que pudieron ó quisieron seguirle, arribando felizmente á las playas áticas.

Faltos de caudillo entregáronse los plebeyos á los aristócratas, quienes hicieron una horrenda carnicería en el pueblo vencido. No contentos con dar muerte á

(1) Herod. V, 81. VI, 87.

cuantos cayeron en sus manos durante el combate, tomaron la brutal resolucion de hacer morir á todos los prisioneros. Entonces ocurrió un caso de la más refinada barbárie. Llevaban de una vez al suplicio 700 de estos infelices para ser sacrificados, cuando uno de ellos, rompiendo sus prisiones, logró refugiarse en el santuario de Céres legisladora, donde se agarró con ambas manos á la aldaba de la puerta. Alcánzanle allí sus perseguidores que procuran á viva fuerza arrancarle de las aldabas; y, no pudiendo conseguirlo, le cortaron las muñecas, de manera que las dos manos quedaron asidas de la puerta del Santuario y así pudieron llevarle arrastrando al matadero.

Entre tanto los atenienses llegaron á Egina, un dia despues del término convenido con Nicodromo (1). Los eginetas salieron con sus triremes al encuentro de la armada ateniense, pero fueron derrotados y no pudieron impedir el desembarco de las tropas áticas. Era inminente el asedío de la capital, situada en la costa Oeste de la isla, tanto más peligroso cuanto que no podian contar con el apoyo de los plebeyos á quienes habian tratado con inhumana crueldad en el anterior levantamiento. Entonces llamaron en su socorro á los argivos, de quienes fueron antes aliados, recordándoles la comunidad de orígen y la conveniencia de que los dorios socorriesen á sus hermanos los eginetas que se veian atacados por los jónios. Sin duda no habian olvidado los de Egina el valioso auxilio que en otra ocasion les enviaron los argivos para hacer la guerra á los mismos ate-

(1) Herod. VI, 89. Habiéndose cogido la sagrada nave en represalia de los rehenes que conservaba Atenas, el suceso de Nicodromo debió tener lugar inmediatamente despues del rompimiento de hostilidades entre Atenas y Egina, toda vez que Herodoto le narra despues de dar cuenta de la toma de dicha nave; VI, 92.

nienses. Es verdad que ahora estaban muy de otro modo las cosas: Egina habia prestado apoyo á Cleomenes en su campaña contra Argos y se negó luego á pagar la multa que, en su calidad de jefe de la liga, la impuso en expiacion de aquella culpa. No obstante autorizó á los particulares para ir en socorro de Egina, habiéndose alistado 1.000 hoplitas, segun vimos anteriormente.

Euribatos, luchador famoso en el Pentatlo, condujo á Egina estos voluntarios en calidad de general. Confiado en su fuerza y destreza, retó á todos los atenienses, áun á los más valerosos héroes de Maraton, á singular combate. En tres duelos dió muerte á otros tantos competidores; pero en el cuarto fué vencido y muerto por Sófanes de Decelea, uno de los que más se habian distinguido en la mencionada batalla. En el combate naval que se trabó inmediatamente, quedaron vencedores los atenienses; la mayor parte de los argivos sucumbieron en la jornada y los eginetas tuvieron que refugiarse detrás de las murallas de la ciudad.

Pero muy luego volvió á trocarse la fortuna. Los de Egina lograron atacar de improviso la armada ateniense y cojerles cuatro naves con sus tripulaciones. El triunfo no fué de gran importancia ni la pérdida muy considerable para los atenienses, pero, temerosos sus caudillos de que se cortase la retirada á las tropas que habian desembarcado, las tomaron de nuevo á bordo y remaron con rumbo á las costas áticas. De esta manera se frustraron las esperanzas de acabar la guerra en una campaña decisiva, mediante el auxilio de los mismos eginetas que hacian la oposicion á su gobierno; habian sucumbido en la demanda todos ó la mayor parte de los demócratas de la isla y la invasion de los atenienses no dió resultados positivos. Estos designaron la villa de

Sunion para residencia de Nicodromo y de sus fugitivos compañeros, que pudieron salvarse de la matanza, desde cuyo punto les seria fácil proseguir la guerra contra su patria por medio de rápidas acometidas y del pillaje (1).

(1) Herod. VI, 90. 92. IX, 75. Pausan. I, 29, 4. En Plutarco, Cimon 8, debe leerse Sôfanes por Sôjárês.

V.

ARÍSTIDES Y TEMÍSTOCLES.

En el mismo año en que penetró el ejército de Mardonio hasta el Olimpo y en que su flota naufragó en el Atos, dieron principio en Atenas las obras proyectadas y propuestas por el hijo de Neocles, con el objeto de dar mayor impulso á la guerra contra Egina y de poder resistir con probabilidades de éxito el ataque marítimo de los persas, ya que el éxito de la guerra con estos dependia muy particularmente del dominio del Egeo. La amenazadora marcha de Datis y Artafernes y sus desembarcos en Eubea y Atica habian confirmado plenamente las sospechas de Temístocles, al mismo tiempo que impidieron la continuacion de las comenzadas obras. Milciades en el mero hecho de inaugurar la guerra marítima, inmediatamente despues de la batalla de Maraton, se habia asimilado el pensamiento de su colega Temístocles, cuya bondad quedó demostrada entonces prácticamente, ya que el fracaso de su ataque á Paros no reconoció otra causa que la insuficiencia de la marina ática en presencia de la armada enemiga.

Rotas de nuevo las hostilidades con Egina de la manera indicada y habiendo fracasado el ensayo de agobiar á la pequeña república con un desembarco de tropas y una revolucion interior, las perdidas que sufrió la flota ateniense puso de nuevo sobre el tapete la cuestion del aumento de la armada, á fin de terminar aquella ruinosa contienda. Ofreciales, por otra parte, ocasion propicia para llevar á efecto la empresa, el largo plazo que se tomó Dario para terminar, á su vez, los armamentos y preparativos que juzgó necesarios en vista de la derrota que sufrieron sus armas en Maraton y del atrevido ataque de Milciades á las Cicladas.

Temístocles sostuvo ahora la necesidad imperiosa de emprender la construccion de nuevos buques de guerra que pusieran á Atenas en condiciones de oponerse tanto á los persas como á los eginetas, al mismo tiempo que las obras del proyectado puerto del Pireo; los inminentes peligros que amenazaban á su patria, de ambos lados, por falta de medios de defensa, eran sin duda la razon más poderosa que podia alegarse para hacer tomar en consideracion un proyecto, tenido antes por irrealizable y quimérico; hoy juzgado de necesidad imperiosa, porque lo era el someter de una manera decisiva á los eginetas, á fin de impedir su union con Pérsia y, por consiguiente, la entrega de sus puertos á la armada enemiga, ya que los diez rehenes que guardaba en su poder Atenas no eran suficiente garantía de la fidelidad de una isla que ya habia hecho defeccion á la patria. Todos los intereses de Atenas, incluso los comerciales, estaban comprometidos en tanto que no se terminase la fratricida lucha; hé aquí, por qué Temístocles se propuso recurrir al comercio á fin de realizar paso á paso y gradualmente, lo que Milciades quiso ejecutar de un golpe: aumentar los recursos militares de

Atenas poniéndola en condiciones de impedir ulteriores desembarcos de los persas en sus costas y aun de rechazar los ataques de este poderoso enemigo.

Nadie podia negar razonablemente la posibilidad de elevar el Atica al rango de potencia marítima. Una vez terminadas las obras emprendidas en las bahías del Pireo, de Zea y Muniquia, se hallaria Atenas en posesion de los mejores puertos militares y comerciales que existian en las costas helenas. La extraordinaria estension que abrazaban las de Atica, efecto de la configuracion peninsular del terreno, hacia que fuese tambien considerable el número de pescadores y marinos entre sus habitantes, especialmente desde el reinado de los pisistratidas que comunicaron notabilísimo impulso al movimiento del comercio y de la industria. Pero además de los pescadores y tripulaciones de la flota mercante, que desde luego podian utilizarse para el servicio de la guerra, habia numeroso contingente de marinos en los hombres afiliados á la cuarta clase del censo, la mayor parte de los cuales eran comerciantes, armadores y artesanos, sin contar el que podia formarse con los labradores, jardineros y la numerosa clase de jornaleros que no poseian yuntas, todos los cuales componian un contingente mucho mayor que el de los obligados por las leyes vigentes al servicio de las armas, ya que únicamente le prestaban los indivíduos de las tres primeras clases del censo. que juntas no llegaban á sumar la cifra de la cuarta. No era, pues, prudente ni razonable prescindir de tan respetables fuerzas en momentos como los presentes en que el pais se hallaba amenazado de una invasion extranjera y comprometido, además, en guerra con Egina.

El mismo año en que estalló de nuevo la guerra con esta república, 487 antes de Jesucristo, y cuando

aun estaba reciente la memoria de la perdida de los cuatro triereos tomados por los eginetas, presentó Temístocles una proposicion pidiendo el aumento gradual de la armada ateniense, hasta el número de 200 triremes, con objeto de poder hacer frente á los persas y á los eginetas (1). La proposicion era capaz de poner espanto en el ánimo de los economistas atenienses; ninguna de las repúblicas ó ciudades jónicas habia llegado jamás á poseer tan gran número de naves, toda vez que la más poderosa de todas, Chío, solo pudo presentar en Lada 100 triereos, ni en Sicilia se habia reunido nunca tan importante armada, hasta que Gelon tomó en sus manos las riendas del gobierno de Siracusa; y Egina, Corinto y Corcyra, que eran las repúblicas más respetadas entonces por su poder marítimo, no llegaron á poseer más de 60 á 80 triremes cada una.

Un plan tan vasto, á la vez que nuevo y fantástico, que parecia destinado á lanzar á Atenas por desconocidos y peligrosos derroteros, debia encontrar impugnadores á los que no faltarian sólidos argumentos con que atacarle. Ocurríaseles en primer término preguntar: ¿para qué serviria tan numerosa armada? Para vencer por mar á los eginetas bastaba un aumento de 20 á 30 buques, y Atenas nunca podria ponerse en condiciones de hacer frente al poderosísimo imperio persa; por consiguiente era quimérico el plan que aspiraba á lograr un imposible. Por otra parte, ¿de donde se sacarian los recursos necesarios para construir, equipar y conservar una flota de 200 naves? Y aun prescindiendo de tan positivas dificultades, era evidente que para construir ese enorme número de barcos se necesitaban muchos años, de suerte que su utilidad era problemática, toda vez que el

(1) Tucid. I, 14.

ataque de los persas era inminente; y aun despues de terminada la construccion de las naves seria de todo punto imposible equiparlas con marinos entendidos que pudieran hacer frente á los sirios, cilicios y chipriotas que servian en la armada enemiga. Por último, aun en el supuesto de que se venciesen todos estos obstáculos, de que se lograse adquirir 200 triremes bien armados y equipados, ese número era todavia harto exíguo para hacer frente á las 600 y más naves que podian presentar los persas.

Era, pues, una locura lanzar á Atenas por desconocidos derroteros, llevarla á disputar al enemigo el dominio del mar en condiciones tan desfavorables y cuando se habia mostrado capaz de vencer á los persas por tierra. En efecto; los triunfos obtenidos sobre Calcis y Beocia y la jornada de Maraton habian evidenciado que el pais debia buscar su seguridad en el ejército terrestre; por consecuencia era altamente impolítico emplear en el aumento de la armada los recursos que se necesitaban para sostener dicho ejército; abandonar una posesion segura por ir á caza de fantasmas. En el caso más favorable no se lograria otra cosa que dividir las fuerzas y recursos del pais; debilitar el ejército de tierra sin llegar á crear una armada respetable.

Pero aun tenia otros inconvenientes la creacion de la flota, que podia acarrear funestas consecuencias á la república. El ejército ático se componia de los grandes y medios propietarios, que no tenian costumbre de combatir en el mar y para quienes no habia mejor sistema de combate que el correspondiente á la armadura pesada, en el que habian demostrado tanto valor como destreza. Ahora bien; el completo equipo de una armada de 200 triereos, requeria por lo menos 8.000 hoplitas, ó sea casi la totalidad de los soldados de que podia

disponer Atica. Y luego de qué serviria toda la habilidad, resolucion, valor y pericia de los hoplitas de Maraton en los combates navales en que, de ordinario, el éxito dependia de la destreza de los remeros. Tampoco era prudente entregar á todos los hombres de más valía en el pais á merced de la buena ó mala voluntad de los remeros pertenecientes á la última clase del censo, ó hacerles víctimas de los elementos ó de la misma impericia de los noveles marinos áticos. Y si, en lugar de destinar la futura armada á combates navales, se pretendia emplearla en verificar desembarcos de tropas, envolverian á estas nuevos peligros, aparte de que la presencia de la armada sólo serviria en tales casos para disminuir el valor del soldado, sabiendo que tenia segura la retirada: «hasta los leones se habituarian á huir delante de los ciervos, si tuvieran siempre buques á la espalda,» segun la ingeniosa observacion de Platon (1). Quedaba, pues, demostrado que el proyecto de la armada, sin traer beneficio alguno positivo, destruiria la mejor infantería que existia entonces en Grecia, formada por aquellos animosos hoplitas de Maraton, que no tenian costumbre de luchar con las olas; de esta manera podria llevarse la república al borde del abismo, en vez de afirmar su poder y acrecentar su prestigio.

Pero los adversarios de Temístocles tenian otras razones que oponer á su plan, además de los argumentos militares. Segun digimos antes, la creacion de la flota daria por resultado la conversion de un pueblo eminentemente agrícola en nacion marítima y el empleo de todos ó la mayor parte de los brazos necesarios á la agricultura en el servicio y equipo de las naves. Pues bien; todas las tradiciones del pais y la misma consti-

(1) Leyes, 705 Véase Arist. Polit. VII, 5.

tucion ática se oponian á tan radical trasformacion, ya que sus mitos más antiguos y los más venerados ritos hacian patentes alusiones al cultivo de la tierra, al de la uva y del arbolado, y le recomendaban explícitamente; Athena venció en público certámen á Posaidon haciendo brotar del suelo el «olivo de azulados reflejos» y humedeciendo los campos con el rocío y la lluvia; Dioniso enseñó á los ícaros el cultivo de la cepa y Demeter, despues de hacer brotar las espigas de cebada en el campo rárico, enseñó á Triptolemo los rudimentos de la agricultura. Y entre todos sus dioses, merecieron siempre las primicias de su devocion las llamadas divinidades agrarias, muy particularmente Athena, Céres y Dioniso, cuyo culto recibió nuevo lustre con los misterios y con los coros dramáticos que, á partir de la época de Solon, adquirieron cada vez más importancia.

En el trascurso de muchos siglos habian vivido los linajes nobles en sus propiedades rodeados de una poblacion agrícola más ó ménos numerosa, y así habian gobernado el pais; la misma emancipacion de los labradores establecida en la constitucion soloniana, habia contribuido á dar mayor importancia á la agricultura que, desde entonces, florece y adquiere notable desarrollo en Atica y hasta se considera en todo tiempo como la única ocupacion que no degrada al hombre (1). No hacia mucho tiempo que esta honrada clase habia recibido un aumento de 4.000 indivíduos. Desde los tiempos de Solon todos los hombres de gobierno atenienses habian perseguido el noble propósito de protejer la clase labradora y asegurar á los propietarios rurales decisivo predominio en el régimen del Estado, cual correspon-

(1) Tucid. II, 14. 16. 65.

dia á los hombres de ideas más fijas y sanas. La esperiencia habia evidenciado la bondad de estas reformas; desde entonces se desarrolló el Estado y se fundaron sus leyes sobre la sólida base que suministraba la mencionada clase, la misma que supo defender el pátrio suelo de una poderosísima invasion extranjera. Y ahora, en momentos críticos para el país, se pretendia arrancar al más respetable de los partidos atenienses la prerogativa de defender la patria y quitarla el privilegio de servir de garantía y salvaguardia del cumplimiento de las leyes; y la gran masa de jardineros, artesanos y jornaleros se verian precisados á salir del estrecho círculo de sus queridas ocupaciones y costumbres para abrazar la incierta y azarosa vida del marino; y se encomendaria no ya á un número determinado de hombres escogidos y experimentados, sino á la inexperta y veleidosa muchedumbre del pueblo. La construccion de tan gran número de naves en breve plazo traeria, además, consigo el inconveniente de aumentar de un modo extraordinario el número de metoicos, es decir artesanos y jornaleros en Atenas, alterando en proporciones alarmantes el equilibrio de la poblacion (1).

A todos estos inconvenientes se agregaban otros no menos graves. Segun el principio sentado en la constitucion soloniana, á tenor del cual los derechos que gozaba el ciudadano se median por la cuantía de los servicios que prestaba al Estado, ó sea de los deberes que sobre él pesaban, las nuevas cargas que se pretendia imponer á la cuarta clase con el servicio marítimo debian, tarde ó temprano, equipararse con derechos equivalentes, que acabarian por hacer ilusoria la única prerogativa que habia dejado á las tres primeras clases

(1) De Rep. Athen. I, 12.

contribuyentes la reforma de Clistenes y destruirian la ya mermada influencia que aun conservaba la nobleza. Abolidos estos privilegios perdia la constitucion el firme apoyo que emanaba del predominio de las clases aristocrática y agrícola, pasando ese predominio á la cuarta clase mucho más numerosa de los capitalistas, fabricantes y jornaleros ó indivíduos que carecian de toda fortuna, á quienes ya otorgó Clistenes excesiva influencia en la Asamblea popular y en la Heliea; de donde resultaria que la gran masa de indivíduos sin bienes de fortuna que, como es natural, era más numerosa que los grupos de industriales y capitalistas, tendria en sus manos las riendas del gobierno y ejerceria un predominio absoluto sobre las clases acomodadas, sobre «los nobles y buenos,» que ahora prestaban el servicio de hoplitas (1).



El proyecto de Temístocles vino á renovar la contienda entre Poseidon y Athena por el dominio de Atica, de que nos hablan los mitos del pais; y es que la cuestion relativa al aumento de la armada y á la nueva organizacion marítima del ejército ateniense encerraba á la vez un problema político de capital importancia. Despertóse de nuevo la lucha de los partidos. Jantippo y Arístides que, despues de la caida de Milciades habian recuperado el poder, eran los ejecutores del testamento de Clistenes, y se habian propuesto llevar al terreno de la práctica los derechos populares consignados en la constitucion del mencionado caudillo, en oposicion á las prerogativas de los linajes.

Sorprendióles desde luego que un hombre oscuro como Temístocles, de cuyos antepasados apenas se te-

(1) De Rep. Athen. I, 2, 3.

nia noticia, se atreviese, no tan sólo á alterar las instituciones militares del país, sino tambien á proponer reformas que podian ocasionar esenciales modificaciones en la misma constitucion de Clistenes. ¿Y quién podia asegurarles que este nuevo reformador no se proponia, al mismo tiempo que crear una flota, ganar en su favor los votos de la cuarta clase, á quien tanto favorecia su proyecto? ¿No podia ocultarse en su proposicion la maniobra de un ambicioso caudillo que, con el auxilio del cuarto estado, aspirase á escalar el primer puesto de la república? Al mismo tiempo que se suscitaban estas dudas, ocurríase la de si seria lícito favorecer sus planes, allanando el camino de la más alta magistratura de la nacion á un inquieto reformista, que más parecia dominado por la ambicion de gloria que por el deseo de mejorar la situacion de la patria.

Jantippo y Arístides se vieron colocados en la alternativa de encumbrar á Temístocles con mengua de su propia autoridad, ó de echarse en brazos de los conservadores aristócratas, cuyo apoyo no les faltaria en este caso. En realidad podian contar con el voto de todos aquellos que no querian hacer depender la suerte del Estado de arriesgadas esperiencias de éxito dudoso, ni empujar la nave de la patria por derroteros desconocidos, así como todos aquellos grupos ó corporaciones que se creian amenazados por las innovaciones anunciadas en la proposicion de Temístocles, como eran los pentacosiomedimnos, los caballeros y los yunteros. A parte de la importancia que, en virtud de la proyectada reforma militar, se concedia al cuarto estado, era natural que los guerreros de las tres clases superiores no se mostrasen propicios á compartir con los thetes la honra de defender la patria. Por otra parte los propietarios, acostumbrados á la vida tranquila del hogar opondrian re-

sistencia á trocarla por la insegura y hazarosa del mar; los hoplitas no se dejarian arrebatar las antiguas armas con que tantas veces habian defendido el honor de la patria; ni se resignarian á servir bajo la dependencia de los remeros, ni querrian adoptar un género de combate tan distinto del suyo, como que consistia en movimientos rápidos de desembarcos, ataques imprevistos y retiradas en que la cobardia quedaba escudada con el fútil pretexto de acudir á la defensa de las naves.

Arístides figuraba á la cabeza de la oposicion que combatia la reforma de Temístocles (1); porque Jantippo, más diestro en el manejo de las armas que en el de la palabra, hubo de cederle el primer puesto en la campaña parlamentaria, si vale la expresion, contra los planes de su rival. Todo lo que cuenta la tradicion acerca del implacable y largo antagonismo de estos dos caudillos se refiere muy principalmente á la lucha que se suscitó con ocasion de la reforma militar proyectada en estos años por Temístocles, por más que su rivalidad sea más antigua, puesto que tuvo orígen en los dias en que Jantippo y Arístides proclamaron la política de abstencion y neutralidad en la guerra de los jónios, oponiéndose á que Atenas enviase socorros á sus hermanos de allende los mares.

Mas á pesar de esta oposicion tenaz y sistemática; no obstante la autoridad y prestigio de Arístides, sus méritos indisputables y la fama de hombre incorrupto y justo que se habia adquirido y su nunca desmentido patriotismo, logró Temístocles que la armada ateniense se aumentase progresivamente de un año para otro. Encargado de su mando supremo, adquirió muy luego gran esperiencia en el arte de la guerra marítima, y dió

(1) Plut. Aristid. 2.

pruebas de consumado almirante en la guerra con los eginetas á los que derrotó por completo, segun la espresion lacónica de Nepote y de su antecesor Eforo. Diodoro, que bebió en las mismas fuentes, asegura que Temístocles mereció grandes elogios y adquirió notable prestigio entre los marinos por la pericia y sabiduría con que dirigió la armada. Poseia profundo conocimiento de la estrategia, la energía y resolucion indispensables para adoptar disposiciones del momento y el don de adivinar las intenciones del enemigo, que él mismo consideraba como la más preciosa cualidad de un buen caudillo. Su fama se estendió pronto por toda Grecia; Corcyra y Corinto le eligieron intermediario en una importante diferencia (1).

***

En otro lugar hemos descrito las fundaciones coloniales de Cypselo y Periandro de Corinto en la costa acarnaniense y epirota y los progresos que en poco tiempo hicieron Ambracia, Leucas, Anactorio y Apolonia. Durante el tiempo del reinado de Periandro en que Corcyra estuvo unida á Corinto, estableciéronse algunos de sus habitantes en Leucas y Apolonia, en tanto que, vice-versa, otros de Corinto hicieron lo propio en la colonia corcyrense de Epidamnos. Cuando, á consecuencia de la caida de los cypselidas, se declaró Corcyra independiente, prodújose un fuerte antagonismo entre ambas repúblicas fundado en rivalidades comerciales y en la ambicion de Corcyra que aspiraba á incautarse de las colonias corintias situadas en las cercanías de sus costas. A pesar de esta enemiga, aun se unieron en

(1) Plut. Aristid. 24. Diodoro, 11, 12. En el pasaje de Nepote (Themístocl. 2): Bellum corcyraeum y corcyraeos fregit debe leerse áeginetas.

492, movidas tan sólo por la comunidad de intereses comerciales, para interceder en favor de Siracusa. Pero poco tiempo despues estalló la guerra entre ambas, por la posesion de Leucas, ciudad importante que dominaba la entrada del golfo de Ambracia y cuya propiedad reclamaban los corcyrenses. Entonces designaron ambas partes como intermediario á Temístocles, cuya madre descendia de Acarnania. Su decision fué más favorable á los corcyrenses que á los corintios: en virtud de la sentencia de Temístocles la ciudad era propiedad comun de los dos litigantes, pero los corintios debian pagar á sus rivales 20 talentos de indemnizacion.

Corinto no esperaba tal sentencia, despues de los servicios prestados á Atenas desde la expulsion de Hippias. Perjudicados por ella sus intereses comerciales en Occidente no debe maravillarnos que á su amistad hácia Atenas sucediese un ódio profundo contra la ingrata república, en particular contra Temístocles. Tanto más sincero fué el agradecimiento de los corcyrenses, quienes hicieron pública manifestacion de los méritos contraidos en esta ocasion por el caudillo ateniense. Segun todas las probabilidades expidieron un decreto proclamándole bienhechor de Corcyra, declarándole exento de todo impuesto en la república y garantizando al mismo la seguridad de su persona y de sus bienes; parece tambien seguro que se encomendó á Temístocles la *proxenia* ó representacion de Corcyra y de sus intereses en Atenas (1).

(1) Tucid. I, 136. Plut. Themistocl. 24. La noticia consignada en los escolios á Tucídides tiene muy escaso valor, en contra de la autoridad de Plutarco. Que la sentencia de Temístocles se pronunció antes de la batalla de Salamina, se deduce de la profunda enemistad que profesa Adeimanto contra Temístocles y del error de Nepote al escribir Corcyraei por Aeginetae, que da claramente á entender que

Cada paso que se daba para aumentar la marina ática se creaba una carga nueva para el Estado, puesto que era preciso dar un ensanche equivalente al puerto, á los arsenales y astilleros, todo lo cual exigia que se hiciese más equitativo reparto de las contribuciones y servicios equivalentes entre los ciudadanos. Por eso cada nueva medida que en este sentido se adoptase, era combatida por la oposicion con el mismo encarnizamiento que las anteriores. Sin embargo, los planes de Temístocles tenian ya en su favor los resultados obtenidos en la guerra con Egina; y la oposicion de Arístides á ciertas disposiciones que eran ineludible consecuencia de actos anteriores, fácilmente podia presentarse con carácter de antagonismo de partido, por cuanto, empezada ya la realizacion de los proyectos de Temístocles, no era posible suspender su ejecucion sin hacer estériles los gastos y trabajos hechos, dejando las obras en un estado tal, que ningun beneficio podian reportar á la república. El mismo Arístides se dice que vió ya los peligros que su tenaz oposicion podia acarrear al Estado (1).

La ley de Clistenes habia previsto los excesos emanados del antagonismo de los partidos y prescribia medios para corregirlos. A tenor de ésta el año 484 á 483, antes de Jesucristo, bajo el arcontado de Leostrato, el consejo de la sexta pritania, que funcionaba en Enero del citado 483, presentó á la asamblea popular una proposicion preguntando si habia motivo para decretar el ostracismo. La mayoría respondió afirmativamente. No se sabe si fueron Temístocles y Arístides los que apelaron á este procedimiento definitivo, ó si los mismos

la mediacion tuvo lugar al mismo tiempo que la guerra con los eginetas, por cuya razon coincide la narracion de ambos sucesos en Eforo.

(1) Plut. Arist. III, 6.

ciudadanos, que no sentian el entusiasmo de la rivalidad de los partidos, comprendieron la necesidad de poner pronto término á la lucha. Fijado el dia de la votacion y cerrada la plaza pública con vallas que sólo dejaban abierto un paso por el que penetraban los votantes; dispuestas igualmente las diez vasijas que debian recibir los cascos de la votacion, empezó el acto y á continuacion el escrutinio bajo la direccion de los arcontes, á presencia del consejo. Los parciales de Arístides escribieron el nombre de Temístocles en los cascos que se les entregaron y vice-versa los del segundo. Los votos de los afiliados á la cuarta clase del censo, que eran tambien los que ménos interés tenian en las rivalidades de los partidos, decidieron la cuestion.

Cuéntase que durante el acto de la votacion, acercóse á Arístides un hombre de modesta apariencia, que no sabia escribir y, alargándole el casco, le pidió que escribiese allí el nombre de Arístides. Preguntóle éste: qué daño le habia hecho Arístides; á lo que replicó el plebeyo: «ninguno; ni aun conozco á tal hombre; pero me causa enojo el oirle llamar por todas partes el justo.» En efecto; los parciales de Arístides habian exajerado en el último período de la lucha las alabanzas de su caudillo y el amor que profesaba á la justicia, sin otro objeto que el de hacer resaltar más las debilidades é imperfecciones que se atribuian á Temístocles.

Hecho el recuento de los votos, anunciaron los arcontes, como resultado definitivo, que más de 6.000 cascos contenian el nombre de Arístides. Quedaba, pues, vencido el rival de Temístocles; el pueblo habia decidido que su actitud política era incompatible con el bienestar de Atenas; y por consecuencia, dentro de diez dias debia abandonar el Atica, para no pisar su suelo en el término de diez años. Un año despues, segun todas las

probabilidades, se pronunció igual sentencia contra Jantippo.

Respecto de la fecha en que tuvo lugar este hecho existe una pequeña diferencia en los diversos historiadores que le mencionan. Plutarco le pone tres años, *tritô etei*, antes de la expedicion de Jerjes á través de Tesalia (1); con él concuerda Jerónimo al colocarle en la Olimpiada 74, 1, ó sea el año 484 á 483; pero Nepote supone que tuvo lugar el 485 (2).

El pueblo ateniense al poner término á la oposicion que dirigia Arístides contra los proyectos de Temístocles y resolver así el aumento progresivo de su marina y de los medios de defensa de sus costas, prestó indudablemente un gran servicio á toda la Grecia. El autor de la reforma quedaba desde aquel momento libre para realizar sus vastos planes de engrandecimiento de la marina ateniense, sin las trabas y los entorpecimientos que le hubiera creado á cada momento una oposicion tenaz, fundada en razones de patriotismo y dirigida por uno de los caudillos más rectos y más acreditados de su tiempo.

Las minas de plata que tantas veces habian sacado de apuros á la hacienda ática, muy particularmente al verificar Solon la reforma monetaria y la reduccion de las deudas, ayudaron tambien á Temístocles á llevar á cabo su reforma. Procedente del impuesto que pagaban los arrendatarios y del que se abonaba por toda nueva

(1) Plut. Aristid. 7, 8.

(2) Nep. Arist. 1: Sexto fere anno quam erat expulsus populiscito, in patriam restitutus est, postquam Xerxes in Graeciam descendit. Tambien el póntico atestigua el ostracismo de Arístides y de Jantippo; Athen. Resp. 7; hecho confirmado por el fragmento de papiro, atribuido á Aristóteles, en que se lee: Ostrakíszô Xánzippos ho Ari... Véase Blass, Hermes, 15, 376.

mina que se abria habíanse acumulado en el tesoro público unos 100 talentos. No sabiendo qué empleo dar á esta suma se habia propuesto ya su reparto entre los ciudadanos. Pero Temístocles se opuso á semejante derroche de la fortuna pública, ó usando la espresion de Plutarco «se atrevió á combatir el reparto.» Al efecto pidió que se emplease la suma disponible en aumentar la armada y mejorar el armamento, presentando en Otoño del 483, un proyecto en que se proponia que se entregase á cada uno de los 100 indivíduos más pudientes de la república un talento del tesoro nacional, mediante la obligacion de construir para el Estado un triereo; si el buque resultaba aceptable dicha suma quedaba para el constructor, en el caso contrario, debia reintegrar al tesoro público la cantidad recibida.

La proposicion de Temístocles revela bien á las claras que su objeto primario no consistia en ganar el favor del pueblo, toda vez que su proyecto perjudicaba á los plebeyos que no poseian bienes de fortuna tanto como favorecia al Estado. Los medios de que se valió para llevar á la práctica sus planes, estaban perfectamente meditados y eran, sin duda, los más adecuados al objeto de aumentar considerablemente la flota en el más breve plazo posible. En efecto; careciendo el Estado de recursos y aun de establecimientos navales para construir, de una vez, 100 triereos, encomienda la construccion á la industria privada, no sin garantizar el resultado con la amenaza del castigo. Por primera vez se imponia una carga de importancia en servicio de la república á los capitalistas de la ciudad incluidos en el concurso para la construccion de triremes juntamente con los hacendados pentacosiomedimnos; ya que un talento apenas bastaba para sufragar los gastos del casco de la nave, debiendo, por consecuencia, el constructor apron-

tar los que ocasionasen los aparejos y demás accesorios del buque (1).

***

Mucho se ha discutido respecto al orígen ó procedencia de los 100 talentos con que parece contar Temístocles para la realizacion de una parte de sus proyectos. Es cosa averiguada que el arrendamiento de las minas de plata no llegaba á 100 talentos anuales, mucho ménos á 200 como pretenden algunos. De las noticias de Herodoto se desprende que su producto no pasaba de 50 talentos (2), y aun esta suma es, con seguridad, exajerada. Jenofonte supone que dicho producto podia subir á 60 y aun á 100 talentos anuales, pero fundándose exclusivamente en sus propios cálculos y dando por supuesta la existencia de 6.000 á 10.000 esclavos, cuya adquisicion, por otra parte, efectuada con el mismo producto, contribuiria tambien á mermarle. Síguese, pues, que los 100 talentos, ó se habian acumulado en varios años ó procedian de contribuciones extraordinarias, ya que la guerra con Egina consumia tambien cantidades respetables, y el mismo Temístocles se opone al reparto del excedente disponible, como una medida improcedente en tiempo de guerra. Resulta como más probable la opinion de Polieno y Eforo, á quienes tambien parece adherirse Plutarco, segun los cuales los 100 talentos se habian ido acumulando en años anteriores, procedentes del arrendamiento de las minas (3). Además, es evidente que con los 50 talentos que menciona Herodoto no se podian construir más de 50 triereos. En el fragmento de Papiro se hace tambien mencion de minas,

---

(1) Böckh, Economía, 1, 56. II, 209.

(2) O sea 10×30.000 ciudadanos que contaba Atenas=300.000 dracmas que hacen los 50 talentos.

(3) Polien. I, 30, 5. Plut. Them. 4.

de plata y de triremes, citándose el nombre de Maronea, que no puede ser otro que el lugar ático de este nombre con sus minas argentíferas (1), segun lo da á entender Harpocracion al decir que Eforo habla de la Maronea tracia en el Libro cuarto, ó sea al exponer la Geografía de Europa y Asia.

Importa recordar tambien que, teniendo ya los atenienses 70 triremes al verificar Milciades su expedicion contra Paros, sólo necesitaban 130 para completar las 200 que se mencionan en los proyectos de Temístocles, ó tal vez 100 solamente, si se admiten datos que nos merecen entero crédito. Como quiera que sea, el año 480 se halla Atenas en posesion de una armada compuesta de 200 triereos, sin contar varias naves de reserva construidas poco antes de la expedicion de Jerjes (2). Despues de las guerras persas presenta el mismo Temístocles una proposicion pidiendo que se decrete la construccion de otros 20 triereos por año (3); y en esta forma propuso, sin duda, desde un principio, que se llevara á efecto el aumento de la armada, ya que no se comprenderia el dicho de que Temístocles llevó á Atenas paulatinamente al mar, si la reforma hubiera empezado por la construccion de 100 triremes. La pequeña república carecia de recursos para realizar de una vez tan gigantesca empresa; aun suponiendo que se llevara á efecto en un período de seis años, del 487 al 481, tendria que hacer un esfuerzo supremo (4).

---

(1) Blass, Hermes, XV, p. 376. 377. Bergk, Rheinisches Museum, tom: 36, p. 106 Demosth. in Pantaen. p. 967 R.
(2) Herod VII, 144. VI, 132.
(3) Diodor. XI, 43.
(4) Si la mencionada proposicion de Temístocles es posterior al apresamiento de las cuatro naves atenienses por los eginetas, suponiendo que en cada uno de los años 486, 485 y 484 se construyesen 20 naves, contaba entonces Atenas 126 buques, ó por lo ménos 100, descontadas las pérdidas y desperfectos que pudieran ocurrir en ese tiempo. Consúltese Herod. VII, 144.

Segun el testimonio de Herodoto las naves construidas con el producto de las minas no tuvieron la aplicacion para la cual se construyeron, que era la guerra con Egina, por no haberse terminado hasta el momento en que Jerjes emprendia su expedicion; hecho que confirma Plutarco al decir que Arístides fué ostraciado tres años antes de dicha expedicion (1).

De todos estos datos se deduce como cosa cierta, que los atenienses desplegaron una actividad extraordinaria para llevar á feliz término la construccion de los indicados 100 triereos. Este sucesivo aumento de la armada reclamaba como perentoria consecuencia la ejecucion de otras obras encaminadas á procurar abrigo seguro á las naves y medios para su conservacion y reparacion, como docks, puertos, arsenales, etc. Instituyóse tambien una nueva autoridad encargada de la vigilancia y custodia de las naves y de los arsenales del Estado, compuesta de diez hombres, de los que cada tríbu elegía uno de su seno (2). La proximidad de la isla de Egina á las costas áticas imponia desde luego al polemarjo y á los estrategos la precisa obligacion de cuidar de la defensa y seguridad de una armada, cuya creacion habia exigido tan enormes sacrificios: las primeras medidas debian encaminarse á poner á salvo la entrada de los puertos.

(1) Y el fragmento de Papiro que, despues de mencionar el ostracismo de Xantippo acaecido muy poco tiempo despues del de Arístides y antes de las citadas palabras: minas, Maronea, plata, coste de triereos, contiene el vocable *N (ik) odêmo (u)*, que evidentemente debe leerse: *Nikodêmou* árjontos, cuyo arcontado coincide con el ejercicio de 483/482. Dionys. Halic. Antiq. 8, 83. De donde se infiere que Temístocles hizo pasar en este año su proposicion pidiendo el aumento de la armada hasta 200 triereos, mediante la aplicacion de productos de las minas.

(2) Böck, Documentos sobre la marina, pág. 55 siguientes. Köhler, M. D. A. I. 4, 84.

***

El año 493, antes de Jesucristo, se inauguraron las obras de la gran bahía del Pireo, cuyo espacioso puerto debia servir de albergue, lo mismo á la marina mercante que á la de guerra. En este punto se reconcentraron los trabajos, con el principal objeto de reducir á 150 piés la entrada natural de la bahía que media 950, por medio de diques, que, entrando en el mar por la costa del Norte y Mediodía, cerrasen la entrada al enemigo, al mismo tiempo que rompian el violento empuje de las ondas; el espacio comprendido entre los diques podia cerrarse, en caso necesario, por medio de cables y cadenas. La ensenada que se abria á la derecha de la entrada del puerto se destinó para los buques de guerra, y la contigua, que se estendia al Noroeste, para los mercantes; la de Zea exigia ménos trabajos y, por consecuencia, ménos coste para quedar en condiciones de prestar servicio, ya que se halla separada de la costa por un canal natural que sólo mide unos 700 piés desde el mar á la bahía por 300 de anchura. La de Muniquia, por el contrario, no podria trasformarse en puerto de abrigo sino mediante la construccion de largos diques, y no tenemos noticia de que entonces se emprendiesen tambien las obras para cerrar esta espaciosa bahía. Pero que alguna vez se realizaron lo demuestran los restos de un dique de 600 piés de longitud que se estendia por el Sur y de otro segundo de unos 500 piés, que, arrancando del Norte se dirigia hácia el primero, dejando una abertura de sólos 120 piés; ambos terminaban en fuertes torreones, uno de los cuales, el del Norte, aun se mantiene en pié, hasta la altura de 12 á 13 piés; por sus restos se vé que las torres eran redondas con basamento cuadrado. Si nó desde un principio, á lo ménos algun tiempo despues se estableció el principal puerto militar

de la república en la bahía de Zea; así vemos que en el siglo IV, antes de Jesucristo, se resguardaba en él la mayor parte de la armada y sólo un corto número de buques se guarecian por mitad en el Pireo y en Muniquia (1).

Pero no bastaba cerrar al enemigo la entrada en los puertos; con esto sólo se conseguia evitar la destruccion de los buques y arsenales, pero no se impedian los efectos del fuego que desde fuera podia arrojarse sobre los materiales allí acumulados; esto sólo podia evitarse cerrando toda la península que formaba las tres bahías por medio de murallas En efecto; el dique septentrional del Pireo que arrancaba en una lengua roquiza llamada Eetionea se hallaba defendido, en la parte que miraba al mar, por un muro de quince piés de anchura, guarnecido á su vez por fuertes torreones salientes que aumentaban su ya extraordinaria resistencia; enfrente de Eetionea empezaba el muro de circunvalacion de la península, en el punto en que terminaba el dique meridional del Pireo, siguiendo la roca de la costa, y algo mas separado del mar en los sitios arenosos donde las olas podian minar facilmente la base; su anchura, á juzgar por los restos, llegaba en algunos puntos á doce piés, estando construidas de piedra sillería las dos caras y relleno el espacio intermedio con tierra y cascajo, cuyos materiales se sacaron de la misma roca de la península.

A la distancia de 150 á 180 piés se levantaron, segun dijimos antes, torres que flanqueaban el muro; el espacio de una á otra era menor, donde podia arreciar el peligro y mayor en los puntos menos expuestos. Aun se ven hoy restos de cincuenta y cuatro de estas torres á

(1) Böckh, Documentos de la marina, Núm. 11, p. 414.

partir del orígen del muro que arranca en el dique meridional hasta el recodo que forma la costa en la expansion de la bahía de Freattys. Desde el dique septentrional de la ensenada de Muniquia se extendia el muro unos 1.500 piés á lo largo de la costa para enlazar la altura de dicho punto con la línea de defensa.

Pero tambien podian verificarse desembarcos, á grandes distancias, y acometer los puertos y sus accesorios por el lado de tierra; en tal caso si estaban á salvo los buques, no sucedia lo propio con los arsenales y puertos. Era, pues, indispensable defender el Pireo y toda su península por este lado, lo que se efectuó levantando una muralla que corria á lo largo de la altura de Muniquia rodeándola por el lado de tierra, formaba luego una curva en direccion al Norte para encerrar en su circuito el mencionado Pireo y, siguiendo de aquí en línea recta hacia el Oeste, cortando la pantanosa llanura inmediata al mismo pueblo, se confundia con las rocas de Eetionea para enlazarse con la muralla natural de esta lengua de tierra, despues de formar un recodo en direccion al Sur (1). La distancia entre la muralla que se abre al pié de la colina de Muniquia, del lado del mar, y la de Eetionea apenas llega á media milla y, segun Tucidides todo el muro de circunvalacion comprendia unos 60 estadíos (2).

La empresa era de tal naturaleza que parecia sobrepujar las fuerzas de Atenas. Desde que se aprobó el aumento de la flota habian trascurrido diez años, durante los cuales se trabajó sin descanso en las obras indicadas, cuando nuevas invasiones enemigas las interrumpieron,

---

(1) Texto de los mapas de Atica de Curtius y Kiepert; Cuad. I. Fortificaciones de los puertos antiguos, por Alten, p. 10 sig.

(2) Tucidid. II, 13.

ocasionando daños en la parte de muralla construida, por más que nos es desconocida la importancia de aquellos como el estado á que habian llegado las obras. Acerca de este punto sabemos únicamente que Temístocles, rechazados nuevamente los invasores; indujo á los atenienses «á terminar las obras del Pireo,» que entonces se aumentó considerablemente la anchura de las murallas y que se proyectó asimismo aumentar su altura y solidez, segun es dado juzgar de los restos que aun se conservan (1).

***

Terminada la construccion de los 200 triereos era indispensable aumentar en proporcion análoga las dotaciones marítimo-militares, ya que aparte de unos 30 epibates ó soldados de marina nececitaba cada buque 180 remeros, marineros y otros indivíduos que completaban la dotacion de la nave. Como medida preliminar, se introdujo el servicio general obligatorio, sistema que proporcionó al Atica una fuerza muy superior á la que podia poner en pié de guerra cualquiera de los cantones griegos, no sin procurar á los nuevos reclutas aquella instruccion indispensable para asegurar el éxito de una batalla, sobre todo la relativa al manejo de los remos.

Pero este colosal aumento del ejército marítimo y de todos sus accesorios, naves, arsenales y fortificaciones, exigia imperiosamente cuantiosos recursos para su

---

(1) Tucid, I, 93, dice: «los muros apenas alcanzaron la mitad de la altura proyectada,» y respecto de los materiales hace notar que se prohibió el empleo de «mortero y tierra;» en efecto; el interior de los restos está lleno de cascajo en casi toda la extension de la muralla. No tiene fundamento la opinion de los que atribuyen á Lisandro el empleo de peores materiales, toda vez que la construccion es uniforme desde los dos piés y medio del suelo. Alten, Fortificaciones, página, 11.

sostenimiento y conservacion y era forzoso imponer al país sacrificios á los que no estaba acostumbrado. Hasta entonces sólo habia contribuido de un modo muy secundario al equipo del ejército, por cuanto los hoplitas sostenian de su peculio particular hasta el escudero ó escuderos que les servian; pero los de la cuarta clase de contribuyentes, llamados ahora por primera vez al servicio militar, no estaban en condiciones ni aun de mantenerse á sí propios; y los que podian mantenerse en tierra no tenian medios para hacerlo á bordo. Fué preciso que el Estado se encargase del sostenimiento de toda la fuerza marítima, ya suministrando directamente los víveres, ya entregando al trierarjo el dinero necesario para su adquisicion.

A pesar de la extraordinaria baratura de los comestibles, no podia costar menos de dos óbolos el sostenimiento de un hombre que debia ejecutar penosos trabajos, ya que el valor del numerario se cotizaba en razon inversa del precio de los cereales. Suponiendo que los 180 buques nuevamente construidos necesitasen un equipo de 36.000 hombres eran necesarios dos talentos al dia ó 60 mensuales para su sostenimiento, es decir, sobre 1.425.000 reales (1). Añádase á esto que, aun suponiendo que los individuos de la cuarta clase, que vivian del trabajo de sus manos, tuvieran que servir al Estado por la manutencion solamente, era preciso alimentar tambien á sus mujeres é hijos mientras duraba

(1) En la expedicion siciliana calcula Temístocles en tres óbolos el gasto de cada hombre; VI, 31. Demóstenes estima el gasto mensual de cada buque en 20 minas; in Philipp. I, p. 47. 48, lo que da un *sitêresion* de dos óbolos diarios y la misma cantidad por el *mis-zós*. Böckh, Economía política I, 382 siguientes. La tripulacion del Paralos recibia un diario de cuatro óbolos. Véase Harpocracion, en el v.

su servicio en la flota. Veamos de qué manera se resolvieron tan importantes problemas.

Al verificarse dos siglos antes la creacion de la primera armada ática, se impuso á los 48 distritos ó Naukrarias, en que se dividió el país, la obligacion de construir, equipar y conservar cada uno un buque, primeramente de la clase de penteconteros y de los triereos más tarde. Segun vimos antes Solon modificó esta disposicion ordenando que fuese el Estado el encargado de construir y conservar las naves, pasando á los pentacosiomedimnos, por un órden determinado, el servicio de la trierarjia, es decir, el equipo y armamento de los buques y, como compensacion, el mando de los mismos. Clistenes introdujo una pequeña alteracion en este reglamento, en virtud de la cual cada una de las diez tribus estaba en la obligacion de equipar cinco triereos. Ahora se trataba del equipo de una flota cuatro veces mayor; y, si cada tribu debia presentar antes cinco trierarjos, ahora tenia que dar veinte.

Otra consideracion de gran peso se ocurrió sin duda á los jefes del gobierno ateniense: la de si seria prudente y equitativo imponer las nuevas cargas á los grandes propietarios solamente, siendo ellos los que más motivos tenian para oponerse á la reforma. Era preciso: ó ensanchar el círculo de los obligados al sostenimiento de la flota ó echar por tierra todo el sistema de la trierarquía que imponia las indicadas cargas á cambio del derecho honorífico de mandar las naves. Adoptóse el primer procedimiento, ya que uno de los principales fines de la reforma era emplear en el servicio del Estado fuerzas que hasta entonces no se habian utilizado y se creyó, con justicia, que nadie seria más capaz de dirigir un barco que el naviero y el comerciante, ocupados toda su vida en el tráfico marítimo. Ellos conocian

perfectamente la navegacion y tenian á su servicio y disposicion remeros y marinos juntamente con todos los útiles necesarios para el equipo de un triereo.

Lográbase al mismo tiempo, con tal medida, que se aplicase una parte proporcional de la fortuna perteneciente á los indivíduos de la cuarta clase, que hasta entonces tampoco habia contribuido á levantar las cargas del Estado, á pesar de que esta riqueza movible se habia aumentado en los últimos tiempos de un modo considerable. Y no es necesario encarecer el estímulo que ofreceria al comerciante, al industrial y al hombre de negocios, en general, el poder presentarse ahora como jefe de un triereo de guerra, lo mismo que el más linajudo aristócrata, cuando antes se hallaba excluido hasta de los más modestos empleos públicos; máxime toda vez que, al verse de este modo asimilado á las más nobles familias en el desempeño de uno de los cargos más honoríficos de la república, tenia la conciencia de que sólo por su buen comportamiento debia conservar el cargo que se le confiaba.

*
* *

Por la nueva ley se tomaba la totalidad de la fortuna de cada indivíduo para calcular la parte con que debia contribuir al desempeño de la trierarjia, sin exencion de ninguna clase; de suerte que todos aquellos cuya fortuna alcánzase una cantidad determinada, entre tres y cinco talentos á lo que parece, quedaban obligados á desempeñar por turno dicho cargo. Pero aun se reservó la preferencia á los voluntarios; y únicamente cuando entre las familias de la tríbu á quienes correspondia el indicado servicio no se presentaba el número suficiente de trierarjos, debia completarle el estratego con sujecion al turno establecido, entregando á cada

uno el triereo que le correspondia (1). Para el mejor cumplimiento de la reforma se llevó á cabo la reorganizacion del censo, á fin de poder señalar los turnos para la trierarjia. Sábese que en tiempo de Demóstenes se fijó el capital imponible de los trierarjos en 10 talentos (2).

En realidad de verdad era una carga penosa la que se impuso á los jefes de las naves, ya que sus gastos importaban de 10 á 12 minas. Es cierto que la conservacion del buque corria á cargo del Estado cuyos arsenales suministraban además los objetos indispensables para su equipo; los dos mástiles que llevaban alzados los triereos y que se bajaban al entrar en combate, el estai mayor y el de trinquete, las vergas de cada mástil y sus respectivas velas, las brazas, escotas, brelas, cordajes y correajes, remos, anclas, cables y amarras; pero en un buque se necesitaban además una multitud de objetos menudos, cuyo suministro por el Estado ofrecia casi insuperables dificultades, y gastos de consideracion; tales eran: el cordaje menudo, las vasijas para las provisiones y pellejos para el agua, utensilios de cocina, etc. Por otra parte ocurrian con frecuencia pequeñas reparaciones y renovaciones indispensables para botar al agua las naves que habian estado algun tiempo depositadas en los docks, cuya ejecucion, en casos apurados, debian costear los trierarjos, por insuficiencia de los operarios de la república. Y si alguna

(1) Böckh, Economía I, 359. 598. 701 sig. Documentos de la marina, p. 73.

(2) La misma índole del asunto y la marcha de los acontecimientos, así como la construccion de los 100 triereos por los mayores propietarios, son indicios de que el arreglo del censo coincide efectivamente con la reorganizacion de la marina por Temístocles. Demosth. de corona, 260. R.

vez el Estado era impotente para enganchar gente hábil en el manejo del remo ó en el cumplimiento de los demás servicios que exigia entonces un buque de guerra, el jefe del mismo estaba en la obligacion de suplir las faltas que pudieran ocurrir, segun la teoría helena de los servicios voluntarios al Estado, siendo ésta una de las cargas equivalentes al honor que le resultaba de la jefatura de la nave; de ordinario el capitan entrante compraba á su predecesor todos los objetos que habia suplido.

Todo nuevo jefe renovaba la pintura exterior del triereo, á fin de que su porte no desdijera del de los demás buques; y en el costado se escribia el nombre de la nave, juntamente con el de su constructor técnico: los nombres más frecuentes de las naves helenas eran: Anfitrite, Tritogenia, Galatea, Sirena, Delfinia, Oreitha, la Esbelta, la Golondrina, la Paloma, la Vencedora, etc.

El trierarjo tenia especialísimo interés en llevar á su nave buenos oficiales subalternos, y debia procurárselos si no los habia entre el personal del buque. Los trierarjos que procedian de la marina mercante ó del comercio podian aportar á la nave de guerra no solamente los utensilios de sus buques mercantes, sí que tambien los remeros, y marineros; los que no se hallaban en estas condiciones tomaban á sueldo los indivíduos que juzgaban necesarios para formar una tripulacion hábil en el manejo del buque y bien ejercitada en las maniobras navales; para que su nave fuese la más andadora, lo mismo á remo que á vela, á fin de merecer la alta honra de que el estratego la designase para nave almirante. Además es cosa averiguada que el Estado concedia un premio respetable al trierarjo cuya nave estuviese primero lista para darse á la vela. Una vez ter-

minada la campaña el trierarjo entregaba el buque y los objetos accesorios que habia recibido del Estado al administrador de los arsenales, debiendo dar cuenta de las pérdidas que hubieran sufrido; á cuyo efecto se presentaban á dicho funcionario las pruebas justificadas que acreditasen si la pérdida habia sido ocasionada por la accion del enemigo, por accidente de mar ó por negligencia de la tripulacion.

***

Temístocles supo sacar un partido altamente provechoso para Grecia, de las mismas discordias que dividian á sus cantones; así hace notar Herodoto que «la guerra encendida entonces entre Atenas y los eginetas fué la salvacion de Grecia.» (1). Tomando por pretesto esta guerra habia logrado trasformar en marítimas todas las fuerzas de la república, reforzando y unificando de tal manera sus elementos militares, que ningun otro canton podia presentar, ni aun aproximadamente, tan poderosos y bien organizados medios de combate. Hasta donde era posible habia resuelto el dificilísimo problema de elevar un simple canton heleno al rango de potencia militar, introduciendo, como principal elemento, el servicio obligatorio, que hasta entonces era desconocido entre los griegos.

La política que siguió durante doce años, en los que tuvo que luchar incesantemente contra adversarios que gozaban de gran respetabilidad y prestigio, demuestra que era, tal vez, el único hombre de su nacion que comprendia los deberes que resultaban para Grecia del avance de los persas en direccion á Occidente y que nadie le aventajaba en penetracion y recto criterio; así como la

(1) Herod. VII, 144.

constancia con que llevó á cabo sus planes, es prueba manifiesta de la firmeza de sus condiciones y de la singular entereza de su carácter. Despues de prolongada lucha habia realizado el pensamiento de Milciades, dando á su pais medios de combate de que antes carecia y echando los fundamentos de un gran poder marítimo. No era, en realidad, obra de poca importancia hacer abandonar á Atenas sus tradiciones militares para abrazar otras completamente nuevas al dia siguiente de la batalla de Maraton. Sin embargo no se habia destruido en manera alguna el ejército de tierra, antes bien se dió aptitud á todos los ciudadanos para coadyuvar á la defensa de la patria, poniendo al cuarto estado en condiciones de rivalizar en las glorias militares con los hoplitas de Máraton.

Sin el decidido apoyo de ciudadanos inteligentes, sin la cooperacion de los comerciantes, de los marinos, de los navieros y del numeroso cuarto estado no hubiera podido Temístocles hacer pasar sus atrevidas reformas, á pesar de que la inmensa mayoría de sus indivíduos no obtenian de las mismas sino el peso del servicio y el verse expuestos en primer término á los peligros de la guerra; mas en esto mismo estuvo acertado Temístocles al suponer que en los peligros más graves opondrian mayor resistencia aquellos que ménos tuviesen que perder.

Temístocles empezó su obra diez años antes que pudiera emprender la creacion de una flota semejante Gelon, príncipe de Gela, despues de verificada la conquista de Siracusa. Los medios, sin embargo, de que disponian ambos eran muy diferentes; el caudillo ateniense no podia aprovecharse del botin procedente de ciudades arruinadas, cuyos habitantes redujo á esclavitud el príncipe siracusano; ni contaba con rentas especiales per-

manentes ni tampoco era libre para realizar sus proyectos, puesto que, á lo ménos, necesitaba obtener la aprobacion de la mayoría de sus conciudadanos, que no se mostrarian desde luego propicios á favorecer con su voto una reforma que les imponia penosos sacrificios, tanto personales como pecuniarios y que, además, creaba servicios completamente nuevos. No se exagera al decir, que la reforma en virtud de la cual el caudillo ateniense, en medio de circunstancias tan desfavorables, dió una respetable armada á su patria, que compensaba suficientemente la pérdida de la flota de los jónios en Asia, y elevó al Atica al rango de potencia marítima, haciéndola superior á los más poderosos cantones griegos, le hace digno de ocupar un puesto honroso al lado de Solon, de Pisístrato y de Clistenes, entre los fundadores del Estado ateniense, y los políticos que más contribuyeron al desenvolvimiento del poder ático, dentro y fuera de Grecia. Y sin embargo, aun tenia que prestar mayores y más importantes servicios á su patria.

VI.

ARMAMENTO Y MARCHA DE JERJES.

El advenimiento al trono del sucesor de Dario se verificó sin oposicion ni trastornos, por más que habia motivos para temer una y otros. En efecto; aquel monarca habia dejado numerosa prole. Antes de subir al trono le dió tres hijos la hija de Gobrias, á saber: Artabazanes, Arsamenes y Ariabignes; en Atossa, hija de Ciro, tuvo, despues de empuñar el cetro persa, cuatro: Jerges, Aquemenes, Masistes é Histaspes; otra hija de Ciro, llamada Atiistone, le dió tambien descendencia, y, por último, en la hija de Bardya (Smerdis) tuvo asimismo un descendiente, segun vimos en otro lugar.

Los hijos de la primera mujer mencionada, pudieron hacer valer su derecho de primogenitura, y los de Atossa estaban en el caso de reclamar el derecho de ser hijos del rey. Dario habia designado á Jerjes (Chajarsa), hijo mayor de Atossa, para su sucesor en el trono. Este vino, pues, á unir la sangre y el derecho de la antigua línea de la casa de Aquemenes con la sangre y el derecho de la nueva línea de la propia familia que ocupó el

trono en la persona de Dario. Jerjes, segun hace notar Herodoto, era el hombre más hermoso y más gallardo entre los persas, y como sucesor nombrado para ocupar el trono ciñó la tiara recta llamada Kidaris. Los hijos mayores se conformaron con la decision que habia tomado su padre, y así pudo Jerjes subir pacíficamente á ocupar el trono de aquel, sin resistencia, en la primavera del 485, ya que habia quedado en buena inteligencia y armonía con sus hermanos (1). Dario murió precisamente cuando acababan de hacerse todos los preparativos y armamentos contra Grecia y Egipto (2).

Con esto le quedó bien determinada su primera mision al jóven monarca del gran imperio, quien á lo más contaba entonces 35 años de edad. Los primeros armamentos que en un principio se habian preparado contra los helenos, pudieron emplearse enseguida para atacar á los egipcios. Del faraon Jabash, á quien los egipcios colocaron á su frente, nos dice una inscripcion egipcia que se dirigió á la comarca de Buto para inspeccionar la region marítima y el Delta del Nilo; que mantuvo á distancia la escuadra de los asiáticos, y que otorgó á los dioses de Buto propiedad y tierras (3). Un sarcófago de Apis lleva la fecha del mes de Atyr, del segundo año del gobierno del rey del Alto y Bajo Egipto, Ja-

(1) Segun Pluturco (fratern. amor. 18) y Justino (2, 10) la lucha tuvo lugar despues de la muerte de Dario y Artabano (segun Justino Artafernes) fué el que la decidió. Esto está en armonía con el papel que atribuyen los prisioneros de los persas al sábio Artabano, quien votó en contra de las proyectadas expediciones contra los escitas y griegos. La relacion de Herodoto es por tanto, la que debe preferirse. Los hermanos de Dario, segun dicho historiador, eran Artanes, Artabano y Artafernes.

(2) Herodoto, 7, 4: En el año que siguió á la sublevacion de los egipcios.

(3) Brugsch, Historia de Egipto p. 759.

bash, el eterno, el favorecido de Apis-Osiris y de Horos (1). Este sarcófago estaria consagrado al dios Apis que se descubrió seis ó siete años antes, bajo el reinado de Dario; las inscripciones indican que Jerjes utilizó tambien la escuadra para atacar á los egipcios y que la sublevacion pudo durar como unos dos años. Más claramente dan á conocer las noticias de Herodoto que la sublevacion de los egipcios fué sofocada dos años despues de la muerte de Dario, que duró como tres años y que terminó en el 480, antes de Jesucristo.

Jerjes entregó el gobierno del país del Nilo, nuevamente sometido, al mayor de sus hermanos legítimos que le seguia en edad; es decir á Aquemenes. Herodoto observa que el yugo que pesaba sobre los egipcios, les fué ahora impuesto con más dureza que lo habia sido antes (2). Era este un principio feliz para el nuevo reinado, ya que, sometida á la obediencia una de sus más importantes provincias, quedaba completamente asegurada la paz del imperio. Sin embargo, el sucesor de Ciro, de Cambises y de Dario, no solamente se proponia conservar los antiguos dominios, sino tambien aumentarlos. ¿Cómo habia de consentir que sus hechos fuesen de inferior importancia que los de sus antepasados? Un imperio fundado sobre el derecho de las armas y de conquista; un imperio que habia tenido la suerte de ir siempre de éxito en éxito, no se detiene hasta que encuentra una resistencia insuperable.

Por otra parte importaba mucho á Jerjes recojer la total herencia de Dario, llevando á término la empresa que este habia resuelto mucho tiempo hacia y para la que en sus últimos años se habia preparado con poderosísi-

(1) Brugsch, Lengua egipcia, p. 13.

(2) Her. 7, 7.

mos elementos por más que no pudiera realizarla; de esa manera pagaria la derrota sufrida.

No era necesario el estímulo de los pretendientes de Atenas y de Esparta, ni la excitacion de los dinastas de Tesalia y de Thorax, ni de sus hermanos para decidir al jóven caudillo de los persas á volver á emprender el ataque contra Grecia. Herodoto cuenta que, despues del destronamiento de Demarato, rey de Esparta, á quien Dario concedió la posesion hereditaria del principado de Pérgamo, los pisistratidas que imperaban en Sigeo y en Lampsaco, con Pisístrato á la cabeza, hijo mayor de Hippias y hombre ya de unos 60 años, se habian apresurado á ir á Siria para exponer sus deseos personales al nuevo soberano. Pisístrato tenia á su lado á Onomacrito, el mismo vate que habia arreglado y coleccionado el libro de los oráculos de Museo para su abuelo el primer Pisístrato, y al que Hippias habia expulsado de Atenas; mas despues que este tuvo que abandonar tambien la capital de Atica se reconciliaron ambos personajes, y Onomacrito debia, como conocedor de los oráculos, presentar al gran rey los vaticinios de Baquis y de Museo, segun los que se suponia que un persa echaria un puente sobre el Helesponto y que un ejército enemigo destruiria por el fuego el templo de Delfos (1). Los embajadores de Thorax, caudillo de Larisa, cuya «rectitud y nobleza» ensalza Pindaro, tenian la órden de ofrecer á Jerjes el más decidido apoyo del príncipe de Tesalia para la conquista de Grecia. Los aleuadas eran vecinos de Macedonia y Alejandro rey de este país era ya, desde hacia más de diez años, nuevo vasallo del rey de Pérsia; á su vez Thorax no sólo pensaba sostener su puesto como caudillo de los tesalios

(1) Herod. VII, 6. 239. IX, 42-43 Aesch. Pers. 739.

bajo la dominacion de los persas, sino tambien asegurarse contra la oposicion de la nobleza y reconquistar el pleno poder que sus predecesores habian ejercido sobre Tesalia (1).

Para los persas la primera empresa importante del nuevo soberano, nieto de Ciro, no podia fracasar. Ya habia demostrado la sublevacion de los jónios la resistencia que podian oponer los griegos, puesto que Dario necesitó seis años para sofocarla; la expedicion de Mardonio no habia tenido el éxito que de ella se esperaba y la de Datis y Artafernes habia fracasado. Al prepararse,

(1) La causa detallada que da Herodoto de la expedicion contra Grecia está basada en leyendas poéticas persas y saturadas de opiniones griegas. Hemos encontrado el mismo orígen de sus relaciones en las historias de la juventud y exaltacion de Ciro, de su muerte, de los sucesos acaecidos á Cambises, del asesinato de Gaumata, de la ocupacion del trono de Dario; y en algunos rasgos del relato de la expedicion contra los escitas, calcadas tambien sobre relaciones medo-persas y sobre pasajes de su epopeya, aunque modificado en algunos puntos bajo el influjo de ideas griegas y por el concepto histórico del mismo Herodoto. En este punto el frecuente empleo de los sueños, pues cuenta nada ménos que cuatro, nos indica la existencia de fuentes orientales y póeticas. El sueño de Jerjes sobre el olivo, que cubre con su sombra el Asia y la Europa, forma contraste con los sueños de Astiajes, sobre la vid que da sombra al Asia y con el de Mandane sobre el agua que cubre el suelo de la misma, de Ciro que ve en sueños á Dario con alas, de las cuales una da sombra á Europa y al Asia la otra. Herodoto encabeza el sueño de Jerjes con las siguientes palabras «como cuentan los persas» (7, 12). Artabano desempeña en la epopeya persa el papel de consejero; él es quien pretende disuadir á Dario de la guerra contra los escitas y tambien de la expedicion contra Grecia hasta que le convence la vision del sueño, pero no completamente; (7. 47). En sus discursos hay conceptos iranios, tales como la designacion de los griegos con el nombre de jonios, el horror á la calumnia, el éter del Dios del cielo; pero cuando á la vez habla de la envidia de la divinidad (7. 46) debe entenderse que tales ideas son del mismo Herodoto. Otros rasgos de los discursos de Artabano expresan el resultado de las

por tercera vez, para atacar á Grecia era preciso pensar sériamente en asegurar á las fuerzas combatientes, que el mismo rey debia mandar, el éxito más completo. Para evitar todo resultado adverso, hubieron de tenerse en cuenta todas las circunstancias y hacer cuidadosa-

---

campañas, como cuando los griegos, á espaldas de Jerjes, podrian romper los puentes del Helesponto (7, 10) que el escesivo número de tropas podria producir hambre (1, 49) y que los jonios podrian hacer traicion á los persas (7, 1). Es opuesto á las ideas iranias lo que predice Artabano á Mardonio, á saber, que su cuerpo seria comido en Grecia por los perros y las aves, castigo para los griegos en extremo horrible y para los persas gracia de los dioses. Si la epopeya de los persas atribuyó á Mardonio el papel de instigador á la guerra, es punto muy difícil de resolver.

Herodoto ha presentado este hecho para explicar la caida del indicado caudillo como castigo, por haber emprendido semejante campaña y hacer resaltar la inculpabilidad del soberano Jerjes, quien abandona sus planes guerreros; pero los sueños le obligan de nuevo á sostenerlos; cae segun Herodoto por la envidia de la divinidad que no consiente que un hombre domine al mismo tiempo en Asia y Europa (VII. 16. 18, VIII, 109).

En el fondo tenia razon Jerjes, en opinion del mismo Herodoto, para su expedicion guerrera, porque los helenos cometieron la injusticia de prender fuego á los templos de Sardes y porque Atenas le habia atacado. Segun dicho historiador aquellos 20 barcos que mandó Atenas en auxilio de los jonios, fueron «el principio de la desgracia» en cuya apreciacion se descubre la consecuencia de todo el sistema histórico de Herodoto. Asia robó á Yo y los griegos roban á Europa y á Medea. Por esto buscaron los asiáticos á Helena, y los griegos destruyeron á Ilion y colonizaron la Anatolia. Esta última injusticia fué reparada por la sumision de los jonios á los lidios y á los persas. Despues se levantan los jonios y Atenas les ayuda. Asia por el contrario fué autorizada para ejercer represalias valiéndose de la expedicion de Datis, de Mardonio y de Jerjes. Segun Esquilo la soberanía de Jerjes, la destruccion del órden natural, el establecimiento de puentes sobre el mar, el taladro del Athos, son los hechos que han traido el castigo sobre aquel que quiso hacer correr sus naves por tierra, y caminar en seco por los mares.

mente todos los preparativos; levantando un ejército, cuya fuerza y poder bastasen para aniquilar en los griegos, si nó toda idea de resistencia, al ménos la defensa que pudieran ofrecer con sus fuerzas reunidas. Las dificultades consistian principalmente en la distancia que habia desde el interior del imperio al país que debia conquistarse; en la grande estension de la línea de operaciones, en la circunstancia de basar el ataque á gran distancia del término y en tener que asegurar, de tan lejos, el aprovisionamiento del ejército. Importaba mucho allanar estos inconvenientes que eran tanto mas graves, cuanto más numeroso era el ejército.

***

Con la sumision de los egipcios comenzaron los nuevos preparativos contra Grecia en el Otoño del año 483, ó en la primavera del 482, antes de Jesucristo. Porque el camino marítimo era más corto que el de tierra para ir á Grecia, eligióse este para el ejército de Datis; pero su desgraciado éxito demostró que las fuerzas de un ejército terrestre que podia ser conducido á su destino por mar, no bastaban para vencer á los helenos. Por eso se resolvió, por fin, seguir el camino que Mardonio habia propuesto para utilizar, al mismo tiempo, la vía marítima. Se alistó, pues, una flota numerosa capaz de mantener el predominio en los mares helenos y vencer la de los griegos; que proveyese, al mismo tiempo, á las necesidades del ejército terrestre y pudiese, en caso necesario, tomar á bordo algunas secciones del mismo, debiendo operar en combinacion con aquel. La expedicion de Mardonio nó llegó á conseguir su fin en lo esencial porque el verano tocaba á su término cuando llegó á Macedonia, y porque con el Otoño se habia precipitado la época en que á la escuadra no le era posible

detenerse en los mares; eran estos, pues, los inconvenientes que ahora debian evitarse. El verano no daba tiempo suficiente para llevar las tropas escogidas de Pérsia y el contingente del interior de Asia desde Cilicia á Grecia. Segun ésto debia ponerse en marcha el ejército el año anterior, y, despues de invernar en las cercanías de los estrechos, debia pasar á Europa al empezar la primavera. Cuanto más numeroso era el ejército, tanto más tiempo se necesitaba para pasar los caballos, camellos y demás animales de carga. Por esta razon hubo de retrasarse la primera marcha de Mardonio. Si ya Dario habia mandado echar un puente sobre el Bósforo para efectuar su expedicion á las bocas del Danubio, nada podia impedir que se intentase otro tanto en el Helesponto, que ni es más ancho ni es en él más impetuosa la corriente que en el anterior.

Era esta una empresa gigantesca, pero tambien los medios y las fuerzas con que contaba el imperio eran colosales, y el puente de Dario habia demostrado que en el propio país podian hallarse maestros cuyo arte y habilidad respondian de la ejecucion de tales obras. De igual manera y con iguales disposiciones se podian haber evitado los retrasos á que dió lugar el paso del ancho Strimon y de los demás rios de Tracia; sobre los cuales tambien debian haberse levantado con antelacion puentes al mismo tiempo que se mejoraban los caminos estratégicos. La circunnavegacion del Athos produjo en la flota de Mardonio una sensible pérdida; y sin embargo, nada más fácil que evitar tal peligro. En efecto; la saliente península de Athos estaba unida con el continente por una estrecha lengua de tierra. Si se lograba perforar esta y hacer un canal desde Akantho á Sane se habria economizado á la escuadra la navegacion del Athos y se abreviaba, además, notablemente

el camino, por que dicho canal la permitiria navegar en línea recta desde la embocadura del Strimon al golfo de Torone. Si Dario habia llevado el gran canal del Nilo hasta el golfo Arábigo, no habia motivo para retroceder ahora ante una perforacion de 12 estadios de longitud, que tanto bien podia reportar á las escuadras allí estacionadas lo mismo que al comercio. Era del propio modo imprescindible que el ejército de tierra, en su larga marcha desde el Helesponto hasta el Olimpo, encontrase abundantes y bien surtidos depósitos de provisiones; ya que el producto de las cosechas de la costa de Tracia y de Macedonia no era suficiente para proveer á las necesidades de un ejército y á la numerosa tripulacion de la escuadra. El aprovisionamiento de ambos por medio de una flota de trasportes sólo debia verificarse despues de haber penetrado en territorio enemigo, en cuyo caso no podia aplazarse el principio ó la continuacion de las operaciones.

El Helesponto, la costa de Tracia y la Macedonia estaban bajo la obediencia de Jerjes, por cuya razon podian servir de base para hacer todos los preparativos en tiempo oportuno. En resúmen; era preciso llenar los almacenes ó depósitos, levantar puentes sobre los rios de Tracia y abrir el canal del Athos, antes que el ejército llegase á acampar en el Helesponto, y que de tal manera estuviesen terminados los puentes sobre este estrecho, que desde luego pudiera realizar su paso el ejército cuando emprendiese la marcha en la primavera.

***

Tan pronto como quedó resuelto el plan de campaña, se dieron las órdenes oportunas para llevar á cabo todos los preparativos y armamentos que fuesen necesarios. En Eleo, al extremo Sur del Quersoneso, habia de

estacion una escuadra compuesta de triremes de los fenicios y de otros pueblos de la costa del imperio, la cual recibió la órden de destacar algunos barcos á Akantho. Todos sus tripulantes, juntamente con las vecinas tríbus de Tracia y los habitantes de las próximas ciudades griegas, debian ocuparse, sin pérdida de tiempo, en la construccion del canal. Los trabajadores procedentes de la flota eran periódicamente relevados con otros procedentes de Eleo, pertenecientes á las tripulaciones de las naves que componian aquella. La direccion de las obras fué confiada á Bubares yerno del rey Alejandro de Macedonia, que conocia perfectamente la naturaleza de aquellos terrenos y á Artajaes, oriundo de la familia aquemenida. Aun cuando el estrecho ó lengua de tierra que habia de perforarse sólo tenia una anchura de 3.000 pasos, y el terreno, formado de una capa de arena y arcilla de pequeña elevacion, no ofrecia especiales dificultades (1); sin embargo, la obra habia de consumir mucho tiempo, porque debia darse al canal la suficiente anchura para que pudieran navegar dos naves triremes, y construirse á la entrada y salida para su defensa diques hechos en el mar. Dividióse el canal en trozos y cada seccion de la flota se encargó de la ejecucion de una parte. Los fenicios fueron los primeros que lograron establecer una fuerte escarpa en el terreno arenoso, equivalente al doble del ancho necesario para la navegacion, y esto porque desde un principio tomaron la verdadera medida. Sabemos que el canal llegó á tener 200 pies de anchura y que, una vez terminado este, comenzaron los tripulantes que le habian abierto á echar puentes sobre el Estrimon (2).

(1) Leake, Travels in Greece 3.148.

(2) Herodoto 7. 23. 24. Strabon p. 331. Tambien Tucidides (4. 109) habla del canal y aun se conocen vestigios del mismo en ter-

Para los puentes que se habian de construir sobre el Helesponto se tuvieron á la vista los modelos de aquellos puentes de barcas que Mandrocles habia echado sobre el Bósforo 30 años antes. Los fenicios y egipcios, como los más experimentados del imperio en toda clase de construcciones navales, fueron los encargados de ejecutar la obra. Despues de fijados los proyectos, y de haber resuelto, para mayor seguridad y prontitud del paso de un numeroso ejército con grandes bagajes, el hacer dos puentes, se dió la órden á los administradores de los fenicios y egipcios para que mandasen hacer gran número de sogas de grandísima resistencia. Los fenicios hicieron las cuerdas de cáñamo y los egipcios de la fibra llamada biblos. Herodoto observa que cada vara de cuerda fenicia pesaba más de un talento; es decir 62 libras (1); de cuyo peso se deduce que tenian las sogas más de 30 pulgadas de circunferencia. Al mismo tiempo se encargó á las ciudades marítimas de las comarcas inmediatas, principalmente Abidos y Sestos, el suministro de las 700 balsas que se necesitaban para hacer los puentes, las grandes cantidades de maderos y vigas, las anclas, tornos y estacas. Enormes provisiones se almacenaron en Sardes, donde el ejército debia reunirse é invernar antes de emprender la marcha.

Para llevar las provisiones necesarias á los puertos elegidos al efecto de la costa de Tracia y de Macedonia, tuvieron que aprontar los fenicios, egipcios y helenos de Anatolia gran número de barcos mercantes de trasporte.

---

renos pantanosos. Las dudas sobre la existencia de aquella perforacion no son ya admisibles, desde el descubrimiento de daricas, (monedas de Dario), en el cauce del mismo.

(1) Como se trata del peso, hay que suponer que aquí se trata del talento *egineta*. Tzetzes eleva el peso de las mismas hasta tres talentos.

El primer almacen se estableció en Tirodiza, lugar de la Propóntide, en el territorio de Perintho; el segundo más al Occidente, en la «costa blanca,» cerca ya de la entrada del Helesponto; el tercero en Dorieo; el cuarto en Eion, en la desembocadura del Estrimon y los demás en la costa de Macedonia á lo largo del Golfo termeo.

En estos principales almacenes se depositaron no solamente harinas y trigos, sino tambien provisiones para la caballería, las bestias de carga y para los animales de matadero que habian de seguir al ejército. Por último se dió órden á las ciudades griegas de la costa de Tracia que adquiriesen, por su cuenta, el trigo y los animales necesarios para sostener al ejército un dia entero, á su paso por cada una de ellas; quedando encargados de la ejecucion de estas órdenes los comandantes persas de las fortalezas y guarniciones de aquellos territorios; y como además debia acompañar al ejército una gran flota de trasportes cargada de comestibles, podia contarse con que las tropas no sufririan hambre.

Tomáronse las más eficaces medidas para que ejército y escuadra fuesen los más fuertes y numerosos que hasta entonces habian presentado los persas. La caballería se formó principalmente con los buenos ginetes de los pueblos de los paises montañosos del Iran, en tanto que las demás satrapias sólo suministraron infantería, á lo ménos en su mayor parte. A los contingentes del Oriente se designó como punto central de reunion Critalla de Capadocia, y los del Asia Menor, de este lado del Halys, segun la situacion de las comarcas, acudieron á Sardes ó á Abidos. Los barcos de guerra y los mercantes se distribuyeron entre todas las provincias marítimas; y, en atencion á que estas estaban ya muy sobrecargadas con los suministros de la escuadra,

se les dispensó de la obligacion de dar tropas al ejército de tierra. Como puntos de reunion de la flota se designaron los puertos de Focea y Cumas (1).

***

Despues de dos años de trabajos quedaron terminados todos los preparativos en el otoño del 481, antes de Jesucristo. En este tiempo quedó abierto tambien el canal de Athos, preparados los caminos de la costa de Tracia, el material de los puentes dispuesto ó ya empleado, llenos los almacenes, y todos los objetos necesarios para los grandes puentes, como cuerdas, anclas y balsas, están listos; de suerte que en la primavera próxima debian estender los fenicios sobre el Helesponto uno de dichos puentes y los egipcios el otro. Ya en el trascurso de la primavera y verano de aquel año se pusieron en marcha los contingentes que procedian del apartado Oriente y del Sur para poder llegar á Sardes hácia el invierno, desde donde debian en realidad empezarse las operaciones del paso del Helesponto, á principios de la primavera próxima. Cuando las tropas de Oriente se hallaban reunidas cerca de Critalla, al terminar el verano, se presentó á ellas el rey Jerjes, púsose á su frente y las condujo por la gran carretera real que habia hecho su padre, al Halys, por Komana y Pteria, y, despues de pasar el rio, á Quelane, por Ancira y Pesinunte. Aquí vivia Pythio, hijo de Attys, descendiente de la última casa real de los lidios, de la rama de los mermnadas, quizás nieto de Creso, es decir, hijo de la hija de este rey. Este era no sólo el hombre más rico de la Pérsia, sí que tambien, el más rico de su tiempo; toda vez que su for-

(1) Así lo asegura Diodoro, segun Eforo, quien podia muy bien saberlo; tambien segun Herodoto invernó la flota en Cumas, despues de la campaña; 8.130.

tuna ascendia, segun las noticias de Herodoto, á 2.000 talentos de plata y cerca 4.000.000 de dareios; ó sea unos 420 millones de reales (1) en metálico, aparte de las propiedades y esclavos. Al rey Darío le habia regalado Pythio una magnífica obra de arte: un plátano de oro con la vid que Teodoro de Samos habia ejecutado para el rey Alyates de Lidia, padre de Creso. Ahora no sólo agasajó al rey Jerjes y á su séquito, sino que alimentó, además, á todo el ejército el dia de su tránsito por Quelane. De aquí se dirigió Jerjes á Sardes por Colosas, Cidrara y Calatebos; y en dicha capital fué donde se estableció el cuartel real para pasar el invierno.

Al empezar la primavera del 480, antes de Jesucristo, entraron tambien los contingentes de Frigia y Lidia en Sardes; se empezaron á echar los puentes sobre el Helesponto, precisamente despues de los equinoccios, y pasada ya la época de las tormentas, y salieron los mensajeros del rey para Grecia (2) á fin de reclamar de todos los cantones del continente la tierra y el agua, aún de aquellos que habian ya dado á Dario pruebas de sumision. Sólo Esparta y Atenas debian quedar excluidas de tan extraña exigencia. Estaba ya para emprender la marcha el ejército cuando ocurrió una peligrosa dilacion: Una fuerte tormenta destrozó los puentes que acababan de construirse, pero, gracias á la prevision con que se habian dirigido los preparativos, se disponia de tan rico material en anclas, cuerdas, vigas y barcos que bien pronto pudieron recomponerse los puentes, y, reforzadas las cuerdas, quedaron más seguros que lo estaban antes.

(1) Calculados en talentos de plata de la ley monetaria ática.

(2) Segun Diodoro marcharon los enviados en el momento en que Jerjes se preparaba á partir de Sardes á Abydos. Segun Herodoto encontraron á Jerjes en Pieria los enviados que volvian de Grecia.

Hácia mediados de Abril tuvo lugar la salida del ejército de Sardes (1). Por la Misia se dirigió al Caicos y desde sus orillas á Atarneo, donde Histieo sucumbió en lucha con los persas hacia 15 años, y despues, á lo largo de la costa por Adramytion á Antandros. Aquí abandonaron la costa y, siguiendo la marcha por el centro del país llegaron á Abydos dejando á la izquierda el Ida. Mientras el ejército acampaba á orillas del Scamandros ofrecieron los magos un sacrificio de 1.000 bueyes sobre la eminencia de la ciudadela de Ilion, último baluarte de la pátria asiática (2). En Abidos estaban ya acampadas las tropas que se habian destacado directamente á dicho punto y la escuadra se habia puesto en marcha desde Focea y Cumas. Aquí se dió al

---

(1) La batalla de Salamina se dió, segun Böckh, en el último tercio del mes de Setiembre, es decir el 20. Despues de haber permanecido Jerjes algunos dias más en Atica, volvió al Asia, despues de 45 de permanencia en aquel país, (Herodoto VIII, 115), por consiguiente á mediados de Noviembre. Nepote supone, bajo la autoridad de Eforo, que Jerjes estuvo ausente de Sardes 7 meses (Themist. 5). noticia qne está casi enteramente conforme con los datos de Herodoto (8, 51); segun eso la salida de Sardes tuvo lugar á mediados de Abril. Que la tradicion griega haya trasladado el eclipse de sol que ocurrió el 16 de Febrero del 478 á la primavera del 480 (Herodoto, 7, 37) no debe sorprendernos. Tambien podemos poner en tela de juicio la flagelacion del Helesponto, el hundimiento de las cadenas, la marca de fuego y otros hechos de que hace memoria esta tradicion. La ejecucion de los constructores-arquitectos, cuyo puente no pudo resistir á la tormenta, pertenece asimismo al ciclo de leyendas griegas, aunque está conforme con el gusto oriental.

(2) Tenemos noticias de los sacrificios de 100 caballos, 1.000 bueyes y 10 000 animales pequeños de que habla el Avesta ofrecidos á Ardviçura y á Devaçpa, en los que figura la imprescindible copa del Haoma, que contenia el jugo sagrado de que habla Herodoto. Este opina arbitrariamente que el gran sacrificio se ofreció en honor de la Athena de Ilion y de los héroes.

ejército un dia de descanso, y el rey mandó hacer maniobras á las naves triremes, venciendo en el simulacro los barcos de Sidon.

Los puentes, á cuyo pié tuvo que levantar la ciudad de Abidos una plataforma de piedras blancas para el rey se hallaban entre Abidos y Sestos, de modo que, desde la próxima orilla, del otro lado de Abidos, alcanzaban una punta de la costa conocida con el nombre de Akte, hácia el S. O. de Sestos. Herodoto dice que la anchura del estrecho era de siete estadíos; pero es cosa averiguada que en su parte más angosta, cerca de los baluartes de los Dardanelos, mide 5.000 piés, es decir, como nueve estadíos; y en el punto donde estaban situados los puentes de Jerjes, alcanza de 6 á 7.000 piés. Las mayores dificultades que habian tenido que vencer, provenian de la gran profundidad del agua y de la fuerza de la corriente que dificultaba el anclaje de las balsas.

Oigamos cómo describe Herodoto la construccion de los puentes. El situado en la direccion del mar Egeo. descansaba sobre 340 barcos, parte de los cuales eran penteconteros y parte triremes; el que se estendia por el lado de la Propontide, era más largo y descansaba sobre 360 barcos de las mismas clases, los cuales se dispusieron oblícuamente á la orilla, estando precisamente anclados contra la impetuosa corriente que azota la costa europea.

Sólo pequeños intervalos separaban unos barcos de otros, estando fuertemente amarrados por dobles anclas. A los costados de estas dos grandes filas de barcos se extendieron, desde un lado al otro, aquellas enormes sogas de más de 30 pulgadas de circunferencia; los barcos de los fenicios se sujetaron con cuerdas de cáñamo y los de los egipcios con las de biblos; á unas y á otras se dió toda la tension posible por medio de poderosos

tornos y despues se las aseguró fuertemente á las dos orillas. Al reconstruir los puentes destrozados por la tormenta, se emplearon nuevas cuerdas de cáñamo y de biblos, de tal modo, que con cada dos sogas de cáñamo y cuatro de biblos se formó una sola de una resistencia enorme. Sobre esta se colocó una série de maderos que, á su vez, se hallaban sujetos y bien tirantes por medio de otras largas sogas, y en esta base descansaba todo el fondo de los puentes, formado de vigas, que se cubrió con tierra, llevando parapetos por ambos lados. Cada puente tenia debajo de las sogas tres huecos para los barcos que habian de pasar el Helesponto.

Despues que Jerjes hubo examinado desde la plataforma los puentes y las masas de tropas que cubrian la llanura del Abydos y todo el contorno de la costa (1), recreándose con el pensamiento de que su sola voluntad habia llevado allí tan gran número de hombres y de barcos, comenzó el paso del ejército. Pero antes quemaron los magos incienso sobre los puentes y esparcieron sobre los mismos ramos de mirto. Apenas despuntó la aurora, no bien se levantó el resplandeciente Mithra, segun la expresion del Avesta, levantóse tambien el Rey y rogó al Dios de la victoria que no le sucediese desgracia alguna en la expedicion que iba á emprender y que le concediese llevarla á término gloriosamente (2).

(1) Herodoto. 7. 45.

(2) Si Jerjes, como dice Herodoto, arrojó despues al mar una copa de oro de los sacrificios, un vaso del mismo metal y una espada persa, es cosa que podemos poner en tela de juicio, pues los pérsas no adoraban ninguna divinidad marítima. Por lo que hace á la historia de la biseccion del hijo de Pithio es discutible; pero no opuesta á las ideas orientales; y el mismo Herodoto cuenta que Dario impuso á un persa, en igual caso, un castigo todavia más duro. Por el eclipse de sol, que no tuvo lugar, no hay motivo para rechazar la relacion del hijo de Pithio; y el deseo de retener en casa de cinco hijos uno, es tambien comprensible sin el indicado eclipse.

Por el puente más largo, situado del lado de la Propontide, pasó la infantería y la caballería; el bagaje de todo el ejército por el que se hallaba más cerca del mar Egeo. Apoyados en los parapetos de ambos puentes habia una doble fila de vigilantes con el encargo de cuidar que nadie retrocediese, ni entorpeciese la marcha; el Rey verificó el paso el segundo dia con la guardia de 2.000 infantes y 2.000 ginetes, el carruaje sagrado de Mithra y sus sagrados caballos; los príncipes de la casa, los aquemenidas, los comensales del monarca, los parientes de la real familia y todo su séquito, del que formaban parte Demarato y Pisístrato; á este cortejo seguia toda la caballería. Segun Herodoto duró el paso siete dias y sus noches sin interrupcion; despues siguió su marcha el ejército por la orilla del Quersoneso hasta Cardia, desde donde continuó, á lo largo de la costa, hácia la embocadura del Hebros, hasta parar en los grandes almacenes que se habian acumulado en Dorisco. Aquí donde las montañas de Tracia se retiran en direccion al interior del país, habia espacio para que pudiese acampar todo el ejército, mientras que el golfo de Aenos ofrecia abrigo á los barcos de guerra, y los de la flota de trasportes podian tambien amarrarse cómodamente á Occidente de aquel golfo, entre Sale y Zone. Ejército y escuadra debian continuar desde aquí la marcha, divididos en grandes grupos, no sin acordar antes el plan de guerra y el órden de batalla.

Toda la fuerza terrestre se dividió en tres grandes cuerpos de ejército. Esmerdomenes y Megabizo, hijo de Zopyro obtuvieron el mando del ala derecha; Tritantaejmes y Gergis el del Centro, en el que se hallaba el Rey con su séquito; Masistes, segundo hermano carnal de Jerjes, y Mardonio mandaban el ala izquierda. En la distribucion de mandos de las secciones de dichos

tres ejércitos fueron preferidos los príncipes de la Casa, casi todos los cuales acompañaban á la expedicion. El mando de las divisiones de los bactrios y sacos, le confirió Jerjes á Histaspes el más jóven de sus hermanos legítimos; Arsames y Gobrias, hijos de Dario y de Artistone recibieron el mando de los árabes y sirios; Ariomardos, hijo de Dario y de Parmys (hija de Bardya), se puso al frente de los tibarenos y mosjos; á los hijos de Datis, caudillo del ejército persa en la batalla de Maraton: Harmamithres y Titheo se confió la direccion de la caballería.

Tambien la flota fué organizada por escuadras. Para aumentar su fuerza y seguridad, teniendo en cuenta que se componia de reclutas procedentes de los pueblos extranjeros sometidos al yugo persa y casi una tercera parte de griegos, se sacó un gran contingente de sus dotaciones de los mejores cuerpos del ejército; es decir, de los persas y medos, hasta treinta indivíduos para cada nave trireme. Por consiguiente tuvo que dar el ejército para 1.200 triereos, nada menos que 36.000 hombres. El mando supremo de aquella poderosa flota lo confirió Jerjes al mayor de sus hermanos legítimos, Aquemenes. Los fenicios, juntamente con las ciudades de los filisteos, habian aprontado 700 barcos. Los de Sidon, Tiro y Arados se pusieron á las órdenes de Tetramnestos, rey de Sidon, de Mapen, hijo de Hiram (1) rey de Tiro y de Merbaal, hijo de Agbaal rey de Arados. De Egipto, su gobierno, habia sacado Aquemenes 200 naves, y las ciudades de Chipre dieron 150; de cuyo mando se encargó el rey Gorgos de Salamina, quien, despues de sofocada la sublevacion, antes mencionada, habia sido de nuevo repuesto en el trono.

(1) En Herodoto dice Sirômos, pero debe leerse Hirômos; este caudillo era hijo de Hiram de Tiro, que se habia sometido á Ciro.

Los 100 barcos de Cilicia estaban á las órdenes del príncipe del país, Siennesis. Las ciudades de los jonios con sus islas de Samos y Chíos tuvieron que armar 100 barcos, y otros tantos las del Bósforo, de la Propontide y del Helesponto. Las de Caria aprontaron 70; las de Eolia con Lesbos 60 y las villas Dóricas 30; los de Licia habian dado 50, y los de la Panfilia 30; Lemnos, Imbros y Samotracia dieron juntas 70 (1). Todos estos barcos se dividieron en cuatro escuadras, cada una de las cuales comprendia 300 triremes. A la vez que el mando supremo sobre toda la flota, tenia Aquemenes el especial de las naves egipcias y de las que se habian agregado á ellas; la division jónico-cariana estaba á las órdenes de Ariabignes, tercer hijo de Dario habido en la hija de Gobrias; Prexaspes mandaba la division fenicia y la cuarta, formada por los otros contingentes, Megabyzo, hijo de Megabates, que ya habia dlrigido la expedicion contra Naxos. La flota de trasportes no contaba ménos de 3.000 barcos, la mayor parte de 30 remos; en cuyo número iban comprendidas 550 destinadas al trasporte de caballos, y que, en caso necesario, podian trasbordar secciones de caballería, sirviendo, en todo evento, para trasporte de forrajes y provisiones de toda clase (2). Terminada la division y organizadas las tropas y naves, revistó Jerjes el ejército y la flota, que formaban una fuerza como no la habia conocido mayor el mundo á las órdenes de un sólo príncipe y como jamás la pudo presentar ninguno de los antiguos impe-

(1) Segun Herodoto (7, 95) dieron los nesiotas 17 barcos; mas como el mismo Herodoto cita las naves de las Cicladas como refuerzo supletorio recibido posteriormente, y los barcos de Lemnos pelearon en Artemisio antes de que llegase dicho refuerzo, deben pertenecer los 17 triereos á las mencionadas islas.

(2) Herodoto 7, 97.

rios del Oriente, ni el Egipto, ni Babilonia, ni Asiria. No tanto la gran extension de sus dominios como la disposicion y organizacion excelente que Dario habia dado al imperio, pudieron permitir á su hijo presentar tan colosales masas, llevarlas á la guerra y disponer de medios para su subsistencia. Nada ménos que 800.000 guerreros acampaban en la llanura del Hebros, y 1.207 naves se hallaban fondeadas en sus playas; es decir, doble número de la flota más fuerte que habia podido organizar Dario. Sobre su carro guerrero, rodeado de cronistas recorrió Jerjes la inmensa línea que ofrecia el frente de la infantería, pasando luego resvista á la caballería: allí vió de las satrapias del apartado Oriente, á los indios vestidos de algodon blanco, y armados con sus grandes arcos y dardos; á los etiopes es decir, á las tríbus negras del Indo cubierta la cabeza de pieles frontales de caballo con las orejas levantadas y melenas, llevando escudos de piel de grulla al brazo; á los gándaros del mismo Indo y á los bactrios armados con arcos, segun la costumbre indica, y cortos dardos. Pero lo más escogido del ejército pertenecia á las mesetas del Iran. De las estepas del Oxus habian acudido los sacos con sus altas y puntiagudas gorras, con sus arcos, dagas y hachas de combate; los medos y los persas con sus calzones y túnicas de anchas mangas; armados de grandes, pero ligeros escudos y cortos sables pendientes del lado derecho, con arcos y dardos, y la tiara en la cabeza. Los persas, medos y bactrios habian presentado más de 300.000 hombres, en union con las satrapias de los sacos é indios (1). Seguian despues del Oriente y Norte de las indicadas mesetas los sogdianos, los

(1) Este número da la fuerza del ejército de Mardonio que, segun Herodoto, sólo se componia de tropas procedentes de dichos pueblos, juntamente con los soldados que dieron para la flota.

jorasmios, los partos, los hircanios, los arios, los drangianos con sus mantos de abigarrados colores y altas botas y los arajotas vestidos de piel de cabra. De la orilla meridional del Caspio provenian los caspios; es decir, los cadusios, mardos y tapures; de la costa occidental del mismo, los saspeiros y alarodios con yelmos de madera en la cabeza, armados de sables, lanza y defendidos por escudos de piel de vaca. Del mar Negro procedian los colcos, los macrones, los mosynoecos, los calibeos, los tibarenos y los mosjos; del Eufrates y del Tigris, los armenios, los asirios y babilonios defendidos con coraza de lino, y escudo metálico y armados con lanzas y mazas de combate; por último venian los elamitas, en cuyo territorio se hallaba situada la capital, vestidos y armados á lo persa. Hasta las islas del golfo Pérsico habian dado sus contigentes. A las extremas regiones del Sudoeste pertenecian los libios, vestidos de pieles y armados con lanza arrojadiza, cuya punta habia sido endurecida al fuego; al cálido Mediodía, al valle del Nilo, más allá del Egipto pertenecian los etiopes, que se distinguian por su vestido de pieles de pantera y de leon que les caian de los hombros, y por los cuernos de antílope que colocaban en las puntas de sus lanzas; las comarcas del Asia Menor habian mandado los capadocios, los paflagonios y los frigios calzados de medias-botas y cuyo armamento consistia en yelmos tegidos, pequeños escudos, cortas lanzas de combate y venablo; los bitinios vestidos de pieles y botas de cuero de ciervo, cubierta la cabeza con piel de zorro; los misios con sus venablos endurecidos al fuego y, por fin, los lidios casi con armamento helénico. Tal era la infantería, á cuya formacion, segun Herodoto, habian contribuido nada menos que 60 pueblos y tríbus.

Componíase la caballería de guerreros procedentes

del Iran, del Indo, del mar Caspio y del Tigris, por más que la mayor parte eran persas y medos. Al lado de los escuadrones indios y bactrios, de la caballería lijera y pesada de medos y persas, que se distinguian por su armadura completa, veíanse los sagartios de las estepas del centro de Iran, sin más armamento que corta espada y lazo; los ginetes enviados por las tríbus de la costa meridional del Caspio, y en último término se veian los escuadrones elamitas.

Tambien habia en el ejército carros de combate, procedentes de los extremos opuestos del Imperio: de Libia y del Indo, tirados unos por caballos y por asnos silvestres otros. Formaban asimismo en sus filas pelotones de árabes montados en veloces corceles y en camellos, que se distinguian además por sus arcos de doble tension y los anchurosos mantos que los cubrian. Los ginetes en camellos formaban por separado detrás del resto de la caballería.

Terminada la inspeccion del ejército de tierra subió Jerjes á un triereo de Sidon, sobre cuya proa se alzaba un baldaquin de oro, para revistar la armada. Estendíanse las naves á 200 pasos de la costa, vuelto el costado á tierra y listas para el combate, hallándose los marinos sobre cubierta con su capitan á la cabeza. Entre todas las galeras descollaban las de Sidon, por sus excelentes condiciones.

Antes de proseguir nuestra narracion cúmplenos sentar la verdad de algunos hechos y datos relativos al monstruoso ejército de Jerjes, que aparecen inciertos ó confusos en los historiadores antiguos.

***

La conversacion, que segun Herodoto tuvo Jerjes, despues de revistar á las tropas, con Demarato, se fun-

da, á lo que parece, en datos que le comunicaron los descendientes del segundo; pero no puede admitirse como histórica. En efecto; ¿podia Demarato, que deseaba ser reinstalado en el trono de Esparta, y que, segun el mismo Herodoto, hasta anunció á los espartanos que habia llegado la hora de la venganza disuadir á Jerges presentándole ante los ojos la porfiada resistencia de los espartanos? Herodoto no ha hecho otra cosa que aprovecharse de la vanagloria que los sucesores de Demarato fundaban en la supuesta prediccion de su antecesor, ajustada á los sucesos, para establecer un ingenioso contraste entre el carácter helénico y el oriental. Por lo demás, así como la descripcion que hace Herodoto de las satrapias y de sus tributos se funda en datos oficiales, del propio modo datos auténticos de orígen persa, le han servido para describir el órden de batalla del ejército y flota de Jerjes, ya que sin datos de esa naturaleza no podia nombrar con tanta precision á todos los jefes superiores, ni mucho ménos advertir que podria igualmente nombrar á los inferiores; por más que sólo cree oportuno especificar algunos. Por el contrario, el recuento que da de la fuerza del ejército, no es admisible siquiera. El número de triremes puede ser exácto, pero la dotacion de las 1.207 naves nos parece exorbitante. En efecto; además de los 20 soldados de marina naturales de cada pais que tripulaban las embarcaciones, hace subir á 30 el número de los que pasaron á bordo de cada una en Aenos; de modo que toda la tripulacion de la flota, segun el cálculo de Herodoto, ascendia á más de 277.000 hombres; siendo así que para 1.207 triereos son más que suficientes 250.000. Muy problemático es tambien el número de los barcos de trasporte; pero aun admitidas las 3.000 naves, no cabe suponer que cada una llevase 80 hombres, siendo bar-

cos ordinarios de 30 remos, toda vez que ese número es la tripulacion máxima que lleva un barco de guerra; es pues exajerada la cifra de 240.000 hombres que tripulaban la escuadra de trasportes. Por tanto aun cuando se den 40 hombres á cada uno de estos barcos y 60 á los destinados al trasporte de la caballería, apenas resultan para el servicio de la escuadra de trasportes 150.000. En cuanto al ejército de tierra, fija Herodoto la caballería solamente en 80.000, hombres, por donde se vé que determina la totalidad de la fuerza por simple cálculo. Más seguro es el que podria hacerse tomando por base el hecho bien probado de haber regresado Jerjes á Salamina con la mayor parte del ejército, noticia que tambien Tucídides da por segura (1, 73). La menor parte del ejército, que quedó bajo las órdenes de Mardonio, formada de bactrios, medos, persas y sacos, constaba, segun lo indica repetidas veces Herodoto, de 300.000 hombres; cosa que podia saberse muy bien toda vez que aquella fuerza permaneció en Hellada más de un año. Por consiguiente puede estimarse la otra parte más numerosa en 400.000 hombres por lo ménos; ya que el ejército de Dario, en la expedicion al Danubio, parece haber ascendido á 700.000 y el de Jerjes era mayor. Si se admiten los datos de Herodoto acerca del tiempo que duró el paso del ejército por los puentes; es decir 7 dias, podemos establecer el siguiente raciocinio. Un cuerpo de ejército de 25.000 hombres de infantería y 5.000 de caballería y artillería sin bagajes, necesita para pasar un puente de 10 piés de anchura, en las circunstancias más favorables, siete horas por lo ménos; así el 18 de Setiembre de 1870 pasó el rio Sena el 5.° cuerpo de ejército aleman, una brigada, dos baterías y dos escuadrones del 16.° cuerpo, por un puente de pontones de 450 pies de largo y 10 de ancho, en un dia.

Puede calcularse por el largo de las naves triremes y de los penteconteros que los puentes de Jerjes tenian unos 30 piés de ancho; por consiguiente pudo pasar por ellos y con marcha regular y reposada, un número tres veces mayor en cada dia; es decir, 100.000 hombres, á los que deben agregarse otros 40.000 si los persas aprovecharon tambien las noches, cosa que, por lo regular, no hacian. En cinco dias y cinco noches pudieron, pues, pasar por los puentes 700.000 infantes; quedando los otros dos dias para el tránsito del séquito del Rey y de los 80.000 ginetes que habian de conducir la caballería. Por consecuencia resulta imposible el recuento que se supone llevado á cabo en Dorisco por secciones de 10.000 hombres, cuya noticia debe Herodoto á las relaciones de los griegos establecidos en las costas de Tracia. Para explicar tal recuento supone el citado historiador que el ejército marchó sin órden desde Kritalla hasta Sardes y Dorisco y que en esta poblacion es donde se formaron, prévio el recuento, las divisiones, batallones y compañías. Esto es imposible porque las satrapias tenian que entregar en buen órden los respectivos contingentes de sus provincias, y el mismo Herodoto dice que Jerjes habia prometido recompensas á los sátrapas, cuyas tropas estuviesen mejor equipadas. Ya se conocia por consiguiente en Dorisco el número de los combatientes; sólo podia ofrecer dificultad averiguar el número de los mozos conductores de bagajes y criados. Para ello pudo haberse ideado el medio del cerco, á fin de averiguar el número total de los no combatientes. El cerco se llenaria con una masa de hombres regularmente apiñada no 170 veces, sino 17 probablemente. Herodoto supone que se llenó aquel 170 veces y obtiene así un total de 1.700.000 hombres de infantería; como además añade 80.000 ginetes, dá á cada comba-

tiente un criado, enumera luego las tripulaciones de los barcos de guerra y de trasporte resulta la monstruosa cifra de 5.283.210 hombres. Podemos limitarla á 800.000 para la caballería é infantería, añadiendo para los bagajes, á lo más, de 150 á 200.000 hombres, y para las dotaciones de la flota otros 250.000. Ctesias da 800.000 hombres y 1.000 naves triremes; cifra que admiten Diodoro y Eforo. Cuando Herodoto afirma que de Tracia y Macedonia se agregaron al ejército 300.000 hombres, y Eforo añade aún otros 200.000, son tan gratuitas semejantes cifras, que bien podemos dividirlas por 10. Además, losanficciones consignaron sólo tres millones en el monumento que erigieron en honor de los héroes que sucumbieron en las Termópilas, es decir, casi la mitad del número que obtiene Herodoto, como consecuencia de sus aventurados cálculos.

***

Un observador inteligente en asuntos militares no hubiera podido ménos de reconocer el acierto y prevision con que se habian adoptado las disposiciones para emprender la campaña; sin embargo, hubiera podido observar al mismo tiempo, que la multiplicidad y desigualdad de los elementos que constituian tan numeroso ejército, cuyas diferentes secciones, usando distinto idioma, no podian entender con la debida rapidez las órdenes de sus jefes superiores, perjudicaban notablemente la intensidad de su fuerza; aparte de que, fuera de los persas y en segunda línea los medos, el resto de las tropas no sentia interés alguno en esta guerra; que por la misma enormidad de fuerzas podia llegar á colocarse en situaciones harto embarazosas; que el excesivo número de naves que componian la flota tenia que perjudicar extraordinariamente sus movimien-

tos; que, abstraccion hecha de los fenicios, los marinos sentian aun ménos entusiasmo por salir airosos en la próxima lucha que el ejército de tierra y que el medio empleado para contrarestar el espíritu indiferente, en parte adverso, de los marinos, al embarcar en las galeras tropas que no tenian costumbre de pelear en el mar, perjudicaba grandemente la movilidad de la armada sin aumentar su fuerza.

Por lo que hace al aprovisionamiento de este enorme ejército, compuesto, segun los cálculos anteriormente indicados, de 800.000 soldados, 200.000 servidores y bagajeros, 250.000 marinos y gran número de caballos, camellos y bestias de carga, estaba perfectamente asegurado, aun suponiendo que los hombres solamente necesitaran 30.000 celemines diarios de grano en pan (1).

Igual cuidado se habia puesto en asegurar las comunicaciones del ejército. En primer término se impuso á la ciudad de Abidos la obligacion de conservar los puentes de barcas erigidos en el Helesponto, en compensacion de lo cual se la eximió del deber de aprontar naves para la flota. Al frente de las fuerzas encargadas de la custodia de los puentes quedó el capitan Artayktes, que era al mismo tiempo comandante del Quersoneso; estableció su residencia en Sestos, cuyas fortificaciones ofrecian perfecta seguridad y que, por la disposicion de los puentes era, con toda propiedad, la llave para el paso de Europa al Asia. Como punto estratégico para mantener las comunicaciones con Asia, tenia tambien importancia suma Dorisco, desde la cual se comunicaba facilmente con el puerto de Aenos: el persa

(1) Segun el computo de Herodoto se hubieran necesitado 110.000 celemines al dia.

Mascames, hombre de fidelidad probada, fué nombrado comandante de dicha plaza.

Verificado el paso del Helesponto continuó el ejército su marcha hácia Dorisco, empleando en el trayecto y en el tiempo en que permaneció acampado en los alrededores de esta ciudad poco más de cuatro semanas, de suerte que ya habia empezado el mes de Junio cuando se puso de nuevo en camino. El ala izquierda, al mando de Masistes y de Mardonio, emprendió la marcha á lo largo de la costa; por el interior del pais se dirigió el rey con el centro y el ala derecha, capitaneada por Smerdomenes y Megabizo, siguió las sinuosidades de la montaña.

El rey iba en medio del centro; detrás del primer batallon de la guardia real, que se distinguia por las granadas de oro de sus lanzas, y del primer escuadron de caballería de la misma, marchaban los sagrados corceles de Mitra, ó sean diez yeguas caracterizadas por signos especiales y procedentes de las yeguadas de Nisea; en pos de ellas iba la carroza de Mitra, de color blanco y con yugo de oro, tirada por ocho caballos, con su conductor al lado. Ningun mortal podia subir á este carruaje, que debia preceder al del monarca. Seguia, por consiguiente, la carroza de guerra del rey, tirada tambien por caballos de Nisea y dirigida por Patiramfes, hijo de Otanes, príncipe de la sangre; luego el monarca en carroza cubierta y su séquito. A continuacion marchaban el segundo batallon de la guardia, que tenia por divisa una manzana de oro en el asta de la lanza, y el segundo escuadron de caballería de la misma; detrás del cual marchaba la division de los inmortales (Ameretat) y una division de caballería persa que protegian la espalda del soberano.

El gran ejército hizo su marcha por Mesambria y

Stryme, ciudad de los thasios, pasó cerca del Lago Ismaro hasta Maronea y luego por Abdera sobre el Nestos; todo este territorio se hallaba en poder de las tríbus tracias de los paetes, bistones y sapeos. Pasado el Sestos atravesó el ejército el territorio de los odomantos, edones y peones, dirigiéndose unas secciones al Noroeste y otras al Sudoeste de las selvosas laderas del Pangeo, hasta llegar al Strymon, sobre el que se habian echado varios puentes en las cercanias de la fortaleza de Eion, desde cuyo punto, cruzando las comarcas de los bisaltos, por Argilo y Stagiro, se dirigió á Acantho (1).

Tambien las ciudades griegas de la costa tuvieron que aprontar sus naves para la flota y costear cada una el gasto del ejército entero en el dia del tránsito por ellas. Sólo la comida del Rey y de todo su séquito, para un dia, las tiendas, utensilios y vasijas indispensables para su servicio y hospedaje, aun suponiendo que la poblacion no hiciese demostracion alguna especial para ganar el favor del Rey, costaba de 20 á 30 talentos. Agréguese á esto la suma necesaria para hospedar á toda la oficialidad superior, juntamente con su servidumbre, y las mujeres que llevaban consigo á campaña, y la servidumbre de estas; á los oficiales subalternos y á la enorme multitud de soldados, bagajeros y bestias, y no se tendrá por exajerada la cifra de 400 talentos de plata que gastaron los thasios por sí y por las poblaciones que poseian en tierra firme, correspondiendo sumas análogas á las demás ciudades. Entre las griegas se distinguió Acantho, á «cuyos habitantes declaró Jerjes por amigos y huéspedes,» concediéndoles el uniforme ó vestido de los medos y honrándoles mucho de-

(1) Herod. VIII, 51. VII. 108-121.

palabra, así por verlos prontos á la guerra como por el celo que mostraron en la perforacion del canal del Athos.

La armada navegó por el indicado canal, y, dando la vuelta á los promontorios de Sitonia y Pallene, continuó su derrota hácia el golfo termeo y se puso de nuevo en comunicacion con el ejército cerca de Terme; el cual desde Acantho se dirigió por el interior, atravesando la comarca de los bisaltes y crestones y cortando el lago de Bolbe, hasta pisar el suelo de Macedonia. En este trayecto sufrieron los camellos frecuentes acometidas de los leones que se guarecian en gran número en las cavernas de las próximas montañas. El caudillo de los bisaltes huyó con toda su gente á las sierras de Rodope, situadas al Norte, para no verse precisado á unirse á la expedicion como los otros jefes de las tríbus tracias (1).

En cuanto el ejército se encontró en territorio macedonio, en los dominios de su aliado Alejandro, mandó el rey dar descanso á las tropas, más allá de Terme, de cuyo beneficio participó la marina, quedando las naves amarradas en la playa. Todo el campamento se estendia desde el punto indicado, á lo largo de la costa, hasta la desembocadura del Haliacmon.

El ejército persa se encontraba á las puertas de Grecia. Aquí esperó el rey la vuelta de los mensajeros despachados desde Sardes á los cantones griegos, para pedirles la tierra y el agua. Cuando estuvieron de vuelta se trazó el plan definitivo de campaña, y se dispuso lo necesario para emprender la marcha por el Olimpo, en

(1) Herod. VIII, 116.

cuyos desfiladeros se esperaba encontrar los primeros destacamentos de tropas griegas que opusieran resistencia. El aprovisionamiento del ejército estaba asegurado con los almacenes establecidos á lo largo de la costa de Macedonia.

VII.

LOS MEDIOS DE DEFENSA DE LOS GRIEGOS.

Los enormes preparativos y armamentos de Jerjes no eran un misterio para los griegos, aun suponiendo falso que Demarato, segun pretende Herodoto, apenas resuelta la guerra por el monarca persa, enviara de Susa á Esparta la misiva de que se acercaba la hora de la venganza por su destitucion (1). Pero la perforacion del canal del Athos, la construccion de puentes en el estrecho y en gran número de rios de Tracia; el establecimiento de grandes almacenes á lo largo de las costas tracia y macedonia eran preparativos que no podian permanecer ocultos á los griegos. Por otra parte, en el verano del año 481 hubo de llegarles un aviso de la costa de Anatolia, en que se les anunciaba que ya se habian puesto en marcha las tropas del interior del Asia; que todo ejército real debia invernar en las cercanías de Sardes, y que los triereos de las respectivas ciudades debian hallarse listos para la próxima primavera.

(1) Herod. VII, 138. 239.

Todas estas noticias sembraron el pánico en los cantones de la Península helénica, en los que predominaba la tendencia á salvar la vida y la hacienda someméndose en tiempo oportuno al yugo de los persas (1). Es verdad que los atenienses se hallaban apercibidos para este golpe, no pudiendo ignorar que Pérsia trataria de tomar la revancha de la jornada de Maraton; pero estaban completamente solos, ya que tal vez no podrian contar siquiera con el auxilio de Esparta. En efecto; nueve años antes se habia mostrado esta república dispuesta á enviar socorros á los atenienses, pero no procedió con la deligencia necesaria. En este intervalo, habiéndose negado á entregar los rehenes eginetas que tenia en su poder, volvió á estallar la guerra con Egina, sin que Esparta interpusiera su mediacion para hacer desistir de ella á la pequeña república que formaba parte de su liga; hasta habian dejado traslucir los laconios su propósito de reconciliarse con el nuevo soberano de Pérsia, dándole satisfaccion por el asesinato de los embajadores de su padre. Así lo indica una tradicion recogida por Herodoto, segun la cual los desfavorables augurios de las víctimas habian dado á entender los espartanos que habian obrado criminalmente al infringir el sagrado derecho de los heraldos; en vista de esto la república buscó por mucho tiempo, aunque en vano, algun patriota que quisiera entregarse en manos del monarca de Pérsia, como ofrenda expiatoria por los dos súbditos de aquella nacion á quienes dieron muerte los de Esparta; por fin, dos heróicos patriotas, Sperthias y Bulis adoptaron la resolucion de entregarse por la patria en manos de Jerjes, á fin de expiar la muerte

(1) Herod. VII, 56. 138. 157. 203. Tucid. III, 56. Plat. legg. página 699.

dada á los heraldos. Con tal propósito se trasladaron al Asia, pero el príncipe los despachó sin causarles daño alguno. Este hecho debió ocurrir en el año 482 (1).

Felizmente para Grecia, aun en el supuesto de que Jerjes hubiese admitido la satisfaccion dada por Esparta, no podia esta república romper del todo la solidaridad de intereses que la unian con Atenas; ya que el pretendiente al trono de Laconia trabajaba en la corte de Pérsia en connivencia con el pretendiente á la tiranía de Atenas. Pero lo que aun ofrecia más garantías es que, desde el destierro de Arístides y Jantippo, empuñaba las riendas del gobierno ático Temístocles, con una autoridad incontrastable; en cuya circunstancia tenia Grecia la más segura garantía de que Atenas obraria con tanto valor como resolucion y energía. En el Otoño del año 483, cuando era ya inminente el peligro, logró el caudillo reanimar el espíritu de sus conciudadanos para aumentar su armada hasta la respetable cifra de 200 triereos.

Pero Atenas era el único canton heleno que se hallaba apercibido á la defensa; ni aun Esparta habia hecho el menor preparativo (2). Era, pues, indispensable poner término á la guerra con Egina, concertar un convenio con Esparta, inculcar á todos los griegos el deber de rechazar el ataque de los persas, en una palabra: enarbolar la bandera de la defensa nacional y re-

(1) Se dice esplícitamente que la misiva partio «mucho tiempo» despues de la muerte de los embajadores y de la batalla de Maraton, expresion que revela el trascurso de varios años; de donde se infiere que la entrega de Sperthias y de Bulis debió ocurrir hácia el año 482. Herodoto ha trasmitido en su narracion la tradicion espartana, exponiéndola de una forma favorable á Laconia, sobre todo al poner en contraste las ideas y creencias espartano-persas en la conversacion que tuvieron Sperthias y Bulis con Hydarnes.

(2) Tucid. I. 69.

novar las glorias de Maraton en mucha mayor escala. Ahora como entonces debia tomar Atenas la iniciativa y acudir á Esparta, sin cuya intervencion no habria medio hábil de ajustar las paces con los eginetas. Mas para no contar con auxiliares problemáticos, como en la anterior campaña, se hizo el ensayo de reunir, sobre la base de Esparta, las fuerzas todas de los cantones helenos, único medio de averiguar hasta qué punto podia contarse con el apoyo de Esparta.

En el Otoño del año 481 partió para Laconia una embajada ateniense con el encargo de hacer saber á los espartanos que Atenas estaba dispuesta á enviar al Istmo plenipotenciarios que discutiesen y acordasen con los de Esparta, de sus aliados y demás cantones que tuviesen el intento de oponerse á la invasion extranjera, los medios de llevar á cabo la defensa de Grecia; siendo seguro que esta invitacion para reunir un congreso de representantes de todos los Estados helenos, partió de Atenas; primero porque así se deduce claramente de la marcha de los acontecimientos, y en segundo lugar porque lo indican, con bastante precision, las palabras de Herodoto: «los atenienses fueron en esta ocasion los salvadores de Grecia;» confírmalo asimismo Tucídides y el hecho de marchar unidos los embajadores de Atenas y de Esparta á provocar la resistencia de los demás Estados griegos (1).

La proposicion de Atenas envolvia, en su acepcion genuina, el pensamiento de la defensa nacional, y presentaba á los espartanos la oportunidad más favorable que apetecer pudieran para dar á su simaquía el carácter de una liga panhelénica. Fuera de Argos y Acaya, todos los cantones peloponesios estaban unidos bajo la

(1) Si la iniciativa hubiese partido de Laconia habrian ido solos sus embajadores. Herod. VII, 172. 139. 145,

heguemonia de Esparta; y como quiera que ahora importaba sobremanera atraer á los cantones del Norte, se creyó que Corinto seria el punto más adecuado para la reunion de los diputados. Los espartanos admitieron la proposicion y acto contínuo se expidieron las invitaciones para celebrar un congreso panhelénico. La realizacion, sin embargo, no era tan fácil como al parecer se presentaba. Fuera de los diputados de Esparta y de sus aliados no se presentaron en el Istmo, más que los de Atenas, Platea y Tespia; las dos últimas como amigas de los atenienses, á cuyo partido se habian adherido en los 30 años pasados.

***

Pero si bien el congreso era poco numeroso tenia la suficiente representacion para levantar la bandera de la independencia y adoptar resoluciones extremas. Temístocles, que era el representante de Atenas, abrió la discusion proponiendo que se diese tregua á todas las disputas y cuestiones que dividiesen á los helenos, á fin de poder emplear todas las fuerzas contra el enemigo que á todos, sin distincion, amenazaba. Jileo, diputado por Tegea, el más importante de los cantones arcadios, hombre que gozaba de reputacion y de influencia hasta en Laconia, no sólo apoyó la proposicion de Temístocles sino que le ayudó eficazmente á llevarla al terreno de la práctica. No tan sólo acabaron pequeñas rencillas y disensiones; terminó tambien la guerra entre Atenas y Egina y ambas repúblicas se devolvieron mútuamente sus prisioneros y rehenes. Resolvió además el congreso aprovechar el invierno para decidir á todos los cantones á la lucha contra el comun enemigo, uniendo á toda la Grecia en una sola aspiracion ya que á todos amenazaba el mismo peligro (1).

(1) Herod. VII, 145. 157. IX, 9. Plut. Themistocl. 6.

Tomado este acuerdo, resolvieron despachar embajadores á Argos para ajustar una alianza contra los persas; otros á Sicilia para negociar con Gelon, hijo de Dicomenes, que disponia de numerosas fuerzas; otros á Corcyra para animar á sus habitantes á ir al socorro de Grecia y otros, finalmente, á Creta. Oyendo entonces decir que Jerjes se hallaba ya en Sardes con su ejército, resolvieron enviar tambien al Asia Menor embajadores que examinasen de cerca los preparativos de aquel soberano y les diesen noticia exácta de sus fuerzas, con objeto de contrarestar los absurdos rumores que se habian esparcido por toda Grecia.

Todos los helenos parecian animados de un solo pensamiento; el de sacudir el yugo extranjero; y el peligro que tan de cerca les amenazaba, por su magnitud sin duda, acalló antiguas enemistades y unió á los cantones más estrechamente que nunca lo habian estado antes. La iniciativa de Atenas, tan á maravilla secundada por Esparta, habia puesto los asuntos de Grecia en situacion mucho más halagüeña que la que presentaban al penetrar Mardonio, cuando Datis y Artafernes anclaron su escuadra en el golfo de Eubea.

Era un ejemplo altamente beneficioso para Grecia el que dieron Atenas y Esparta reunidas, y un síntoma favorable la abnegacion que mostraron todos los cantones al deponer sus rivalidades cual nunca se habia visto en este país, siempre dividido por eternas discordias; al mismo tiempo que el nuevo congreso parecia garantizar la posibilidad de una accion eficaz y comun para rechazar al enemigo. Todo esto, unido á las diputaciones que se despacharon á todas las comarcas griegas, era más que suficiente para reanimar el espíritu de los flacos y comunicar entusiasmo y resolucion á los indecisos.

Era, pues, de capital importancia el resultado de dichas embajadas; pero nada les interesaba tanto como ganar la cooperacion de los tiranos de Sicilia, cuyo poder sobrepujaba al de los más notables cantones de la Península helena. Gelon de Siracusa disponia de grandes sumas de dinero, de 200 triereos y de un ejército de más de 40.000 hoplitas. No eran inferiores las fuerzas que tenia á sus órdenes Theron. Por tanto, si estos príncipes acudian en socorro de la Metrópoli con la mitad de sus fuerzas y recursos solamente, se disminuia de un modo notable la enorme desproporcion que existia entre las fuerzas de ambos contendientes. Mas no todos respondieron al patriótico llamamiento de Atenas y Esparta.

Los aqueos del Peloponeso y los argivos rehusaron entrar en la liga nacional proyectada, por diversos motivos: los aqueos, porque preferian someterse á los persas; los argivos, por enemistad y rivalidad hácia Esparta que les habia arrebatado su preponderancia en el Peloponeso y por la penosa impresion que les habian dejado las crueldades cometidas por Cleomenes contra los argivos 14 años antes, siendo causa de que Tirinto y Micena recobrasen su independencia. Los argivos dejaron traslucir claramente sus intenciones al rehusar ahora su concurso á la obra nacional despues de haber pedido á Esparta una tregua de 30 años y la mitad del mando en las expediciones comunes; su objeto era ganar tiempo y esperar el curso de los acontecimientos. Si Esparta sufria una derrota de los persas, Argos podia, desplegando una política de habilidad y de ingenio, recuperar el primer puesto entre los cantones peloponesios (1).

(1) Herod. VII, 148-152. VIII, 73. Plat. Legg. p. 692. La causa de que Herodoto trate de disculpar á los argivos, debe bnscarse en las relaciones que existian entre Atenas y Argos, cuando el historiador halicarnasiense escribió los últimos libros de su obra.

Por lo demás estas tendencias de los argivos favorables á los persas se explican perfectamente y no cabe ponerlas en duda. En vez de oponerse á la invasion enemiga prometen á Mardonio impedir el paso de los espartanos y comunicarle noticias relativas al mismo; pero ni hacen armas contra Esparta ni atacan este país cuando en 479 salen para Beocia casi todos sus defensores; y es que, sin arriesgar nada, querian esperar el término de los sucesos.

No obtuvieron mejor resultado las embajadas que partieron para los cantones del centro y Norte de Grecia. Tebas, que en el caso presente es sinónimo de Beocia, se hallaba á la sazon dominada por oligarcas que sentian un ódio profundo hácia la pujante democracia ateniense y deseaban á todo trance tomar venganza de las derrotas que les habia hecho sufrir Atenas y pagar, al mismo tiempo, á esta república el auxilio que habia prestado á Platea y Tespia, al separarse estas ciudades de la liga beocia. Timagenides, hijo de Herpys, y Attaginos que lo era de Frynon, á cuya bandera estaban afiliados casi todos los nobles tebanos, esperaban que, abrazando el partido de Pérsia, no solamente volverian á adquirir su antiguo predominio sobre las dos expresadas ciudades y tomarían la ansiada venganza sobre Atenas, sino que, además, afirmarian su propio prestigio en Tebas (1).

***

En general esta fué la política que siguieron entonces todos aquellos que tenian por locura oponer resistencia á la invasion medo-persa y juzgaban que semejante oposicion no podia producir más que la ruina de los que la intentaran. De este número, segun el testi-

(1) Pelyb. IV, 31, 6. Pind-fragm. 125 Böckh.

monio de Polibio, era el poeta Pindaro, á quien atribuye aquel unos versos, del tenor siguiente: «poniendo en paz á la república, busque todo ciudadano la brillante luz de la esclarecida paz; destierre del corazon la enemiga discordia, productora de la pobreza y opuesta al crecimiento de la juventud.» El partido de la verdadera nobleza tebana, aunque profesaba opiniones opuestas á las que predominaban entre los oligarcas y hubiese preferido una politica más en armonía con los intereses helenos, era demasiado débil para contrarestar las resoluciones de la mayoría y oponerse á sus caudillos (1).

Los focenses odiaban y temian, al mismo tiempo, á los tesalios, por cuya razon no se atrevieron á tomar decision alguna hasta saber el partido que tomaban aquellos. Thorax, príncipe de los tesalios era francamente partidario de los persas, toda vez que habia invitado á Jerjes á emprender la expedicion contra Grecia prometiéndole incondicionado apoyo; pero la nobleza tesaliota se inclinaba más al partido nacional; la cuestion estaba en saber si sus fuerzas y recursos bastarian para contrarestar la influencia de Thorax ó si este lograria vencer la oposicion de la aristocracia con los medios de que disponia, y los auxiliares que ya le ayudaron en Farsalos y Crannon. Desde luego podia contar el mencionado caudillo con el apoyo de la aristocracia, siempre que se la ofreciese la perspectiva de

(1) Herod. IX. 86. 87. Diod. XI. 4. Plut. Arístid. 18. La afirmacion que se hace en el discurso del caudillo tebano en contra de los platenses, delante del tribunal de los lacedemonios, segun la tradicion de Tucídides (III, 62), para refutar la acusacion de persófilos, de que habian sido objeto; en la cual se dice que: «Tebas no habia sido en aquel tiempo ni olicarquía ni democracia, por haber admitido el supremo dominio de algunos hombres, no tiene más objeto que *disculpar* sus tendencias favorables á la política de los persófilos.

tomar la revancha de los focios por las grandes derrotas que les habian hecho sufrir en el Parnaso y en el desfiladero de Hyampolis.

Por lo que hace á las ciudades cretenses despacharon á los embajadores ático-espartanos con la evasiva de que no podian dar respuesta definitiva sin haber consultado préviamente al oráculo délfico. Aun fué menos favorable la respuesta que obtuvieron de los tiranos de Sicilia; Gelon de Siracusa hizo comprender á los embajadores la imposibilidad en que se encontraba de prestar auxilio á la metrópoli, á causa de los vastos preparativos que hacia Cartago para atacar los dominios de Agrigento y Siracusa, cuya defensa exigia la presencia de todas sus fuerzas. La promesa condicional que obtuvieron de los corcyrenses de contribuir á la defensa nacional no era suficiente para contrarestar el mal efecto que produjo á los griegos la negativa del caudillo siracusano. En realidad Gelon fundó su neutralidad en razones atendibles y, segun se deduce de la extensa relacion de Herodoto, los griegos recogieron en esta ocasion los frutos que habian sembrado. Oida la proposicion que le hicieron los embajadores hubo de contestar Gelon manifestando su extrañeza de que tuviesen la osadía de exhortarle á entrar en la liga contra el bárbaro, siendo así que ellos le habian abandonado cuando les pidió socorro para rechazar los ataques de los cartagineses; para vengar la muerte dada por los egestanos á Dorieo. No obstante les ofrece un socorro de 20.000 infantes y 200 naves (1), con la condicion de que se le

(1) Herodoto hace subir mucho más el ofrecimiento de Gelon. La figura de la primavera arrebatada al año está tomada de la oracion fúnebre de Pericles sobre los que sucumbieron delante de Samos, año 440/439; Kirchhoff. Entstehungszeit, p. 19. Polib. XII. 26. Los griegos no dejaron de echar en cara á los siciliotas el abandono en

diese el mando del ejército griego que saliese á campaña contra el bárbaro, por lo menos el de toda la armada aliada. A lo cual hubo de contestar luego el consejo de los griegos reunidos en Corinto, que acudiese con sus fuerzas y la marcha de los acontecimientos indicaria el hombre más apto para ejercer el mando.

Es un hecho sobre el que no cabe la menor duda que, despues de la toma de Himera por Theron y de la fuga de Terillo á Cartago, los dos caudillos sicilianos, Theron y Gelon, debieron estar apercibidos para rechazar el ataque de los cartagineses (1). Los cartagineses de Sicilia conocian perfectamente los armamentos que se hacian contra los griegos en las ciudades de su metrópoli, y las ventajas que podrian reportar de un ataque simultáneo á las colonias helenas de Sicilia, que tan rápido desarrollo habian adquirido.

***

Si los cantones representados en el Congreso reunido en el Istmo, hácia el otoño del 481, abrigaron la esperanza de poder reunir todas las fuerzas de Grecia contra los persas, en la primavera del 480 se desvanecieron por completo tan agradables ensueños. Las noticias que trajeron los embajadores debieron producir un

---

que les habian dejado; reproche que rebatieron los escritores sicilianos, como Timeo y Diodoro, recordándoles su apática indiferencia al permitir que persas y cartagineses se aliasen anteriormente para atacar importantísimas colonias griegas; opinion de que tambien se hizo eco Eforo, aunque la expuso más detalladamente Diodoro. En todas las versiones se destaca la repugnancia de los griegos de la metrópoli á combatir bajo las órdenes de un tirano.

(1) Herod. VI, 165. Es evidente que en el invierno del 481 al 480, no podian ignorarse en Siracusa los preparativos de guerra que estaba haciendo Cartago. En cambio es cuestionable la historia que cuenta Herodoto sobre el envio de Cadmo á Delfos.

efecto desastroso en la opinion pública de la metrópoli: en unos puntos el egoismo, la cobardia en otros y en casi todos rivalidades mezquinas eran las causas de aquella defeccion general.

Tampoco los emisarios enviados á Sardes trajeron noticias capaces de reanimar el decaido espíritu de los griegos y decidirlos á la resistencia. En primer termino debian su salvacion á la magnanimidad del Rey. En efecto; reducidos á prision como sospechosos de espionaje, y habiendo confesado el objeto que les llevara á Sardes, fueron sentenciados á muerte; pero advertido á tiempo el Rey de la presencia de los espias griegos, no sólo revocó la sentencia, sino que ordenó que se les mostrase todo el ejército con los elementos de guerra allí reunidos, á fin de que llevasen á Grecia la relacion exácta de las fuerzas y recursos de toda clase que tenia á su disposicion Jerges. Los emisarios no hicieron más que confirmar los rumores que ya corrian por Grecia respecto de la magnitud asombrosa del ejército medo-persa, sobre cuyo punto no creyó oportuno Jerges ocultar la verdad al enemigo cuyas fuerzas, en las circunstancias más favorables, nunca podrian llegar á la mitad de las suyas. Aun se citan otros hechos que demuestran la confianza que el Rey abrigaba tocante al éxito favorable de su empresa. Cuéntase que habiendo sido apresadas unas galeras griegas con cargamento de trigo procedentes del Ponto, destinadas á Egina y al Peloponeso, Jerges ordenó tambien que se las dejase en libertad diciendo que «llevaban trigo á Grecia para su ejército.»

En las circunstancias expuestas, oponerse á tan poderoso enemigo era un acto heróico; y sin embargo, tal fué la resolucion adoptada por el congreso del Istmo. Estrecháronse más los lazos que debian unir á los con-

federados, acordáronse las bases para el mejor resultado de las operaciones que debian ejecutar en comun y formaron una verdadera confederacion, prometiendo, bajo juramento, prestarse mútuo auxilio en la guerra que les amenazaba. Apenas llegó la noticia de que los persas acampados en Sardes habian emprendido la marcha, empezó tambien en Grecia el movimiento de tropas de conformidad con el plan de campaña prévia-mente acordado (1).

La índole del terreno ofrecia á los griegos defensas naturales de primer órden contra invasiones de enemigos más poderosos que ellos. El Olimpo cerraba la entrada á Tesalia y las comarcas centrales se hallaban perfectamente abrigadas por las sierras del Oeta. Ambas cordilleras eran sólo practicables por muy estrechos desfiladeros, en los que ninguna ventaja ofrecia la superioridad numérica, por grande que fuese. Y aun despues de forzados estos pasos, quedábales á los defensores de Grecia el recurso de retirarse al Peloponeso y cerrar el tránsito del Istmo que por su estrechura no permitia maniobrar á un ejército numeroso. Los espartanos y peloponesios, en general, se mostraron, desde un principio, inclinados á reconcentrar la defensa en el Istmo, facilitándola por medio de un muro levantado de un mar á otro; pero este plan hubiera dejado á merced del enemigo dos terceras partes de la Península y, lo que era aun más injusto, hubiera entregado á una ruina segura á sus aliados de Platéa, Tespia y Atenas. Por otra parte aun habia lugar para la esperanza de que el avance de un ejército bien armado hasta el Olimpo y la ocupacion del desfiladero de Tempe haria tomar las armas contra el invasor á los tímidos é indecisos y

(1) Herod. VII, 145. 148. 172. Plut. Aristid. 21.

evitaria tal vez la defeccion de algunos que ya habian ofrecido su apoyo ó sumision á los persas.

Temístocles no solamente propuso la defensa del mencionado desfiladero, sino que defendió la conveniencia de alistar inmediatamente la flota aliada y enviarla, sin pérdida de tiempo, al encuentro de la armada enemiga. En efecto; la ocupacion de los desfiladeros no daria resultado alguno, si se dejaba el mar franco á los persas, de tal manera que estos quedasen en disposicion de desembarcar tropas á la espalda de los defensores de dichos desfiladeros. Pero el plan del caudillo ateniense pareció osado en demasia á los diputados de la liga (1) Sin embargo, una embajada que de improviso se presentó ante el consejo, puso término á sus vacilaciones.

Contra el parecer y la voluntad de Thorax, habia resuelto la nobleza de Tesalia adherirse á la confederacion de la defensa nacional, con la condicion de que los aliados la prestarian auxilio, ayudándola á ocupar y defender el paso de Tempe que cerraba la entrada á Grecia. Hubiera sido gran torpeza dejar completamente abandonada una tribu tan poderosa y valiente, que se unia al pensamiento nacional contra la voluntad de su mismo príncipe; la única además que podia presentar caballería, elemento indispensable para contrarestar, en alguna parte al ménos, el empuje de la caballería persa. Aun suponiendo que fuese dudosa la actitud de Beocia, los atenienses, tespios y platenses, tenian interés sumo en que se ocupase desde luego la primera línea de defensa, que era el Olimpo. En efecto; el consejo de los confederados decidió que, á la mayor brevedad posible, partiese para Tesalia un ejército compuesto de

(1) Plut. Themist. VII.

soldados de los diferentes cantones de la liga. Inmediatamente se reunieron en el Istmo 10.000 hoplitas que salieron por mar al punto indicado, con objeto, sin duda, de evitar el paso por Beocia. La flota que los condujo atravesó el golfo de Eubea en direccion al de Pagasas, y las tropas helenas tomaron tierra en Halos cuando el ejército persa acababa de pasar el Helesponto (1). Allí quedaron anclados los buques de trasporte, en espectativa de los sucesos. Del mando supremo se encargó el polemarjo espartano Eueneto, y Temístocles iba al frente de los hoplitas atenienses.

No habia más que un camino para penetrar en Tesalia viniendo de Macedonia. Seguia la línea de la costa, al pié de la vertiente occidental del Olimpo, en direccion á la desembocadura del Peneo, atravesando luego el profundo valle que riega el indicado rio antes de penetrar en el mar. Era este el celebrado valle de Tempe, que, en su parte Norte y en una estension de más de una milla, sólo mide por ambos lados del rio, en muchos puntos de 13 á 20 piés, ensanchándose luego en direccion al Sudoeste. Un paso de estas condiciones podia quedar bien defendido por los 10.000 hoplitas helenos apoyados por las fuerzas de la nobleza tesalia, que eran 5.000 á 6.000 hoplitas, sin contar otros tantos ginetes de escasa ó ninguna utilidad en aquel punto.

En todo caso bastaban estas fuerzas para defender y cerrar el paso, al mismo tiempo que un sendero que por la loma de la montaña conducia á Gonnos. En contra de los helenos estaba la actitud de Thorax y sus parciales y la de los beocios, que podian atacarlos por la espalda y sobre todo la circunstancia de que la armada

(1) Herod. VII, 174.

persa podia desembarcar numerosos cuerpos de tropas por la bahía de Pagasas. Este último inconveniente hubiera podido remediarse, oponiendo toda la flota griega al paso de los triereos persas, pero, fuera de Temístocles, nadie creia que aquella fuese capaz de sostener un combate naval con la poderosa armada de Jerges (1).

Por otra parte fué un gran contratiempo el que los confederados no lograsen el primero de los fines que se propusieron al destacar al Olimpo el ejército de 10.000 hombres; ó sea el paso de los cantones del Norte á los persas; en efecto: á pesar de tan prudente medida, todas las tríbus sometidas á los tesalios dieron á los heraldos persas el agua y la tierra: los perrebes de la vertiente Meridional del Olimpo, los magnetes del Pelion, los dolopes del Pindo, los enianos del alto Sperquio y los malios del valle inferior del mismo rio: todos hicieron traicion á la causa de Grecia (2). Lo que les indujo á seguir esta conducta era no tanto el temor que pudieran infundirles los persas, como la esperanza de sacudir el yugo de Tesalia mediante el reconocimiento de la soberanía del gran Rey.

Al ver esta general defeccion empezó tambien á vacilar la nobleza tesalia, á la que desde luego pareció peligroso oponerse al partido de su príncipe y adoptar una resolucion contraria á la que habian tomado casi todas las tríbus sometidas á su gobierno. Agréguese á esto que, en aquel momento crítico, se presentaron unos enviados de Alejandro, soberano de Macedonia, para aconsejarles que se retirasen si no querian ser atropellados y aun pisados en el estrecho desfiladero por el ejército

(1) El autor del libro sobre la Malignidad de Herodoto, c. 31, afirma que los tebanos enviaron á Tempe 500 hombres al mando de Mnamias.

(2) Diodor. XI, 2.

enemigo (1). Todas estas circunstancias, el temor de que los aleuadas y los beocios mismos les atacasen al aparecer los persas en el desfiladero, movieron á los caudillos helenos á adoptar la resolucion de retirarse y regresar al punto de partida en las mismas naves que les habian conducido. Desde aquel momento la nobleza tesalia abandonó todo pensamiento de resistencia; y los aqueos de la Ptiotide, los locrenses de Opunte y los beocios, fuera de los tespios y platenses, dieron tambien á los heraldos del Rey la tierra y el agua (2).

Antes de proseguir nuestra narracion, debemos advertir que existe perfecta uniformidad en los datos que suministran los diferentes historiadores tocante á los hechos que venimos exponiendo, principalmente entre los de Eforo, Diodoro y Herodoto. Segun éste la nobleza tesalia pide auxilio á los diputados reunidos en el Istmo, tan pronto como recibió la noticia de que el ejército persa se disponia á emprender la marcha en direccion á Europa (3); lo que está en armonía con el tiempo que debió trascurrir desde el momento en que los aliados toman la resolucion de enviar los 10.000 hoplitas hasta su retirada de Tempe, con los actos y operaciones consiguientes. Segun Diodoro aun estaba este ejército en Tempe cuando se presentan en el Norte de Grecia los mencionados heraldos; los cuales, al decir de Herodoto, salen de Sardes al mismo tiempo que Jerges emprende la marcha para Abidos. Los enviados de Alejandro debieron salir de Macedonia en cuanto los persas pisaron la frontera de este pais. Segun eso, los heraldos pudieron estar de regreso en Pieria, al acampar el ejército de Jerges en este punto, cuya circunstancia aprovecha

(1) Herod VII, 173.
(2) Diodor. XI, 2. 3.
(3) Herod. VII 172. 173.

Herodoto para hacer el recuento de las tríbus que habian ofrecido sumision á los persas.

***

Rudos en extremo eran todos estos golpes para los griegos que habian resuelto oponerse á los invasores de Grecia; mas á pesar de la defeccion casi general de los cantones de la metrópoli y de sus colonías, hecha ya notoria por sus embajadores, apenas pudieron imaginarse que su deslealtad llegase al extremo de proclamar abiertamente la conveniencia de pasarse con armas y bagajes al enemigo. Aun vino á empeorar la situacion de los cantones fieles á la causa nacional, la actitud antipatriótica adoptada por el pretendido oráculo délfico, cuyos consejeros hicieron todo lo posible por apartar á los griegos de la idea de oponerse á los persas y por deprimir aun más el espíritu público, ya harto abatido.

Setenta años antes, cuando los griegos de Anatolia se levantaron en armas contra Ciro, ordenó la Pitonisa délfica á los gnidios que abandonasen la causa de los griegos alzados contra Ciro; igual consejo dió á los carios, cuando Aristágoras les pidió su concurso para el levantamiento de los jonios contra Dario, no sin amenazar al mismo tiempo á los milesios con tremendos castigos que habian de venir sobre su ciudad. Y los de Argos fundaban su neutralidad en la órden que les trasmitió Delfos, diciéndoles que permaneciesen tranquilos y guardasen con cuidado la cabeza.

Por lo que hace á los de Creta, recelosos de tomar una resolucion arriesgada, despacharon embajadores á Delfos encargados de averiguar si debian ó nó acudir en auxilio de Grecia, á los cuales la Pitonisa Aristonice, sucesora de la destituida Perialla, dió la siguiente res-

puesta: «Simples de vosotros, quejosos de los desastres que os envió el furioso Minos en pago de la defensa y socorro dado á Menelao, no acabais de enjugar vuestras lágrimas; pues Minos se vengó porque, no habiendo los griegos concurrido á vengar la muerte que se le dió en Camico, vosotros salisteis con ellos á vengar á una mujer que robó de Esparta un hombre bárbaro.» En vista de esta sentencia, se abstuvieron las ciudades cretenses de tomar parte en la defensa de Grecia.

Mucho más pesimista fué la respuesta que dió la Pitia á los diputados enviados por los atenienses. Practicadas todas las ceremonias religiosas en el circuito del templo, esperaban la respuesta de su peticion, cuando la Pitonisa Aristonice rompió el silencio diciendo: «Infeliz, ¿qué es lo que pides con tus súplicas? Deja tu casa paterna; deja la elevada cumbre de tu redondo alcazar; no quedará segura tu cabeza ni tu cuerpo; ni la mano, ni la última planta del pié; nada restará del medio del pecho; todo lo abraza voraz la asiria llama; todo lo tala ligero el sirio carro de Marte; muchas almenas caen, y no sólo la tuya propia; ya la furiosa llama devora muchos templos, cuyos muros veo bañados de sudor frio, estando allí trémulo de miedo; de la cúpula corre la negra sangre, vaticinadora de inevitables azares. Ea, salid de mi santuario, y sumergid en el pesar vuestras almas.»

Al oir tales amenazas quedaron los embajadores de Atenas embargados de tristeza y congoja; no se les ocultaba la malísima impresion que tal respuesta haria en el pueblo ático; por cuya razon, oyendo el consejo de Timon, hijo de Aristobulo, uno de los sugetos que mayor reputacion gozaban en Delfos, y que sin duda ejercia influencia sobre la Pitonisa, resolvieron presentarse de nuevo al númen. En traje de suplicantes, lle-

vando en la mano un ramo de oliva envuelto en lana, entraron á consultar por segunda vez á la Pitia y, acercándose al ídolo de Apolo, se expresaron en estos términos: «Señor y dueño; no nos negueis un oráculo mejor á favor de la patria; de lo contrario, no nos moveremos de este sitio, en donde inmóviles nos sorprenderá la muerte.» Apiadóse entonces la promantida y les habló, por segunda vez, de este modo: «Ni con halago ni con estudio, sabe Palas aplacar á Júpiter olímpico en tal enojo. Firme como un diamante es este otro oráculo que ha pronunciado: cuanto se encierra dentro del muro de Cecrops, cuanto cubre el sacro retiro del divino Citeron, todo será cogido; pero el próvido Júpiter cede á Tritogenia un muro de madera que nunca será tomado, para que sirva de asilo á tí y á tu descendencia. Mas no te expongas al ímpetu de los ginetes y de los innumerables infantes que pasan del Asia: cede vuelta la cara aunque le tengas delante...; alguna vez podrás oponer resistencia.» Segun todas las apariencias no fué más favorable el oráculo que los espartanos obtuvieron de la Pitonisa.

Por lo que hace á la fecha en que se expidieron estos oráculos que tanta influencia ejercieron en la definitiva resolucion de los griegos, podemos sentar desde luego que no se dieron antes del regreso de la expedicion de Tempe, ya que no hubieran acordado la defensa del Olimpo si se hubiese conocido antes la opinion del consejo sacerdotal de Delfos; á lo ménos por lo que toca á los atenienses. Herodoto no presenta estos oráculos por órden cronológico, sino que los coloca en el lugar en que mejor cumplen á su objeto de probar que los atenienses no debieron dejarse intimidar por semejantes amenazas. Pero la conclusion del segundo oráculo tiene todos los caractéres de haber sido añadida poste-

riormente, en cuyo caso cae por tierra la interpretacion que de esa sentencia final: «oh Salamina la venturosa, cuántos hijos de madres perderás tú, cuando se siembre ó se recoja Céres,» se atribuye á Temístocles (1). Es así mismo evidente que el oráculo dado á los espartanos es una simple narracion de hechos ya acaecidos, intercalados despues de ocurridos los acontecimientos: «ó vosotros, habitantes de la espaciosa Esparta; vuestra grande y célebre ciudad, ó será destruida por los soldados persas, ó si esto no acontece, Lacedemonia tendrá á lo ménos que llorar la muerte de un Rey de la raza de Hércules. Ni la fuerza de los leones ni el vigor de los toros serán suficientes para contener á los invasores, porque tienen el poder de Jove; digo que no será contenido hasta tanto que haya ejecutado una de estas dos cosas.»

***

Los dos oraculos que dió Aristonice á los atenienses, iban directamente encaminados á disuadirles de oponer resistencia alguna á los persas, toda vez que el segundo no hizo más que suavizar algun tanto la sentencia del primero, añadiendo que Athena se acordaba aun de su ciudad, pero volviendo á recomendar la huida y la emigracion que les expuso en el primero como únicos medios de salvacion. Mas Temístocles tuvo la habilidad y el arte consumado de servirse de estos mismos oráculos para enardecer el abatido espíritu de los atenienses y llevarlos á una resistencia enérgica y vigorosa. Precisamente las palabras de la Pitonisa le ofrecen los más poderosos argumentos para decidir á sus conciudadanos á aceptar el sistema de guerra que habia preparado y meditado durante 15 años, cuyas bases habia sentado

(1) Wecklein, Memor. de la Academia de Munich, 1876, p. 269

al proponer y realizar las importantes construcciones navales que se habian llevado á cabo, dando á la pequeña república una armada de 200 triereos y excelentes puertos para su conservacion y abrigo.

Luego que los enviados regresaron á Atenas, dada razon del segundo oráculo ante el pueblo, expusiéronse varias interpretaciones del mismo; sobre todo acerca de lo que debia entenderse por el muro de madera de la Tritogenía, que segun la promesa de la Pitia debia quedar incólume. Opinaban algunos que esas palabras significaban que el alcazar quedaria salvo y libre, dando por razon que antiguamente estaba defendido por una empalizada ó valla de madera; pero otros, entre ellos los adivinos, decian que el númen aludia á las naves que llevarian á los atenienses al pais de su salvacion, por lo cual expusieron al pueblo, que los oráculos de Apolo prohibian á los atenienses hacer resistencia al ejército de los persas y que en ellos estaba manifiesta la indicacion de que debian emigrar y establecerse en un pais apartado.

Pero Temístocles, que acababa de regresar de la expedicion á Tempe, expuso ante la Asamblea popular una interpretacion muy distinta, diciendo que el muro de madera no era otro que las naves áticas, por cuya razon les ordenaba el oráculo que se dispusiesen para una batalla naval; y con su promesa de que nunca seria destruido el muro, les anunciaba evidentemente el triunfo de los triereos áticos sobre las naves persas. Los atenienses se inclinaron resueltamente á favor de la interpretacion de Temístocles, que con su arbitrio reanimó el abatido espíritu de sus conciudadanos, haciéndoles comprender que su única salvacion estaba en la flota. Desde este momento se descartaron todos los demás proyectos que tendian á dirigir las operaciones mi-

litares por tierra, con ánimo de doblar los laureles de Maraton, ya que las mismas palabras de la Pitonisa alejaban todo temor de un fracaso por mar. Siguiendo, pues, el parecer de Temístocles, «determinaron, despues de recibido el expresado oráculo, salir al encuentro al bárbaro que contra ellos venia, embarcados todos juntos con los demás griegos que quisieran seguirles» (1).

Quedó, pues, resuelto que se movilizara toda la flota. ¿Pero no parecia Temístocles demasiado optimista al pretender que la armada helena, aun suponiendo que Esparta y sus aliados aprontasen ciento ó ciento cincuenta naves, se pusiera en frente de la persa, compuesta de 1.200 buques de línea? Indudablemente que una flota puede encontrarse aventajada en frente de otra mucho más numerosa aun en alta mar, si sus marinos son superiores en el arte de maniobrar; pero los griegos no tenian siquiera esta ventaja; las tripulaciones fenicias, chipriotas, cilicias y jonias de la armada enemiga, eran más hábiles en el arte de la navegacion y de la guerra marítima que los griegos, y estaban dirigidas por capitanes y pilotos mucho más entendidos.

Sin embargo, así como la Península helena ofrecia á los griegos, en sus pasos y desfiladeros, la posibilidad de rechazar fuerzas muy superiores, así tambien habia en sus mares y costas estrechos en los que la armada enemiga no podria desarrollar todas sus fuerzas. Pero de todas maneras hubiera sido aventurado en extremo llevar la armada hasta la altura de Tempe, donde el mar ofrece campo libre á la navegacion para proteger al ejército encargado de la defensa del Olimpo. Muy al contrario, más al Sur en la costa tesalia, donde el Pelion

(1) Herod. VII, 144.

termina en estrecha lengua cuya abultada punta forma el promontorio de Sepias, álzanse sobre las aguas las isletas de Sciathos, Peparethos, Halonnesos y algunas otras, separadas por angostos pasos; luego se adelanta la costa septentrional de Eubea, como queriendo tocar el mencionado promontorio, hasta llegar muy cerca de Sciathos, dejando tan sólo una entrada de pocos metros á la bahía de Pagasas; y aun más estrecho es el paso que, más á Occidente, da entrada al golfo málico.

Por donde se ve que en la costa septentrional de Eubea podia la flota helena, hábilmente dirigida, cerrar todos estos estrechos, y de esa manera defender las costas de la Grecia central. Aun cuando los persas intentasen la circunnavegacion de Eubea, quedaba todavía el recurso de oponerse á su paso por la parte meridional del estrecho de dicha isla, donde la flota sólo podia desarrollar un frente de pocas naves. Con solo que los triereos griegos cerrasen á los persas la entrada en el golfo málico, quedaba asegurada la defensa del Oeta, que forma la segunda muralla natural de Grecia. Este era, pues, el único plan de campaña que podian adoptar con ventaja los griegos, si querian desarrollar en combinacion sus escasas fuerzas de mar y tierra, con alguna probabilidad de rechazar el ataque del monstruoso ejército invasor.

De conformidad con esto, á propuesta de Temístocles, se adoptó en el congreso del Istmo un acuerdo, en virtud del cual, los atenienses declararon hallarse dispuestos á salir al encuentro de los persas en la costa Norte de Eubea con 200 buques de línea y toda su gente; en cambio los espartanos y sus aliados podian tomar á su cargo la defensa del Oeta y agregar sus naves á la armada ateniense (1).

(1) Herod. VII, 175-177. 203. 205. Plut. Them. 7. Aunque Hero-

***

Despues del fracaso de la expedicion enviada á Tempe estaban los peloponesios ménos inclinados que nunca á traspasar la línea del Istmo, que era la de su propia defensa; pero al fin, más próximo se hallaba de sus fronteras el Oeta que el Olimpo y la armada cubria mejor los movimientos del ejército en el primer punto que en el segundo. Si se dejaba franco el paso del Oeta, se abandonaba tambien el santuario nacional délfico, á cuya defensa estaban tan obligados los dorios, en su calidad de afiliados á la liga de los anficciones, como los jonios; de todos modos Grecia tendria que agradecer á los atenienses, tespios y platenses el ensayo que habian hecho para defender el país y reconocer, al mismo tiempo, que si no se aceptaba en las condiciones propuestas la cooperacion de la flota ateniense, era un puro fantasma la defensa del Istmo, desde el momento en que se dejaba á los persas libre el golfo de Argos para el desembarco de sus tropas. Y aunque los defensores del Oeta dejaban á los beocios á la espalda, ya declarados amigos y aliados de los persas, la presencia de fuerzas griegas en dicho punto y de su numerosa flota en el golfo de Eubea, en la misma costa de Beocia, podia muy bien mover á los beocios y locrenses á abrazar la causa nacional (1); y, por otra parte, era seguro que cualquier mo-

---

doto no dice expresamente que la proposicion aceptada partiese de Atenas, la misma conducta de los espartanos no deja lugar á duda, respecto del orígen del plan de campaña. Plutarco le atribuye explícitamente á los atenienses, y deja entrever que su autor fué Temístocles, segun se deduce de la interpretacion que acababa de dar del oráculo délfico y de la mencion que hace de este caudillo el mismo Plutarco; las razones por las que no le menciona Herodoto, son manifiestas.

(1) Herod. VII, 205.

vimiento de dichos cantones contra los defensores del Oeta podria ocasionar su ruina, como lo era tambien que los focenses abrazarian la causa de los griegos tan pronto como viesen su territorio libre de la invasion enemiga por la defensa del Oeta. En suma; el congreso del Istmo aprobó con sus decisiones los planes presentados por Atenas.

Así como en Atenas, despues de adoptada la resolucion de oponerse por mar al avance de los persas, de acuerdo con la interpretacion de Temístocles, se habia reanimado de un modo visible el espíritu público, del propio modo habian cobrado ánimo, en vista de tal resolucion, los aliados de Esparta, harto desalentados por la defeccion de casi todos los griegos y muy particularmente de las tríbus tésalas, de los malios y beocios. Y es que el nuevo plan de campaña, dando á los griegos mayores fuerzas y más favorables posiciones que el primero, iba tambien acompañado de mayores probabilidades de éxito, por cuya razon inspiraba mayor confianza.

Con objeto de castigar á los cantones que habian ofrecido vasallaje al persa y de atraerse, por lo ménos, á los beocios ó evitar nuevas defecciones, los diputados del Istmo hicieron un convenio, acordado bajo solemne juramento, en virtud del cual la décima parte de los bienes de todo pueblo griego que, sin verse á ello precisado, se hubiese entregado voluntariamente al persa, seria confiscada una vez que Grecia se viese libre de aquel peligro y consagrada en Delfos al dios Apolo (1).

Quedaba por resolver aun la cuestion del mando su-

(1) Herod. VII, 132. Este convenio es indudablemente posterior á la sumision de los beocios y demás tríbus del Norte á los persas, ó sea á la entrada del ejército de estos en Tesalia.

premo del ejército. Por su simaquia estaban de hecho los espartanos á la cabeza de la mayor parte de las fuerzas helenas; no debe, pues, asombrarnos que reclamasen para sí la direccion de todo el ejército aliado contra los persas. Mas esta pretension estaba sólo justificada en cuanto al mando de las tropas de tierra; por el contrario, igual derecho asistia á los atenienses para reclamar el mando de la armada helena, toda vez que ellos sólos aportaban más galeras que todos los demás cantones juntos y se imponian, por consiguiente, cargas y sacrificios mucho mayores. Esta distribucion de mandos respondia perfectamente á las circunstancias de los aliados y se fundaba en principios de equidad manifiestos, satisfaciendo justas aspiraciones.

En realidad habian comprendido así las cosas los diputados reunidos en el Istmo, y entonces esperaba obtener Atenas el mando supremo de la armada, pues de «nada les sirviera poseer una marina superior á la de los demás griegos, si hubieran de ceder á otros el mando de la escuadra» (3). Pero los espartanos, aunque sin títulos para ello, pues no tenian gente experimentada en la marina y, á lo sumo, podian presentar un corto número de triereos equipados por sus perioicos, pidieron tambien el mando de toda la flota aliada; la causa de esta pretension era porque los confederados, muy particularmente los cantones marítimos, Corinto y Egina, que no habia depuesto su enemiga contra Atenas, habian declarado que si no les mandaba un general espartano, antes que militar á las órdenes de los caudillos atenienses, se desharia la armada que estaba á punto de reunirse.

Sometidas las fuerzas atenienses á los generales es-

(1) Herod. VII, 161. VIII, 2. 3. Tucid. I, 18.

partanos, la union de Laconia y Atenas perdia el carácter de una alianza ajustada entre dos Estados libres, cuyas fuerzas estaban próximamente equilibradas; y la nueva liga quedaba reducida á las proporciones de una anexion de Atenas, Platea y Tespia á la simaquia espartana, no pudiendo, en manera alguna atribuírsela carácter panhelénico; aparte de esto ofrecia para Atica no pocos inconvenientes someterse al mando supremo de un Estado que carecia de marina, y en el que ejercian marcada influencia sus más declarados enemigos los eginetas. Pero los atenienses dieron una prueba más de sincero patriotismo, y «viendo la oposicion declarada de los confederados, cedieron de su pretension, por el gran deseo que tenian de que se salvara la Grecia, persuadidos de que iba sin duda á perecer, si ahora se dividia en bandos por la cuestion del mando del ejército» (1).

Era este sin duda un hecho de abnegacion heróica que puede equipararse á la brillante jornada de Maraton. Segun el testimonio de Plutarco, que se halla confirmado por los sucesos posteriores, dieron este paso los atenienses por consejo de Temístocles. De esta manera, la noble conducta de Atenas obligó á Esparta y á sus aliados á hacer un esfuerzo supremo para defender el Oeta y el mar de Eubea, protegiendo así todas las ciudades de la antigua y de la moderna liga, que habian reconocido la jefatura espartana (2).

Sin embargo, los jefes de la nueva confederacion no respondieron más que á medias á las esperanzas que en ellos se habian cifrado. Luego que supieron que los persas se hallaban en Pieria, partieron las naves grie-

(1) Herod. VIII, 3.

(2) Plut. Themist. 7.

gas á tomar posiciones en Artemisio de Eubea. En Atenas, se llevaron á cabo con rapidez suma los armamentos; y aunque nunca habia equipado tan poderosa armada, al principiar el mes de Julio tenian listas 127 galeras; otros 50 buques de línea próximamente, cuyo armamento no estaba aun terminado, debian seguir inmediatamente.

Al frente de esta numerosa flota se hallaba el mismo que con su poderosa iniciativa la habia creado; Temístocles fué nombrado estratego de la armada; por consiguiente llevaba la voz de Atenas en el consejo de los almirantes de la flota aliada. Si en su patria habia realizado él sólo el equipo de la armada, en el seno de la liga fué él tambien quien propuso la defensa del paso del Oeta y de Eubea. La experiencia y habilidad que habia demostrado en la guerra contra Egina, eran segura garantía del acierto con que dirigiria las operaciones contra los persas; porque si bien no desempeñaba el mando supremo y, como los demás estrategos, se hallaba sometido al de Esparta, su extraordinario prestigio, sus dotes militares, su penetracion nada comun y la energía de su carácter le daban gran influencia en el ánimo del primer almirante.

Queda ya hecha mencion de la superioridad de la armada ateniense sobre la de los demás cantones aliados; así estos, con inclusion de Egina, sólo presentaron en Eubea 113 triereos, de los cuales correspondian: 10 á Esparta, 40 á Corinto, 20 á Megara, 18 á Egina, de 80 que poseia, 12 á Sicyon, 8 á Epidauro, y 5 á Trecena. Esta parsimonia con que se armaron los Peloponesios, demuestra el escaso interés que tenian en oponerse á los persas en las comarcas septentrionales de Grecia, y pone de manifiesto su propósito de limitar, en lo posible, su accion á la defensa del Peloponeso y del Istmo.

Y es que los espartanos temian á los persas, por cuya razon se afirmaron más y más en la idea de cerrar el Istmo con fortificaciones y oponerse allí al paso del enemigo. Pero al mismo tiempo comprendian la necesidad de conservar la alianza de Atenas, toda vez que sin el auxilio de sus naves no seria posible impedir un desembarco del otro lado del Istmo. Por otra parte si, abandonada Atica á sus propios recursos, se sometia, de grado ó por fuerza, á los persas, era de temer que no pudieran sostenerse en el Peloponeso los aliados de Esparta.

Tales fueron las consideraciones que movieron á los diputados del Istmo á aprobar el plan de campaña trazado por Atenas, del que formaba parte muy principal la defensa del Oeta, y en su virtud se agregaron las naves de los cantones aliados á la armada ateniense. Mas el ejército de tierra espartano se reservó en su totalidad para la defensa del Istmo, que cerraba el paso al Peloponeso; y, para no dejar expuesta el Atica, con sus aliadas Tespia y Platea, á la invasion enemiga, toda vez que habian enviado sus soldados á la flota, resolvieron destacar algunos centenares de hoplitas espartanos al Oeta.

Al decir de Herodoto «destacaron esta avanzada para que se aprestasen tambien á la guerra los demás aliados y no se inclinasen del lado de los persas al ver flaquear tambien á los espartanos; pero su plan era, una vez terminada la fiesta de las carneas, dejar una guarnicion en Esparta y enviar apresuradamente el resto de sus fuerzas en auxilio de las avanzadas que ahora salian á campaña. El mismo pensamiento tenian los demás aliados, porque la solemnidad olímpica coincidia con estos acontecimientos, y, no pudiendo suponer que se decidiese tan pronto la lucha en las Termó-

pilas, se contentaron, por el momento, con enviar avanzadas.»

Por donde claramente se vé que las próximas fiestas olímpicas y carneas sirvieron de pretexto para retardar la marcha del ejército de tierra, despues de haberse puesto ya en movimiento las escuadras. Lo mismo que diez años antes, en un caso análogo, expusieron los espartanos la imposibilidad de partir antes de la luna llena en socorro de los atenienses, así ahora retardan su salida cuatro ó cinco semanas para dar lugar á la celebracion de las carneas; pero como tal dilacion por parte de la cabeza de la liga, hubiera podido sugerir análogos pretextos á otros cantones, sobre todo á aquellos que más directa intervencion tenian en la celebracion de las olimpiadas; como cualquier vacilacion de Esparta hubiera podido acarrear nuevas defecciones en las ya exíguas fuerzas de los griegos y enfriar las relaciones con Atenas, adoptóse la resolucion de enviar algunas fuerzas como avanzadas, y precursoras del grueso del ejército que debia seguir á la conclusion de las expresadas fiestas; de esta manera se excusaba la insuficiencia del envio (1). La falta de número se trató de suplir tambien con lo escogido de las tropas y la excelencia de su caudillo, como si de esta manera pretendiese Esparta dar garantía de la sinceridad de sus intenciones para lo futuro y de la seriedad de sus promesas. La expedicion se componia de 300 soldados escogidos al mando del mismo rey Leonidas; en realidad nadie podia dudar que todo el ejército espartano seguiria de cerca á tan selecto cuerpo de tropas.

A pesar de las condiciones excepcionales de la avanzada que enviaba Esparta, los demás aliados imita-

(1) Nitzsch, *Las fuentes de Herodoto*, p. 251 sigs.

ron su vituperable conducta, no creyéndose obligados á mayores esfuerzos. Unica excepcion de tan egoista proceder fueron los arcadios, que desde luego presentaron fuerzas relativamente considerables. Además de los 300 hoplitas enviados por Esparta á la defensa del Oeta, despacharon: los tegeos y mantineos 1.000, ó sea 500 cada uno de estos cantones; de Orjomenos salieron 120; de los restantes distritos de Arcadia 1.000; Corinto dió 400, Fliunte 200, y Micena 80 solamente, á lo que parece tan sólo para hacer alarde de su oposicion á los argivos. De suerte que todo el Peloponeso, que disponia de 40.000 hoplitas por lo ménos, enviaba á la defensa del punto más importante de la Península, por su posicion estratégica, 3.000 hombres, ó 3.100 segun los datos de Herodoto. Es verdad que la inscripcion de Simonides en el monumento de los anficciones da 4.000 peloponesios; que Diodoro, bajo la autoridad de Eforo, cuenta además de los 300 espartanos escogidos, otros 1.000 perioicos lacedemonios, número que hallamos consignado tambien en Ctesias (1); pero, aun admitiendo la más elevada de estas cifras, ya se vé que era insuficiente para la defensa del Oeta, la cuarta parte escasa de las fuerzas que antes se habian juzgado indispensables para guarnecer el Olimpo.

Reducida á tan exíguas proporciones el éxito de la defensa del Oeta era problemático; desde luego se descubria, examinando con algun detenimiento la cuestion, que apenas podia inspirar confianza una expedicion que oponia fuerzas tan reducidas á numerosísimos ejércitos, ya que en esa parsimonia parecia indicarse que los cantones que la armaron, no teniendo confianza

(1) Ctes. Pers. 25. Isócrates habla sólo de la marcha de 1,000 lacedemonios, reduciendo por consiguiente á 700 el número de los perioicos. Panegyr. 90, Archid. 99.

en el éxito de una empresa tan difícil, encomendaron su ejecucion á tan corto número de tropas, siquiera obedeciesen á tan ilustre caudillo.

En cuanto Leonidas traspuso el Istmo, envió mensajeros á los cantones de la Grecia Central, pidiéndoles refuerzos de tropas y anunciándoles que las que él acaudillaba eran sólo la vanguardia de un numeroso ejército que seguiria inmediatamente; que entretanto los atenienses con otros cantones marítimos guardaban las costas, y terminó, rogándoles que desechasen todo temor, puesto que no era un dios, sino un simple mortal el que pretendia invadir la Grecia (1). Al llegar á Beocia se unieron á la vanguardia de Leonidas 700 hoplitas de Tespia; de Tebas se le agregaron 400 hoplitas, de cuyo hecho se deduce que los tebanos, despues de considerar las circunstancias, particularmente la aproximacion del ejército peloponesio, no habian juzgado prudente oponerse á la salida de voluntarios que quisieran unirse á la defensa nacional.

En sentir de Eforo, los 400 hoplitas tebanos pertenecian al grupo contrario á los persas (2); y Herodoto hace notar que «el motivo que habia determinado á Leonidas á llamar con particular empeño á los tebanos, fué el de cerciorarse de su actitud y ver si concurrian á la guerra con los demás griegos ó si manifiestamente se apartaban de su alianza. Por lo que hace á los platenses habian preferido unir su suerte á la de los atenienses, enviando su gente á la flota, aunque otros

(1) De Herodoto VII, 200, se deduce que ya habia pasado el Istmo al dirigir la indicada peticion á los cantones; y por las indicaciones que hace VII, 171, se comprende que entonces se habia disuelto ya el congreso del Istmo.

(2) Diodor. XI, 4.

opinan que tambien enviaron tropas á la defensa del desfiladero (1).

Al oir la embajada de Leonidas, los locrenses de Opunte, aunque ya habian ofrecido á Jerjes el agua y la tierra, pusieron á su disposicion toda su gente de armas, que ascendia segun Eforo á 1.000 hoplitas, y reforzaron además la flota con 57 remeros. Agregáronsele tambien 1.000 focenses, de suerte que Leonidas pudo reunir un contingente de 6.200 hoplitas en la vertiente meridional del Oeta, cerca de Alpenos, primer pueblo locrense de este lado del desfiladero. Desde aquí se puso en comunicacion con la armada, ya que el desfiladero de las Termópilas no podia defenderse si, al mismo tiempo, una flota griega no cerraba el paso por el golfo de Eubea (2).

En la punta Nordeste de Eubea se alzaba un templo de la Artemis Proseoa, del númen que mira al Norte, rodeado de sagrado bosque; y al pié del promontorio, en direccion al Oeste, estaban amarrados en la playa los buques de la armada helena. Hacia las funciones de generalísimo Euribiades, hijo de Euriclidas de Esparta; y el mando de las naves corintias estaba á cargo de Adimanto, hijo de Okytos. La direccion estratégica de toda la flota dependia de un consejo de guerra formado por los generales de las escuadras parciales, que se reunia á las órdenes del general en jefe. Despues de su llegada al expresado golfo habian reforzado la armada: 20 triereos atenienses equipados por tripulaciones procedentes de la ciudad de Chalcis; siete naves

(1) In Neaer. p. 1377 R.

(2) Diodor. XI, 4. Pausanias da 6.000 locrenses, cifra evidentemente exajerada; X, 21, 4; ya que no cabe suponer que pudieran presentar los locrenses más de 1.000 hoplitas y siete penteconteros que exigian 560 hombres de tripulacion.

que habia aprontado Eretria, dos de Stira y otras dos de la isla de Ceos, de suerte que se componia entonces de 271 buques de linea y nueve penteconteros, siete de los locrenses y dos de Ceos, ó sea un total de 280 naves.

Destacáronse tres naves de Atenas, de Egina y Trecena respectivamente, para observar, desde un punto situado al Norte del Sciathos, la armada persa que venia á lo largo de la costa de Macedonia. En el mismo Sciathos, y en los promontorios de Eubea, se establecieron puestos de observacion y faros á fin de marcar los movimientos y la aproximacion de la armada enemiga (1).

Destacóse igualmente un barco ligero de 30 remeros, al mando del noble ateniense Abronijo, con la órden de anclar en la playa de Alpenos á fin de advertir á los almirantes de lo que allí ocurriese, en connivencia con Leonidas; y otro barco lijero, al mando de Polyas de Anticyra, debia hallarse dispuesto para llevar á Leonidas las órdenes y comunicaciones de los almirantes. En esta disposicion esperaban los griegos, con el corazon oprimido, las fuerzas enemigas, en particular aquella armada de que contaba la fama que cubria todo el mar con sus velas. En realidad de verdad era ardua la tarea que se impusieron, aun en las más favorables circunstancias, de sostener con solas 280 naves el ataque de una flota cuatro ó cinco veces más numerosa (2).

(1) Herod. VII, 182.

(2) Herod. VIII, 21. Tucid. I, 91. Diodoro, XI, 5. No cabe dudar que Temístocles era el estratego *autokratôr* de la escuadra ateniense; por consiguiente, carece de valor histórico lo que cuenta Plutarco acerca de las pretensiones é intrigas de Epicides, «miserable avaro y demagogo cobarde,» que logró descartar la candidatura de Temístocles por dinero. No eran tan imbéciles los atenienses que se cegasen hasta entregar á charlatanes ambiciosos todas las fuerzas de la república, que eran, en tan críticas circunstancias, su única defensa. Them. 6. Ap. Them. 3.

***

Algunos datos cronológicos pondrán más en claro los hechos anteriormente expuestos. Segun la narracion de Herodoto, median entre la partida del ejército persa para trasponer el Olimpo y la batalla de Salamina de 27 á 28 dias y entre el combate de las Termópilas y dicha batalla, sólo media un «corto tiempo,» que por otras noticias del expresado autor, puede fijarse en once ó doce dias; y, habiendo tenido lugar la jornada de Salamina el 20 de Setiembre, la muerte de Leonidas tuvo que ocurrir en la segunda quincena de Agosto.

Al exponer la partida de la avanzada de Leonidas para las Termópilas, hace notar Herodoto que «en aquella misma sazon de tiempo concurrian los juegos olímpicos» (1); y, despues de narrar el resultado de aquel combate y la marcha del ejército invasor hácia el Peloponeso, cuenta, para enaltecer el espíritu civilizador de los griegos, que unos prófugos arcadios se presentaron al monarca persa para decirle que «los griegos estaban ocupados en celebrar las Olimpiadas.» Mas luego hace notar que «los lacedemonios, los arcadios, los eleos, los corintios, los sicionios, los epidaurios, los fliasios, los trecenios y los hermionense, se dieron mucha prisa á acudir con sus tropas al Istmo, porque no podian ver sin horror reducida la Grecia al último trance y peligro de perder la libertad...; por entonces se habia ya dado fin á los juegos olímpicos y á las carneas.

En Esparta duraba la fiesta de las carneas un mes entero y se celebraban á continuacion de las Olimpiadas, de suerte que terminaban en la luna llena inmediata á la que marcaba el fin de las Olimpiadas. Esto prueba tambien que la muerte de Leonidas no pudo

(1) Herod. VII, 206.

ocurrir antes de la segunda quincena de Agosto y que el ejército de Jerjes empezó el paso del Olimpo á principios de dicho mes. El ejército persa habia permanecido en Pieria varios dias, esperando la conclusion de los caminos que debian conducirle á su destino; y Herodoto hace notar que las tropas griegas de mar y tierra emprendieron la marcha tan pronto como supieron que el enemigo se hallaba en el expresado punto; de cuyos datos se infiere que las Olimpiadas del año 480 empezaron el 7 de Julio y que en los mismos dias tuvo lugar la partida de Leonidas y sus tropas y la reunion de la flota; que el ejército de Jerjes habia llegado ya entonces al Axios y que permaneció en Macedonia hasta finar el mes de Julio.

Concuerda con esto lo que dice Herodoto sobre el tiempo empleado por el ejército persa para llegar al Atica: «al cabo de tres meses, contados desde el tránsito del Helesponto, con otro mes empleado hasta verificar este paso, halláronse por fin en Atica el año en que fué Caliades arconte de Atenas (1); estos cuatro meses son: Mayo, Junio, Julio y Agosto; el de Junio se empleó en trasladar las tropas desde Dorisco al Axios (2).

(1) Herod. VIII, 51.
(2) Herod. VIII, 21. Tucid. I, 91. Diodor XI. 5.

VIII.

LA BATALLA DE ARTEMISIO.

Todas las enormes fuerzas militares que podia suministrar el Asia, se encontraban á las puertas de Grecia. Los arios del Indo y del Oxo, del Hilmend y del Herirud, de los valles de Shiras y de las cordilleras del Elborz, con sus vasallos los semitas del Eufrates y Tigris, de Siria y de Arabia, venian, en son de guerra, para someter á sus hermanos de Occidente, obligarles á abandonar los distintos caminos que, al separarse de ellos, habian emprendido y hacerles adoptar sus leyes, su género de vida, imponiéndoles sus instituciones políticas.

Entre Dorisco y Haliacmon habian recibido la flota y el ejército de Jerjes nuevos refuerzos: á éste se habian agregado los guerreros de los pueblos tracios y los macedonios, al mismo tiempo que las ciudades helenas de las costas tracias tuvieron que aprontar 120 galeras; de suerte que de las 1.327 naves que componian la armada persa, 427 eran griegas. El número de estas últimas excedia al de los triereos que habia podido armar

toda la Península: y á tan enorme flota se unian 800.000 soldados que á la sazon se disponian á rebasar la línea del Olimpo (1).

Esquilo describe la marcha y composicion del ejército persa con estas sentidas frases: «partió toda la flor de los hijos de Asia, y en vano claman por ellos sus lastimeras voces; ni un mensajero llega á la capital de los persas... Desampararon sus ciudades y partieron los de Susa y los de Ecbatana y los que habitan la antigua fortaleza de Cissia y Babilonia, la ciudad rica en oro; y los que envia el ancho Nilo de vivíficas aguas, con la innumerable multitud de prácticos remeros que habitan junto á las lagunas del Delta. Va despues la turba de los delicados lidios... y la opulenta Sardes lanzó á la guerra gran copia de carros de cuatro y seis caballos que forman un conjunto temeroso. Los que se avecinan al Sagrado Etmolo, aseguran que han de echar sobre Grecia el yugo de la esclavitud, auxiliados por los mardos y los jalibes de incansable lanza y los misios de certeros dardos... El Señor de la populosa Asia lanza con furia sobre el continente su prodigioso rebaño de pueblos, por mar y por tierra, confiado en el valor y firmeza de sus capitanes... Fulgura en sus ojos la sombria mirada del sangriento dragon; dueño de miles de brazos, de miles de naves, dispara su carro sirio y lleva contra los guerreros de poderosa lanza á Ares... Nadie osará detener las nunca vencidas olas y el torrente impetuoso de hombres; que es el ejército persa imposible de resistir y su pueblo de ánimo esforzado... Ya ha pasado el ejército real á la vecina costa; convirtiendo el estrecho de Helles, la hija de Athamas, en bien cla-

(1) Diodoro da 320 naves griegas; y 310 que se hallaban apostadas en diversos puntos.

vetcado puente de naves... y echóle al mar sobre la cerviz el yugo de su dominacion...» (1).

Para pasar de Macedonia á Tesalia no habia más que un camino, que atravesaba el mencionado valle de Tempe. Siguiendo primero entre la costa del mar y el Olimpo se dirije luego, á partir de la embocadura del Peneo, como una milla, por el flanco de la montaña. Entre tanto, habia recibido Jerjes la noticia del abandono del paso por los griegos enviados á guarnecerle, de cuyo hecho trataria sin duda de sacar partido el Rey de Macedonia, para afianzar más y más el favor del monarca persa; presentáronle allí tambien los signos de sumision que sus heraldos recibieron de los locrenses de Opunte, de los dorios del Pindo, de los beocios y de todas las tríbus antes enumeradas que obedecian á los tesalios, á quienes sin duda envió Jerjes sus mensajeros por consejo de los aleuadas; á pesar de tan favorables noticias y del apoyo que le ofreció Thorax, príncipe de los tesalios, no juzgó oportuno comprometer todas sus fuerzas en el indicado desfiladero. Aparte de no estar bien definida la actitud de la nobleza tesalia y aun prescindiendo de la resistencia que podian oponer los griegos, se hubieran necesitado varias semanas, más de dos veces el tiempo empleado en el paso del Helesponto, para trasponer este desfiladero. Por indicacion del rey Alejandro de Macedonia, eligió el monarca persa el país de los perrebes, entre Lapatho y el lago Ascuris, para llevar el ejército á los llanos de Tesalia, pasando, segun hace notar Herodoto, por la villa de Gonnos, en que se dió descanso al ejército (2).

(1) Los persas, 11-92.

(2) Herod. VII, 128. 131. Livio, 44, 2-6. No pretendemos negar que pudo asimismo utilizarse el paso de Volustana, situado mucho más al Oeste.

Despacháronse varios destacamentos para que abriesen caminos á través de las selvas y de las lagunas de Pieria, haciendo transitable la vertiente septentrional del Olimpo, mediante la trasformacion de la senda de Lapatho en una vía espaciosa. De esta manera trascurrieron algunas semanas y pasó casi todo el mes de Julio, antes que el ejército pudiera ponerse en marcha. En realidad, Jerjes tenia sobrados motivos para contar como seguro el éxito de su empresa, toda vez que la mitad de los cantones griegos habian dado á sus heraldos pruebas de sumision y la otra mitad no podia oponer sino fuerzas insignificantes al colosal ejército que ahora se disponia á traspasar el Olimpo y una armada cuatro ó cinco veces inferior á la suya.

***

En el momento de emprender la marcha el ejército de tierra, ordenó Jerjes á su hermano Aquemenes, comandante de la armada, que no se moviese del punto donde se hallaba hasta el dia onceno, despues de haber partido de allí el monarca con sus tropas; al cabo de este tiempo debia navegar, á lo largo de la costa de Tesalia, con rumbo á la bahía de Pagasas, para ponerse de nuevo en comunicacion con el ejército; inmediatamente despues seguiria la flota de trasportes que, á su llegada, desembarcaria las provisiones necesarias. Estas disposiciones se adoptaron calculando que la armada podria, con viento favorable, llegar en dos dias á la bahía de Pagasas, desde el golfo de Terma, en tanto que el ejército emplearia, por lo ménos, doce jornadas para trasponer el espacio que media entre el Olimpo y Halos, lugar inmediato á la expresada bahía.

Aquemenes aprovechó aquellos dias de descanso para examinar las aguas que bañan las costas, en di-

reccion al Sur, hasta Sciatho. Con este fin, despachó 10 naves sidonias, que eran las más veloces de toda la armada, y fueron á parar precisamente al punto donde los griegos tenian adelantadas tres galeras de observacion, pertenecientes respectivamente, á Trecena, á Egina y á Atenas. A pesar de la resistencia que opusieron, pronto tuvieron que rendirse; y luego, cogiendo al soldado más gallardo y valiente de la tripulacion, de la nave trecenia, llamado Leon, le degollaron sobre la proa de la nave, como primera víctima ofrecida á los dioses. El triereo ático, cuyo capitan era Formo, huyó en direccion á la embocadura del Peneo, hicieron varar allí el buque los atenienses y volvieron á Atenas, atravesando la Tesalia.

Despues de esta escaramuza, que fué la primera de la campaña, los sidonios dieron cima á su cometido, levantando sobre el escollo de la Hormiga que se alza entre Sciatho y el continente, columnas y señales para la armada, hecho lo cual, regresaron á la bahía de Terma (1). En el dia determinado dió Aquemenes la órden de partida. Favorecida por el viento llegó aquel mismo dia á la costa de Magnesia, deteniéndose al pié del alto Pelion. Tan pronto como los griegos vieron las fogatas con que sus avanzadas del Sciatho les advertian de la aproximacion del enemigo, cayeron en el más profundo desaliento y, sin acordarse más de los hoplitas que defendian las Termópilas, huyeron á lo largo del golfo, en direccion al Sur, sin detenerse hasta las cercanías de Chalcis. En este punto del golfo, distante es verdad, del expresado paso, pero tan estrecho, que sólo mide en un sitio 200 piés de anchura, creyeron que podrian oponer, con alguna ventaja, sus naves á la numerosísima flota de los persas.

(1) Herod. VII, 183.

A fin de no pasar durante la noche el escollo de Sciathos, mandó Aquemenes echar anclas en la playa que se estiende desde Castanea y el promontorio de Sepiada. Pero siendo demasiado reducido el espacio para tantas naves, sólo pudieron abrigarse en la playa algunas, y las demás anclaron en la bahía formando una escuadra de ocho naves de fondo. Como unas cuatro millas hácia el Norte, á la altura de Melibea, anclaron los buques trasportes. Al comenzar la noche estaba el cielo sereno y el mar tranquilo, pero en las primeras horas de la mañana, se levantó de repente una gran tempestad, originada del viento subsolano, que los naturales llamaban helespontia. Expuesta la armada á los embates del viento y de las olas, cerca de una costa roquiza, llena de escollos y arrecifes contra los que chocaban con furia las aguas, sólo pudieron salvarse aquellas naves que ó estaban ya amarradas en la playa ó ancladas muy cerca de la misma, y que en los primeros momentos encallaron; en tanto que las demás fueron lanzadas contra los escollos del Pelion, de Sepiada y los inmediatos á las dos mencionadas poblaciones, sin que pudieran evitarlo los remeros.

No estando apercibidos para una tempestad, que en aquella estacion, ocurria raras veces, la disposicion en que se habian anclado las naves contribuyó á dar mayores proporciones al desastre, toda vez que, chocando las más distantes de la playa contra las más próximas, se destrozaron unas contra otras. En vano trataron los magos de Aquemenes de conjurar la tormenta por medio de sacrificios, encantamientos y fórmulas mágicas; sus estragos continuaron por espacio de tres dias y sus noches, sin perder nada de su intensidad primera.

Aquemenes pasó todo este tiempo presa de mortal angustia, porque temia que, advertidos los griegos de

su situacion, le atacaran por tierra, y el ejército persa se hallaba aun á gran distancia; para precaver este peligro mandó construir una fuerte empalizada al rededor de las naves, con los despojos, tablas, vigas, etc. de los triereos perdidos. La armada persa sufrió en esta ocasion un rudo golpe; cuando, al cuarto dia, se apaciguó por completo la tormenta, se vió toda la costa, desde Melibea hasta el promontorio de Sepias, en un espacio de seis millas por lo menos, cubierta de los despojos de más de 400 naves, pertenecientes en su mayor parte á la flota de trasportes, cuyos remeros no pudieron oponer tanta resistencia como los de las naves de guerra (1). Aquemenes dió orden de costear la punta meridional de la península magnesia, designando para punto de reunion el pueblo de Afetas, situado á la entrada del golfo de Pagasas, que era el término inmediato de la expedicion y ofrecia abrigo seguro á los buques.

La armada helena, anclada en el golfo de Eubea al abrigo de las altas montañas de esta isla, no se dió cuenta siquiera de la gran tormenta que se habia desencadenado por el Nordeste. El segundo dia de la tempestad, bajaron los centinelas griegos de sus eminencias, y fueron apresuradamente á dar á sus caudillos la noticia de los estragos del naufragio. Esto reanimó el valor y la esperanza de los marinos: «los dioses del vien-

(1) Herodoto, VII, 190, hace subir á 400 el número de triereos perdidos y da como desconocido el de los buques trasportes; pero toda vez que la relacion de Aquemenes (VII, 236) no dá más que 400 barcos perdidos, con inclusion de los que se fueron á pique ó pasaron á poder del enemigo en los combates de Artemisio, apenas pueden hacerse ascender á 200 los triereos destrozados por la tormenta, ya que los perdidos en Artemisio no bajarian de 130 y tal vez llegaron á 150. De donde se infiere que las dos tormentas destrozaron de 250 á 270 triereos.

to y del mar peleaban por ellos, puesto que destruian la flota enemiga.» Hechas entonces sus plegarias y ofrecidas sus libaciones á «Neptuno el salvador» y á Boreas, volviéronse con toda prisa á Artemisio á fin de ocupar las posiciones abandonadas antes. Llegaron precisamente á este punto cuando salian las últimas naves de la armada enemiga con rumbo á Afetas, y creyendo que podrian cortarles facilmente el paso, las atacaron de improviso. Eran 15 triereos puestos bajo las órdenes del persa Sandoces, gobernador real de Cumas. Todas fueron apresadas, muriendo el comandante en la refriega. En una de ellas fué preso Aridolis, señor de los alabandeses de Caria, cuya ciudad estaba situada sobre el Marsyas; y en otra lo fué Pentilo, hijo de Demonoo, jefe de los pafos de Chipre, que habian suministrado 12 naves, 11 de las cuales se habian perdido ya en la tempestad mencionada, quedando únicamente la de Pentilo, que ahora cayó en poder de los griegos. Despues de adquirir de estos prisioneros cuantas noticias querian saber tocante al ejército de Jerjes, los enviaron bien custodiados al cuartel general del Istmo (1).

***

Este primer triunfo parecia destinado á infundir valor á los griegos; pero muy luego volvieron á caer en su anterior desaliento, cuando, con gran asombro, vieron á corta distancia la armada enemiga, dispuesta en orden de batalla, y comprendieron que aun contaba 1.100 buques de combate. Su imaginacion les habia exajerado los destrozos de la tormenta y creyeron que sólo tendrian que habérselas con barcos averiados y marineros abatidos; al ver ahora todo lo contrario, de-

(1) Herod. VII, 195.

cayó el ánimo, no solamente de los soldados, si que tambien de los jefes. Euribiades y con él Adimanto, estratego de Corinto, fueron de parecer que la armada griega debia retirarse á la bahía de Trecena, donde se la unirian las naves nuevamente equipadas por los aliados. Pero Temístocles que ya antes se habia opuesto á la retirada á Chalcis, logró retener ahora á los griegos en aquel punto, haciendo ver á los estrategos y en particular á Euribiades, que se sacrificaba á los defensores de las Termópilas, con su Rey á la cabeza, si se dejaba á los persas libre la parte de costa situada entre Afetas y la embocadura del Esperquio, y que la pérdida de dicha posicion del Oeta entregaba á merced del enemigo toda la Grecia oriental, con Tespia, Platea y Atenas. Sin duda les expondria el caudillo ateniense que no era justo abandonar á la venganza de los persas, sin disparar una flecha, á Chalcis, Eretria y Styra que habian hecho el sacrificio de sus naves y de sus guerreros, como tampoco lo era dejar sin defensa alguna y expuestas al saqueo las posesiones de Atenas en Eubea, principalmente el valle de Lelanto; y por último, que, si á pesar de estas consideraciones se optaba por la retirada, estaba la flota en el deber de contener al enemigo hasta tanto que los chalcidios, los eretrios, los styreos y los clerujos áticos del citado valle, pudieran trasladar á lugar seguro sus mujeres, sus hijos y lo que fuera posible salvar de la hacienda (1).

---

(1) Herodoto recoje una tradicion, segun la cual, Temístocles logró que la flota permaneciese en aquel punto, gracias á ciertas razones *sonantes* que se le dieron y que él á su vez compartió con sus colegas Euribiades y Adimanto. Supone que los eubeos aprontaron, con tal objeto, 30 talentos y que Temístocles empleó en su negociacion 8, guardando para sí los 22 restantes. ¿Pero quienes fueron esos eubeos que logran reunir tan respetable suma? Ni Herodoto ni

Los estrategos adoptaron, por fin, la resolucion de permanecer en Artemisio, cuando se presentó ante ellos un griego de la armada persa, oriundo de Scion, que les descubrió los planes del enemigo. Díjoles que Aquemenes habia dispuesto que una seccion de la flota, sin

---

Plutarco los nombran, por más que el último hace mencion del intermediario, Pelagon, que negoció el asunto con Temístocles. Los chalcidios equipaban una parte de la armada ateniense y la pequeña Styra con Eretria, que habia sido destruida diez años antes, no se hallaban seguramente en disposicion de aprontar 700.000 y pico de reales. Y luego, si alguien se hubiera propuesto lograr por el soborno la detencion de la flota en aquellos parajes, se hubiera dirigido al comandante en jefe y no á Temístocles que era un simple estratego y que, además, segun era notorio, no habia menester del cohecho para permanecer en su puesto. Por otra parte no se nos alcanza quien pudo dar á Herodoto noticias tan precisas acerca de la suma concertada y de las cantidades que percibió cada uno de los tres mencionados caudillos, ya que estos hubieran tenido buen cuidado de guardar el secreto de tan feo asunto.

Por lo demás, las razones que aconsejaban la permanencia de la flota en Artemisio, si es que las tripulaciones tenian valor para oponerse, en general, á tan poderoso enemigo, eran de tal fuerza, aun para hombres de valor dudoso, ó para aquellos que pretendieron reconcentrar toda la resistencia en el Istmo, despues del envio de una respetable avanzada al paso de las Termópilas; y tan grande la responsabilidad de ceder el campo al enemigo, sin combatir, desamparando dichas avanzadas, que la historia del soborno aparece con todos los caractéres de una fábula. Plutarco cuenta aun otra historia sobre el soborno de Temístocles: por una suculenta cena y un talento, logra Fanias que el capitan de la nave sagrada no insista en la retirada que antes defendia y vote en favor de la permanencia. Sin duda alguna los estrategos de Atenas disponian de medios más adecuados y propios que estos para mantener la disciplina entre sus subalternos. Con mucha oportunidad ha hecho notar Bauer (Themistocles, 134) que la mencionada historia está fabricada segun el modelo de la que expone Tucidides, á tenor de la cual Temístocles, en su huida al Asia, hizo que el capitan de la nave que le conducia pasara, cerca de Naxos, por entre la armada ateniense.

dejarse ver de los griegos, navegase con rumbo á la costa comprendida entre el promontorio de Sepias y Sciathos, en direccion al Norte, que, una vez en alta mar tomase el rumbo hácia el Sur y, costeando la punta meridional de Eubea, cortase á los griegos la retirada en el golfo de Eubea. Con esta maniobra se proponia cercar completamente la armada helena y destrozarla.

En el consejo de estrategos, los peloponesios opinaron porque se saliese al encuentro de las naves enemigas, á fin de mantener libre la retirada, pero este plan tenia la desventaja de abandonar tambien á los defensores de las Termópilas. Por el contrario, Temístocles propuso que debia aprovecharse esta disminucion de las fuerzas enemigas para emprender inmediatamente el ataque; el caudillo ateniense veia bien que, dada la estrechez de la embocadura de la estensa bahía de Pagasas y la proximidad de la armada helena, que se hallaba á dos millas de aquel punto solamente, el enemigo no tendria tiempo de poner en orden todos sus triereos, si se emprendia un ataque inesperado y rápido. Si, además, se empezaba el combate á la caida de la tarde, siempre les quedaba el recurso de emprender la retirada al abrigo de la oscuridad, si la batalla tomaba un giro desfavorable para ellos; animábales además la esperanza de que los griegos de la armada enemiga no atacarian con gran ardor á sus compatriotas.

Despues de un animado debate prevaleció la opinion de Temístocles; dióse á los capitanes orden de permanecer reunidos y, á la primera señal de la nave almirante, formar la línea de batalla de tal manera, que el centro precedise en su marcha á las dos alas, formando las tres secciones en semicírculo, como si se esperase el ataque inmediato del enemigo; á la segunda señal

todas las naves emprenderian un vigoroso movimiento contra la armada de Jerjes (1).

Aquemenes, mientras que daban la vuelta los 200 triereos, pasó revista á su escuadra en la bahía de Afetas; tenia él propósito de no atacar á la armada helena hasta tanto que la seccion enviada para cercarla, diese las señales convenidas, en cuyo caso se creia con ele-

(1) La exposicion de Herodoto, VIII, 11, presenta no pocos puntos oscuros y es en general incomprensible. Al recibir la comunicacion de Scilias, qne les anunció el propósito del enemigo, entraron en consejo los caudillos griegos, que emitieron gran diversidad de pareceres. Primeramente triunfa la opinion de los que votan por quedarse firmes en dicho punto todo aquel dia, «para emprender la marcha despues de la media noche, yendo al encuentro de los triereos enemigos que pretendian atacarlos á retaguardia. Entonces viendo que nadie salia á acometerlos, en toda la tarde de aquel dia, fuéronse hácia la escuadra de los bárbaros, queriendo hacer una prueba de cómo peleaban aquellos y cómo acometian cen las naves.» En primer lugar no se nos alcanza cómo pudieron los griegos esperar un ataque inmediato, siendo así que de la comunicacion de Scilias se deducia que aquel no tendria lugar hasta que las 200 naves enemigas hubiesen verificado el movimiento envolvente que ya habian empezado. Luego el temor de ser atacados por el enemigo no se compagina bien con la resolucion de permanecer en el campamento y no ir á bordo hasta media noche. No cabe suponer que los caudillos griegos acordasen emprender á media noche la marcha en direccion al Sur, si antes esperaban ser acometidos por una flota mucho más poderosa que la suya; uno de estos hechos es incompatible con el otro. De la relacion de Herodoto se deduciria además, que los griegos, á quienes la sola presencia de la escuadra enemiga llenara de espanto, habian improvisado, sin reflexion ni preparacion de ningun género, el primer combate contra la temible armada enemiga. De todo lo cual se infiere que estamos en lo justo al dar la preferencia á la exposicion de Eforo, segun Diodoro, como más conforme á la marcha general de los acontecimientos; la relacion de Herodoto, que aminora tambien aquí la decisiva influencia de Temístocles, sólo puede admitirse en el punto relativo al voto de los adversarios del caudillo ateniense.

mentos suficientes para destruir de una vez al enemigo. Por eso, cuando los generales persas vieron venir contra ellos á los griegos con tan pocas galeras, los tuvieron por unos insensatos, no pudiendo siquiera imaginarse que llegara á tanto su osadía, toda vez que, aun descontadas las 200 naves que se habian separado, era su flota tres veces mayor, por lo menos, que la de los griegos, mejores tambien sus buques y más diestros los marinos que los tripulaban. Por su parte los jonios, que á despecho suyo militaban contra los griegos, creyeron asimismo que ni uno sólo podria escapárseles, tan escasas les parecian las fuerzas de la armada helena (1).

Pero la escuadra ática, al mando de Temístocles, emprendió el ataque antes que pudiera formarse la armada persa en línea de batalla, y pronto se generalizó el combate. El primero entre los griegos que apresó una galera enemiga fué el ateniense Licomedes, hijo de Escreas. Pero á medida que pudieron entrar en batalla las numerosas fuerzas enemigas, fué tomando la pelea aspecto más desfavorable á los griegos; entonces sobrevino la noche y separó á los combatientes. No bien cerró ésta levantose un temporal deshecho de lluvia, con viento del Sur, que causó nuevos destrozos en la flota persa, en tanto que la griega no sufrió nada en su refugio de la costa de Eubea. Los griegos podian estar satisfechos de este primer encuentro: habian obtenido ventajas positivas, puesto que apresaron á los persas 30 naves, é hicieron prisionero á Filaon, hijo de Quersis y hermano de Gorgo, rey de los salaminios de Chipre; pero de los griegos que servian á Jerjes sólo el lemnio Antidoro se pasó con su nave á los atenienses, que no dejaron de recompensarle por este servicio.

(1) Herod. VIII, 10.

En la mañana siguiente recibieron los griegos un refuerzo considerable, pues se les agregaron las 53 galeras atenienses que se habian armado desde que se rompieron las hostilidades; no les alentó menos la noticia de que todas las naves destacadas para cojer por retaguardia á los griegos, habian sucumbido en la pasada tormenta; cogidas por la borrasca cuando se hallaban delante de Cela, antes de llegar á la costa meridional de Eubea, empujadas por el viento, fueron á estrellarse contra las peñas y escollos de la costa. Era esta una agradable nueva, y, alentados por tan prósperos sucesos, resolvieron renovar el ataque á la misma hora que el dia anterior. La relacion de las fuerzas habia variado notablemente: los griegos disponian de 53 naves más, en tanto que los persas tenian sobre 200 ménos; por otra parte sus soldados estaban rendidos de la fatiga producida por la tormenta, y los cadáveres y fragmentos de las galeras que habian naufragado, arrojados por las olas hacia Afetas é, impelidos al rededor de las proas de las naves, impedian el juego desembarazado de los remeros. Salieron, pues, los griegos de su campamento y, dejándose caer sobre las naves de Cilicia, hicieron en ellas gran estrago, hasta que las sombras de la noche cubrieron su retirada (1).

***

Aquemenes habia esperado inutilmente las señales con que la flotilla de 200 triereos debia anunciarle su presencia. Irritado de la osadía de los griegos y de los destrozos que habian hecho en su armada, resolvió no esperar á que los enemigos le sorprendiesen por tercera vez, antes bien ordenó que todo estuviese dispuesto

(1) Herod. VIII, 13. 14. Estrab. p. 445. Libio. 31, 47.

para dar una batalla formal al dia siguiente (1); los persas opusieron 900 triereos á la flota helena que solo constaba de 300. Era cerca del medio dia cuando emprendió la marcha la escuadra de los persas, contra la griega que permanecia quieta en Artemisio. Aquemenes dispuso sus naves en forma de media luna con ánimo de encerrar á los griegos. Felizmente para los helenos el número de naves persas era excesivo para el reducido espacio comprendido entre Afetas y el templo de Artemis, dentro del cual debia verificar sus movimientos. Los 60.000 griegos esperaron firmes el empuje de fuerzas, tres veces mayores. La embestida fué terrible, porque si bien las naves de Jerjes, impedidas por su misma muchedumbre, segun queda dicho, se entorpecian mútuamente los movimientos y hasta chocaban las unas contra las otras, tuvieron por mengua el retirarse de la batalla siendo tan pocos los barcos enemigos. Así es que, no obstante la tenaz resistencia de los griegos y el valor con que pelearon, «despues de perder muchas naves y no poca gente, aunque fué mucho mayor la pérdida en naves y gente de los bárbaros,» quedó indeciso el resultado de la jornada. Ambas flotas se retiraron á sus puntos de partida. En esta batalla los que mejor pelearon entre todos los soldados de Jerjes fueron los egipcios, quienes, entre otras proezas que hicieron, apresaron cinco naves griegas con sus tripulaciones. De los griegos se distinguieron en este dia, muy particularmente, los atenienses, y entre estos nadie peleó con tanto valor como Clinias, hijo de Alcibiades, quien servia en la armada con una galera propia, armada y sostenida á costa suya. Pero despues de la accion se vió que las galeras atenienses se hallaban por mitad destrozadas ó perdidas.

(1) Herod. VIII, 15. Diod, IX, 12. 13.

De todos modos podian los griegos contar como un triunfo el haber resistido en batalla formal á fuerzas tres veces mayores y mejor organizadas que las suyas. Aristófanes estuvo acertado al poner en boca del coro de lacones estas palabras: «semejantes á los dioses corrian los atenienses, en Artemisio, contra las naves enemigas y vencieron á los medos» (3). Pero los griegos vieron con gran desaliento que, despues de hacer esfuerzos y sacrificios supremos, no habian hecho más que contener la marcha invasora de los persas. Así es, que sus almirantes opinaron por emprender la retirada antes que sufrir un segundo ataque. Mas Temístocles trató de evitar una vez más este paso, ó de lograr que, á lo ménos, se diese aviso á Leonidas á fin de que tomara las disposiciones que juzgase oportunas. Era, asimismo, preciso retardar la marcha todo el tiempo necesario para que los eubeos pudiesen retirar del pais sus ganados, ó para que el ejército pudiese aprovecharse de ellos antes que lo hiciesen los bárbaros. Una vez emprendida la retirada debian encenderse las hogueras del campamento á fin de mantener en el enemigo la creencia de que la armada helena permanecia en su puesto. A su vez Temístocles se encargó de adoptar las medidas necesarias para que las naves regresaran, en salvo, á punto más seguro. Estaban ocupadas las tropas en retirar los rebaños, cuando, á la caida de la tarde, llegó de Alpenos, Abronico, en su galera de 30 remos, con la triste nueva de que Leonidas habia perecido con toda su gente, y que el paso de las Termópilas estaba en poder del enemigo. Al oir tan infausta noticia, no pensaron en dilatar un punto la retirada y empezaron la marcha las naves corintias formando la retaguardia las

(3) Lysístr. 1.250 sigs.

de Atenas: esperábase con fundamento que los persas les atacarian en cuanto se apercibieran de su retirada.

Temístocles escogió las naves más ligeras de su escuadra y fué recorriendo con ellas los puntos de la costa donde creia que los enemigos saltarian á tierra en busca de agua, dejando grabadas en las rocas inscripciones, en que invitaba á los jonios á abrazar la causa nacional de los griegos. Las inscripciones decian así: «Varones jonios, no obrais bien en hacer guerra á vuestros padres y mayores, ni en reducir la Grecia á servidumbre. La razon exije que os pongais de parte nuestra; mas si no está ya en vuestra mano hacerlo así, por lo ménos, podeis aun retiraros de la armada que nos persigue y excitar á los carios á que hagan lo que os vieren hacer; y si no pudiereis hacer ni una ni otra cosa, á lo ménos cuando entreis en combate permaneced inactivos, teniendo presente que sois nuestros descendientes, y que además, sois la causa del odio que desde el principio nos profesan los bárbaros.» En esto dió Temístocles una prueba más de gran político, porque si su llamamiento no producia todo el resultado apetecido, haciendo que los jonios desertasen de la armada persa, á lo ménos, si las inscripciones llegaban á oidos del rey, podia éste concebir sospechas de los jonios, y hacer que no entrasen en batalla.

Dos palabras aun para esclarecimiento de la cronología. Segun el testimonio de Herodoto, se da á la vela la armada persa diez dias despues de la marcha del ejército de su campamento de Terma. El dia onceno arriba á Sepias Akte, y durante los tres dias siguientes, se vió castigada por terrible tormenta. Quince dias despues de su partida zarpa la flota en direccion á Afetas, mientras que los griegos regresan el 14 á su puerto de Artemisio, y el 15 se apoderan de las naves de Sando-

ces. Al siguiente, viendo las naves enemigas en orden de batalla, resuelven la retirada y Temístocles emplea todo el dia inmediato para evitarla. En el 18 anuncia Scilias á los griegos el envio de 200 naves para cortarles la retirada y en la tarde del mismo dia tuvo lugar el primer encuentro; el 19 reciben la noticia del naufragio de las naves que debian verificar la evolucion indicada; acto contínuo ocurre la segunda batalla naval, que se repite en mayor escala en el siguiente, y el 21 emprenden definitivamente la retirada. Por esta brevísima noticia se puede formar idea de la marcha de los acontecimientos en los primeros dias de operaciones. Sin embargo, como quiera que Aquemenes hubo menester de algun tiempo para reorganizar sus fuerzas y reunirlas y Temístocles le necesitó igualmente para llevar á término sus negociaciones con los almirantes griegos, es probable que los combates navales de Artemisio tuviesen lugar los dias 21, 22 y 23, y la retirada de la flota helena el 24 despues de la salida de Jerjes del campamento de Pieria.

IX.

LAS TERMÓPILAS.

El valle del Esperquio, ocupado por los malios, se halla cerrado hácia el Sudeste, por una muralla natural de montañas, «la elevada y selvosa montaña del Oeta,» segun la expresion de Sófocles, que, destacándose, en direccion á Oriente del Tifresto, ramificacion de la cordillera del Pindo, corre paralelamente al rio, hasta terminar en un escabroso promontorio bañado por las aguas del golfo de Eubea. Por encima de los viñedos, olivos y laureles que cubren las colinas que se alzan al pié del Oeta, se destacan magníficos bosques de encinas, á cuya sombra brotan frescos manantiales, y por encima de éstos asoman la cabeza escabrosos riscos y peñascos, separados á veces por profundos barrancos.

El Pyra, que es el pico más elevado del Oeta, arranca del valle en laderas empinadas hasta alcanzar una altura de 7.000 piés próximamente; sin embargo, por el lado del mar termina en pendiente más suave; en su falda septentrional se hallaba la ciudad de Trajis, sobre una meseta con vertientes casi perpendiculares;

por encima de la misma, mirando al golfo de Eubea se levanta la cúspide roquiza del Callidromo, última estrivacion del Oeta por el lado del mar. Los manantiales que brotan en toda la montaña van á parar á tres riachuelos: el Dyras, el Melas y el Asopo, que recibe poco antes de su desembocadura el Fenix; todos los cuales vierten sus aguas al mar á corta distancia uno de otro. El más meridional de los tres y más próximo tambien al Callidromo, es el Asopo, que tiene todos los caractéres de un torrente. Sobre la marjen derecha de este riachuelo, no lejos de la villa de Anthela, se alzaba el templo de Céres, en el que se reunian en épocas anteriores las tríbus helenas del Nordeste, y donde los anficciones ofrecian en otoño un sacrificio que representaba una tradicion antiquísima.

Al Sur de Anthela se adelantan hácia el mar las vertientes del Callidromo en términos que, desde alguna distancia, parece de todo punto imposible el tránsito por aquel punto; únicamente cuando se examina de cerca, se vé que entre la montaña y el mar hay espacio para el tránsito de un carruaje. Tal es la primera puerta que abre paso al interior de Grecia. Detrás de ella se retira de nuevo la montaña, dejando un pequeño valle que se inclina suavemente en direccion al Golfo; y como á media legua de dicho paso, brotan, al pié de las rocas, las dos principales fuentes de aguas termales y sulfurosas, que comunican al suelo del valle un color blanquecino característico. Estos manantiales, cuenta la fábula, eran propiedad de Hércules, y aun «se vé en las cercanías un altar erigido en honor del héroe» (1).

Pasados los manantiales vuelve á acercarse la vertiente del Callidromo á la orilla del mar. De modo que,

(1) Herod. VII, 176, Sophocl. Trachin. v. 633.

traspuesta una pequeña colina, forma la segunda puerta, de igual anchura que la primera; ella constituye tambien el último paso del Oeta; inmediatamente se ensancha el valle y se descubre á la derecha, en direccion al Oeste, la primera villa de los locrense: Alpenos (1).

Al Sur de las fuentes termales, en frente de la expresada colina, se alzaba la muralla erigida por los focenses con objeto de cerrar la segunda puerta y de evitar las invasiones de los tesalios en su territorio; á lo largo de la muralla corrian las aguas de los manantiales, llenando una zanja que hacia las veces de foso. Leonidas mandó recomponer la muralla, que estaba derruida por completo, y levantar sus puertas, en cuanto estableció sus reales en Alpenos; proponiéndose continuar allí la defensa del paso, si se veia precisado á abandonar la primera puerta, más próxima al pais de los malios.

Sin embargo, podia trasponerse la montaña por una estrecha vereda que, por Occidente, costeaba la cumbre del Callidromo. De las cercanías de Trajis parte un barranco que, cortando las rocas, sube hasta la cima de esta montaña, y otro barranco, más escabroso que el anterior desciende, tocando la roca de Melampygos, por la vertiente opuesta, en direccion á Alpenos. Los focenses se ofrecieron á defender esta vereda (2); y sabiendo que su salvacion dependia de la conservacion del paso

---

(1) Herod. VII, 200. La topografía del terreno ha cambiado desde entonces acá de una manera notable. Los depósitos del Esperquio y demás torrentes de la comarca, han dado mayor anchura á la costa, de manera que dicho rio traza un semicírculo hácia el Sur, antes de verter en el mar y recibe además las aguas de los mencionados riachuelos.

(2) Pausan. X, 20 sigs. Livio 36, 18.

del Oeta por los griegos, creyó Leonidas que 1.000 hoplitas focenses, apostados en la cumbre de la montaña, eran suficientes para la defensa de tan estrecho y escabroso camino.

***

Diez mil hoplitas habian derrotado diez años antes un ejército persa mucho más numeroso en los campos de Maraton; no era, pues, aventurado suponer que 6.000 hoplitas pudiesen defender y cerrar, durante algun tiempo, el estrecho paso de las Termópilas y una vereda que atravesaba puntos sumamente escabrosos. Inútil es advertir que los griegos tenian que renunciar á la defensa del desfiladero, desde el momento en que la armada persa penetrase en el golfo de Eubea y pudiese molestar el flanco derecho de sus tropas, sobre todo si el enemigo operaba desembarcos en la costa de los locrenses al pié del Cnemis (1). Pero si la armada griega no sufria un descalabro; si los defensores del paso lograban mantener algun tiempo aquella posicion, era seguro un levantamiento general de los cantones peloponesios, y Esparta acudiria en su socorro con todas las fuerzas coaligadas, segun el compromiso contraido con Atenas; y los 20 á 30.000 hoplitas que podia presentar el Peloponeso harian inexpugnable la posicion del Oeta. Pero las olimpiadas habian terminado (2), y no se tenia noticia de los refuerzos prometidos por Esparta.

Por los caminos que las mismas tropas construyeron y sin encontrar resistencia alguna, habia traspuesto el ejército persa las nevadas cumbres del Olimpo, estendiéndose desde allí por los llanos de Tesalia. Thorax

(1) Pausan. X, 21, 3.

(2) Astylo de Croton habia alcanzado un nuevo triunfo en la carrera, y Teagenes, natural de la isla de Thasos, sometida hacia trece años á los persas, fué vencedor en el pugilato.

de Larissa no omitió medio ni muestra de vasallaje que pudiera captarle las simpatías del monarca, y la misma nobleza tesaliota, una vez retiradas las fuerzas aliadas de Tempe, y consideradas las circunstancias, comprendió que no la quedaba otro recurso que someterse á tan poderoso enemigo. Catorce dias de marcha llevaron al ejército de Jerjes á Halos, lugar situado en el golfo de Pagasas; en tres jornadas más se trasladó al país de los malios, pues habian sido de los primeros en dar señales de sumision al extranjero, y allí acampó en el valle del Esperquio, que ofrecia suficiente espacio para aquella enorme masa de hombres y bagajes y agua abundante en el mencionado rio.

Cuando los defensores de las Termópilas vieron descender por las lomas del Otyrs aquellas interminables filas de tropas y desparramarse luego por la llanura del Esperquio, experimentaron la misma desfavorable impresion que las tripulaciones de la armada en Artemisio. La mayoría de los caudillos y soldados se llenaron de pavor y empezaron á deliberar si seria conveniente abandonar el puesto; los peloponesios fueron de opinion que convenia retirarse al Istmo y oponerse allí á la marcha del enemigo con todas las fuerzas reunidas de los cantones del Peloponeso; pero los focenses y locrios irritáronse al oir semejante proposicion, echándoles en cara que los habian excitado á la resistencia para entregarlos cobardemente al enemigo; y Leonidas, comprendiendo la justicia de su acusacion, trató de disuadir á los que propusieron la retirada, prometiendo enviar mensajeros á Esparta y á sus aliados pidiendo socorros (1).

Leonidas ponia toda su confianza en los espartanos;

---

(1) Herod. VII, 201. 207. Diodor. XI, 5.

eran gente escogida y sus posiciones tan favorables, que podian infundir valor al más cobarde. Hasta las tradiciones y leyendas pátrias se hallaban impregnadas de hermosos recuerdos relacionados con aquellos parajes. A su vista corria el Esperquio, á cuyas amarillentas ondas habia ofrecido Peleo los rizos de Aquiles, si el jóven volvia sano y salvo á sus hogares. No se cumplieron, es verdad, los deseos del anciano, pero en cambio adquirió el jóven guerrero fama imperecedera. Hércules, su héroe nacional, patriarca de los hyleos y padre de sus reyes, habia santificado tambien el suelo que pisaban entonces los espartanos, cuyo campamento estaba asentado cerca de las fuentes y del altar del valeroso caudillo. Más allá de Alpenos veíanse las rocas de los Cercopes, mónstruos que, por burlarse del héroe, sufrieron vergonzoso castigo. Del otro lado del paso estaba Traquis, villa fundada por Hércules despues de su victoriosa campaña contra los Dryopes, cuyo dominio trasmitió á Keyx, príncipe de los malios. De Traquis partió el héroe para ir en auxilio de los dorios del Olimpo, antepasados de los espartanos, que se hallaban acosados por los lapitas; y desde la misma habia emprendido la campaña contra Euryto; allí dejó á su amada Deyanira y allí se crió tambien, bajo la tutela de Keyx, su hijo Hyllo, antepasado de los reyes de Esparta. Más al Oriente, en la punta Noroeste de Eubea, al pié de la empinada loma del Ceneon, habia ofrecido un sacrificio á Jove, en accion de gracias por el último triunfo obtenido, y en la inmediata punta de Pyra, que se destacaba sobre los picos más elevados de la montaña, se habia dejado abrasar por la pira, sin que pudieran evitarlo los esfuerzos de su fiel Dyras (1). Nada po-

(1) Herod. VII, 198. Diodor. IV, 57. Pausan. IV. 31. 9.

dia haber más hermoso para un griego, de raza dórica sobre todo, que encontrar la muerte en el mismo sitio en que pereció Hércules, y morir peleando por la defensa de su altar, de sus fuentes y de sus puertas.

Cuenta Herodoto que unos dias antes de la llegada de los persas, se presentó en el campamento de Alpenos un hombre natural de Traquis y dijo á los griegos, que el ejército de Jerjes, que acababa de ver con sus propios ojos, era tan numeroso, que sus flechas tenian por necesidad que oscurecer el sol; á lo cual hubo de contestar el espartano Dieneces, que traia una excelente nueva, porque en tal caso pelearian á la sombra: la figura tenia indudablemente algo de halagüeño para soldados que estaban á punto de entrar en combate bajo los ardientes rayos del sol canicular. Como quiera que sea, la actitud resuelta de los espartanos, focenses y locrios reanimó el abatido espíritu de los demás aliados.

Hallándose aún en Tesalia, recibió Jerjes noticia de que los griegos se apercibian á la defensa del Oeta. No desconocia las dificultades que podian originársele de una defensa obstinada de tan difícil paso; ya que si los griegos lograban sostenerse allí algunos dias, caia por tierra la fama de invencible que tenia su ejército. Pero tanto el rey como sus generales eran de opinion que el desfiladero caeria en su poder, sin combate ó tras lijera lucha, tan pronto como se presentase la armada en las playas inmediatas. Sin embargo, trascurrieron cuatro dias sin que pareciese un sólo triereo: la tormenta primero y luego los griegos, habian detenido su marcha; por fin, temiendo que tan prolongado retraso enardeciese el valor del enemigo, ordenó que al dia siguiente se emprendiese el ataque de sus posiciones; un dia antes tuvo lugar el primer encuentro de las dos armadas (1).

(1) Es verdad que Herodoto dice (VIII, 15), que las batallas ma-

***

Segun las relaciones de los historiadores griegos fueron soldados medos los que dieron el primer asalto al desfiladero; proponíanse, al parecer, vengar la derrota de Maraton, donde habian sufrido sus divisiones pérdidas muy considerables (1).

Los hoplitas que defendian la primera puerta no estaban acostumbrados á sostener á pié firme un ataque continuado, ni podian tampoco contestar las cargas de los medos. Por otra parte, ni sus escudos ni las alturas de los costados les ofrecian suficiente abrigo; en cambio, tenian indisputable ventaja en el combate con arma blanca; y puesto que el frente era igual para ambas partes, los helenos, que se hallaban mejor protegidos que sus adversarios, podian sacar notable ventaja del empleo de las lanzas (2).

Gran número de soldados medos sucumben en esta primera embestida, pero los que caen son inmediata-

---

rítimas de Artemisio se dieron en los mismos dias que los combates de las Termópilas. Pero como quiera que la noticia de la muerte de Leonidas llega á Artemisio despues de haberse librado la tercera batalla naval, y cuando ya estaba ocupado Temístocles en contener la retirada de los griegos, parece natural suponer que dichas batallas tuvieron lugar un dia antes que los respectivos combates de las Termópilas. Del cálculo expuesto anteriormente, se deduce que los de Artemisio se verificaron respectivamente el dia 21, 22 y 23 despues de la partida de Jerjes de Pieria: por consiguiente, el ataque de las Termópilas se emprendió 22 dias despues de dicha partida. Cuatro esperó en el campamento del Esperquio la llegada de la flota; el 15, despues de la marcha de Pieria, entró Aquemenes en la bahía de Pagasas; y, puesto que Jerjes no encontró la armada en aquel punto, cabe suponer que el ejército real llegó el 14 á Halos, ya que no pudo hacerlo antes. El espacio que hay de Halos al Esperquio pudo recorrerse perfectamente en tres jornadas.

(1) Eforo citado por Diodoro IX, 6. Justin. II, 11.

(2) Herod. VII, 210. 211. Diod. 11, 7.

mente relevados y, por más que se ven repelidos, no vuelven pié atrás, siquiera tampoco adelanten un paso. El Rey, que presenciaba el combate desde una eminencia de las cercanias de Traquis, mandó que los medos fuesen relevados por los elamitas; tambien Leonidas relevaria sus cansadas tropas por otras de refresco. Pero los elamitas no obtuvieron mejor resultado que sus predecesores. Entonces Jerjes, que tenia interés sumo en tomar el paso aquel mismo dia y que juzgaba vergonzoso verse allí detenido más de un dia por un puñado de hombres, mandó entrar en accion á los 10.000 soldados de la guardia que mandaba Hydarnes, llamados los inmortales, porque iban protegidos por la bandera de Ameretat. Además de ser las tropas más escogidas del ejército persa, tenian sobre las otras la ventaja de ir armados de lanzas como los griegos, aunque más cortas que las de estos. Leonidas les opuso tambien sus mejores tropas: sus fieles espartanos.

Hydarnes comprendió desde luego que las grandes masas tenian, por necesidad, que embarazarse mútuamente en tan reducido espacio; por cuya razon, emprendió el ataque con batallones poco numerosos. Pero, segun hace notar Herodoto, los lacedemonios no sólo hicieron allí prodigios de valor, sino que se mostraron en todo guerreros peritos y veteranos. Comprendiendo que de nada les serviria exponerse á una lluvia de flechas, adoptaron un sistema de combate más en armonía con las costumbres militares griegas. Sin apartarse de la primera línea de defensa tanto que pudieran ser cortados en la retirada, salian al encuentro del enemigo, más allá del paso, formados en columnas estrechas. El empuje de estas masas, cuyo flanco derecho estaba completamente á cubierto por el lado del mar, hacia siempre retroceder á los persas; luego volvian de repen-

te la espalda, maniobra que practicaban en correcta formacion y con mucha ligereza. Si los persas se hubiesen contentado con atacar al enemigo; tales operaciones no habrian dado resultado favorable á los espartanos; pero Leonidas conocia perfectamente á sus contrarios y habia previsto lo que sucederia. «Al verlos huir los bárbaros, en sus retiradas, daban tras ellos con mucho alboroto y griteria; mas cuando les iban ya á los alcances, volvíanse los griegos de repente y, haciéndolos frente, derribaban gran número de enemigos ó los obligaban á arrojarse al mar.» En estos encuentros y alternativas sufrieron los persas grandes pérdidas, relativamente al escaso número de espartanos que allí sucumbieron. Por fin, cuando ya declinaba la tarde, atacó Hydarnes el paso con toda su division en columna cerrada; pero tambien fué rechazado esta vez como las anteriores. «Dícese que el rey, al ver retroceder á los mejores soldados de su ejército, saltó, por tres veces distintas, del asiento, desde el cual estuvo mirando aquellas embestidas.» Y Aristófanes pone en boca del coro de Lacones estas palabras que describen á maravilla la crudeza del combate: «Leonidas nos guiaba á nosotros, que parecíamos javalíes enfurecidos por la persecucion de los cazadores; sudor copioso cubria nuestras mejillas, y corria abundante por nuestros muslos, porque el ejército de los persas era tan numeroso como las arenas del mar» (1).

Jerjes habia sacrificado considerable número de soldados en el primer dia sin adelantar un sólo paso, á pesar de los esfuerzos que hicieron para sostener su reputacion. En realidad no quedaba otro recurso que proseguir la lucha en la forma comenzada, hasta que llegase

(1) Arist. Lysistrata. 1.254 sigs.

la flota ó se agotasen las fuerzas del enemigo. Por más que la tenaz resistencia de los griegos trastornaba no poco los planes de Jerjes, las pérdidas sufridas apenas habian hecho mella en su ejército; mucho más sensibles fueron las que tuvieron los griegos, expuestos durante largas horas á una incesante lluvia de flechas, porque en tan pequeño ejército, se echaban de ver las pérdidas por insignificantes que fuesen, circunstancia que no podia ocultarse al monarca asiático. De modo que si los persas reanudaban el ataque tres ó cuatro dias consecutivos, Leonidas podia estar seguro que el en quinto no le quedaba un sólo soldado. Hubiera podido disminuir algo sus pérdidas, replegándose detrás de la segunda muralla y abandonando la primera puerta; pero semejante retirada habria infundido valor al enemigo, de donde, tal vez, le hubiera venido mayor perjuicio. Por otra parte hacia ya cinco dias que sus emisarios habian salido para Laconia y esperaba, de un dia para otro, los socorros que se le habian ofrecido, esperanza tanto más fundada, cuanto que no ignoraba la concentracion de fuerzas helenas que se habia efectuado en el Istmo, y las obras de defensa que allí se llevaban á cabo (1). Con algunos miles de hombres más, podia prolongar muchos dias la resistencia. Estas consideraciones movieron á Leonidas á permanecer en su puesto, y todos le obedecieron, porque sabia infundir á los demás el valor que á él le animaba.

***

A pesar de las pérdidas harto sensibles del dia anterior, recibieron los griegos, con gran denuedo, los asaltos del segundo dia, en el cual se repitieron las peripecias y embestidas del primero. Volvieron á la

---

(1) Herod. VIII, 40. Plut. Themistocl. 9.

carga los persas, confiados de que, siendo tan pocos los enemigos, no tendrian ánimo para resistir su empuje. Pero los griegos, ordenados en diferentes cuerpos, iban entrando por orden y sucesivamente en la refriega, de manera que la lucha se sostuvo por ambas partes con igual empeño que el primer dia, hasta que los persas se retiraron de nuevo á su campamento. Leonidas tenia aun fuerzas suficientes para sostenerse dos dias por lo ménos; sin embargo, un acontecimiento imprevisto aceleró la decision mucho más de lo que el esforzado caudillo esperaba.

«Hallábase el Rey confuso no sabiendo qué resolucion tomar, cuando cierto Epialtes, malio de raza y natural de Traquis, se presentó en el campamento, á la hora de medio dia, y, llevado á la presencia del rey, le declaró que él conocia una senda que cruzaba la montaña, por la cual podian los persas caer de sorpresa sobre los griegos de las Termópilas, cogiéndolos por la espalda... Agradó sobremanera á Jerjes el aviso de Epialtes y al punto ordenó á Hydarnes que, con su division, que no habia entrado en accion aquel dia, pusiese por obra el proyecto, subiendo el Callidromo bajo la direccion del traidor, para rodear las posiciones helenas. Salió del campamento Hydarnes cuando empezaba á cerrar la noche con el propósito de llegar á la cima de la montaña antes de rayar el alba y de atacar de improviso á los griegos por la espalda en las primeras horas de la mañana. Para que los griegos no pudiesen oponer á Hydarnes todas sus fuerzas, se resolvio dar un asalto simultáneo al desfiladero, entre diez y doce de la mañana, hora en que, segun el dicho de Epialtes, estaria aquel en disposicion de emprender el ataque por el lado opuesto. El traidor no tenia noticia de la ocupacion de la senda por tropas griegas.

Estaba completamente serena la mañana cuando, despues de subir toda la noche por tan escabrosa senda, llegaron los persas á la cima del monte, que en aquellos parajes se hallaba cubierto por un espeso bosque de encinas. Los focenses encargados de la custodia de la senda, con punible descuido, se habian entregado al descanso sin colocar avanzadas ni guardias, de suerte que no se apercibieron de la presencia de los enemigos, hasta que oyeron el ruido que hacian pisando la hojarasca y moviendo las ramas. Al percibir este sospechoso rumor, vánse apresuradamente los focenses á tomar las armas, y no bien acabaron esta operacion, cuando se presentan los persas antes sus ojos (1). Quedaron estos suspensos de admiracion al ver allí tanta gente armada, cuando ménos lo esperaban; y temiendo Hydarnes que fuese un destacamento de lacedemonios, de cuyas armas tenia tan desagradable recuerdo, preguntó á Epialtes de qué nacion era aquella tropa; en cuanto averiguó que no eran espartanos, formó sus soldados en orden de batalla, en el borde mismo del bosque. Inmediatamente emprendieron el ataque contra los focenses, que se hallaban apostados en la roquiza cumbre de la montaña; pero estos, añadiendo al descuido la cobardia, al verse acometidos con una espesa lluvia de saetas, se retiraron huyendo al pico más alto del Callidromo, donde se dispusieron á morir peleando.

Abandonado el sendero, no perdió tiempo Hydarnes en atacar á los fugitivos, y, satisfecho de haber conquistado á tan poca costa lo que creyó que seria obra de muchas horas, hizo descender á sus tropas la montaña con suma presteza. Ya durante la noche se presentaron á Leonidas unos desertores, dándole aviso del

(1) Plutarch. Cato maior 13.

giro que habian hecho los persas; luego, al despuntar el dia, bajaron apresuradamente de sus puestos los centinelas griegos anunciando la presencia de un numeroso cuerpo de enemigos (1).

Leonidas comprendió entonces que habia cometido una torpeza al no encomendar la custodia de la senda á soldados más aguerridos y vigilantes; pero nadie podia achacar esto á falta de prevision, toda vez que escogió para tal objeto á los más interesados en la conservacion del camino (2). No era posible sostenerse en

---

(1) Hay quien supone que no fue Epialtes el que dió aviso de la existencia del expresado rodeo, y condujo por él á los persas, sino Onetas de Caristo y Corydalo de Anticira; Herodoto asegura que el traidor fué Epialtes, hecho que tambien se deduce de la circunstancia de haber puesto precio á su cabeza los anficciones. Diodoro se contenta con decir que el traidor fué un sugeto natural de Traquis (11, 5); y Ctesias (Pers. 24), asegura que, averiguada la existencia de la senda, llamó Jerjes á su presencia á Demarato, á Thorax de Larisa y á Hegias de Efeso, ordenándoles que acompañasen á las tropas encargadas de verificar la sorpresa, bajo la direccion de dos personas respetables de Traquis, Calliades y Timafernes, cuyos nombres sin embargo, son harto sospechosos, puesto que el último es evidentemente de origen persa. Eforo, segun indica Diodoro, nombra un sólo desertor, llamado Tirastiadas, de patria cumense, que llevó á Leonidas, durante la noche, la noticia de la circunvalacion de la montaña; pero esta puede ser una tradicion inventada por el mencionado autor para atribuir esta gloria á su ciudad natal. El anuncio de la cobarde retirada de los focenses no pudo llegar tan pronto á oidos de Leonidas.

(2) La sorpresa de los defensores de aquel paso se ha repetido diferentes veces, con circunstancias muy análogas. Casi lo mismo que en el caso presente ocurrió el año 278, antes de Jesucristo, en que los galos forzaron el paso: los focenses, encargados de la defensa de la senda de Traquis, se dejaron sorprender en medio de una niebla que los envolvia completamente (Pausan. 10, 22. 8, 9); y la lucha que se siguió, presenta circunstancias tan semejantes con la que tuvo lugar en la expedicion de Hydarnes, que el relato de Pau-

aquel punto, hallándose atacados por la espalda y de frente; porque si rechazaban la invasion de Hydarnes tenian que abandonar el paso á los persas, que inmediatamente se precipitarian sobre las posiciones abandonadas; por cuya razon la mayor parte reconocieron la conveniencia de abandonar un punto que ya no podia defenderse; pero ni Leonidas ni sus espartanos podian, sin faltar á su honor, dejar el puesto para cuya defensa y guarda habian sido enviados, despues de haber retenido allí hasta el momento crítico las fuerzas de los aliados peloponesios. Por otra parte no era seguro que pudieran salvarse apelando á la fuga; porque, perseguidos de cerca por los persas, ellos que estaban rendidos del largo combate de los dias anteriores, no podrian oponérseles en campo abierto ni sustraerse á su persecucion, antes de alcanzar las alturas del Cnemis ó el paso de Elatea, que les ofrecia abrigo seguro. Era, pues, inminente la ruina de todo el ejército en aquella retirada. Por tanto, ¿no era más honroso sucumbir luchando en el mismo desfiladero que perecer vergonzosamente durante la fuga? Y por lo que hace al mismo Leonidas pensaria indudablemente que no era decoroso para un Rey de Esparta abandonar su puesto, y que semejante defeccion mancharia para siempre el nombre de un descendiente del más animoso de los caudillos helenos. «Esta es la opinion á que mucho más me inclino, dice Herodoto, que como viese Leonidas que no se quedaban los aliados de muy buena gana, ni querian

---

sanias (10, 2, 3) parece reproducido del de Herodoto. Cuando el año 191, antes de Jesucristo, defendió Antioco el paso de las Termópilas contra Man. Acilio Glabrion que pretendia forzarle, hallábase ocupada igualmente la cima del Oeta por 2.000 etolios y los 600 encargados de la custodia de la senda del Callidromo, se dejaron tambien sorprender durante el sueño; Plut. l. c. Livio, 36, 18.

acometer aquel peligro, él mismo les aconsejó que se marchasen.» La hipótesis del historiador halicarnasio tiene muchos visos de probable. Segun hicimos notar antes, los peloponesios habian anunciado su propósito de retirarse en cuanto se presentó el ejército persa en las Termópilas; ahora, con la perspectiva de verse cercados por todas partes, es natural que pidiesen con más energía la autorizacion para retirarse, que Leonidas les concedió de buen grado; y, al mismo tiempo que les recomendaria la premura, concibió el decidido propósito de luchar con sus valientes hasta perder el último hombre, para salvar el resto. Los tespios, con su caudillo Demófilo, hijo de Diadromas, manifestaron á Leonidas que no le abandonarian. Sin duda comprenderian que era vergonzoso abandonar á los espartanos, que habian ido á pelear, lejos de su patria, por la independencia de Grecia, y, lo mismo que á los voluntarios tebanos que permanecieron con Leonidas, les moveria además el deseo de salvar el honor de Beocia. Algunos pretenden que tambien se quedaron en las Termópilas los guerreros de Micena (1).

***

En tanto que los peloponesios apresuraban su retirada á lo largo del golfo, pasando por Escarfea y Tronio, con objeto de alcanzar en las alturas del Cnemis el desfiladero de Elatea que les pondria á cubierto de toda persecucion inmediata, formáronse en órden de batalla los espartanos y tespios, para dar el último combate. Componian en junto unas quinientas lanzas, tal vez 1.000 combatientes hoplitas con sus respectivos escuderos ó hilotas. Leonidas pudo esperar el ataque de los persas detrás del muro como en los dias anteriores, y

(1) Pausan. X, 20, 2.

oponer una segunda columna en la otra puerta á los expedicionarios que habian circuido la montaña; pero su objeto era ganar tiempo y facilitar así la retirada de los peloponesios, propósito que se lograba en primer término desviando en lo posible la marcha de la columna que habia traspuesto la montaña del camino que seguian los griegos, por cuya razon, determinó Leonidas atacar de frente el cuerpo principal del ejército persa y salir del circuito de las puertas con objeto de hacer más eficaz la accion de sus valientes hoplitas.

Quedáronse atónitos los persas cuando vieron salir de la primera puerta aquel puñado de guerreros y estenderse por el campo abierto en direccion á la embocadura del Asopo; pero estaban ya dispuestos para el combate. Jerjes habia hecho al salir el sol sus libaciones y los dos generales, Abrocamas y Hyperantes, hijos tambien de Dario, se hallaban ya al frente de su division respectiva preparados para el último y decisivo ataque del desfiladero, esperando la orden de combate, que Jerjes debia dar en cuanto llegase la hora convenida con Hydarnes. Entonces empezaron la marcha las nutridas columnas del numeroso ejército persa.

Oigamos el relato de la tradicion helena sobre este importante al par que curioso hecho de armas: «Los griegos, conducidos por Leonidas, se adelantaron mucho más de lo que antes solian, como hombres que iban al encuentro de la muerte. Entonces, viniendo á las manos con el enemigo fuera de aquellas angosturas, era mayor la riza y caian en más crecido número los bárbaros, muchos de los cuales cayeron en el mar y perecieron ahogados, otros murieron aplastados bajo los piés de sus compañeros; entre tanto los griegos hacian el último esfuerzo, peleando desesperados, como quien sabe que no puede evadirse. En el calor del combate,

rotas las lanzas de la mayor parte de los espartanos y tespios, hicieron carniceria en los persas valiéndose de las espadas. Entre tanto, cae Leonidas peleando como saben hacerlo los héroes, y el combate se recrudece al rededor de su cadáver, en términos que allí sucumben los más famosos de sus guerreros. Mueren asimismo no pocos persas insignes y entre ellos los dos mencionados hijos de Dario; por cuatro veces hicieron retirar los griegos á los enemigos en la lucha que se encendió en torno del cadáver de su caudillo, hasta que le sacaron de allí á viva fuerza. De esta manera duró el combate hasta que, apercibidos los griegos de la aproximacion de Hydarnes y sus tropas, volvieron al paso estrecho del camino y, cerrada la primera puerta, se aprestan á morir defendiendo la segunda. Todos habian perdido las lanzas y la mayor parte de las espadas se hallaban tambien ó dobladas ó rotas; pero aun les quedaban los dientes y los puños con los que se defendieron hasta que una seccion del ejército principal persa traspuso la primera puerta, y, penetrando en el espacio comprendido entre las dos murallas, les quitó la última esperanza de salvacion. Entonces se retiran á un cerro inmediato donde fueron sepultados bajo las flechas enemigas, salvándose de la matanza únicamente algunos tebanos que fueron cogidos prisioneros en medio de la pelea. Aunque todos aquellos lacedemonios y tespios se portaron como héroes, es fama que el más bravo fué el espartano Dieneces, siguiéndole en valor los dos hermanos Alfeo y Maron, hijos de Orisanto; de los tespios, el que más se distinguió en aquella jornada fué Detirambo (1).

(1) Esparta erigió un heroon á los dos mencionados hermanos. Pausan. III, 12, 9. Los maravillosos relatos con que Diodoro, Justino

***

Herodoto hace subir las pérdidas de los persas á 20.000 muertos y á 4.000 las de los griegos, en los combates de las Termópilas, cifras que guardan relacion con el número y posicion de los respectivos ejércitos, toda vez que en el último dia lucharian, al lado de los hoplitas griegos, aquellos de sus hilotas y escuderos que no pudieron apelar á la fuga (1). Por lo demás, se comprende que esos datos se fundan en un cálculo aproximado por lo que respecta á los persas, toda vez que no cabe suponer que se los hayan suministrado los mismos enemigos, y la cifra de los muertos peloponesios se halla implícitamente consignada en el monumento que se les erigió en el mismo sitio, cuya inscripcion decia: «contra tres millones pelearon solos aquí en este sitio 4.000 peloponesios,» toda vez que esta inscripcion no podia referirse á los que huyeron del lugar del combate, por más que no se haga en ella esplícita mencion de los muertos. Sin embargo, el mismo historiador parece contradecirse, puesto que antes sólo menciona 3.100 hoplitas peloponesios, por lo que se supone que se completaria el número hasta 4.000 con perioicos lacedemonios (2).

---

y Plutarco han exornado la historia de este combate, no merecen siquiera citarse. La decapitacion de Leonidas es tambien invento de la tradicion helena que ideó estas crueldades para hacer más odiosa la memoria de Jerjes: Herodoto aunque declara que, semejante acto por parte de Jerjes es contrario á los sentimientos persas y al aprecio que hacian los persas de los soldados de valor y de mérito, pero la da entero crédito lo mismo que á la leyenda, segun la cual, mandó el Rey marcar como viles esclavos á los tebanos que se le entregaron. Herod. VII, 238. 9, 78.

(1) Herod. VII, 229.

(2) A los que es preciso agregar 1.000 focenses que no entran en el cálculo de las pérdidas, 1.100 beocios y 1 000 locrenses, segun

Segun el testimonio de Eforo (1), Leonidas no quiso tomar consigo más que 1.000 soldados escogidos y, como insistiesen los éforos en que llevase mayor número, hubo de decirles en secreto, que para llevar á cabo su propósito, bastaban pocos guerreros, con lo que dá á entender que ya salió con el intento de dar su vida en aquella empresa, porque «si Laconia hubiese enviado todas sus fuerzas habria perecido, pues ni un sólo soldado podia escapar con vida;» noticia inventada por Esparta con el exclusivo objeto de escusar su punible descuido en no acudir al socorro de su Rey y de sus mejores soldados, que sacrificó en aras de su egoismo, al mismo tiempo que contrajo la responsabilidad de la pérdida del desfiladero. El mismo orígen debe atribuirse á la noticia que da Herodoto, segun el cual, Leonida sólo tomó consigo soldados que ya tenian hijos, como el pretendido oráculo en que se les anuncia que, ó seria destruida Esparta ó pereceria uno de sus reyes. Por la misma razon, la tradicion espartana ha exagerado las consecuencias de la traicion de Epialtes, atribuyéndole todo el peso de la catástrofe, que en gran parte corresponde á los enormes desaciertos de la política espartana. Sin embargo, no creemos siquiera admisible, como pretenden algunos (2), que Leonidas conociese de antemano el propósito de los éforos de no enviar refuerzos al Oeta, aún despues de las Carneas, á cuya suposicion se

---

Eforo (Diod. XI, 4, 5); con lo que se obtiene un total de 6.200 hoplitas. Eforo y Diodoro afirman que de los 1.000 espartanos y tespios sólo quedaban 500 el tercer dia, dando á entender que en los dos anteriores habian sucumbido la mitad de los soldados, lo que daria, en dichas dos jornadas, una pérdida total de 1.000 hoplitas entre muertos y heridos, por lo menos.

(1) Diod. XI, 4.

(2) Nitzsch, Rhein. Mus. 27, 251 sigs.

oponen abiertamente las explícitas declaraciones del caudillo, que anuncia á los aliados el inmediato envio de fuerzas muy superiores, despacha mensajeros que lleven á Esparta la noticia de la presencia del ejército enemigo y reclamen los auxilios prometidos, declarando la insuficiencia de su pequeño ejército para la defensa de las Termópilas (1).

Estaba reservado á la crítica superficial y ligera de nuestros dias el calificar de quijotismo la defensa y la muerte heróicas de Leonidas y sus soldados, ó de considerar, cuando ménos, el hecho como «inútil derramamiento de sangre.» Semejantes juicios, lo que demuestran es que sus autores no tienen la menor idea de las leyes morales porque se han regido siempre los pueblos en sus guerras. La historia demuestra palpablemente que los mejores generales no han vacilado nunca en sacrificar las vanguardias de sus ejércitos para salvar el resto. Para no agotar la paciencia de nuestros lectores, sólo recordaremos las disposiciones adoptadas con tal objeto por Napoleon en Crasnoi y en Leipzig; y en las mismas Termópilas hallamos ejemplos análogos al de Leonidas. Cuando Acilio Glabrion, por un rodeo semejante al que mandó practicar Jerjes, forzó el paso de las Termópilas, estando encargado de verificar el rodeo Porcio Caton, sólo se salvaron del ejército de Antioco, compuesto de 10.000 infantes y 500 ginetes con algunos elefantes, un corto número de los primeros y los

(1) No hay motivo alguno para atribuir á Leonidas la mala fé que supondria el conocimiento prévio de los planes del eforado espartano; y por otra parte, es notorio que los reyes de Esparta no estaban de ordinario iniciados en los secretos del eforado, y es natural suponer que este cuerpo dejase al caudillo, lo mismo que á los soldados, en la incertidumbre, como medio más seguro de obligarles á una defensa desesperada.

500 ginetes que acompañaban inmediatamente al Rey, á pesar de que el cónsul sólo tenia 2.000 caballos que no emprendieron la persecucion del enemigo hasta el dia despues de haber forzado el paso; en tanto que los aqueos que huyeron de las Termópilas cayeron en poder de Metelo antes de llegar á Escarfia. En realidad de verdad, el hecho de Leonidas lleva el sello de la pericia militar al mismo tiempo que la marca del heroismo (1).

***

La puerta que daba entrada al interior de Grecia estaba abierta. Era una ventaja positiva la que habia alcanzado Jerjes, pero ventaja comprada á subido precio, á pesar del eficaz auxilio que le prestó la traicion

(1) Livio 33, 19. Paus. VII, 15, 2. El autor del escrito de malign. Herod, c, 31, ha expuesto con notable maestria las dudas que surgen desde luego contra la narracion de Herodoto (VII, 233) relativa á la presion que ejerce Leonidas en los tebanos para que permanezcan á su lado y á la manera que les hace estampar Jerjes. Fundándose en los datos del beocio Aristofanes, pone tambien en tela de juicio que el jefe de los tebanos fuese Leontiades, en cuyo lugar pone á Anaxandro. Difícilmente hubiera podido Leonidas retener contra su voluntad á los tebanos hallándose en frente de tan poderoso enemigo, y no es ménos difícil creer que los persas marcasen á individuos de un Estado que les habia dado la tierra y el agua como tuvieron cuidado de atestiguar en el mismo campamento persa los aleuadas. En otra ocasion figura á la cabeza de sus compatriotas Eurymajo, hijo de Leontiades (Tucid. 2, 6. Ps.—Demosth. in Neaer. p. 1378 R); así es que indudablemente la leyenda de la marca del padre es un invento de la tradicion ática, de la que pasó á la historia de Herodoto. Eforo ha dado la relacion verdadera al decir que fueron unos 400 voluntarios del partido anti-persa, los que se agregaron á la vanguardia de Leonidas; y es tambien seguro que casi todos permanecieron en su puesto hasta el último trance, ya que en su pátria no podian esperar ningun recibimiento favorable. Segun el discurso contra la Neaera (p. 1377) tambien sucumbieron algunos platenses en el último combate de las Termópilas.

de un griego y aun suponiendo que sea exajerada la cifra de 20.000 muertos que dan los helenos al ejército persa en aquellas jornadas. Dos dias despues de la toma de las Termópilas recibió Jerjes noticias de su armada. Aquemenes le comunicaba que tenia ancladas las naves cerca de Hestiea, en la costa Norte de Eubea y que no habia ningun enemigo á la vista.

La resistencia tenaz que hicieron los griegos al ejército persa en las Termópilas, no dejó de preocupar el ánimo de Jerjes; ahora comprendió que tambien Aquemenes habia tenido que vencer grandes obstáculos para llegar á su destino y cómo á pesar de la inmensa superioridad de su armada no habia logrado ni vencer, ni mucho ménos destruir la pequeña flota helena; de suerte que, despues del tercer encuentro, no se resolvió á emprender la marcha en direccion á Eubea sino cuando sus exploradores le anunciaron la retirada de las naves griegas. Así es, que desde luego comprendió que esta retirada era consecuencia de la toma del paso del Oeta; pero aun quedaba lo más penoso por hacer.

Despues del combate de las Termópilas celebró Jerjer consejo con su hermano Aquemenes y con Demarato para acordar la mejor manera de proseguir la guerra. El último le aconsejó que enviase 300 naves contra la costa de Lacedemonia que, apoderándose de la pequeña isla de Citera (hoy Cerigo), amenazasen desde allí á los espartanos y les infundiesen miedo, á fin de que viéndose amenazados en casa no intentasen salir al socorro de lo restante de Grecia; por cuyo medio sería fácil someter á los demás cantones peloponesios y únicamente quedaria el de Laconia, que por sí solo tampoco estaria en condiciones de oponer larga resistencia. De no seguirse este plan, opinó Demarato que unidos todos los peloponesios en el Istmo se defenderian

allí con mas esfuerzo y valor que lo habian hecho en las Termópilas; en tanto que la toma del Istmo quitaba á los griegos todo medio de defensa.

Aquemenes combatió con energia el razonamiento y parecer de Demarato y repuso, que si despues de la pérdida de 400 naves se sacaban de la armada otras 300, sin duda los enemigos podrian oponerles por mar fuerzas iguales á las suyas, en tanto que unida, era tan superior que la flota contraria no seria capaz de pelear con ella. Por tanto, sostuvo la conveniencia de que operasen unidos y en combinacion el ejército y la armada apoyándose mútuamente.

En realidad este consejo parece prematuro y tal vez le expone aquí Herodoto creyendo que en la sucesion de los acontecimientos, no debió tener lugar sino despues de la toma de las Termópilas, y cuando naturalmente surgió la cuestion de averiguar los medios más adecuados para proseguir la marcha á traves de Grecia. Jerjes y Aquemenes pudieron efectivamente oponer á Demarato que lo más conveniente era esperar el resultado de las operaciones inmediatas, y seguir su plan cuando resultaran comprobados sus temores tocante á la resistencia que opondrian los griegos en el Istmo. Herodoto ha seguido, en todo lo que hace referencia á Demarato, las tradiciones de sus descendientes los principes de Pérgamo; que no dejarian de hacer notar la exactitud con que su antepasado habia apreciado los acontecimientos. Todo esto no se opone en manera alguna á que el expresado consejo se celebrase más tarde ó más temprano y que Demarato expusiera al rey el plan indicado (1).

Atenas era el objetivo inmediato del ejército persa,

(1) Por lo demás, nos parece destituida de fundamento la opinion de los que pretenden que el consejo de Demarato es una invencion ideada por sus parciales despues de la ocupacion de Citora por los atenienses, ya que antes de que ocurriera el hecho podia muy bien

que emprendió la marcha, despues de tomar un descanso de tres dias en las Termópilas. A la vanguardia, para mostrar el camino, iban Thorax de Larisa y Alejandro de Macedonia con sus respectivas tropas. Jerjes habia calculado que podia andar en seis jornadas las 20 millas que le separaban de la capital de Atica, y como la flota sólo necesitaba tres dias para llegar desde Hestiea al Faleron, dió orden á Aquemenes de no emprender la marcha con la armada hasta tres dias despues. Los dorios del Cefiso superior habian dado á los heraldos reales el agua y la tierra, y los focenses no hicieron el más lijero ensayo para defender los desfiladeros que desde la costa conducen á traves del Cnemis á su territorio, que comprendia el valle del alto Cefiso; antes por el contrario, casi todos huyeron con sus mujeres é hijos en direccion á Amfissa, al país de los locrenses occidentales y á las ciudades aqueas situadas más alla del golfo de Corinto; los demas se subieron á la eminencia del Parnaso llamada Tithorea, que se alza enfrente de la ciudad de Neona, á donde llevaron tambien los bienes que pudieron salvar, segun hace notar Plutarco, para defenderse desde la villa de Tithorea, asentada sobre escarpadas rocas (1).

Entre tanto los persas en su marcha por las orillas del Cefiso arruinaron todo lo que al paso encontraron, destruyendo las poblaciones de los focenses: Drimo, Elatea, Titronio, Neona, Hiampolis y Abas con su rico templo de Apolo, fueron consumidas por las llamas, de suerte que la parte más hermosa del territorio focense, quedó convertida en un desierto. Tampoco perdonaron

señalarse la citada isla como punto apropósito para una diversion; convengo con Kirchhoff (Entstehungszeit p. 26) en que Herodoto no hubiese dejado de mencionar la ocupacion de Citera por los atenienses, si hubiese ya tenido lugar cuando escribió su obra.

(1) Plut. Sulla 15.

los feroces asiáticos el templo délfico, á pesar de los eminentes servicios que sus sacerdotes, por medio de la Pitia, habian prestado á la causa de los persas, cosa que no ignoraba Jerjes. Dividióse entonces el ejército en dos cuerpos; uno de ellos se dirigió hacia Delfos, costeando el Parnaso, que se levantaba á su derecha: el más rico santuario de los helenos, que acababa de restaurarse por completo con mayor magnificencia y suntuosidad que antes, estaba nuevamente amenazado de ruina (1).

Con la entrada de los bárbaros en Beocia cesaron las devastaciones, porque toda la nacion beocia era de la devocion de los medos y habia ofrecido á sus heraldos la tierra y el agua, y Demarato habia alcanzado el favor del Rey para Attagino, jefe de los oligarcas de Tebas, con quien le unian lazos de amistad (2). Por otra parte Alejandro de Macedonia colocó guardias de sus tropas en los puntos estratégicos y en las puertas de las ciudades, para indicar á los persas que todos los beocios eran amigos del Rey. Muy diferente fué la suerte que tuvieron Tespia y Platea, cuyos habitantes habian huido, por lo que las ciudades fueron simplemente entregadas, primero al saqueo y despues á las llamas. Desde las ruinas de Platea partió de nuevo el ejército invasor para trasponer el Citeron; muy luego se convenció Jerjes de que tenia abierto el paso del Atica y que se le habian abandonado sin defensa «las cabezas de las encinas;» desde las alturas del Citeron pudo contemplar el monarca asiático la llanura de Eleusis, que se estiende al pié de dicha montaña.

(1) De Aeschin. in Ctesiphont. 116 se deduce que aun no se habia consagrado el nuevo templo.

(2) Plut. Malign. Herod. 31.

X.

BATALLA DE SALAMINA.

Durante la noche que siguió al último combate de las Termópilas, partió la armada helena de Artemisio y, costeando aquellos parajes de la costa de Eubea, en que Leonidas y sus valientes espartanos y tespios habian vendido tan caras sus vidas, buscaron en el Sur más seguro asilo. Los soldados de la armada habian hecho heróicos esfuerzos en tres batallas consecutivas, sin alcanzar otra cosa que dar á Leonidas tiempo para contener un dia más la marcha del enemigo y morir como un héroe por la defensa del suelo pátrio. La mejor línea de defensa que tenia Grecia estaba en poder del enemigo, y, cuando la flota entró en el estrecho de Chalcis, ya se disponia Jerjes, despues del saqueo de la Focide y la Locride, á penetrar en Atica, cuyos caminos todos estaban abiertos. Es verdad que los peloponesios habian movilizado sus fuerzas y las habian concentrado para tenerlas dispuestas á emprender la marcha, pero ni un solo soldado acudió á defender los puntos estratégicos; ni una compañía se envió á Beocia para reforzar

la vanguardia ó para protejer á los fugitivos en el caso de que fuera preciso abandonar las Termópilas; nadie acudió en auxilio de los aliados cuyos guerreros habian peleado como héroes en el Oeta y en Artemisio; los peloponesios, atentos únicamente á la defensa del Istmo, entregaron cobardemente en manos de los persas los cantones de Tespia, Platea y Atenas, que habian peleado por ellos; y, con un egoismo repugnante, pusieron todo su cuidado en salvarse á sí mismos, dejando entregados á los demás aliados al arbitrio del enemigo (1). Los plateenses tuvieron que abandonar apresuradamente las naves áticas que tripulaban en Chalcis, para ir en busca de sus mujeres é hijos y llevarlos á un lugar seguro del Peloponeso; operacion que pudieron realizar, gracias al descanso de tres dias que concedió Jerjes á sus tropas en las Termópilas.

Euribiades pensó conducir la flota á la playa de Trecena, donde debian reunírsele las naves peloponesias que á la sazon se estaban armando; una vez recibido este refuerzo anclaria toda la armada en la bahía de Cencrea, perteneciente al Istmo, para protejer la defensa de éste, como en Artemisio habia protegido la defensa de las Termópilas. Pero Temístocles le hizo comprender que era más conveniente anclar en la costa de Salamina, en tanto que él hacia un desembarco en el Faleron para acordar y realizar las decisiones que aconsejasen las circunstancias respecto del pueblo ático. Hallándose en la armada casi todos los hombres disponibles de Atenas, era harto arriesgado oponerse con las fuerzas restantes á la marcha de los invasores, y no era tampoco fácil resolver si seria más conveniente encerrarse dentro de los muros de Atenas ó buscar la salvacion en la fuga.

(1) Herod. VIII, 40. Tucid. I, 74. Plut. Themist. 9.

Atenas habia visto frustradas todas las esperanzas que puso en sus aliados, particularmente en los peloponesios. Despues del abandono en que estos les dejaron, hubiera estado justificado cualquier ensayo hecho para salvar el pais y la capital entablando negociaciones con el enemigo; y Jerjes no podia ver con ojos indiferentes la actitud de 200 triereos que, mediante ciertas condiciones, abandonasen el partidò de los griegos; en realidad de verdad, la independencia de Grecia estaba perdida si los atenienses adoptaban una resolucion de esta naturaleza. Tal vez surgió tambien la idea de ocupar los desfiladeros del Citeron y cerrar así la entrada del canton ático, ó de ensayar una segunda jornada de Maraton en Oenoe ó en Thria; pero, aparte de que el ejército de Jerjes era diez veces mayor que el de Datis, ahora se verificaba la invasion por mar al mismo tiempo que por tierra; las fortificaciones del Pireo hubieran ofrecido á la vez que abrigo á las naves, un buen punto de apoyo para la defensa, si hubiesen estado terminadas; por el contrario, los muros de Atenas expondrian á sus defensores á morir de hambre.

Temístocles tuvo valor para proponer á los atenienses el mayor sacrificio que jamás se ha exigido de un pueblo. Es notorio que nunca pueblo alguno ha tenido más apego á su patria, á los templos y santuarios de sus dioses y á los sepulcros de sus antepasados que los helenos, unidos por fuertes lazos al suelo que los vió nacer; para ellos la religion y todas sus prácticas se hallaban tan íntimamente ligadas con las instituciones pátrias y estas con el pais, que el abandono de la ciudad y del canton, equivalia á desprenderse de sus creencias religiosas, que estaban como encarnadas en su misma naturaleza.

La penetrante mirada de Temístocles habia com-

prendido lo apurado de la situacion; sin embargo, no pensó un momento en salvar su patria por el camino de las negociaciones. Para él era visible la imposibilidad de oponerse por tierra al ejército invasor; porque á la menor tentativa de oposicion por este lado, haria el enemigo un desembarco á la espalda de los hoplitas atenienses, y la armada peloponesia ni queria ni podia oponerse á la flota persa sin el concurso de la ateniense. Por cuya razon sostuvo Temístocles, con gran energía, la anterior resolucion de continuar por mar la campaña, aduciendo en su apoyo el oráculo que les mandaba abandonar el suelo patrio, á fin de proseguir con todas sus fuerzas disponibles la lucha marítima. El pueblo ático tuvo que agradecer á Temístocles los felices resultados de una accion enérgica, porque él impidió que predominase la vacilacion y la discordia, al discutirse la conveniencia de defender el suelo patrio ó someterse al enemigo, de luchar ó buscar la salvacion en la fuga; á sus acertadas disposiciones se debió el que la evacuacion del territorio no se llevase á cabo de una manera tumultuosa y desordenada, antes por el contrario, se emprendiese al mismo tiempo una defensiva tan eficaz como provechosa.

El Areópago apoyó resueltamente los planes de Temístocles; y á este hecho se refieren principalmente Aristóteles, cuando dice que la resuelta actitud del Areópago, durante las guerras persas, contribuyó mucho á acrecentar su prestigio, y Ciceron, cuando hace notar que el consejo instituido por Solon influyó, con su autoridad, en la direccion de las operaciones militares de esta guerra, toda vez que defendió á Temístocles, por más que este no apoyó las decisiones del Areópago; testimonio perfectamente fidedigno en cuanto que se

halla comprobado por el de Aristóteles (1). En el pueblo ático tuvo que ejercer decisiva influencia el hecho de que la autoridad encargada de la defensa, inspeccion y custodia de los santuarios, de resolver las cuestiones religiosas en última instancia, aprobase la evacuacion del territorio y el consiguiente abandono de todos sus santuarios. No contento con esto el Areópago resolvió sacar de los tesoros de los templos una cantidad de dinero para el socorro de las familias indigentes, acordándose repartir ocho pesetas próximamente á cada una, segun el testimonio de Aristóteles (2); infiérese de esto que la suma repartida no bajó de 30 talentos ni subió de 40.

La sacerdotisa del Erejtheo, la doncella de la raza de los butadas, contribuyó tambien á vigorizar el acuer do del Areópago, anunciando que la torta de miel que se colocaba mensualmente para alimento de la serpiente que, segun la creencia de los atenienses, guardaba la casa del Erejtheo, no habia desaparecido como de costumbre, lo que se interpretó como una señal de que la diosa habia dejado su casa de la Acrópolis, desligándoles así del compromiso de defender el santuario, raciocinio que podia hacerse extensivo á los demás templos del pais. No solamente en el Areópago apoyaron las clases pudientes los designios de Temístocles; hiciéronlo tambien equipando sus triereos que condujeron en persona al Artemisio, como, entre otros, lo hizo Clineas, no siendo de los que ménos se distinguieron por su valor y arrojo. Al ver que el pueblo vacilaba en abandonar su patria y los santuarios de sus dioses, trató de infundirle ánimo Cimon, hijo de Milciades, jefe de los filaidas. Rodeado de otros jóvenes valerosos como él, tomó

(1) Aristot. Polit. V, 3, 5. Ciceron. Officia, I, 22, 75.
(2) Plut. Them. 10. El testimonio contrario de Cleidemo no tiene valor alguno en el caso presente. Böckh, Economía I, 208.

de las riendas un caballo y se dirigió en solemne procesion á la ciudadela. Allí consagró las bridas á Minerva en señal de que la patria no habia ya menester de ginetes sino de marinos; y tomando un escudo que allí habia, trofeo de una victoria ganada en tiempos antiguos, bajó hácia el mar, despues de orar á la diosa, «dando con su ejemplo valor á muchos» (1).

De esta manera tomó el pueblo ático la resolucion unánime de abandonar el pais con todo lo que no podia llevar consigo, único medio de quedar libres para el combate todos cuantos podian manejar lanza ó remo. Al mismo tiempo se aprobaron explícitamente las dos proposiciones presentadas por Temístocles para asegurar la defensa de la patria. Por la primera se ponia la ciudad bajo la proteccion del númen tutelar de Atenas, y se mandaba montar en los triremes á todo el que fuese apto para el combate, despues de poner en salvo á sus hijos y esposas, segun cada uno pudiese. Por la segunda se autorizaba á los desterrados temporalmente á regresar á la patria, á fin de contribuir con su accion y su consejo á la salvacion de Grecia. Temístocles obligó de este modo á sus adversarios Jantippo y Arístides á contribuir á la comun defensa.

Sólo unos cuantos centenares de hombres persistieron en su propósito de no abandonar al enemigo sus hogares y sus templos: los tesoreros del númen, los custodios de los dones y vasos sagrados, algunos ancianos y un corto número de ciudadanos de las clases ménos acomodadas, permanecieron en sus puestos fundando su resolucion, en que el muro inexpugnable de la Tritogenia, indicado por el oráculo, era una verdadera muralla de madera, por cuya razon se apresuraron á

(1) Plut. Cimon 5, noticia tomada de Ion de Chio.

sujetar con vigas las puertas de la ciudadela, á construir empalizadas al rededor de la misma y acumular allí piedras y bloques para lanzarlos sobre el enemigo (1).

La evacuacion del pais se efectuó con la mayor premura posible, segun lo exigian las circunstancias, ya que á cada momento podian presentarse la caballería y la armada persas y obligarles á combatir en medio de la retirada, en condiciones altamente desventajosas. En tres ó en cuatro dias á lo sumo, era preciso trasportar por mar sobre 400.000 hombres con lo más indispensable y precioso de sus haberes. Y en tan corto plazo debíase tambien escojer el punto más seguro para la permanencia de las mujeres, niños y ancianos. Ofrecíase como lugar seguro más inmediato Salamina, pero no el más seguro, puesto que no reunia condiciones para resistir un ataque vigoroso de la armada persa; por eso la mayor parte buscaron asilo en Trecena, donde se hallaban anclados los buques de reserva peloponesios. Para llevar á cabo el trasporte, se pusieron á contribucion cuantas naves, mercantes y de guerra, habia disponibles, aprovechando para ello el dia y la noche.

Inútil es advertir que el desórden y la confusion te-

(1) Plut. Them. 10. 11; Aristid. 8. Demosthen. de falsa leg. p 438. R. El psefisma de Temístocles no puede referirse más que á la evacuacion de Atica, cualquiera que sea la interpretacion que le den los escolios. La existencia de la segunda proposicion está atestiguada, no sólo por Plutarco, si que tambien por el regreso de los ostraciados, ya que una resolucion de esta naturaleza no podia adoptarse sin el asentimiento de los estrategos, que eran los responsables del mantenimiento del orden público. Pero como los alcmeonidas tenian interés en ocultar este hecho, Herodoto hace mencion del destierro de sus representantes, sin advertir que les hubiese sido levantado.

nian que reinar en una operacion tan difícil como la de evacuar en pocos dias una provincia entera. Pero en realidad, los atenienses sacaron el mejor partido posible de la paralizacion de la armada persa para dar descanso á las tropas y tiempo al saqueo de Eubea. Tambien los trecenios hicieron todo lo posible para aligerar la suerte de los fugitivos, hasta el punto de distribuir socorros de dinero á los más necesitados; el pueblo ático habia empleado casi todos sus recursos en la construccion y sostenimiento de su numerosa armada (1).

***

En tanto que tenia lugar la evacuacion de Atica, crecia el ejército peloponesio acampado en el Istmo. Al recibirse en Esparta la noticia de la muerte de Leonidas, se encargó su hermano Cleombroto de la regencia durante la menor edad de Pleistarjo, hijo del primero. Todos los hombres aptos para tomar las armas fueron llamados á reforzar el ejército del Istmo (2), no sólo de Laconia sí que tambien de los demás cantones; acudieron hoplitas de Sicyon, de Epidauro y Trecena, que hasta entonces no habian aprontado mas que naves; tambien llegaron refuerzos de Fliunte y Hermiona, toda la jente de armas de Corinto, los hoplitas de Elea y de Arcadia, en junto muchos miles, como hace notar Herodoto.

Cleombroto obtuvo el mando supremo de todas las fuerzas de Hellada, un polemarjo espartano mandaba su flota y el rey Leotiquides permaneció en Esparta. De todo el Peloponesio, únicamente dejaron de dar contingente los argivos y aqueos, adictos á la política persó-

(1) Plut. Them. 10.
(2) Herod. 8, 71. 72. VII, 206.

fila. A pesar de los refuerzos considerables recibidos, nadie pensó salir al encuentro de los persas ni mucho ménos disputarles el paso por Atica. Los arcadios y corintios que habian peleado con Leonidas, les dieron noticia de los encarnizados combates habidos en las Puertas y de la magnitud del ejército persa. Esto hacia que esperasen con mayor ansiedad la llegada del enemigo y que redoblasen sus esfuerzos para aumentar las fortificaciones del Istmo, en las que ponian todas sus esperanzas: todo el ejército, lo mismo hoplitas que siervos, se ocupaba dia y noche en la conclusion de aquellas (1).

Cerróse con trincheras el camino que atravesaba el Istmo, y que en este punto, por espacio de una milla, atravesaba entre una muralla roquiza y un abismo de 6 á 700 piés de profundidad, antes de salir al llano que se estiende por la costa cerca de Shoenos; construyóse tambien una muralla que seguia el borde septentrional de la pendiente que cruza en toda su amplitud el Istmo; al Sur del camino por el que se arrastraron las naves desde el golfo sarónico hasta el de Corinto; desde la costa meridional de Shoenos se dirigia á la bahía de Lequeo, en una longitud total de 22.500 piés por lo ménos. Empleáronse en su construccion piedras, ladrillos, vigas y sacos de arena, en cuya conduccion se ocupó, sin descanso durante muchos dias, el ejército entero (2). Al abrigo de la muralla y del campamento heleno subian las mujeres de Corinto al antiguo Santuario de Afrodita, situado en la cima de Acrocorinto,

(1) Herod. 8, 72.

(2) Diodoro dice: «desde Lequeo á Cencrea (11, 16), en una longitud de 40 estadios,» (Herod. 8, 73. 74.) Curtius, (el Peloponeso, 2, 516.) Ignórase si los restos que aun se conservan proceden de la primitiva construccion ó de las restauraciones que luego se han hecho en diversas épocas.

para implorar el auxilio de la diosa, á fin de que infundiese valor á sus maridos para luchar por la salud de Grecia contra los tiradores persas y salvase de las garras medas la acrópolis corintia, que para ellas era la ciudadela de Grecia (1).

Por numeroso que fuese el ejército y grande la seguridad de la muralla, era necesario poseer muy poca táctica militar para fundar esperanzas en aquella posicion; porque tan pronto como la flota persa hiciese desembarcos en el golfo lacónico ó en otro punto cualquiera de la costa peloponesia, se desbandaba el ejército para acudir cada uno á la defensa de sus hogares; la posicion del Istmo, además, era insostenible desde el momento en que se hiciese un desembarco respetable en el golfo de Argos, ocupado por aliados de los persas. En suma; la conservacion del Istmo exigia como condicion prévia la defensa de las costas. Como quiera que los griegos sólo podian oponer á la superioridad numérica y á la mayor movilidad de las naves enemigas la estrechez del lugar del combate, no les ofrecia el golfo sarónico las ventajas que tuvieron en la reducida ensenada de Artemisio; y, no habiendo apostado la armada al Este del Istmo para impedir el desembarco de los persas en la bahía de Argos, no les quedaba otro recurso que atacar al enemigo al Norte del mismo, por más que, despues de los combates de Artemisio, no habia en el ejército heleno quien creyese que pudiera atacarse con éxito la armada enemiga, y mucho ménos que fuese posible vencerla (2).

(1) Theopomp. fragm. 170 M. Plut. Malign. 39. Segun el testimonio de Timeo (fragm. 57 M.) fueron las hetaeras de Corinto las que imploraron el auxilio de Afrodita.

(2) Herod. 8, 73. 74.

***

El ejército persa no encontró un sólo hombre en su marcha desde el Citeron hasta Oenoe y desde aquí á Atenas, á través de la llanura de Thria: todo estaba desierto y á merced del enemigo. Tampoco vieron defensores detrás de las almenas de los muros de la capital, cuyas puertas hallaron abiertas y solitarias las calles. Unicamente observaron señales de defensa sobre las rocas que dominaban la ciudad. Habiendo penetrado la vanguardia del ejército por la puerta thriasica y tomadas posiciones en el Areopago, frente á la ciudadela, ordenó Jerjes que se cercase ésta y se diese el asalto. La ciudadela, asentada sobre una roca escarpada, casi inaccesible por todos lados ménos por el de Occidente, podia defenderse con poca jente; pero los sitiadores reunian fuerzas numerosísimas y muy luego idearon un medio seguro de abrir las puertas y destruir la empalizada; los persas arrojaron flechas envueltas en estopa encendida y al poco tiempo empezó á arder la muralla de madera, que los atenienses juzgaban inexpugnable, con todo el maderamen que habian acumulado delante de las puertas (1). No obstante «la traicion de sus muros,» se mantuvieron los atenienses firmes en la ciudadela.

Pisístrato tenia especial interés en que se respetase la fortaleza con sus santuarios, para dar así mayor fuerza á sus pretensiones, por lo cual propuso á los defensores, á nombre del Rey, una capitulacion honrosa; pero fué rechazada su mediacion. Al intentar los persas el asalto de las puertas, situadas en el costado occidental,

---

(1) A este hecho se refiere Aristófanes cuando dice, en su Lisistrata, que los enemigos acercaron maderos y fuego á las puertas, que se hallaban defendidas por mujeres.

fueron recibidos con tal lluvia de piedras y bloques de madera que tuvieron que desistir de su empeño, despues de repetidos ensayos. Por fin lograron algunos persas asaltar la ciudadela por el costado Norte, que estaba desguarnecido, penetrando por la cortadura que va de la gruta de Aglauro al Erejtheo. Al verse sorprendidos por el enemigo, algunos de los defensores se arrojaron por la muralla, otros huyeron á refugiarse en el templo de la Athena Parthenos. Entre tanto los invasores abrieron al ejército las puertas de la fortaleza y pocos momentos despues eran pasados á cuchillo los griegos que se refugieron en el Parthenon; la ciudadela como toda la poblacion, fueron saqueadas primero y y despues pasto de las llamas. Sólo quedaron en pié algunos trozos de muralla y las casas en que se alojaron el Rey y sus oficiales; los más antíguos santuarios del pais quedaron reducidos á cenizas (1).

Algunos escritores como Wecklein, opinan que los atenienses hubieran podido huir por la mencionada garganta á la gruta de Aglauro, en lugar de arrojarse por la muralla abajo, pero no tienen en cuenta que este camino estaba ocupado precisamente por los persas y que, además, hallándose cercada la Acrópolis por todas partes, sus defensores tenian cerrados todos los caminos para la fuga.

Las numerosas hordas del ejército persa se desparramaron entonces por todo el territorio ático, saqueando y destruyendo cuanto encontraban al paso. En todo el trayecto desde Eleuthere á Sunion y Rhamno, sólo encontraron un corto número de habitantes que fueron reducidos á prision. De esta manera, no muy noble por cierto, vengaron los persas la derrota de Maraton.

(1) Pausan. 1, 18, 1.

Atica estaba en poder de Jerjes; su capital era un monton de escombros ennegrecidos por el humo; todo el pais era un desierto por el que pululaban tan sólo las tropas del Monarca asiático. Segun el testimonio de Herodoto despachóse un mensajero á Susa para anunciar al regente Artabano la toma de Atenas. A su vez Pisístrato, acompañado de los parciales que habian seguido al Asia á su antecesor Hippias, ofreció á Minerva un sacrificio sobre las humeantes ruinas de la ciudadela y tomó así posesion de los dominios de su padre y de su abuelo (1).

Los griegos, fieles á la causa nacional, quedaron reducidos á la posesion del Peloponeso, cuya defensa era más que problemática, á pesar de los considerables refuerzos que recibieron su ejército y su armada, la cual apenas habia hecho otra cosa que reponer las pérdidas de Artemisio. Egina habia aprontado 22 triereos más y hubiera podido dar otros 40, si no hubiera predominado en ella el nécio pensamiento de guardarlos para la propia defensa, como si esta no hubiera dependido por completo de las operaciones de la armada. Una vez vencida ésta quedaban las 40 naves con toda la isla á merced del enemigo. Los eretrios y styreos de Eubea permanecieron con el grueso del ejército, lo mismo que los chalcidios, aun despues que Eubea cayó en manos de los persas: únicamente el eubeo Caristos dió un trireme para la flota enemiga. Los espartanos reforzaron la armada con seis naves, los sicyonios con tres y con otras tantas los epidaurios y hermionenses respectivamente. Tambien las cicladas que libró Milciades del yugo persa, enviaron un pequeño contingente: Cythnos un trireme, Melos, Sifnos y Serifos, aprontaron juntas cuatro penteconteros; de Ceos habian com-

(1) Herod. 7, 142. 8, 50-53. 65. 9, 99. Tucid. 1, 89.

batido ya en Artemisio dos triereos y dos penteconteros; Ambracia y Leucas enviaron 10 triereos, siendo estas dos colonias corintias las únicas comarcas de la region occidental de Grecia que tomaron parte en la lucha (1).

Los corcyrenses no enviaron socorro alguno, á pesar de las promesas que hicieron el invierno pasado á los embajadores de Esparta y Atenas. Es verdad que, segun hace notar Herodoto, despacharon 60 triremes, pero dieron á los jefes orden de cruzar hasta la altura del Tenaron y permanecer allí á la espectativa; si, como ellos tenian por seguro, triunfaban los persas, harian valer ante el Rey su neutralidad para obtener su amistad y proteccion; si por el contrario vencian los griegos, se excusarian diciendo que los vientos contrarios habian impedido á sus naves cruzar el promontorio de Malea. Las colonias de Italia enviaron tan sólo un triereo en auxilio de la Metrópoli: fué un buque de Croton que el atleta Fayllos armó á su costa y condujo por sí mismo.

***

Euribiades habia enviado á Salamina un destacamento de la armada desde Trecena, donde se hallaba reunida, para cubrir en lo posible la evacuacion de Atica: á cada momento era de temer un ataque del enemigo. Además de las naves atenienses disponia, pues, Euribiades de 173 triremes y siete penteconteros. En cuanto volvieron las tripulaciones atenienses, una vez terminada la evacuacion de su pais, convocó Euribiades á consejo á los estrategos de todos los contingentes. Discutióse en primer término la cuestion de si seria más conveniente anclar en Salamina en espectativa de

(1) Herod. 8, 46. 47. En este pasaje, 8, 46, da Herodoto á los eginetas 10 buques ménos. Compár. Pausanías 2, 29, 5.

la armada persa ó volver al Istmo. La mayor parte de los estrategos optaron por lo último; fundábanse en que si eran derrotados en Salamina, podia cortárseles facilmente la retirada; por el contrario, en Cencrea tenian á la espalda el ejército de tierra que les ayudaria á reponer las averías de sus buques, protejeria en caso necesario el desembarco de las tropas y, si eran vencidos, cada uno podia dirigirse por tierra á su respectivo domicilio.

Aun no se habia tomado una resolucion, cuando llegó la noticia de que el ejército persa acampaba ya de este lado del Citeron y marchaba sobre Atenas. Cuando luego, en la oscuridad de la próxima noche, vieron el fulgor de las llamas que consumian la ciudad y sus templos, se apoderó de ellos tal espanto que, sin aguardar la resolucion del consejo, algunos estrategos corrieron á sus naves y llamaron á su gente con el propósito de darse á la vela para el Istmo, sin esperar el dia. La mayoría de los caudillos restantes, sin atender las observaciones y la enérgica oposicion de los estrategos de Atenas, Egina y Megara, resolvieron prepararse durante la noche para emprender la retirada al despuntar el alba.

Semejante resolucion era la sentencia que traeria la inevitable ruina de Grecia. Quedaba, pues, anulada la prevision de Temístocles que habia ordenado la retirada á Salamina para llevar allí el combate, en lo cual dió una prueba más de sus conocimientos estratégicos. En efecto; la avanzada posicion de Salamina estaba, con relacion al Istmo, en la misma proporcion que Artemisio con respecto á las Termópilas: el Istmo no tenia defensa posible sino desde Salamina. Por otra parte, sólo manteniendo aquella posicion demostraban poseer un valor capaz de oponerse al de los persas, obligándoles,

además, á dividir su armada para dejar una parte á espaldas del Istmo. Pero si las naves helenas se retiraban antes de aparecer el enemigo, era tanto como decirle que nada tenia que temer de ellas. Tan pronto como se hiciese un desembarco al otro lado del Istmo, se desbandaba el ejército para ir cada uno á la defensa de sus hogares y, roto el último baluarte. perdíase toda esperanza de salvar la patria.

Es verdad que, descontadas las naves de los que habian votado por la retirada, aun quedaban las 260 de los atenienses, eginetas y megarenses, pero la defeccion de sus compañeros no podia ménos de influir desfavorablemente en el ánimo de los restantes, y luego si temian ser derrotados por fuerzas dobles, con más razon debian temer ese resultado quedando ellos reducidos á la mitad.

En la misma noche se dirigió Temístocles á la nave almirante para hacer notar á Euribiades la injusticia de una resolucion acordada por los representantes de una tercera parte de la armada contra la declaracion expresa de las dos terceras partes (1); que se hacia vil traicion á los atenienses abandonando sin resístencia la isla á donde ellos habian retirado sus ancianos, mujeres y niños, con todo su haber, confiados en la defensa de la armada; que sin los atenienses no podian arriesgar los peloponesios un combate naval con los persas y, por último, que podia ocurrir que los primeros, viendo que se les abandonaba contra lo convenido, como ya se

(1) Las llamas de la Acrópolis hacian inútil todo ulterior anuncio (Herod. 8, 50, 56); nadie necesitaba ménos que Temístocles las explicaciones de Mnesífilo relativas á los inconvenientes de la retirada, segun la justa observacion del autor de la obra sobre la malicia de Herodoto (c. 37); cuya relacion se funda en datos de la tradicion alcmeonida.

habia dejado sin defensa su pais, se arrojasen en brazos de los persas. Segun Herodoto, hizo notar muy particularmente que, una vez emprendida la retirada, seria imposible impedir la total dispersion de la flota. Oido lo cual, acordó Euribiades celebrar nuevo consejo de jefes en la mañana siguiente (1).

Cuando los estrategos se reunieron en la playa, adivinando el objeto de la reunion, empezaron á manifestar su disgusto de que se les convocase nuevamente para deliberar acerca de un asunto ya resuelto; y como se levantase Temístocles en ademan de hablar, antes que les hubiese dirigido la palabra Euribiades, se le adelantó Adeimanto de Corinto, que ya en Artemisio habia votado por la retirada, y le dijo: «en los certámenes públicos se castiga con golpes á los que se levantan antes de ser llamados» (2). El caudillo ateniense, para no acrecentar las dificultades de la situacion con una querella personal, se contuvo y respondió con gran mesura: «Pero los que se quedan atrás no obtienen ninguna corona.» Entonces, dirigiéndose á Euribiades, dijo: «En tu mano está salvar la Grecia y lo harás si, aceptando mi consejo, das aquí la batalla y no te dejas guiar por los que quieren retirarse al Istmo. Compara las dos proposiciones. Un combate en el Istmo, en alta mar, tiene para nosotros menos ventajas, por ser nuestras naves más pesadas y no tan numerosas; y aun en el supuesto de que obtuviésemos allí el triunfo, perdería-

(1) Herod. 8, 57. 60.

(2) Plutarco pone este diálogo en boca de Euribiades y Temístocles (Themist. 11, 12), dándole mayor estension; mas como quiera que Herodoto obtuvo los datos relativos á la batalla de Salamina en la misma Atenas, sólo 35 años despues de los sucesos, podemos aceptar sus noticias con más confianza que las de ningun otro escritor, principalmente las que hacen relacion á Temístocles.

mos irremisiblemente Salamina, Egina y Megara. Trás la armada persa viene el ejército de tierra, y obrando como te propones, atraerás tambien á este al Peloponeso y pondrás en grave riesgo toda la Grecia. Muy al contrario, si haces lo que yo te aconsejo, obtienes las siguientes ventajas: primeramente que, dando la batalla en el estrecho, en las condiciones normales, aun con ménos buques, seremos vencedores; porque á nosotros trae ventaja pelear en reducido espacio; al enemigo en alta mar. Sólo así podria salvarse Salamina, á donde hemos llevado nuestras mujeres y nuestros hijos. Por último; peleando aquí, obtienes lo que con más ardor deseas; puesto que defiendes el Istmo tan bien como si dieses allí la batalla. Si, como yo espero, alcanzamos la victoria en el mar, no llegarán siquiera los bárbaros hasta vosotros, puesto que no podrán pasar del Atica, y nosotros habremos obtenido la ventaja de salvar de sus garras á Megara, Egina y Salamina. Cuando en el consejo se adoptan las debidas resoluciones, suelen salir bien las cosas; pero si se toman torcidos acuerdos, entonces los dioses no apoyan las intenciones de los hombres.»

Adeimanto se apresuró á desvanecer la impresion que habian dejado en la Asamblea las palabras de Temístocles y, exhortando á los estrategos á no seguir el consejo de un hombre que ya ni pátria tenia, pidió á Euribiades que retirase el derecho de votar al estratego, cuyo Estado habia dejado de existir. Pero Temístocles contestó en estos ó parecidos términos: «la ciudad y la patria de los atenienses es aun hoy mayor que la de los corintios, puesto que se compone de 200 triereos bien equipados; que se presente, pues, el canton heleno que se crea en aptitud de oponerse á esta armada.» Y luego, encarándose con Euribiades, terminó con esta enérgica

amenaza: «si no esperas aquí al enemigo, pierdes irremisiblemente la Grecia; nuestra suerte depende por completo de las naves; si no sigues mi consejo, nosotros iremos desde aquí á recojer á nuestras mujeres é hijos, y nos haremos á la vela para Italia. Allí está Siris, que desde antiguo nos pertenece y que debemos colonizar por disposicion de la misma divinidad. Por lo que hace á vosotros, privados del auxilio de nuestras naves, os acordareis de mis palabras.» Los peloponesios sabian perfectamente que no podrian presentar batalla á los persas, si se apartaban de su alianza los atenienses. Ante la decisiva amenaza de Temístocles resolvió Euribiades desistir de la retirada y esperar el ataque de la armada persa en la posicion que ocupaban en la costa oriental de Salamina.

***

El territorio de Siris, mencionado en la alocucion de Temístocles como el punto á que se dirigiria la emigracion ateniense, habia sido colonizado, bajo el reinado del rey Gijes de Lidia, por colofonios, que huyeron á la Italia meridional y fundaron dicha ciudad sobre el rio del mismo nombre y que, despues, segun vimos anteriormente, fué destruida por los sibaritas, que la hicieron la guerra en union con los crotoneos. Infiérese de esto que la destruccion de Sibaris habia perjudicado tambien el comercio de Atenas en Occidente y las relaciones de Temístocles con Corcyra pudieron haber contribuido á que fijara sus ojos en la Baja Italia: habia puesto á una de sus hijas el nombre de Italia y á otra el de Sibaris. La mencionada amenaza fué como una revelacion de lo que aquellos nombres significaban: posteriormente realizaron los atenienses el pensamiento de su ilustre caudillo, con la fundacion de Thurii. Por lo demás, Temístocles no podia pretender para su patria

la propiedad del territorio de Siris, sino en el sentido de que, habiendo partido de Atica la colonizacion jónica de Anatolia, correspondia á Atenas la herencia de las ciudades que, á su vez, habian fundado aquellas colonias.

El nuevo plan de batalla abria á los atenienses nuevos horizontes. Los estrategos ofrecieron un solemne sacrificio para pedir á los dioses que concediese el triunfo á las naves griegas. Invocaron á los héroes salaminios Telamon, Ayas y Teucro, para que otorgasen su apoyo á los combatientes que se disponian á luchar en la misma costa de su isla por la salvacion de Grecia. Acordóse enviar á Egina un triereo que condujese al lugar del combate las imágenes de los más afamados héroes helenos; los eacidas: Eaco, Peleo, Aquiles y Neoptolemo, Foco y Telamon para que presidiesen á la batalla.

Pero un suceso inesperado hizo cambiar de pronto la escena. Cuando ménos lo esperaban divisaron la vanguardia de la armada enemiga que trasponia el promontorio de Zoster y tras ella una línea interminable de triremes; al ver aquella série casi inconmensurable de naves que se deslizaban por la bahía del Falero y más al Sur hasta el citado promontorio, cayeron por tierra todas sus animosas resoluciones. Segun los cálculos ordinarios era de todo punto imposible resistir el empuje de aquella flota. Así lo habia demostrado tambien la esperiencia de Artemisio. A lo ménos, en el Istmo, objetaban los peloponesios, habia un ejército dispuesto á apoyar las operaciones de la armada y, en todo caso, les quedaba libre la retirada por tierra; aquí por el contrario, podia el enemigo encerrarles facilmente en Salamina, y todo ello por defender un pais ya perdido. Si los atenienses ponian por razon de sus pre-

tensiones la defensa de sus mujeres é hijos, tambien ellos tenian hijos y mujeres en casa. ¿Y qué seria de estos caros objetos, como de sus ciudades y haberes, si eran derrotados ellos en Salamina y sitiados allí por los persas?

Por momentos crecia la murmuracion de las tripulaciones contra el loco empeño de Euribiades. Al dia siguiente al de la llegada de la armada enemiga á la costa occidental de Atica, empezó la disolucion en la flota helena. Todos se disponian á marchar á la desbandada. Sin prévia convocatoria reuniéronse en consejo los estrategos; la discusion fué borrascosa: los peloponesios pidieron la inmediata retirada al Istmo á fin de cerrar allí el paso al enemigo, calificando de locura el pelear por una ciudad ya arruinada por el enemigo; como es natural, los eginetas, megarenses y atenienses, combatieron enérgicamente esta proposicion.

Declinaba ya el dia cuando Euribiades puso por tercera vez á votacion el proyecto de retirada; Temístocles, con sus aliados eginetas y megarenses quedaron en minoría. Los peloponesios fundaron su pretension principalmente en la imposibilidad de retirarse si llegaban á ser derrotados en Salamina: «no tenian tanto miedo por sí como por el Peloponeso.» Para Temístocles la cuestion de estrategia era secundaria: tratábase de la lucha por la existencia y eso era todo; por eso no terminó la discusion con el voto de la retirada, sino que se prolongó despues largo tiempo, lanzándose unos á otros las acusaciones de traicion y cobardia.

Diez años antes habia logrado Milciades vencer la oposicion de los estrategos á aprobar la salvadora resolucion de dar la batalla; ahora no fué tan afortunado Temístocles en el consejo de los estrategos peloponesios. Y sin embargo, si no se aceptaba el combate en aquel

punto, era casi seguro que no se aceptaria en otro alguno y, por consecuencia, la ruina de Grecia era inevitable. Los peloponesios se hubieran batido con valor si se les hubiese cortado la retirada. Temístocles pensaria sin duda en la oportunidad de un movimiento de esta clase por parte de los persas y, viendo que no le emprendian, resolvió jugar el todo por el todo: los mismos enemigos habian de obligar á los peloponesios á aceptar allí el combate. Cualquiera habria retrocedido antes que dar un paso que no tan sólo comprometia la honra y la vida del que le intentase, sino que tambien ponia en inminente riesgo el porvenir de la patria; pero Temístocles no era un caudillo ordinario. Al verse cercados por los persas podia ocurrir que los peloponesios perdiesen el último resto de valor, pero tambien podia suceder que peleasen á la desesperada; porque la misma seguridad de que se hallaban cerrados todos los caminos para la retirada, les infundiria ánimo y, de esta manera, el cerco seria la salvacion de la armada.

Sin ser notado, abandonó Temístocles la Asamblea de los estrategos; llamó á Sicinno, instructor y ayo de sus hijos (1), y le ordenó que, tomando una lancha, se dirigiese inmediatamente á la costa ática y, presentándose á los generales persas, les anunciase de su parte la siguiente misiva: «El estratego de los atenienses me envia en secreto; se ha pasado al partido del Rey y desea que alcanceis el triunfo; por lo que os advierte que los griegos están poseidos del temor y se disponen á buscar su salvacion en la fuga. Por tanto os hallais en situacion de alcanzar un brillante resultado si no los dejais escapar. Las opiniones de los jefes están dividi-

(1) Su esposa, Arjippe, hija de Lisandro de Alopeke, le habia dado cinco hijos y las dos hijas anteriomente mencionadas.

das; no os opondrán resistencia alguna, antes por el contrario, vereis como vuelven sus armas unos contra otros, los que están de vuestra parte y los que están en contra.» Una vez expuesta su misiva, el mensajero debia regresar sin pérdida de tiempo (1).

Temístocles estaba seguro de que los persas creerian al pié de la letra su embajada. Ya se les habian presentado, antes de empezar la guerra y en el trascurso de las operaciones, gran número de auxiliares voluntarios procedentes de diversos cantones helenos: Epialtes les habia revelado el paso del Oeta; tesalios y tebanos les habian prestado eficaz apoyo; y los mismos pretendientes á la soberanía de Atenas y de Esparta habian puesto su consejo y su brazo al servicio de Jerjes, buscando la ruina de la patria.

En el campamento persa se tenian ya noticias del numeroso ejército heleno que cerraba el tránsito por el Istmo; circunstancia que debia infundirles cuidado, puesto que, por experiencia, sabian la tenacidad con que los griegos defendian los desfiladeros de su pais; en aquel preciso momento una seccion que se habia adelantado en direccion á Delfos habia sido rechazada en el desfiladero que conduce á esta ciudad por los delfios y focenses apostados en las alturas que le dominan. Segun la inscripcion grabada en el monumento triunfal erigido, más tarde, en el templo de la Athena Pronoea, los delfios se vanagloriaban de «haber rechazado las devastadoras hordas de los medos, con ayuda de Febo, y salvado así el Santuario coronado de bronce.» Hé

(1) El nombre de este mensajero trae á la memoria el de la isla de Sicino, cerca de Folegandro. Segun Plutarco (Temist. 12) era Sicinno un persa que habia caido prisionero de los griegos; pero esta suposicion carece de fundamento, y el mismo Herodoto asegura que, á la conclusion de la guerra, figura como ciudadano de Tespia.

aquí por qué los generales persas, con el Rey á la cabeza, debian hallarse indecisos entonces entre seguir el consejo de Demarato enviando una fuerte division de la armada al golfo lacónico, á fin de molestar á los defensores del Istmo por aquel lado, ó acometer con toda la flota y desde luego la armada de los griegos, y, vencida ésta segun esperaban, hacer las diversiones que se juzgasen oportunas con las naves, ya en el Istmo ó en otro punto, ó bien si seria más conveniente emprender ante todo el ataque al Istmo por tierra, empleando sólo como auxiliar la armada. De todas maneras, habia llegado el momento decisivo de la campaña.

***

Segun Wecklein «no estaria conforme con los buenos principios de la crítica el atribuir á los focences y delfios un mérito que ellos mismos no pretenden; antes bien, eso equivaldria á inventar una tradicion que no existe» (1), y alude á la defensa del desfiladero de Delfos. Notorio es que una leyenda religiosa conservada por Herodoto, perteneciente al ciclo de tradiciones del templo délfico, atribuye el expresado triunfo á los rayos del cielo, á las rocas que se desgajaban sobrenaturalmente ó por sí mismas, al grito bélico que salió del templo de la Pronoea, á los héroes Fylaco y Autonoo. Mas, aparte del carácter esencialmente místico de la leyenda, en ella misma se alaba la diligencia de los delfios que, «teniendo noticia de que iban huyendo, bajaron del monte y mataron una multitud de ellos;» por donde se vé que los delfios tomaron la ofensiva tan pronto como estuvieron en condiciones de hacerlo.

Pero la inscripcion del trofeo está más explícita en

(1) Memorias de la Acad. de Munich. 1876, pág. 265.

atribuir á los delfios el mérito del mencionado triunfo: «en agradecimiento á Júpiter, me erigieron los délfios como recuerdo á la vez que testimonio de la victoria, por haber rechazado á los medos con ayuda de Febo.» No se nos alcanza, en verdad, la razon de que no se acepte semejante testimonio, que Diodoro ha tomado del mismo Eforo. Los délfios huyeron á la aproximacion del enemigo; dirigiéndose unos al pais de los locrenses occidentales, «pero la mayor parte se refugió en la cueva de Coricia y en la cima del Parnaso. Tambien los focenses buscaron auxilio en las espaciosas cumbres del Parnaso (1); y cuando dice el historiador halicarnasiense que «los bárbaros no pudieron dar con los focenses,» tiene en su favor el testimonio de Plutarco y de otros escritores, que convienen en el hecho de que los focios se refugiaron en la cima de Titorea, donde pusieron igualmente en seguridad sus bienes, al abrigo de escarpadas rocas (2); todo lo cual está conforme con lo que dice en otro pasaje, refiriéndose á la siguiente campaña, á saber: que los focenses que permanecieron fieles al partido griego, desde el Parnaso, donde se habian hecho fuertes, salian á infestar y robar el ejército de Mardonio y de los mismos griegos adheridos á los persas (3).

Síguese, pues, que habia numerosos cuerpos de helenos en el Parnaso y en Hyampia que se opusieron á la marcha de los persas ó, por lo ménos, les molestaron. Lo que no se comprende es cómo los persas desistieron tan fácilmente del ataque á Delfos, habiendo saqueado toda la comarca focense, ya que Herodoto afirma esplí-

(1) Herod. VIII, 32. 36.
(2) Plut. Sulla 15. Pausan. 10, 32, 8.
(3) Herod. IX, 31.

citamente que no sólo incendiaron Panopeo y Daulis, si que tambien Eolideis, que sin duda se hallaba situada sobre el camino de Delfos, dentro de la hondonada que separa el Cirfis del Parnaso, á occidente de la *sjisté*, como á dos horas de Delfos.

Convengo con Wecklein en que Jerjes no hizo la guerra á los templos de los griegos; es verdad tambien que los persas eran tolerantes, hasta cierto punto, pero eso no impidió que saqueasen y quemasen los templos del enemigo. Rendian veneracion al númen solar, pero este era muy distinto del Apolo heleno, que á lo sumo tenia alguna semejanza con Mitra. Por otra parte, el mito del númen délfico era opuesto á la tradicion irania, que no podia admitir que el númen de la luz saliese de oscuras cavernas, albergue de malignos devas. Y luego notorio es que los persas incendiaron el gran templo milesio de Apolo con otros santuarios en diversos puntos de Jonia; eso en el supuesto de que sea pura invencion griega, que Jerjes tuviese el pensamiento de apoderarse de los tesoros del templo délfico.

No se opone, en manera alguna, á los hechos que consignamos y al innoble proceder de los persas en este particular la conversacion que tuvo Mardonio el año inmediato con los jefes griegos, en su campamento, acerca del oráculo dado por la Pitia, segun el cual, los persas saquearian el templo délfico, pero serian inmediatamente vencidos. Extraño es sobremanera que Mardonio pusiera tanto cuidado en informarse de los oráculos helenos, aunque Herodoto contradice, tal vez sin fundamento, el hecho, diciendo que «sabe con certeza que el oráculo aludido por Mardonio no iba dirigido contra los persas y sí contra los ilirios y enjeleos;» no es creible que el general medo se tomase la molestia de tranquilizar á los caudillos griegos tocante á un oráculo

que no se referia á los persas y que aludia á un hecho problemático, que podia no ocurrir. Por tanto, creo ajustado á los principios de la sana crítica el admitir la leyenda nacional de Delfos tal como se halla reproducida en la inscripcion del Trofeo, ya que, por otro lado, es evidente que los persas no dieron importancia alguna á la toma de Delfos.

Compréndese perfectamente que los délfios no hagan mencion del auxilio que les prestaron los focenses, que no hay motivo para poner en duda. Estos, al defender las cimas del Parnaso, cerraron al enemigo el paso á Delfos. Por lo demás, nos parece pueril la afirmacion de que Jerjes, no pudiendo sostenerse en la Fócide, se apresuró á regresar á Atenas á fin de despachar á Susa el mensaje del triunfo. Cualquiera que fuese la premura que tuviese para enviar dicho mensaje, lo que no cabe dudar es que su ejército era bastante numeroso para poder destacar, con un fin secundario, 2.000 hombres, ó 4.000 segun Justino (1).

***

Si podemos aceptar con cierta seguridad las noticias de Herodoto acerca de la marcha de los acontecimien-

---

(1) La leyenda helena supone que los celtas fueron rechazados el 278, antes de Jesucristo, por los mismos portentosos hechos que pusieron en fuga á los persas: tormentas, rayos, terremotos, nevadas peñascos desgajados por sí mismos que aplastan á los bárbaros en número de 30 y más de una vez, asimismo luchan en defensa del santuario los héroes délficos: Hyperojos y Fylacos; blancas vírgenes: Athena y Artemis, á parte del terror que les sobrecogió ofuscándoles hasta el punto de matarse unos á otros. Diod. 22, Fragm. 9. Justino 24, 7. Pausan. 10,23. De todo esto lo que hay de histórico es el ataque; por lo que hace á los peñascos que se destacaron del Parnaso, ya los vió Herodoto en las cercanías del templo de la Pronea. Sobre ellos véase: Ulrich, Viajes, p. 46. 146.

tos en el campamento heleno, cuando no se atraviesen particulares intereses de los alcmeonidas, tanto más, cuanto que recogió sus datos en la misma Atenas, poco más de treinta años despues de la expedicion de Jerjes, de testigos oculares ó de personas que los habian oido referir á los que en ellos intervinieron, no sucede lo propio con los que suministra acerca de los sucesos ocurridos en el campamento de Jerjes, donde no tuvo tan buenas fuentes; y en uno y otro, no pudo hacer más que reproducir lo que se le comunicara. Es verdad que sus informes llevan un colorido harto recargado en favor de Atenas, como no podia ménos de suceder atendida su procedencia, pero su exactitud está plenamente confirmada por el testimonio imparcial y fidedigno de Temístocles, que concuerda con él en todos los hechos importantes y contradice, por consecuencia, los rasgos desfavorables que ciertos escritores áticos atribuyen á los hechos de Temístocles.

Por lo que hace al campamento persa, Herodoto tuvo que atenerse á las tradiciones de los descendientes de Demarato en el trono de Pérgamo, y á los relatos de los sucesores de Lygdamis, tirano de su ciudad natal, quien ejerció su dominacion en Halicarnaso, bajo el reinado de Dario y trasmitió sus derechos al esposo de su hija Artemisia. Al morir éste dejando un hijo, Pisindelis, de menor edad, Artemisia se encargó de la regencia, prévio el consentimiento de los persas; y ella misma condujo á la armada real los cinco triereos que correspondieron á su Estado de los 30 que tuvieron que aprontar las ciudades dóricas. Las tradiciones de sus descendientes enaltecieron su valor en el combate y más aun los sabios consejos que pretendió dar á Jerjes. Ya por su procedencia, debemos recibir con desconfianza los datos que suministra sobre esta princesa He-

rodoto, aparte de que en sí mismos son harto inverosímiles. Así es increible y opuesto á los usos persas, siquiera esté en armonía con la costumbre de los griegos, que Jerjes, al llegar la armada á las playas áticas, celebrase un grán consejo, en el que tomaron parte todos los comandantes, aun aquellos que sólo habian aprontado un triereo, al lado de los oficiales superiores, segun era uso entre los griegos, en cuyos consejos de guerra tomaban parte activa todos los estrategos, especialmente los que mandaban cuerpos formados con milicias procedentes de varios cantones. Aun es ménos creible que Artemisia osara decir al Rey en pleno consejo: «comparados con las tripulaciones de los griegos los hombres que tripulan nuestras naves, son mujeres; los egipcios, chipriotas, cilicios y pamfilios, son cobardes esclavos que para nada sirven;» sobre todo si se tiene en cuenta que más de un tércio de la armada persa estaba tripulada por griegos. Pero la razon de estas tradiciones es clara: las autoridades que informaron á Herodoto pretendieron dar á Artemisia, su predecesora, la gloria de haber opuesto su voto á un plan de campaña que tuvo un éxito tan desgraciado para los persas.

La armada helena tenia la osadía de permanecer anclada en las playas de Salamina á la vista del Rey y de sus 800.000 guerreros, que llenaban el Atica como un enjambre, y en frente de la más poderosa flota que jamás surcó aquellos mares, como retando á los persas al combate. No podian estos menos de aceptar el desafío teniendo una armada cuatro veces mayor que la enemiga; porque, una vez dispersa la flota helena, quedaba el vencedor en libertad de operar á espaldas de los defensores del Istmo y apoyar así las maniobras del ejército de tierra.

Al dia siguiente de su arribo, se dió á la armada

real la orden de batalla; el mismo Soberano queria presenciar el combate naval, suponiendo que su presencia infundiria valor á las tripulaciones. Jerjes tenia seguridad completa de que los griegos sufririan en Salamina una derrota igual á la de Afetas. Entre tanto, el ejército seguiria por tierra la direccion de Megara, á fin de sembrar el pánico en las filas de la armada griega, simulando un ataque simultáneo á las posiciones del Istmo (1). Acercáronse las naves persas á la bahía del Falero; los almirantes señalaron á los jefes de las divisiones el lugar que debian ocupar al dia siguiente, cuando á la caida de la tarde, se presentó Sicinno, pidiendo tener una entrevista con Aquemenes. Los almirantes persas dieron entero crédito á la misiva de Temístocles y la recibieron con agrado. Despues de los encuentros de Artemisio y dada la posicion que ocupaban los triereos helenos en las playas de Salamina, se esperaba un combate rudo y obstinado; pero la embajada de Temístocles presentaba las cosas bajo un aspecto mucho más favorable. Era preciso, pues, hacer un nuevo esfuerzo y evitar que el enemigo emprendiese la retirada.

De acuerdo con la nueva situacion de los sucesos, Aquemenes ordenó que las tropas se trasladasen á bordo inmediatamente despues de la cena (2). El ala derecha que se hallaba anclada en la playa del Falero, formada por la division fenicia al mando de Prexaspes, recibió orden de emprender el movimiento hácia media noche y, con el mayor silencio posible, remar á lo largo de la costa ática, en direccion al Norte y, pasando de largo el Pireo y la vertiente del Egaleo, tomar posiciones cerca de Eleusis hasta la costa de Salamina, cerrando el

(1) Herod. VIII, 69. 70. 71.

(2) Aesch. Pers. 374.

golfo con la primera fila de naves; estas debian formar un semicírculo que cerrase el ala izquierda de los griegos (1). En cuanto partió la division fenicia, se pusieron tambien en movimiento el centro y el ala izquierda que estaban anclados al Sur del Falero. El primero, formado por las naves chipriotas, cilicias, licias y pamfilias al mando de Megabates, emprendió la marcha sin apartarse de la costa á fin de poner su extremo en comunicacion con los fenicios; en tanto que el ala izquierda, compuesta de la division jonio-cariana bajo las ordenes de Ariabignes, formó apoyando su extremo oriental en el Pireo y, corriéndose desde aquí en semicírculo, apoyó el otro extremo en la punta meridional del promontorio de Cinosura que se destaca en la costa oriental de Salamina, á fin de cerrar por aquí tambien el paso á las naves griegas (2). Despues de recibida la embajada de Sicinno, se destacó una cuarta division, formada, segun parece, de los triereos egipcios, con orden de dar la vuelta á la isla de Salamina (3), y, en el caso que los griegos intentasen la retirada por el estrecho del Noroeste, único punto que les quedaba libre, antes que la division fenicia hubiese ocupado la posicion expresada, cerrar el estrecho del promontorio de Budoron; de no ocurrir esto debian navegar hácia el Nordeste para situarse detrás de la division fenicia. En el islote de Psyttalea, que se alzaba entre la península del Pireo y

(1) En frente de los atenienses estaban los fenicios colocados en el lado de poniente, por la parte que mira á Eleusis. Herod. VIII, 85.

(2) Plut. Them. 12. Diod. 11, 17. De lo manifestado por Herodoto, VIII, 100. IX, 96, se deduce que los buques egipcios tomaron parte en el combate.

(3) Herod. VIII, 76. 85. En las Arginusas se dispuso la armada Atica en dos filas, lo mismo su ala derecha que la izquierda, á fin de cortar á los enemigos *el diéplûs* y el *períplûs*; Jenof, Hellen. I. 6, 31.

el mencionado promontorio de Salamina, se situó una compañía de soldados persas escogidos, encargados de prestar auxilio á las naves del ala izquierda que sufriesen avería y de apresar las del enemigo que fuesen arrojadas en aquella direccion: servicios que prestaria el ejército de tierra á los buques del centro y del ala derecha. Para ocupar toda la costa desde el Falero hasta Megara, en el trascurso de pocas horas, tuvieron que desplegar los persas una actividad extraordinaria.

Durante la misma noche se erigió en la vertiente del Egaleo que dá al golfo de Salamina, hácia la mitad de la línea de batalla persa, una plataforma destinada para el Rey, desde la cual se dominaba por completo la accion. Todos estos movimientos de la armada se verificaron en medio de un silencio profundo y ocuparon toda la noche, de suerte que no se dió ningun descanso á las tripulaciones. En cambio llevaban los persas la ventaja de tener dispuesta su línea de batalla á la salida del sol; esta formaba un semicírculo, cuyos extremos se apoyaban en Eleusis y en la orilla Norte del Pireo, con las puntas dirigidas hácia Salamina, de tal manera, que encerraba en su centro á la armada helena, sin dejarla un sólo punto de escape. Las naves jónio-carianas que no pudieron formar en la línea de batalla del ala izquierda, entre el Pireo y Cinosura, se situaron de repuesto detrás del semicírculo, y un refuerzo análogo recibió la derecha con la division enviada á explorar la costa de Salamina, que ocupó aquella posicion de reserva por no haber tropezado en su camino con naves enemigas: unas y otras contribuian á robustecer el círculo que rodeaba á los griegos, manteniéndose apercibidas para rechazar cualquier ensayo que hiciesen á fin de romper la compacta línea de los persas.

***

No todos los escritores convienen en los detalles relativos á la disposicion de la línea persa; sin embargo, no creemos que se pueda introducir variacion alguna esencial en la que acabamos de describir, fundada en irrefutables testimonios. Indudablemente debe entenderse por ala occidental «que se apoyaba en Salamina para cortar á los griegos la retirada,» la que llevó sus naves más á occidente que las otras (1); y el mismo Herodoto lo indica con más claridad al llamar «ala oriental» á la izquierda, formada por las naves jónio-carianas; y es que no se imagina la costa ática, en oposicion á la de Salamina, segun aparece en nuestros Mapas, trazada de Norte á Sur, sino de Occidente, con Eleusis á la cabeza, á Oriente acabando en el Pireo. Que se destacó una division para que diese la vuelta por la costa occidental de Salamina, compuesta de naves tomadas del ala izquierda ó meridional, está comprobado por el testimonio de Esquilo quien, despues de enumerar las tres divisiones principales de la armada, prosigue diciendo (2): «El luego al punto ordena á todos los capitanes de naves que, tan pronto como el sol deje de enviar sus rayos sobre la tierra y la oscuridad se enseñorée del dilatado templo del éter, dispongan las más de sus numerosas naves en tres órdenes, para guardar los pasos y derrotas de aquellos mares, y otras formadas en círculo, todo al rededor de la isla de Ayax; porque si los helenos por cualquier camino escapan de la ruina que los amenaza...» Así mismo lo atestigua Diodoro, quien afirma que Jerjes, no bien hubo oido la misiva de Temístocles, se apresuró á dictar disposiciones para evitar que la ar-

(1) Tal es la opinion de Stein á Herod. VIII, 76.

(2) Aesch. Pers. 376 sigs.

mada helena se uniese con el ejército del Istmo, á cuyo efecto, se despachó en seguida la division egipcia para que cerrase el paso que separa Salamina de la costa de Megara; por último, lo confirma Plutarco al decir que Jerjes, despues de recibir el mensaje, ordenó que cada uno subiera á su nave y que inmediatamente partiesen 200 triereos para cerrar el circuito y cercar las islas, á fin de impedir la fuga del enemigo (1). Segun el mismo Plutarco dijo Arístides á Temístocles: «todo alrededor y á la espalda, está ya el mar lleno de naves enemigas» (2). Por otra parte es evidente que el mencionado Arístides, viniendo de Egina, no hubiera podido ver el cerco que tenian ya trazado las naves persas, ni mucho ménos asegurar que habia escapado con dificultad á las naves enemigas que se iban aproximando (3), ó, segun la expresion de Plutarco, que se habia visto precisado á atravesar por entre los buques enemigos (4), si no hubiese salido ya la division encargada de dar vuelta á la costa de Salamina.

El escritor Fanodemo supone que la plataforma de Jerjes se erigió cerca del Heracleo, ó sea al Norte del Pireo, en frente del promontorio de Cinosura; mientras que Acestodoro la supone levantada en los montes de Cerata á occidente de Eleusis (5); lo que parece indicar que los persas esperaban que el principal desarrollo de la accion tendria lugar en la bahía de Eleusis (6).

---

(1) Pl. Themist. 12. La division egípcia no tenia ya 200 naves, toda vez que perdió algunas en Artemisio y, tal vez, tambien en la tormenta de Sepias.

(2) Pl. Aristid. 8.

(3) Herod. VIII, 79, 81.

(4) Pl. Aristid. 8.

(5) Plut. Them. 12.

(6) Supone Herodoto que el ala izquierda de los persas arrancaba en Muniquia y terminaba en el cabo de Salamina (8, 77) guiándose tan solo por las expresiones del oráculo, pero en otro lugar (8, 85) pone dichos extremos en el Pireo y en Salamina.

Opónese á los más autorizados testimonios y al desarrollo mismo de los sucesos la opinion de los que sostienen que el frente de los griegos se hallaba situado trasversalmente al golfo, en direccion al Sur y el de los persas en la misma forma, pero dirigido hácia el Norte (1); de las descripciones de Herodoto y Esquilo se deduce que, el frente heleno, estaba dirigido hácia Oriente. Ni los estrategos griegos con sus 400 naves, ni mucho ménos los persas con su armada de 900 triereos, pudieron escojer una posicion que no les dejaba más que un frente de 6.000 á 6.500 piés, que es el ancho del golfo y que, además, hubiera expuesto el flanco heleno á los tiros del ejército de tierra enemigo. Y luego no era posible que los persas ocupasen el islote de Psitalea para poder apresar mejor á los fugitivos, si la línea de los griegos se estendia desde Salamina al Heracleo. Añádase á esto que, segun declaracion explícita de Herodoto y Eforo, todas las naves griegas estaban situadas de frente; y, suponiendo que un triereo necesitase para verificar con desembarazo sus movimientos de 40 á 50 piés, no hubiera tenido cabida en aquel punto la mitad de las naves helenas en la posicion indicada. Las grandes batallas de Cynossema y Abidos, en el Helesponto, se libraron tambien en el punto más angosto del estrecho y de tal modo, que los estremos de la armada se apoyaban en tierra; en la última protegió el ejército de Farnabazo las operaciones de la armada, como lo hizo el de Jerjes en Salamina (2).

(1) Löschke, Fleckeisen Jahrb. 1877, p. 25 sigs. En tal caso seria necesario variar la leccion *prós Eleusinos* en *pros Salamînos*.

(2) Tambien la armada ateniense trató de dar la batalla de una orilla á otra del rio de las Cabras. Diodoro contradice sus propios datos sobre la posicion de los griegos: *«tón póron metaxü salaminos kateijon*, cuando añade que los eginetas, que hacian parte del ala derecha, y se hallaban por consecuencia inmediatos á la playa de Salamina, eran los únicos que no podian huir, y en toda su descripcion ocurren análogas contradicciones.

***

En tanto que los persas, con la seguridad del éxito, ponian en ejecucion las enunciadas disposiciones, en Salamina se prolongó la borrascosa discusion de los caudillos griegos hasta muy entrada la noche. Grecia parecia condenada á inevitable ruina, dada la resolucion que se disponia á tomar el consejo, cuando se anunció á Temístocles que un hombre le esperaba y deseaba hablar con él. El caudillo ateniense reconoció desde luego á su rival Arístides, quien le habló de esta suerte: «sabes muy bien, ¡oh Temístocles! que nuestras contiendas y porfías en toda ocasion, y mayormente en este dia crítico, deben reducirse á cuál de los dos servirá mejor á la pátria. Hágote sáber, pues, que de nada servirá á los peloponesios altercar sobre si deben ó no retirarse las naves de este sitio; pues yo te aseguro, como testigo de vista de lo que digo, que por más que lo quieran los corintios y lo ordene el mismo Euribiades, no podrán alejarse ya, porque nos hallamos cercados por la escuadra enemiga. Entra, pues, tú y dales esta noticia.» A lo que respondió Temístocles: «Importante es ese aviso... Sábete, que de mí procedió lo que han hecho los persas, pues veia yo ser preciso que los griegos, los cuales de buena voluntad no querian entrar en combate, eutrasen en él, mal que les pesara. Tú mismo, ahora que con tan buena noticia vienes, puedes entrar á dársela, pues si yo lo hago, dirán que la finjo y no les persuadiré de que así lo esten verificando los bárbaros.» En efecto fué Arístides á darles la noticia, diciéndoles que ya toda la armada griega se hallaba circuida por la de Jerjes, por lo que les aconsejaba que se preparasen á una vigorosa resistencia. Sin embargo, cuando se retiró Arístides, los jefes continuaron con igual acaloramiento la discusion y, aunque la mayor

parte creyeron en la verdad del aviso, muchos se obstinaron en no darle crédito (1).

Pero en esto presentóse una galera que se pasaba al campo heleno, cuyo capitan Panecio, hijo de Sosimenes, les contó puntualmente lo que pasaba, convenciéndoles de que no habia más remedio que aceptar allí el combate, ya que por ningun lado era posible romper la línea persa con toda la flota, puesto que en todo caso serian atacados de flanco por las naves enemigas apostadas á lo largo de la costa ática, contra las cuales precisamente era forzoso dirigir el ataque de frente. En todos los ánimos se abrió paso el convencimiento de que el dia inmediato debia terminar con el triunfo ó la destruccion de la armada helena.

Al despuntar el alba llamaron los jefes á todas las tropas de la escuadra y las reunieron en la playa. Era el 19 del Boedromio ó, segun el cálculo de Böckh, el 20 de Setiembre de 480 (2). Cada uno arengó á sus soldados, haciéndoles ver, sin duda, que el combate era decisivo y que del mismo dependia la salvacion de sus familias, la conservacion de las cenizas de sus antepasados, de los templos de sus dioses lares y la salud de la patria entera, La de los atenienses estaba ya perdida, á pesar de lo cual, fué Temístocles el que mejor arengó á los suyos, presentándoles un paralelo entre los bienes y conveniencias de primer orden que caben en la naturaleza y condicion humanas, y los de segundo orden inferiores á los primeros, discurso que terminó exhortándoles á escojer para ellos los mejores, ó sea la gloria, la libertad de la patria, etc. Acto contínuo les mandó pasar á bordo. Apenas se habia efectuado esta operacion,

(1) La exposicion de Plutarco difiere muy poco de la de Herodoto (Arístides 8.)

(2) Böckh, Ciclos lunares p. 73.

cuando llegó de Egina la galera que habia ido en busca de los Eacidas, cuya presencia se juzgó de buen agüero (1).

La línea de batalla de los griegos se estendia á lo largo de la costa oriental de Salamina (2) con el ala derecha apoyada en el cabo de Cinosura y la izquierda estendida en direccion al Norte hasta tocar en la punta Nordeste de dicha isla; ya que el número de naves de que costaba la flota exigia para su formacion un espacio de dos millas. Estaba en el ala derecha Euribiades con las naves lacedemonias, á las que seguian, en direccion al centro, Egina, Corinto y Megara; en junto 116 triereos, que eran los más escogidos de la marina dórica. El centro le formaban los contingentes más pequeños, componiendo un total de 62 triereos y 7 pentecónteros, y el ala izquierda estaba constituida por los 200 triereos atenienses. Estos tenian delante las naves fenicias que formaban el ala derecha enemiga, opuestas casi directamente á su flanco izquierdo; al centro y al ala izquierda se oponia Megabates con los buques chipriotas, cilicios, licios y pamfilios y, por último, la division jónio-cariana de Ariabignes, tenia que habérselas con el flanco derecho de los griegos. Habíanse desvanecido las esperanzas que concibió Temístocles de atraer al partido nacional á los jonios, ó á lo ménos, de hacerles sospechosos á los persas; la metrópoli recogia hoy el premio de su egoismo y de su mezquina política (3).

Fuerzas poderosas, cual nunca ó pocas veces las han visto reunidas los mares en tan reducido espacio, se

(1) Aeschyl. Pers. 403 sig. Herod. VIII, 83.

(2) Herod. 8, 85. Dejando espacio á las naves para virar en redondo, hay que dar á cada buque un espacio de 150 piés por lo ménos, cosa que no pudieron hacer los persas.

(3) Diodor. 9, 17. 18. 19.

hallaban dispuestas á acometerse. Al Sur de la bahía de Eleusis, entre el promontorio de Amfiale y Cinosura tiene de anchura el golfo que separa Salamina de Ática unos 6.000 piés solamente y ménos en algunos puntos (1); en aquel golfo se reunieron para dar la famosa batalla, por parte de los griegos 378 triereos con siete naves ligeras, cuya tripulacion ascendia en junto á más de 70.000 hombres, y por parte de los persas 900 naves con una dotacion que pasaba de 180.000 hombres (2). Sobre sus condiciones cumple decir que las naves fenicias y jónicas maniobraban con más perfeccion que las mejores de los griegos y que cada buque persa llevaba por lo ménos 30 soldados de marina escogidos, todos ellos excelentes tiradores. Es verdad que su excesivo número podia perjudicar las operaciones, pero con su habilidad podian tambien suplir este defecto. En cambio la division ática, ó sea más de la mitad de la armada helena, tenia una dotacion harto escasa, á pesar de haberse enviado á ella todos los atenienses y calcidios aptos para el combate, efecto de haber quedado en Salamina algunos hoplitas para recibir á los náufragos y retirar las naves que allí encallasen. Cada nave ática tenia tan sólo una dotacion de 14 hoplitas y 14 tiradores.

***

Pesadas todas las circunstáncias resulta que la situa-

(1) Estrabon, p. 395, da sólo dos estadíos entre los escollos y Salamina; y los mapas del Estado Mayor francés dan al punto más estrecho 3 500 piés.

(2) La armada persa que en Terme contaba 1.327 buques de línea, recibió antes de la batalla de Salamina, algunos refuerzos de las Cicladas, que la harian llegar á unos 1.350 buques. Deducidas las pérdidas sufridas en Artemisio y á consecuencia de las tempestades, en junto unas 450 naves, quedaban en Salamina 900 triereos por parte de los persas.

cion de los griegos en Salamina era aun más desfavorable que la de los jónios en Lada; favorecíales sin embargo la certeza de que ninguna de sus naves abandonaria la línea de combate antes que la batalla se decidiese en uno ú otro sentido. Tenian además en su favor el exácto conocimiento de la topografía de aquellas costas, la direccion de la corriente marítima y la mayor facilidad y desembarazo para los movimientos; al contrario, de las naves persas no podian entrar todas á un mismo tiempo en accion. Las alas de la armada helena se hallaban en peores condiciones que el centro, pues tenian enemigos de frente y de costado, por cuya razon podian verse comprometidas por la inmensa superioridad numérica; por tanto ellas debian decidir el pleito (1).

Los persas, formados en orden de batalla, estuvieron algun tiempo acechando los movimientos del enemigo. causóles, sin duda, sorpresa el ver que los griegos entonaban el bélico pean, cosa que no se coordinaba bien con la misiva de Temístocles. Más asombrados quedaron al observar que Euribiades mandaba dar la señal de ataque con la trompeta y que los cornetas de los estrategos la repitieron inmediatamente. En un solo momento se hundieron en el mar sobre 60.000 remos. A semejanza del ala derecha toda la línea de los griegos hizo un movimiento de avance, y entre tanto los soldados lanzaron

---

(1) El pretendido sacrificio de los tres hijos de Sandauce, hermana de Jerjes, y de Artayktes, por instigacion del adivino Eufrantides, supone Plutarco, en la Vida de Temístocles, que tuvo lugar antes de empezar la batalla; mientras que en la de Arístides, c. 9, afirma que, cogídos por este al caer la tarde, en Psitalea, terminado ya el combate, fueron sacrificados á Baco Omestos ó el Devorador. Pero el hecho es en sí increible y no tiene en su favor más testimonio que el de Fanias. Una hermana de Jerjes no podia tener hijos aptos para la guerra el año 480.

gritos bélicos animándose mútuamente á la pelea. Mas no habian adelantado muchos pasos cuando el enemigo lanzó tambien el grito de guerra y las naves persas se aprestaron á la lucha con tal resolucion, que los griegos empezaron á vacilar. Sea temor del primer momento ó extratagema, sin prévia orden de sus jefes, empezaron los remeros á retirar las naves, sin volverlas, hácia la playa de Salamina, cuando Aminias el peleneo, capitan ateniense, esforzando los remos, embistió contra la nave enemiga que tenia delante, con tal violencia, que clavó en ella el espolon, y, como no pudiera desprenderse, vencido ya el terror del primer momento, acudieron á socorrerle los buques áticos más próximos, quedando así trabado el combate (1). En el ala derecha la primera nave que cerró con otra enemiga fué la que llevó las imágenes de los Eacidas y el tercero que, en general, embistió á los persas fué Demócrito de Naxos, el mismo que se pasó al campo heleno con los cuatro triereos de su isla (2). Pronto se propagó el combate por toda la línea, ya atacándose las naves de flanco, ya embistiendo de frente.

Con gran calor y diversa fortuna se peleó por una y otra parte. Largas y angustiosas serian aquellas terribles horas para los salaminios, para los hijos y mujeres de los atenienses que presenciaban la lucha desde las alturas de la isla y para los hoplitas apostados en la orilla, cuyo mando habia encomendado Temístocles á Arístides. Segun Herodoto, los triereos de Jerjes se portaron en Salamina mejor que en Artemisio. De los jónios que com-

(1) Herod. VIII, 84. Acerca de esta maniobra véase Tucidides I, 50. La noticia de la fuga de los corintios es un rumor falso recogido en Atica por Herodoto, 8, 94, en los primeros años de la guerra del Peloponeso. Wecklein, l. c. p. 253. 302.

(2) Plut. Malign. Herod. 36.

ponian parte del ala izquierda enemiga, muy pocos siguieron el consejo de Temístocles; la inmensa mayoría lucharon valerosamente contra sus compatriotas, en particular los samios, que ya en Lada hicieron traicion á la causa de Jónia. Distinguiéronse entre estos samios Teomestor y Filaco, que con sus triereos apresaron varias naves peloponesias. Los eginetas tuvieron que hacer heróicos esfuerzos para sostener el campo. En cambio los atenienses, á pesar de la ventaja numérica de sus adversarios los fenicios, que en la espaciosa ensenada de Eleusis pudieron desarrollar bien todas sus fuerzas, alcanzaron desde luego lentas pero positivas ventajas. Aprovechándose del viento y de la corriente marítima, cuyo momento de entrada conocia perfectamente el caudillo ateniense, logró Temístocles dar una vigorosa embestida al enemigo que decidió por aquel punto la jornada, puesto que rompió el cerco que los fenicios tenian formado al rededor de sus naves. El avance de los triereos de refuerzo, que esperaban en segunda línea, en vez de serles provechoso, les perjudicó sobre manera, porque, en la premura con que emprendieron el movimiento, chocaron con las naves que retrocedian y se destrozaron unas á otras los remos (1). Entonces la línea de los triereos áticos torció hácia la derecha para colocarse en direccion trasversal en la amplitud del golfo hasta la bahía de Eleusis; los fenicios y los chipriotas que les seguian en la línea persa, ó embarrancaron sus naves en la playa que se estiende entre Eleusis y el Egaleo, ó bogando más hácia el Sur, se refugiaron detrás de las naves que peleaban en el centro (2). En este cundió tambien el pánico, cuando los soldados se apercibieron de

(1) Herod. VIII, 86. 89.

(2) Aeschyl. Pers. 418. Diodor. 11, 19. Plut. Themist. 14.

que los mejores triereos de la armada huian á refugiarse á espaldas de ellos. Poco despues, las naves áticas, que perseguian en buen orden á los fugitivos fenicios, les atacaron de flanco, los triereos cilicios, contiguos á los chipriotas, sostuvieron por algun tiempo el choque, pero, muerto su príncipe Syennesis en la pelea, se retiraron tambien en direccion al Sur (1). Uno tras otro fueron puestos en fuga, apresados ó destruidos por los atenienses todos los buques del centro que aun peleaban en primera línea, y la masa de naves fugitivas arrastraba en pos de sí á las que aún sostenian el combate; por otra parte, la falta de espacio entorpecía sus movimientos de manera que ó se rompian unas á otras los remos, ó se taladraban con los espolones. El centro y el ala derecha de los griegos quedaron casi libres de enemigos, y los eginetas avanzaron con el propósito de apresar algunas de las naves fugitivas (2).

La lucha se formalizó entonces en el ala derecha de los griegos, contra la cual los jónios y carios, sin dejarse arrastrar por el empuje de los que atravesaban su línea en son de fuga, sostenian ruda pelea. Las naves atenienses y eginetas acometieron reunidas la division jonio-cariana; Temístocles mandó dirigir su triereo contra el buque almirante enemigo; en él iba Ariabignes, hermano de Jerjes, general de la division expresada. Una nube de flechas y venablos cubrió en un momento el triereo del caudillo ateniense, pero con la misma rapidez acudió en su auxilio Aminias, atravesando con el espolon de su galera el buque enemigo. Con desesperado arrojo saltó Ariabignes á la nave de Aminias con el propósito de echarla á pique, pero los

(1) Aeschyl. Pers. 326. Herod. VII, 98. IX, 107.

(2) Herod. 8, 89, 91.

hoplitas atenienses le acribillaron á lanzadas y le arrojaron al abismo; se dice que el mismo Aminias y Sosicles le acometieron con sus lanzas; con él se hundió tambien su galera. Asegúrase que Artemisia, princesa de Halicarnaso, que se hallaba próxima con su triereo, logró recojer el cadáver del hijo de Dario, habido en la hija de Gobrias.

Terminado este episodio dirigió Temístocles su nave contra un buque de Sidon fugitivo, cuando acertó á pasar á su lado un triereo egineta: era el de Polícritos, hijo de Crios, que habia permanecido diez años en Atica como rehen, para responder de la fidelidad de su isla. Al reconocer por la bandera de almirante la nave de Temístocles, le gritó en tono burlesco desde cubierta: «ved las opiniones medo-persas de los eginetas,» y, ante los ojos del caudillo ateniense, se apoderó de la nave sidonia, en la que encontró á uno de sus compatriotas herido, á Pytheas, cogido en el triereo egineta que se perdió en la escaramuza de Sciathos.

Con valor rayano en la desesperacion se defendieron los jónios del Asia y de las islas en lucha con sus compatriotas. Un buque samotrácio lanzó al abismo á otro ateniense que le habia atacado: en el acto dió un triereo egineta tan terrible golpe al samotrácio, que este empezó á hundirse; pero su tripulacion se rehizo, acometió á los eginetas con los venablos, saltó á la nave enemiga y, sobreponiéndose á los de Egina, se salvaron en la misma nave que echó la suya á pique. Por último se vieron tambien obligados los jónios y carios á emprender la fuga y refugiarse en el Falero.

Artemisia se vió envuelta en aquella confusion horrible de naves, restos de buques náufragos y cadáveres que sobrenadaban, sin poder dar un paso atrás ó adelante; aguijoneada por el instinto de conservacion,

acometió la nave que tenia delante, con tal furia, que la echó á pique con toda su gente: era el triereo del príncipe Damasithymo de Kalinda, vecino por consiguiente de Artemisia, á quien esta conocia perfectamente. La astuta princesa logró su objeto con esta perfidia: Aminias, tomando su nave por un triereo del partido griego, enderezó la suya contra otro adversario (1).

En medio de la espantosa confusion que se produjo desde los primeros momentos de la pelea, y del pánico que los fugitivos sembraron en la armada persa, nadie se acordó más de la compañía de soldados persas apostada en Psitalea, que, despues de la fuga de los jónios y carianos, quedaron á merced de los griegos. Arístides embarcó en botes algunos de los hoplitas áticos que guarnecian la playa de Salamina y se dirigió con ellos al islote. Opusiéronles tenaz resistencia. Los persas rodaron piedras desde lo alto de las rocas y agobiaron á los griegos con una nube de flechas; pero estos descubrieron una senda para subir al peñasco y pasaron á cuchillo á sus defensores (2).

***

Habíase salvado la armada helena que obtuvo en esta ocasion un triunfo tan brillante como inesperado. Ruda habia sido la jornada, ya que la lucha se prolongó desde las primeras horas de la mañana hasta la caida de

(1) Herod. VIII. 89; VII, 97. El relato de Herodoto, por fundarse, en este punto, en tradiciones jónio-asiáticas y atenienses es perfectamente fidedigno. El Ariamenes de Plutarco (Them. 14), es un nombre compuesto, por corrupcion, de Aquemenes y Ariabignes; tambien Diodoro (11, 18. 27), confunde estos dos personajes y supone que Ariabignes sucumbió al principio de la jornada, hipótesis evidentemente falsa, toda vez que el que le ataca es Temístocles, y los dos caudillos se hallaban entonces en puntos muy distantes.

(2) Aeschyl. Pers. 447 sig. Herod. VIII, 95. Plut. Aristid. 9.

la tarde. A la luz de la luna pudieron ver los helenos el golfo y sus costas llenos de los trofeos de la victoria: restos de buques, triereos abandonados, remos y cadáveres que sobrenadaban. Era indudable que los laureles del triunfo correspondian de derecho á los atenienses, que habian desplegado un valor á toda prueba, y que, con más de la mitad de la armada llevaron al combate el más inteligente y animoso de todos los caudillos griegos. Teniendo en frente los mejores buques de la armada real, tripulados por los mejores marinos de entonces, los fenicios, fueron los primeros que hicieron retroceder al enemigo, y la acertada direccion de Temístocles habia contribuido poderosamente á hacer más sensible la derrota de los persas.

Entre los capitanes de los triereos áticos se distinguieron muy particularmente Eumenes de Anagyro y Aminias de Pallene; de los eginetas, Polícrito. Despues de estos, ninguno realizó hechos tan brillantes como Demócrito de Naxos. En efecto; su triereo dejó fuera de combate cinco galeras enemigas y libró, además, un barco dórico que habian apresado los persas (1).

Perdieron los griegos en esta jornada 40 naves y más de 200 los persas, sin contar las que habian apresado unos y otros con sus respectivas dotaciones. En hombres las pérdidas de los persas fueron por todos conceptos muy considerables. Mientras que de los asiáticos todos cuantos cayeron al mar se ahogaron, por no saber nadar, de los griegos se salvaron todos, arrivando á nado á las costas de Salamina (2). Segun la expresion de

(1) Simonides en Plutarco, Malign. Herodot. 36.
(2) Herod. VIII. 89. Diodor. 11, 19, 27. En la batalla de las Arginusas, la más importante que libraron unos griegos contra otros, perdieron los atenienses 25 naves de 150 los peloponesios sobre 69 de 120 segun Jenofonte, (Hellen 1, 7), y 77 segun Diodoro (13, 100). El mismo Herodoto atestigua que los persas apresaron á los griegos en Salamina más de un triereo con su tripulacion, H. VIII, 85.

uno de los combatientes de Salamina, Esquilo, «jamás pereció en un sólo dia mayor número de hombres» (1).

Los griegos obtuvieron aquel dia un triunfo inesperado; pero si habian vencido al enemigo no le habian aniquilado; la bahía del Falero albergaba todavia una armada poderosa, hecho que no ignoraban los griegos, por lo cual ni siquiera pensaron en tomar la ofensiva. A la mañana siguiente se dieron prisa á recojer y ocultar los restos de las naves que habian sufrido en el combate y se aprestaron á continuar la lucha, con muy distinto espíritu que el que les animaba la noche anterior y libres ya de las discordias que les dividian pocas horas antes. La permanencia del ejército persa en las posiciones que habia ocupado el dia anterior, á lo largo de la costa, desde el Falero hasta más alla de Eleusis y ciertos movimientos de la armada enemiga, que observaron en las primeras horas de la mañana, les confirmaron en la creencia de que los persas renovarian el ataque.

(1) Pers. 432.

XI.

RETIRADA DE JERJES.

Ocupados en reparar las averías de sus naves y habilitarlas para el combate, esperaban los helenos, de un dia para otro, el ataque de las naves persas ancladas en el Falero (1). A pesar del éxito tan brillante como inesperado de la jornada de Salamina, no se juzgaban con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva y provocar el combate. Jerjes, por el contrario, abrigaba el propósito de continuar la lucha y se disponia á tomar eficaces medidas para aniquilar á los griegos. La armada recibió orden de hallarse lista para el combate, el ejército no sólo debia apoyar las operaciones de la flota, desde la orilla, sino que parte de las tropas se ocuparian en echar un puente de barcas sobre el estrecho de Salamina; el Rey queria que á toda costa se arrojase al enemigo de dicha isla, para que no se vanagloriase de haber sostenido sus posiciones en frente del ejército medo persa (2).

(1) Herod. VIII, 96. 108.

(2) Herod. VIII, 97. El terraplen de que habla Herodoto es el que daba acceso al puente de barcas. Sobre este punto dice Ctesias que

En realidad de verdad, la construccion de un puente de barcas en el lugar más estrecho del canal que separa la costa ática de la isla, no podia ofrecer más dificultades que las que opuso la construccion análoga que acababa de efectuarse en el Helesponto, cuando dicho punto sólo media 3.500 piés.

Pero muy luego predominaron en el campamento del Rey otros acuerdos. Sin duda se pensaria que tan pronto como las obras del puente llegasen al alcance de las saetas de los guerreros apostados en las costas de Salamina, tratarian éstos de interrumpirlas, y donde ellos no alcanzasen, acudirian en su ayuda con igual

---

«Jerjes mandó hacer un terraplen en el sitio más angosto del estrecho, que se llamaba el Heracleo, con objeto de poder trasportar el ejército á la isla. Mas, por consejo de Temistocles y de Arístides, se apostan excelentes tiradores de Creta en la margen opuesta y reanudan las hostilidades.» Claro está que estos tiradores se hallarían en el ejército griego, para oponerse á la construccion del dique. Pero es cosa averiguada que el dia de la batalla habia en las naves áticas 800 tiradores entre los cuales podian encontrarse algunos cretenses, enviados como auxiliares al empezar la campaña. Lo que no se comprende es cómo Jerjes, que tan omnímoda confianza tenia en la superioridad de su armada, pudo adoptar la resolucion de abrir un camino en sólido á Salamina. Y que Facios ha trasmitido una tradicion verdadera y narrado los sucesos en su orden cronológico, lo demuestra Estrabon (p. 395): «el paso de dos estadios próximamente para Salamina, que Jerjes quiso cegar con un dique, pensamiento que no pudo realizar por haberle sorprendido las hostilidades.» Y Plutarco conviene con Herodoto en este punto: «luchando animosamente con la desgracia, trató Jerjes, despues de la batalla naval, de conducir su ejército de tierra á Salamina, por medio de diques, al mismo tiempo que cerraba con ellos á los griegos el estrecho por su punto medio.» (Tem. 16) Herodoto, empero, ha tomado de la leyenda de la Artemisia halicarnasiense la noticia de que Jerjes empezó aquella construcion y ordenó que se hiciesen preparativos para un nuevo combate, con el excluxivo objeto de ocultar mejor su proyecto de retirada.

objeto las naves helenas; en cuyo caso seria indispensable enviar la armada para protejer los trabajos y se podia provocar un combate naval de dudosos resultados, máxime cuando tan fresca estaba la memoria de la derrota sufrida, hallándose la armada real en condiciones incomparablemente más favorables que la griega. De la flota podia depender el aprovisionamiento del ejército de tierra, por cuya sola razon era harto imprudente y arriesgado exponerla á un nuevo descalabro, que hubiera además privado de un apoyo indispensable á las naves de trasporte. Es verdad que aun constaba de 450 triereos por lo ménos, en tanto que el enemigo apenas podia disponer de 300 (1); pero aún era mucho mayor la desproporcion al darse la batalla que acababa de perderse, de suerte que muy bien podia arriesgarse toda la fuerza marítima del imperio en una nueva jornada. ¿Y quién impediria entonces á los griegos navegar hácia el Helesponto, romper los puentes y cortar de un golpe las comunicaciones con Asia?

Habia otros medios de alejar de las costas de Salamina la armada griega, y terminar la campaña de una manera brillante sin arriesgar demasiado. Las fuerzas

(1) Teniendo presentes los cálculos que dejamos sentados anteriormente, diremos ahora que las pérdidas de los persas en Salamimina ascienden á 200 buques hundidos, segun Eforo, más 50 próximamente se pérderian con las tripulaciones respectivas y 200 que quedarian inhabilitados para el combate, resulta la cifra de 450 á 500 naves indicada en el texto. Al tomar posiciones para invernar más tarde en Samos y Cumas la da Herodoto 300 naves solamente (VIII, 130. IX, 96). Segun Eforo constaba la flota que invernó en Cumas, sin contar las naves fenicias, de 400 triereos por lo menos, dato que pudo tomar dicho escritor de la tradicion de su patria. Tambien apunta Herodoto la circunstancia de haberse enviado á los fenicios á su país. Todos estos datos vienen á confirmar el número de 450 á 550 triereos como restos de la batalla de Salamina.

terrestres permanecian casi intactas y con ellas podia continuarse una lucha que, además, ofreceria ocasion á los medos y persas de desplegar toda su destreza. Y la flota helena abandonaria sus posiciones para acudir en socorro de sus compatriotas tan pronto como tuviese noticia del ataque á las posiciones del Istmo por parte de los persas. Restaba sólo por conquistar una tercera parte del pais griego. Es verdad que el nuevo plan ofrecia otras desventajas. Era preciso renunciar á la poderosa cooperacion de la armada, con la que podian únicamente rodearse por completo el campamento y las posiciones tomadas por los griegos al rededor de sus fortificaciones; tampoco podian maniobrar allí la caballería y los arqueros, dos elementos importantes del ejército persa; la principal y casi única operacion consistia en el asalto á una línea fortificada, ya que no se querria perder tiempo con trabajos de aproximacion, con la construccion de minas y con preparativos para abrir brecha en la muralla; antes por el contrario, los generales persas se proponian terminar la campaña con una accion decisiva que podia costarles mucha gente si los griegos oponian la misma ó mayor resistencia que en las Termópilas, pero en todo evento daria resultados favorables á las armas persas.

Teniendo en cuenta que la conquista del Istmo ponia término á la guerra, se resolvió en el campamento real abandonar todo proyecto de operaciones marítimas á fin de dejar libre la armada para cubrir las comunicaciones y protejer la flota de trasportes. En todo caso era indispensable proceder con la mayor presteza posible, porque la época de las tormentas se acercaba y podia acarrear desgracias análogas á las que ya habia sufrido la flota en el cabo de Sepias y en la costa oriental de Eubea. Con objeto de quitar gente inútil á las na-

ves y facilitar los movimientos de los marinos, se dispuso que los soldados con que se habian reforzado las tripulaciones, se incorporasen al ejército, donde servirian además de garantía de la fidelidad de sus compatriotas; sólo quedaron en la armada los soldados medos y persas que desde un principio la tripularon. Embarcáronse en ella los prisioneros griegos cogidos en la batalla de Salamina, cuyo número hace subir Herodoto á 500 atenienses sin contar los de otros cantones; tambien los hijos del Rey, todos de tierna edad, debian regresar por mar y fueron encomendados á la custodia y cuidado de Artemisia de Halicarnaso. Despues de dejar á los príncipes en Efeso, debia la armada navegar á lo largo de la costa de Trácia con rumbo al Helesponto; dos objetos podia tener este rodeo: aprovechar los almacenes de provisiones establecidos en dicha costa para el sustento de las tripulaciones y observar la actitud de las ciudades griegas de aquella region. A fin de no verse comprometida á aceptar un combate que ya no tenia utilidad ni objeto, la flota persa abandonó el Falero de noche y con el mayor sigilo posible (1).

***

Con gran sorpresa oyeron los griegos de sus avanzadas que la armada persa habia abandonado silenciosamente la bahía del Falero. Este hecho demostraba

(1) Herod. VIII, 107. Aunque Herodoto sólo hace mencion de los prisioneros atenienses (IX, 99), es porque no se le ofreció ocasion inmediata de hablar de los demás, pero la expresada medida de embarque comprendió sin duda á todos los prisioneros de Salamina; el mismo carácter general tuvo la órden de desembarcar los soldados de marina que dicho historiador aplica especialmente á los egipcios. El relato de la fuga de la armada persa al pasar los escollos, es otro invento de la tradicion griega; pero tiene todos los caracteres de histórico el temor que atribuye Herodoto á Jerjes de ser cortado

que rehuia la batalla; ¿pero qué rumbo habia tomado? La presencia del ejército en la costa ática les dejaba en penosa incertidumbre. Parecíales inminente el ataque de los persas al Istmo, y sin embargo, no podian abandonar aquel puesto las naves helenas, en tanto que no se alejase de allí el ejército enemigo, ya que tan pronto como se moviese la flota helena, se trasladarian las tropas enemigas á Salamina en balsas, almadias y naves de trasporte, y se apoderarian de los ancianos, mujeres é hijos de los atenienses, y de todo su haber, juntamente con los trofeos y el botin á tanta costa ganados. Era probable que la armada enemiga no se hubiese retirado más allá de Eubea ó Delos, cuyas estaciones ofrecian mejores condiciones de seguridad, en cuyo caso estaba en disposicion de acudir, en un momento dado, á Salamina; por la misma razon podia haber escogido para su

---

por la flota griega (VIII, 97), lo mismo que el consejo que da Mardonio al Soberano de atacar, sin pérdida de tiempo, las posiciones del Istmo (VIII, 100. 101); el propósito de continuar la guerra por tierra, aparece en el Rey bien patente por el hecho de haber enviado á sus hijos al Asia (VIII, 103. 107), lo que no tendria explicacion si hubiese abrigado entonces el propósito de regresar él mismo á sus Estados sin proseguir las hostilidades; asimismo se deduce ese intento del envio de los prisioneros y de la permanencia del ejército en Atica algunos dias despues del regreso de la armada (Herod. IX, 99, y VIII 113). El envio de los príncipes está bien demostrado y es un hecho consignado en las tradiciones de Halicarnaso, donde se tomó pretexto de esta confianza que depositó el Rey en Artemisia para enaltecer las cualidades de su princesa; tambien están claramente consignados y acreditados en las tradiciones de Samos el embarque de los prisioneros griegos y el rescate de los atenienses por los samiotas Por último, la separacion de los soldados extranjeros agregados á las tripulaciones de las naves y su incorporacion al ejército, demuestra el propósito de encomendar á la flota, sin la intervencion del ejército, la defensa del Helesponto y de los puentes. Herod. VIII, 130. IX, 32.

resguardo la bahía de Argos ó el golfo lacónico. Otra dificultad se presentaba á los griegos. Si Jerjes emprendia el ataque del Istmo, nadie seria capaz de retener en Salamina á los peloponesios, con lo que volveria á surgir el grave inconveniente de fraccionar la armada. Sólo quedaba un remedio al parecer de imposible aplicacion: obligar á los persas á abandonar la Grecia y emprender la retirada.

Temístocles veia bien claro donde podia darse el golpe decisivo: el centro de todas las comunicaciones del enemigo y base de sus operaciones estaban en el Helesponto; si se cortaba aquella comunicacion, todo aquel inmenso ejército quedaba á merced del hambre y de los griegos, cualquiera que fuese el giro que tomaran los sucesos. Pero además era aquella importantísima posicion el punto flaco del imperio medo-persa; porque no bien corriese el rumor de que el Rey, con todo su ejército, se hallaba cortado en Grecia, era seguro el levantamiento de las ciudades del estrecho y de los jónios y probable el de otros muchos pueblos anexionados al imperio por la fuerza de las armas. La sola aparicion de la armada griega en el Helesponto amenazaba romper la cohesion de los heterogéneos elementos que constituian los dominios de Jerjes, si es que no conmovia su trono.

En el consejo de los estrategos de la armada propuso Temístocles evacuar inmediatamente la isla de Salamina, navegar con toda la presteza posible hácia el Helesponto y romper los puentes de barcas (1); pero no logró convencer á la mayoría, que calificó de loco el proyecto de abandonar aquella posicion estando amenazado el Istmo por todo el ejército enemigo, arriesgando perder

(1) Herod. VIII, 108.

así en un momento lo que con tanto esfuerzo habian ganado; eso aparte de que entonces se ignoraba la direccion que habia tomado la flota y las órdenes que llevaba; que era problemático el levantamiento de los jónios, segun lo acreditaba la experiencia de Artemisio y Salámina. Los estrategos rechazaron el atrevido proyecto de Temístocles, especialmente por el temor que les infundia el innumerable ejército de los persas (1).

Pero el caudillo ático no desistió de su propósito, siquiera tuviese que realizarle sólo en apariencia; valia, en realidad, la pena de ensayar si el Rey cobraria miedo y volveria piés atrás al tener noticia de la operacion que propuso Temístocles en el consejo de estrategos helenos. Ocurrírsele la idea y realizarla, fué obra de un momento. Pero, en su clara inteligencia, comprendió que la segunda embajada debia ser opuesta á la primera. En efecto; el aviso que envió secretamente al Rey, antes de la batalla de Salamina, no habia resultado verdadero; los hechos habian demostrado todo lo contrario de lo ofrecido por Temístocles. La tenaz resistencia que opusieron las naves griegas y el orden admirable con que pelearon sus bisoños marinos, demostraron á los persas que lo de la fuga nocturna fué un ardid de guerra. Una segunda embajada del mismo caudillo, cuyas naves precisamente habian decidido la jornada, tenia que producir en el campamento persa el convencimiento de que intentaba, por segunda vez, engañarles y hacer sufrir al ejército una derrota análoga á la que habiá destruido la mitad de su armada. Era, pues, seguro que los generales persas tendrian por verdadero lo contrario precisamente de lo que les anunciara Temístocles. Así lo comprendió éste, y en este cálculo ingeniosísimo fundó su segunda misiva.

(1) Eforo citado por Diodoro, 11, 19.

Habia entre los prisioneros de la jornada de Salamina cierto eunuco, llamado Arnaces, que tenia fácil acceso á la presencia del Rey. Anuncíole Temistocles que recobraria la libertad bajo la condicion de llevar á Jerjes un aviso secreto de suma importancia. Díole, pues, el siguiente parte: «El estratego de los atenienses, por el buen servicio del Rey, retiene á los griegos que intentan perseguir la armada real y romper los puentes del Helesponto; el Rey puede emprender la retirada con toda tranquilidad y sin apresuramiento.»

La embajada produjo el apetecido resultado. Nadie dudó en el campamento de Jerjes, que su autor ocultaba un nuevo ardid ó meditaba una segunda perfidia. Creyóse como cosa cierta, que, con el expresado aviso, se proponia infundir una falsa confianza, á fin de ganar tiempo para que la flota helena arribase al Helesponto antes que la persa. El valor y la osadía casi increible que habian desplegado los griegos en las últimas jornadas, no dejaban lugar á dudar que fuera ese su intento, á pesar de los millares de enemigos que aun hollaban el suelo pátrio y no obstante el peligro en que quedaba su ejército del Istmo.

La atrevida al par que ingeniosa embajada del estratego ático, sembró el pánico en el campamento real. Es verdad que la armada griega permanecia anclada en la bahía de Salamina, lo que podia tomarse como indicio de la verdad del aviso; pero 300 trirreos se movian con más rapidez que los 600 de la flota persa y esta debia hacer un rodeo que doblaba por lo ménos su camino. En cualquier caso podian sobrevenir graves complicaciones de la sola presencia de la armada griega en el Helesponto, pero el peligro era incomparablemente mayor si llegaba antes que la de los bárbaros. Los generales persas no dejarian de recordar la situacion apu-

rada á què se vió reducido Dario por el levantamiento de los griegos operado á su espalda. Y sin embargo, en su ejército no servia ningun soldado heleno; ahora por el contrario, el ejército griego predominaba en la flota y el mismo ejército se hallaba apoyado por aliados griegos, todos los cuales podian muy bien sublevarse y sacudir èl yugo extranjero en el momento en que apareciesen las naves helenas en los estrechos anunciando su triunfo y proclamando la derrota del Rey, que tratarian de pintar con los más negros colores, añadiendo que se hallaba completamente imposibilitado para regresar al Asia; en tal caso era seguro que se les unirian, por lo ménos, la mayor parte de sus compatriotas.

Pero aun suponiendo que la armada real se adelantase á la griega, habia poderosos motivos para dudar de la constante fidelidad de los egipcios, chipriotas y cilicios, mucho más de los helenos, que sólo por despecho habian combatido contra los de su raza. Ninguno de estos pueblos luchaba por defender intereses propios; defendian los de un príncipe extranjero, por el que no sentian siquiera simpatías. Perdido el Helesponto, quedaba harto comprometida la retirada, y con esta la paz del imperio entero, ya que los pueblos vasallos del Asia sólo deseaban una ocasion, un pretexto para recobrar su independencia; ¿y qué mejor pretexto que la derrota del soberano? Síguese, pues, que la pérdida del Helesponto podia ser un semillero de desgracias para Jerjes, para su ejército y para todo su imperio.

En vista de lo cual, no debe maravillarnos que el atrevido pensamiento de Temístocles, que tendia á herir en el corazon el colosal poderío de Jerjes, produjese un cambio completo en su plan de campaña y le hiciese comprender la necesidad absoluta de enviar prontos

refuerzos á las guarniciones de Eleunte y Sestos, encargadas de la defensa de los estrechos, no sólo con objeto de mantener libres las comunicaciones del ejército de tierra, sino tambien de evitar la defeccion de los jónios, haciéndoles ver que sus fuerzas se hallaban intactas ó poco ménos. Hé aquí, por qué se abandonó el proyecto de atacar las fortificaciones del Istmo, cuya conquista, á juzgar por la defensa de las Termópilas, era cuestion de muchos dias. Habia entrado ya el otoño, y algunas semanas más tarde, ofreceria dificultades casi insuperables el paso del Olimpo, de las montañas de Tracia y de sus torrentes. Por otra parte, el concurso de la flota era indispensable para el abastecimiento de tan numeroso ejército, á la vez que para la custodia del Helesponto y de las costas de Jónia.

La embajada de Temístocles dió por resultado la suspension de la campaña, mas no la conclusion de la guerra. Al efecto, se acordó que permaneciese en Grecia una division numerosa de tropas escogidas tal, que pudiera sostenerse durante el próximo invierno con los recursos de Beocia, Tesalia y Macedonia; el Rey, con el grueso del ejército, regresaria al Asia á fin de conservar la posesion de los estrechos, y evitar el levantamiento de los jónios ó sofocar el menor intento de rebelion.

***

Los historiadores difieren algun tanto al exponer los hechos que acabamos de relatar, sus causas y consecuencias. Es evidente que la segunda misiva de Temístocles, sobre cuyo resultado no dice una palabra Herodoto, evitó el ataque á las posiciones del Istmo y aceleró la retirada de Jerjes. Verdad es que dicho historiador presupone este resultado y, adelantándose al curso natural de los sucesos, atribuye á Jerjes esta resolucion

antes que se le impusieran los triunfos de los griegos. Sin embargo, Herodoto da á entender que conoce la verdadera causa de la retirada, en el mero hecho de advertir que se emprendió con toda la premura posible, por más que, de acuerdo con sus anteriores afirmaciones, debió llevarse á cabo sin apresuramiento. Bien claro indica Ctesias esa causa: «la habilidad de Temístocles y de Arístides determinó una vez más la retirada de Jerjes» (1). No son menos esplícitas las declaraciones de Eforo: «Temístocles á quien se atribuia el triunfo, ideó otra estratagema de no inferior importancia... Como quiera que los griegos temiesen emprender la lucha en tierra contra tantos millares de guerreros, Temístocles redujo estas fuerzas por ese procedimiento... El Rey prestó fé al aviso de que los griegos intentaban romper los puentes, precisamente porque ese proyecto era de probable realizacion; y temiendo que se le cortase la retirada, determinó regresar apresuradamente al Asia.»

De muchos pasajes de Herodoto se deduce claramente que atribuye á los persas esos temores y todas sus consecuencias: el recuerdo de los peligros que asaltaron á Dario en la retirada del Danubio, y la posibilidad de que los griegos cortasen los puentes, á la que se prestaba entero crédito en el campamento persa (2). Cuando llega á la capital de Pérsia la noticia de la batalla de Salamina, la familia del Rey y sus cortesaños se preocupan ménos de la derrota sufrida, que de la suerte del Monarca; predomina la idea del regreso del ejército y la armada, á fin de evitar la defeccion de los jónios (3).

---

(1) Pers. 27.

(2) Herod. VII, 10. VIII, 97.

(3) Herod. VIII, 99. 130. IX, 96. El consejo que celebra Jerjes despues de la batalla, es tan problemático, como el que los griegos

Respecto de la sucesion cronológica de los acontecimientos, Herodoto, cuya narracion de los hechos, por lo demás, presenta todos los caractéres de verídica, precipita su marcha y realizacion de una manera inceríble. En primer lugar, no es posible que en el breve trascurso de 24 horas ocurra todo lo que segun dicho historiador tiene lugar en el campamento persa. Las dos armadas necesitaron por lo ménos cinco dias para reparar sus principales averías y quedar listas para el combate. Segun Herodoto, celébrase en ese espacio consejo de guerra para juzgar la conducta de los fenicios y jónios, que eran precisamente los que más tiempo sostuvieron el combate contra los griegos: apróntanse, no se sabe cómo, naves de trasporte, empiézase la construccion de un dique; celebra el Rey consejo con Mardonio sobre el futuro plan de campaña (1), acerca de lo cual, pide luego la opinion de los principales caudillos persas que, acto contínuo, se retiran para que pueda celebrar el Monarca un consejo privado con Artemisia. Claro está que, para Herodoto, nadie da tan sabios y prudentes consejos al Rey como la princesa de Halicarnaso (2). Terminada esta consulta, desembarcan los soldados indígenas incorporados provisionalmente á la armada, y ahora de nuevo al ejército; embárcanse los prisioneros y los hijos de Jerjes, y la flota se dió á la vela aquella misma noche, no sin quedar resuelto que el Rey em-

celebran en Andros; el primero está tomado de la leyenda de Artemisia y el segundo de la de Temístocles ó de la tradicion alcmeonida. Más probable es el hecho de que se mandase cortar la cabeza al capitan cuya nave emprendió primeramente la fuga.

(1) Como inspirador de esta guerra, temia que el Rey le atribuyera la responsabilidad del fracaso de la misma, por lo que se apresura á deshacer ese mal efecto.

(2) «No la falta más que el estro poético para ser una Sibila,» dice el autor del libro de Malign. Herod.

prenderia el regreso al cabo de algunos dias y que Mardonio permaneceria en Grecia con un numeroso cuerpo de tropas escogidas.

La exposicion de Herodoto adolece de los mismos defectos en lo que atañe á los griegos. En cuanto se aperciben de la desaparicion de la armada, aunque ignoran su derrotero, la persiguen hasta Andros, sin acordarse para nada del numeroso ejército enemigo que permanecia acampado en Atica, y dejando á merced de los persas las mujeres é hijos de los atenienses que se hallaban en Salamina (1). Desde este punto envió tambien Temístocles la segunda embajada á Jerjes (2).

Tambien presentan todos los caractéres de inverosímiles los discursos que Herodoto pone en boca de los estrategos durante la deliberacion. A Euribiades le hace decir: «si Jerjes, como es probable, es vencido en el mar, abandonará pronto la Europa; pero si se le cierra la retirada, los persas se convertirán en héroes por fuerza, someterán toda la Europa y la cosecha de Grecia bastará para alimentarlos (3); es preciso dejarle el

(1) Es hasta antiracional suponer, que los griegos se moviesen de aquellas playas sin retirar tan caros objetos, ó sin aguardar á que el enemigo hubiese emprendido la retirada y traspuesto por lo ménos el Citeron ó el Oeta; y puesto que no se dice que se verificase la evacuacion de Salamina, dedúcese que allí permaneció la armada hasta la retirada de Jerjes. Por consiguiente, debemos atenernos al testimonio de Tucídides, segun el cual, el consejo de los estrategos helenos tuvo lugar en Salamina y no en Andros.

(2) No por Sicinnos, sino por Arnaces, segun he demostrado en las Mem. de la Academ. de Berl. 1882, N. 17 p. 13.

(3) Si la cosecha de Grecia bastaba para sostener el ejército persa no se comprende cómo podia tan pronto verse reducido á una defensa desesperada. Aun es más ridícula la suposicion de que los griegos, que á duras penas pudieron defender una parte de su territorio, tuvieran la pretension de disputar á Jerjes la posesion de sus dominios asiáticos.

paso libre para retirarse y salirle al encuentro en el Helesponto, á fin de disputarle allí la posesion de una parte de sus dominios, cosa que á lo sumo pudo ocurrírseles despues de las jornadas de Eurymedon y de Chipre. No es ménos incomprensible el hecho de que los atenienses «irritados al ver que se les escapaban los persas, resolviesen acudir al Helesponto, solos ó con sus aliados» y que Temístocles tuviera que tranquilizarlos, cuando no habian sido capaces de impedir la total conquista de su territorio y se veian reducidos á la defensiva; ellos que tenian sus familias y todo su haber en Salamina, mal podian pensar en atacar á los persas en el Helesponto. Precisamente Jantippo y Arístides explotaron el proyecto de su rival, por el que intentó llevar la guerra al Helesponto, á fin de perderle en el ánimo de los atenienses (1).

Es, pues, evidente que los atenienses no pudieron abrigar el propósito de abandonar á sus familias en Salamina, teniendo aun al enemigo á 2.000 pasos de allí, por la vana quimera de futuras y problemáticas con-

(1) Creyó Herodoto que Temístocles trató efectivamente de quitar á los ateniénses el pensamiento de ir á los estrechos y destruir los puentes, á causa del colorido persófilo que dió el mencionado caudillo á su segunda embajada, obligado por el peligro que corria su vida; cuando Atenas y Esparta, quince años despues de la batalla de Salamina, buscaron con miserable empeño los medios de perder al salvador de Grecia, y sobre todo á causa de la falsa noticia conque trató de captarse la amistad de los persas. En efecto, este fué su objeto al escribir á Artajerjes: que habia manifestado oportunamente á su padre el intento que abrigaban los griegos de darse á la vela para el Helesponto, impidiendo de esa manera la destruccion de los puentes (Tucid. I, 128). Este supuesto aviso es el que ha desorientado á Herodoto, hasta el punto de hacerle inventar los discursos que pone en boca del mismo Temístocles, combatiendo el propósito de los atenienses, y que son de su propia cosecha, lo mismo que los que atribuye á Euribiades.

quistas en Asia y que, por tanto, no tuvo que hacer esfuerzos Temístocles ni pronunciar discursos, con objeto de disuadirlos de tal propósito, diciendo que «en muchos lances habia observado que los hombres reducidos al último trance y apuro, aun despues de haber sido vencidos, vuelven á pelear desesperados y procuran borrar la primera nota de cobardes en que habian incurrido;» no sin añadir para dar mayor fuerza á su argumento, aunque era el mismo enunciado por Euribiades, que «no tanto habian sido ellos los que á tal hazaña habian dado cima, como los dioses y los héroes, quienes no habian podido ver que un hombre sólo, impio por demás y deslumbrado, viniese á ser señor del Asia y de Europa; un hombre ateo que abrasaba las estátuas de los dioses, tan insensato, que mandó azotar y arrojar grillos al mar mismo:» en cuyas palabras se descubre la teoría de Herodoto relativa á la envidia de los dioses, sazonada aquí con la leyenda de la flajelacion y aprisionamiento del mar por el Monarca asiático. Despues les exhorta á la prudencia, diciéndoles: «quedémonos por ahora en Grecia: vaya cada cual á levantar su casa, y á hacer su sementera, ya que hemos logrado arrojar al bárbaro del todo. Al apuntar la primavera, iremos con buena armada á Jónia.» Evidentemente un hombre tan entendido como Temístocles, no podia hablar de esta manera teniendo aun delante de los ojos al ejército persa. Este lenguaje y el ánimo levantado que presupone en los griegos, particularmente atenienses, áun á raiz de la jornada de Salamina, contradice los hechos y se opone á la afirmacion de Eforo, segun el cual «temian hacer frente á tantos millones de soldados como componian el ejército de tierra» (1).

(1) En la expresada disertacion sobre la traicion de Temístocles.

***

Por un momento pudieron los griegos abrigar el temor de que se emprendiese el ataque contra el Istmo con las fuerzas que debian permanecer en Grecia al mando de Mardonio; pero en el campamento persa se pensaria de otro modo, juzgando indecoroso para el Monarca que su general llevase á cabo la principal operacion de la campaña en el momento mismo en que él se retiraba del teatro de la guerra. Y luego si sufria un descalabro, se hubiera visto precisado el Rey á volver sobre sus pasos á fin de prestarle auxilio. Agréguese á esto que el numeroso cuerpo de tropas destinado á continuar la campaña de Grecia no podia establecer sus cuarteles de invierno en un pais desolado como Atica; era preciso escojer con tal objeto una comarca próxima á los dominios de Pérsia, y entre ellas ninguna ofrecia más favorables condiciones, por su estension y sus recursos, que Tesalia. Quedó resuelto que todo el ejército se dirigiese á Tesalia, evacuando tambien el Atica, con lo cual Mardonio, segun lo demostró claramente en la inmediata campaña, ó los generales persas, llegaron á concebir la esperanza de atraer á los griegos fuera de las fortificaciones del Istmo y hacerles internarse hasta Beocia; los llanos de esta region ofrecian excelentes condiciones para el desarrollo del inmenso ejército asiático, y allí hubiera podido terminarse de un sólo golpe la campaña, llegando al deseado objeto.

Segun todas las apariencias, el ejército persa emprendió la retirada en los primeros dias de Octubre. Demarato vió frustradas sus esperanzas de recuperar el

hice notar que la eleccion de comisionados para llevar la segunda embajada, présupone que existia la práctica del proceso criminal; allí expuse el orígen y objeto del relato de Herodoto, en el que el hijo de Jantippo manifiesta su opinion sobre Temístocles.

trono de Esparta, y Pisístrato tuvo que abandonar de nuevo su principado, convertido por obra y gracia de sus amigos en un desierto; uno y otro, sin embargo, se consolarian entonces con los triunfos que el ejército persa alcanzaria en la próxima campaña. Por esta vez tuvo que contentarse el orgulloso Monarca asiático con algunos trofeos cogidos en Atica, aunque no en lucha con el enemigo: entre ellos se hace particular mencion de la estátua de la Artemis de Brauron, y de las estátuas de Harmodio y Aristogiton que se hallaban en el mercado de Atenas (1).

Pero los peloponesios no se dejaron seducir y permanecieron detrás de sus murallas. En Tesalia se verificó la proyectada separacion de las tropas. A las órdenes de Mardonio quedaron todos los persas mejor equipados, de infanteria y caballería, con los contingentes de los medos, báctrios é indios, los egipcios de la casta guerrera, un regimiento montado de la guardia real y la division de los Inmortales; en junto, sobre 250.000 hombres, á los que más tarde se agregarian otros 60.000 medos que, despues de acompañar al Rey, regresarian en la inmediata primavera á Tesalia, sirviendo además con su presencia en las costas de Tracia, durante el otoño é invierno, para mantener á raya á los trácios y griegos de dicha costa. Mardonio contaba además con los contingentes de Macedonia, Tesalia y Beocia, de suerte que su ejército era aun excesivo para las dimensiones del teatro de la guerra y más que suficiente para dar cima á la empresa de subyugar la Grecia.

Traspuesto el Olimpo despidió Jerjes las tropas macedonias y las que se habian agregado al ejército real procedentes de las tríbus trácias. Encomendóse el cui-

(1) Pausan. I, 8, 5. Arrian. Anal. III, 16. 13. Valer. Max. II, 10. Exc. 1.

dado de los enfermos y rezagados del ejército á las ciudades griegas de aquella costa; y el Rey tuvo cuidado de premiar los servicios que le habia prestado Abdera en el aprovisionamiento de las tropas, regalándole un sable de oro y una tiara del propio metal. Dejó asimismo guarniciones de su devocion en algunas ciudades y reforzó las que ya habia en otras, muy particularmente las de Eion, cerca del Strymon, de Dorisco en el tránsito del Nestos, de Cardia y de Eleunte en el Querso-neso, por su especial importancia, como la dejó en Sestos, á donde llegó el Rey hácia la mitad de Noviembre.

La retirada se hizo con gran rapidez, atendida la colosal impedimenta, puesto que en 45 dias recorrió el gran ejército las 110 millas que separan la indicada ciudad de Atenas; de suerte que anduvo dos y media millas por dia. Las tormentas del otoño habian destruido los puentes de Sestos, pero la armada seguia ya los pasos del ejército para trasportarle, sin que en esta operacion la molestase la flota helena, que no se presentó siquiera á la vista (1).

A raiz de los sucesos, empezaron ya los griegos á calificar de fuga la retirada de Jerjes con el grueso de su ejército; pero ni habia motivo para tal fuga, ni los hechos demuestran que tuviera ese carácter; únicamente podia atribuírsele, comparando el contraste que formaba la pretenciosa entrada de Jerjes en Grecia con su modesta y silenciosa retirada.

No habian trascurrido siete años despues de la ba-

(1) Herod. VIII, 115. Esquilo presenta aun en pié este puente (Pers. 734. 736). A la ida tardó el ejército persa cuatro meses en llegar al Atica, segun el computo de Herodoto; lo que no está claro es si este historiador cuenta los 45 dias desde la salida del Atica ó desde Tesalia, aunque lo primero es más probable.

talla de Salamina, y ya presentaba Esquilo en el teatro ateniense á las tropas de Jerjes sufriendo hambre y sed, en su retirada, aun antes de salir de Beocia; atormentadas por toda clase de privaciones durante la travesia de los territorios aqueos y tesalios, en todas partes cayendo muchos estenuados de hambre, de sed y de fatiga, y muchos más se ahogan en las olas del Estrymon, cuyas aguas, cubiertas con una traidora capa de hielo, que se rompe bajo la accion del sol de mediodía y bajo el peso de los soldados, sirven de tumba á millares; de tal manera, que un corto número solamente, pisa de nuevo con el Rey el suelo asiático (1).

El mismo Herodoto que con credulidad excesiva reproduce la tradicion histórica de Esparta, segun la cual se presentaron á Jerjes en Tesalia los heraldos espartanos á fin de pedirle satisfaccion por la muerte de Leonidas, no puede ménos de contradecir otras exageraciones que corrian en su tiempo acerca de la fuga de los persas. Así niega que tenga fundamento esta narracion de la vuelta de Jerjes: «cuéntase que habiendo llegado á la ciudad de Eyona, situada sobre el Estrimon, encargando á Hidarnes la conduccion del ejército al Helesponto, partió para el Asia embarcado en una nave fenicia. Estando en alta mar, levantóse un fuerte viento y puso en gran peligro la nave, por ir cargada de gente distinguida que acompañaba al Rey. Entonces éste, llamando al piloto, preguntóle si les quedaba alguna esperanza de vida. Y como le dijera el piloto que sólo podrian salvarse deshaciéndose de tanta gente como allí iba, los persas se arrojaron espontáneamente al agua, con lo que, alijerada la nave, pudo llegar al Asia en salvo No bien hubo saltado en tierra Jerjes,

(1) Persas, 482 sigs.

ejecutó una doble justicia, pues premió con una corona de oro al piloto por haber salvado la vida al Rey y le mandó cortar la cabeza por haber perdido á tantos persas.» Herodoto impugna igualmente otra leyenda de la que se contaba que Jerjes atravesó el Helesponto con gran trabajo y solo, temblando de miedo, en una barcaza de pescadores (1).

Más sólido fundamento tienen las noticias relativas á la falta de víveres y otras penalidades que afligieron al ejército en su regreso, de que se hace tambien eco Herodoto, siquiera se hallen recargados los colores sombrios. Durante muchos dias de marcha se cuenta que no tuvieron los infelices más alimento que hierbas, hojas y cortezas de árboles, efecto de lo cual se desarrollaron en el ejército la disentería y otras enfermedades que le diezmaron. Ya en Tesalia, Macedonia y en el país de los peones del Estrimon, hubieron de quedarse muchos enfermos. Por el contrario, en el Helesponto encontraron tal abundancia de provisiones que los excesos en la comida por un lado y el cambio de agua por otro recrudecieron las enfermedades. Todo lo cual demuestra que los almacenes se habian agotado á la ida, en gran parte á lo ménos, lo que unido á las fatigas de la marcha, á la crudeza de la estacion y á la diferencia de clima para los soldados que procedian de paises más meridionales, pudo producir los estragos de que con tanta insistencia hacen mencion las tradiciones de aquel tiempo. Pero en las peores condiciones apenas puede admitirse que pereciese una tercera parte del ejército, ya que el mismo Herodoto asegura que de los 60.000 hombres que recibieron el encargo de evitar un levantamiento en Tracia y que, despues de llegar al Helesponto, re-

(1) Herod. VIII, 118. 119. Justin. II, 13.

gresan en el rigor del invierno á marchas forzadas y en medio de horribles penalidades y privaciones, sólo perecen ó se quedan en el camino por enfermedad 20.000 llegando á Beocia 40.000 hombres.

***

Indudablemente eran muy otras las esperanzas que llevaba Jerjes al salir de Sardes para Grecia siete meses antes. Detúvose ahora en la capital de Lidia, no solamente para seguir de cerca el curso de las operaciones si que tambien para tener á raya á los jónios. Desde allí expidió á Susa los trofeos cogidos en Atenas; envió á su pátria á los fenicios y egipcios de la armada, ordenando que los demás contingentes invernasen en Cumas y Samos: de los 690 triereos, cilicios, chipriotas, pamfilios, licios, carios, jónios, eolios, dorios y helespontios que revistó el Rey en la anterior primavera en la playa de Dorisco, sólo quedaban 300 segun Herodoto y 400 al decir de Eforo (1). Jerjes premió el valor que desplegó en Salamina Teomestor de Samos, nombrándole príncipe de esta ciudad y su isla.

Atendidas las enormes pérdidas que sufrió la armada persa en esta prímera parte de la campaña, nadie pensó que pudiera estar lista para tomar parte activa en la inmediata; por cuya razon se calculó desde luego limitar su accion á la defensa del Helesponto y de las costas. Del mando de la flota se encargó Artayntes que tuvo á sus órdenes como segundo almirante á su sobrino Ithamitres; y los soldados de marina se pusieron á las órdenes de Mardontes, hijo de aquel Bagaeo que salió á la defensa de Dario en uno de los momentos más hazarosos de su vida. El ejército de tierra, reducido ya

(1) Herod. VIII, 130. IX, 96. Diodoro, 11, 27. 36.

á proporciones relativamente exíguas, á consecuencia de las bajas producidas en los combates, por enfermedades y sufrimientos y por efecto de las numerosas guarniciones que dejó el Rey en la costa de Tracia y en el Helesponto, se acuarteló en los mejores puntos de Sardes y Mileto: en esta ciudad y sus cercanías se alojaron 60.000 hombres al mando de Tigranes y de Masistes, hermano de Jerjes; el resto acampó en Sardes y sus alrededores (1).

Con estas disposioiones quedaban los persas en actitud de mantener en la obediencia á los jónios y de rechazar cualquier intento de desembarco que hicieran los griegos en Anatolia. Sábese que los primeros conceptuaron muy superiores á las suyas las fuerzas medo-persas concentradas en aquellos parajes. El monarca persa y todos sus generales cifraban sus esperanzas en el ejército de tierra; teníase por seguro el éxito de Mardonio en el próximo estío; y para ese caso se creia que podria volver á tomar la ofensiva la armada en las costas de Grecia (2).

El ejército peloponesio mandado por Cleombroto que, de un momento á otro esperaba el ataque de los persas, se vió de pronto libre de tan enojoso cuidado. Lejos de perseguir á los enemigos en su retirada, ocupar de nuevo los desfiladeros del Oeta, en cuanto los traspusieran los persas á fin de cubrir el Atica y de castigar á los cantones persófilos como Beocia; ó, caso de parecerles demasiado arriesgada tal operacion, á lo menos avanzar hasto el Citeron, á fin de protejer el regreso de los atenienses á sus hogares y prestarles apoyo para reedificar sus casas y cultivar sus tierras, el

(1) Herod. VII, 80. VIII, 130. IX, 96. 107. Diodoro 11, 34. 36.
(2) Herod. VIII, 130. 132.

ejército peloponesio, no bien adquirió seguridad de que no habia que temer ya un ataque al Istmo hasta la primavera inmediata, se deshizo para dirigirse cada uno á su casa. La flota helena tampoco pudo abandonar sus posiciones de Salamina hasta tanto que se confirmó plenamente la retirada del ejército enemigo y supo que ya habia traspuesto el desfiladero del Oeta, con lo que se desvanecieron los temores de una nueva ocupacion de Atica. Y es seguro que los jefes de la armada apenas podrian recibir noticias precisas sobre esto antes de mediar el mes de Octubre.

En efecto; dada la batalla de Salamina hácia el 20 de Octubre, la armada persa no necesitó ménos de cinco dias para reparar averías y quedar lista para hacerse á la vela, á los que es preciso agregar los que, segun el testimonio de Herodoto, permaneció el ejército en Atica; otros tantos por lo ménos; de suerte que la retirada no pudo emprenderse hasta principios de Octubre, y necesitando diez dias para llegar al Oeta, resulta probado lo que decimos antes.

Estaba ya harto próximo el invierno para poder emprender ninguna cosa séria; y sin embargo era indispensable arrebatar á los persas la posesion de las Cicladas, á fin de quitar á su armada aquel excelente punto de apoyo y los subsidios que en naves y en hombres pudieran prestarles. Vemos, pues, que los estrategos helenos tuvieron que apropiarse ahora el pensamiento que trató de poner en ejecucion Milciades y que ya realizó en parte; sin embargo, al caudillo ateniense le valió un cruel castigo y por poco le acarrea la sentencia de muerte. Por lo demás, la empresa ofrecia ahora ménos dificultades que antes, toda vez que gran parte de las islas militaban desde la citada expedicion en el partido heleno, como Ceos, Cithnos, Serifos, Sifnos y Me-

los, que constituyen el grupo occidental, todas las cuales habian enviado sus naves á la armada nacional; los buques de Tenos y Naxos se habian pasado á la flota griega antes de empezar la batalla de Salamina y Paros, que por temor á los persas opuso tenaz resistencia á Milciades retuvo en casa sus naves, esperando conocer el giro que tomaban los sucesos. Es natural suponer que la noticia del triunfo obtenido por los griegos y de la retirada de las fuerzas marítimas y terrestres de los persas, llenaria de esperanzas é infundiria valor á los isleños para derribar el régimen favorable á la dominacion persa; para lograr este resultado, contaba la armada helena con el apoyo de todos los que habian sufrido persecucion ó destierro bajo los gobiernos persófilos. En realidad las cosas presentaban muy distinto aspecto ahora que en tiempo de Milciades; entonces disponia Persia de numerosísima flota y su general Datis se hallaba dispuesto á socorrer á los aliados del Rey con 600 triereos.

La proyectada operacion exigia mucho dinero y las cajas de los cantones estaban exhaustas; por lo que hace á los atenienses ni medio siquiera tenian de contribuir á la realizacion de la empresa de otro modo que con sus naves y soldados. Agotadas tambien las reservas no quedaba otro recurso para sostener los 70.000 hombres de la armada que el de imponer contribuciones á las mismas islas que habian prestado auxilio á los persas, en resarcimiento de los daños que causaron á los griegos y en castigo de la traicion que habian hecho á la causa nacional; claro está que la armada misma se encargaria de exigir esos subsidios á las islas que opusieran resistencia; y en estas mismas podia establecerse el sistema de cobrar el proyectado impuesto de guerra á los que se hubiesen señalado por sus ideas favorables

los enemigos de Grecia. Estos castigos impuestos á los persófilos eran eficaz remedio para despertar el espíritu nacional, de que tanto habia menester Grecia para conjurar les peligros que la amenazaban. Los aliados del Istmo habian adoptado una resoluciou análoga, respecto de los cantones que, sin verse obligados por la fuerza, se habian adherido al partido persa, segun vimos anteriormente.

Andros, que habia entregado sus naves á la armada real, era la isla más próxima á Salamina, y allí dirigió su rumbo la flota griega. Rehusaron los andrios el pago de la contribucion y se refugiaron en la capital situada en la costa occidental de la isla (1). Pusiéronla cerco los griegos, pero los sitiados se resistieron animosamente. Estando la armada helena delante de Andros presentáronse á los estrategos algunos fugitivos y desterrados de varias islas, expulsados de ellas por sus opiniones antimédicas, pidiéndoles que acudiesen á sus respectivas islas y les ayudasen á reponer en el mando á los defensores de la causa helena. Hasta de Rodas se presentaron fugitivos pidiendo á los griegos que acudieren á libertar esta isla del yugo persa. Segun todas las apariencias, se establecieron entonces gobiernos de ideas antimédicas en casi todas las Cicladas, con ó sin el concurso de las naves griegas, que acudian en junto ó por secciones á donde se reclamaba su presencia. Entre otros testimonios que lo acreditan podemos citar unos versos de Timocreonte (2), y el hecho de que en la inmediata campaña, las Cicladas sirvieron de estacion naval á la armada griega.

Pero la proteccion de las naves helenas no alcanzó

(1) Herod. VIII, 66.
(2) Plut. Themist. 21.

á Rodas. Era natural que los estrategos que negaron su concurso al proyecto, en virtud del cual, Temístocles se propuso dar el golpe de gracia á los persas en el Helesponto, rehusáran todo auxilio á una isla situada al Sur del Archipiélago, próxima á los dominios medo-persas del continente, cuya conquista no traeria sino efímeras ventajas á los griegos, toda vez que volveria á poder de los persas tan pronto como aquellos retirasen de allí sus naves.

Las fuerzas navales de Grecia reunidas sufrieron en Andros un descalabro mucho más lastimoso que el que dejó tan quebrantada la fama de Milciades, al intentar la conquista de Paros con solas 70 naves. Despues de la jornada de Salamina y del triunfo alcanzado sobre la poderosa armada de Jerjes, parecíales vergonzoso retirarse de Andros sin haber logrado el objeto de la expedicion y apelaron al mísero recurso de asolar la pequeña Caristos que se alza al S. de Eubea, la que habiendo entregado al Rey un trireeo rehusó ahora el pago de la contribucion de guerra. No obstante los griegos obtuvieron como resultado de esta breve campaña la sumision de casi todas las Cicladas, y, antes que les sorprendiese el invierno, navegaron con rumbo al Istmo.

***

De las tres primeras naves fenicias que apresaron los atenienses en Artemisio, resolvieron ofrecer una á Poseidon que, en su calidad de señor de los mares, habia castigado la flota persa con vientos adversos y tormentas, colocándola en su santuario nacional del Istmo, otra á Athena en el suyo de Sunion, y la tercera á Ayas en Salamina. Ofrecido el sacrificio de gracias al Neptuno del Istmo, sufragó Temístocles los gastos de una comida en honor de los estrategos ó capitanes de la

armada, y algunos creen que hizo extensivo su convite á todos los soldados de la mísma.

Los griegos miraban la guerra como un certámen atlético. El voto de los estrategos debia indicar quién era el que más habia contribuido al éxito de la campaña y el que mayores servicios habia prestado á la causa de los griegos. La votacion se verificó en el antiguo santuario dedicado á Neptuno en el Istmo, y fué secreta. Examinadas las tablillas, se vió que cada estratego se habia dado á sí mismo el voto, atribuyéndose el premio; la mayoría dió el segundo lugar á Temístocles, en vista de lo cual se desistió de otorgar premio alguno, y ni aun se proclamó el triunfo alcanzado por Temístocles, al obtener el segundo premio (1) por decision de sus propios enemigos y rivales. Aun se procedió con mayor parcialidad al designar el canton que se habia hecho acreedor á la recompensa del valor en la batalla de Salamina. Por más que estaba en la conciencia de todos que ninguno se habia señalado tanto como Atenas, que habia decidido el triunfo, los peloponesios no tuvieron la suficiente hidalguía para hacer esa confesion en favor de los jónios, y dieron el voto á los eginetas, que si bien pelearon con valor, habian dejado en su puerto la mitad de sus naves, con lo cual comprometieron el éxito de la jornada. La tercera votacion, que tenía por objeto designar á los capitanes que más se habian distinguido, dió el mismo resultado; obtuvo el primer premio Crios de Egina, Eumenes de Atenas el segundo y el tercer premio se otorgó á Aminias el ateniense, que fué el primero en romper el ataque, poniendo térmido con su animosa conducta á las vacilaciones de los griegos y que, además, habia echado á pique la

(1) Herod. VIII, 123. 124. Plut. Malign. Herod. 40.

nave almirante de Ariabignes. Hecho esto y erigido el trofeo sobre el promontorio de Cynosura, se disolvió la escuadra (1).

Respecto de la conducta de Temístocles durante el sitio de Andros, cuenta la tradicion helena cosas que afectan sériamente á su reputacion. El testimonio más antiguo que tenemos sobre este hecho, es contemporáneo de Esquilo, y acaso de la época en que éste vate redactó su composicion poética sobre la batalla de Salamina; proviene de un comensal del mismo Temístocles, del vate y atleta Timocreonte, de Yaliso, ciudad de Rodas. Kirchhoff ha demostrado que los versos de este poeta alusivos al expresado asunto, se redactaron entre los años 476 y 471 (2). Supónese que huyó de Rodas á consecuencia de sus opiniones antimédicas. Despues del inesperado cambio de situacion favorable á los griegos, esperaba poder regresar á su patria, para lo cual contaba con el apoyo de Temístocles. En su sentir este le debia prestar toda la proteccion necesaria, por lo que se irritó con él sobre manera al ver que no lograba de Euribiades que condujese á Rodas la flota para llevarle en triunfo á su ciudad natal de Yaliso. Los versos que compuso con tal motivo, están saturados del encono que albergaba su corazon contra el caudillo ateniense. Dicen así: «Latona estaba enojada con Temístocles, el embustero, el injusto, el traidor, quien por tres súcios talentos se dejó sobornar para no conducir á su comensal Timocreonte á su ciudad natal Yaliso. Cargado con esos tres talentos, se embarcó para sembrar la ruina, volviendo á unos á sus casas injustamente, expulsando á otros de su patria y matando á muchos, siempre bien repleto de dinero. En el Istmo dió una comida ridícula: hizo

(1) Hesych. *Silêniai*. Aeschyl. Pers. 303.
(2) Kirchhoff, Hermes 11, p. 40.

servir á los comensales carne fria. Comiéronla, pero manifestaron el deseo de que no se dispensase favor alguno á Temístocles.» La última indicacion alude visiblemente al premio de la victoria, que no se otorgó á Temístocles en el Istmo. Inútil es advertir que la circunstancia de que se sirviese carne fria en el banquete dado por Temístocles, no influyó ni poco ni mucho en el reparto de los premios.

Aunque con más visos de probabilidad, es tambien problemático el hecho de que se diesen al caudillo ateniense tres talentos para que se desistiese de llevar á Rodas la armada, en fin de Octubre ó principios de Noviembre; ya que no era Temístocles sino Euribiades el almirante que la mandaba. Por tanto, los sobornadores debian dirigirse á este, siquiera en el caso presente no fuera necesario ejercer presion de ninguna clase para hacerle desistir de una empresa que él calificaba de arriesgada y por ende inútil, tan llena de peligros por lo ménos como la expedicion al Helesponto. Por lo demás, si fué Temístocles quien restableció en el poder al partido antimédico, prestó un servicio eminente á su patria, á pesar de las venganzas, destierros y persecuciones de hombres del partido contrario y hasta de las penas de muerte que puedan haberse ejecutado, segun acostumbraban los griegos en casos semejantes; pero esto no quiere decir que la responsabilidad de tales hechos deba caer sobre Temístocles, como pretende Timocreonte.

Sobre este particular conviene saber que nadie tiene ménos derecho que este personaje para lanzar acusaciones contra sus compatriotas. En primer lugar su conducta lo mismo que sus ideas son de carácter más que sospechoso. Segun confesion propia, se pasó al campo medo-persa, y esta traicion á la causa nacional, le acarreó más tarde un nuevo destierro de Yaliso. Quince

años despues de la batalla de Salamina manifiesta su gozo de no encontrarse ya aislado por sus opiniones anti-helénicas, puesto que militaban otros muchos zorros en el partido de los persas. Por último le encontramos en la corte del Rey de Persia, donde se distinguió en el pugilato y en cuantos ejercicios atléticos tomó parte (1).

No son menos graves las acusaciones que lanza Herodoto contra el caudillo ateniense. «Los andrios fueron los primeros isleños á quienes exigió Temístocles la contribucion de guerra y se la negaron; mas como les previniese que los atenienses irian á atacarlos llevando consigo dos grandes divinidades para obligarles al pago, no obstante persistieron en su negativa, por cuya razon fueron sitiados. Entre tanto, Temístocles despachó á las otras islas las mismas órdenes y amenazas que habia empleado para obligar á los andrios, añadiendo que si no le daban el dinero, conduciria contra ellas la armada de los griegos; por cuyo medio logró sacar grandes sumas de los caristios y de los parios, que se las entregaron al ser informados del asedio en que Andros se hallaba, y tambien efecto de la reputacion que entre los capitanes griegos tenia Temístocles. Si hubo otras islas que le diesen dinero, no puedo decirlo de positivo, si bien me inclino á creer que las habria y que no serian las únicas las mencionadas. Mas no por eso lograron los caristios que no les alcanzase el rayo. Con esto Temístocles iba recogiendo dinero de los isleños á escondidas de los demás generales» (2).

Pero no fueron los atenienses por sí solos sino toda la armada la que puso asedío á Andros, cuyos habitantes recibieron del mismo Euribiades la intimacion ex-

(1) Ateneo p. 215. Ael. Var. hist. I, 27. Kirchhoff, l. c. 46.
(2) Herod. VIII, 111. 121.

presada, como que á él era á quien correspondia hacerla, de suerte que los caristios y parios tendrian que negociar, de buena ó mala manera, su rescate con Euribiades, generalísimo de la armada. Tampoco se nos alcanza la necesidad de enviar en secreto amenazas á las demás islas, siendo público el asedio de Andros y las intenciones de los griegos respecto de aquellos de sus compatriotas que habian entregado buques á la armada del Rey. Y luego, en el supuesto de que Temístocles hubiese recogido en secreto dinero de los isleños, de dónde sabe Herodoto que lo guardó para sí y no lo empleó en el sostenimiento de su numerosa marina? Descúbrese en esta insidiosa relacion la influencia de los alcmeonidas, enemigos del caudillo ateniense que esparcieron tales noticias valiéndose de personas tan poco escrupulosas como Timocreonte. De todo esto lo único que tiene visos de certeza es que Temístocles se valió de la amenaza para derribar á las fracciones del partido medo-persa que dominaban en las islas y poner en su lugar personas de ideas helenas.



Esparta apreció en todo su valor la conducta de Temístocles en la pasada campaña; todos comprendian lo mucho que le debia Grecia y Esparta muy particularmente, por lo que se pensó en indemnizarle de los ataques y desprecios de qne habia sido objeto anteriormente en el Istmo. Terminado el reparto de los premios, se dirigió á Esparta en compañía de Euribiades, invitado, segun el testimonio de Plutarco, por dicha república; entonces se otorgó á Euribiades la corona del valor y á Temístocles una corona de olivo como premio de habilidad y sabiduría. Además el estodo le regaló el carruaje más precioto que pudo encontrarse en todo el pais, y al

regresar á su patria, le escoltaron los 300 escogidos, es decir, lo más selecto de la juventud espartana, hasta la frontera de Tegea. Nunca se habian tributado tan altos honores á un extranjero en Esparta, y así lo afirman esplícitamente varios escritores antiguos (1). Eforo hace notar que en el reparto del botin le dieron tambien una porcion doble de la destinada á los que habian obtenido el premio de honor (2).

Las primicias del botin cogido en Artemisio y en Salamina se consagraron al númen délfico; más tarde se fundió con estos objetos una estátua colosal de bronce que representaba un griego de diez y ocho piés de altura, llevando en la mano el espolon de un buque. Acompañábala una inscripcion en que se especificaba que la estátua era donativo de todos los helenos que habian combatido en Salamina: citábase en primer término á los espartanos y seguian luego por orden; los atenienses, corintios, eginetas, megarenses, etc. La Pitonisa reclamó de los eginetas un donativo especial de su parte de botin para el númen délfico; parece ser que en recompensa se les ofrecia una declaracion esplícita del oráculo presentándoles como los que más se habian señalado en Salamina (3). Enviaron á Delfos, de acuerdo con este aviso un mastil de bronce y tres estrellas de oro. Por el contrario, no se aceptaron en Delfos los objetos que presentó allí Temístocles, como donativo de Atenas ó como regalo particular suyo, con lo que se quiso significar el desagrado que habia producido en aquel centro persófilo la extraña interpretacion que diera Temístocles á sus oráculos, para reanimar el decai-

(1) Herod. VIII, 124. Tucid. I, 74. Plut. Themistocl. 17.

(2) Diodoro, 11, 27.

(3) Herod. VIII, 121. 122. Plut. Malign. Herod. 39. 40.

do espíritu de los suyos. Los capitanes presentaron tambien ofrendas particulares á los dioses: el trierarjo Licomedes de Atenas que apresó en Artemisio el primer buque enemigo cogido en formal combate, de procedencia sidonia, consagró su bandera al «laureado Apolo» de Atenas; la tripulacion de un triereo corintio mandado por Diodoro, ofreció parte de su botin en el templo de Latona de Corinto, con esta inscripcion: «los marinos de Diodoro han consagrado á Latona estas armas cogidas á los medos, en memoria de la batalla aval» (1).

(1) Pausan. 10, 14, 5. 6. Sobre el órden en que se mencionan los nombres de los donantes en el voto general compár. Paus. 5, 23, 1. 2, y la inscripcion del voto ofrecido por Platea. Herod. VIII, 11. Plut. Themist. 15, Malign. 39.

XII.

NEGOCIACIONES Y COMPONENDAS.

Los cantones de la Grecia meridional habian rechazado la temerosa invasion de Jerjes, del ejército de mar y tierra más numeroso que jamás se habia conocido; nadie en la anterior primavera esperaba tan favorable resultado, y se hubiera tenido por loco al que osára predecirle. Los persas mismos fueron los primeros en reconocer la importancia de los triunfos alcanzados por los griegos sobre su numerosísima flota y la gravedad de las pérdidas que sufrió en las jornadas de Artemisio y Salamina, en el mero hecho de considerar amenazadas sus comunicaciones con Asia y de juzgar indispensable la retirada de la armada entera y de la mayor parte del ejército para protegerlas y cubrirlas. Y es que aquella numerosa masa de hombres sólo podia sostenerse del lado acá de los estrechos, en tanto que la marina del Rey fuese dueña indisputable del Egeo, y esa soberanía la perdió en Salamina. Quedaba, pues, herido el pié de barro del colosal poderío medo-persa, y nadie dudaba en la corte de Jerjes que el grandioso edificio se ven-

dria al suelo tan pronto como se viese amenazada sériamente la persona del Monarca.

Mas no se crea que estos primeros triunfos disiparon todos los peligros que amenazaban á Grecia; si habian vencido al enemigo por mar, nadie podia predecir el mismo resultado para la campaña que se preparaba en tierra. Mardonio con sólos 250.000 hombres era en realidad más temible en Grecia, que Jerjes con un ejército tres ó cuatro veces más numeroso. Por otra parte, lo que nunca lograron antes los persas, Mardonio se encontraba en el corazon del pais enemigo en el momento mismo de empezar la campaña, con tropas escogidas y perfectamente descansadas; esta vez no habia peligro de que sufriesen retraso las operaciones, ni de que estas se entorpeciesen por atender á los movimientos combinados de la armada, que no siempre podia obrar con desembarazo. Las comunicaciones con Asia estaban aseguradas, toda vez que el Rey y la flota ocupaban los estrechos y defendian los puntos principales de la costa asiática y aun de las islas, y la misma Grecia suministraba víveres suficientes para el sostenimiento del ejército de operaciones. El número de tropas guardaba tambien mejor proporcion que antes con el espacio en que debian realizar sus movimientos y la disminucion del ejército, se hallaba bien compensada por la excelencia de los soldados y de su armamento.

Sin embargo, Mardonio no se forjaba ilusiones sobre la índole de su empresa y se disponia á dirigir la campaña con prudencia y energía. Antes de encomendar á las armas la decision del pleito, resolvió entablar negociaciones con el enemigo, al intento de dividir los cantones aliados ó á lo menos de sembrar entre ellos desconfianzas y discordias. Segun parece, tampoco se economizaron para este objeto razones sonantes, que ya

entonces eran de gran peso. Los mismos amigos que tenia en Grecia, particularmente los tebanos, se apresuraron á descubrirle los flacos de los griegos asegurándole que si echaba mano del dinero alcanzaria triunfo completo sin disparar una sola flecha (1).

Atendida la situacion del ejército persa, los cantones más directamente amenazados eran Tespia, Platea, Atica y Megara. Los espartanos, despues de dejar libre la retirada á Jerjes, habian cometido la insigne torpeza de abandonar el paso del Oeta, cuyas ventajas, como posicion estratégica, les mostró particularmente Leonidas. Con su ocupacion habrian remediado en lo posible la falta que cometieron en la anterior campaña, destinando á su defensa fuerzas tan exíguas y sobre todo habrian impedido al enemigo aprovecharse á mansalva de los ricos productos de Beocia, cuya oposicion, si la hacian, podian vencer á poca costa. De esa manera se habria, además, evitado una nueva invasion de territorios aliados tan importantes como los de Tespia, Platea y Atica, expuestos ahora á una segunda devastacion. En su abandono llegaron los peloponesios al extremo de dejar desmantelado el Citeron cuya ocupacion no ofrecia peligro alguno.

Sin embargo los atenienses se arriesgaron á sacar á sus familias de los seguros asilos de Salamina y Trecena para llevarlas de nuevo al suelo pátrio. No era, en realidad de verdad, muy consolador el aspecto que ofrecia el pais con sus campos y plantíos desolados, con sus pueblos saqueados, sus templos presa de las llamas y la capital, con sus murallas, casi completamente reducida á escombros y cenizas; pero los atenienses, sacando de la misma necesidad fuerzas, se apresuraron á

(1) Herod. IX, 2. 12-15.

ocupar los desfiladeros del Citeron para cerrar el paso á los beocios y persas y volvieron luego á instalarse de la mejor manera posible para el invierno en medio de las ruinas. Entre los escombros de la ciudadela se encontraron trofeos antiguos y algunos ídolos de valor ennegrecidos por el humo; viendo en esto una señal de que los dioses lares no les abandonaban; hasta el olivo de Athena que existia en el Erejtheo, del que sólo habia perdonado el fuego las raices, tenia ya un retoño que media una vara (1). Todo esto reanimó su abatido espíritu. Tambien en Megara se miraba el porvenir con una confianza rayana en supersticion y abandono. Teognis lo demuestra cuando dice: «que Jove mantenga siempre levantada la diestra para la defensa de esta ciudad, y hagan lo propio los otros dioses inmortales! Que hagan resonar de nuevo la santa cancion, la forminje y la flauta; ofrezcamos agradables dones á los dioses, y sin temer la guerra con que nos amenazan los persas, hablemos de cosas agradables» (2).

***

Todo cuanto se habia hecho hasta el presente para salvar la Grecia de extranjero yugo era obra de Temístocles. Mediante una lucha de muchos años contra adversarios tan hábiles como tenaces que hicieron ruda oposicion á sus proyectos, habia hecho de Atenas una potencia marítima, dándole poderosos medios de defensa; él tomo la iniciativa para estrechar amistad con Esparta; él acalló las discordias que dividian á los cantones del Mediodía de Grecia, él obligó a su patria á ceder ante las infundadas exigencias de Laconia; él pre-

---

(1) Herod. V, 77. VIII, 55. Pausan. I, 27, 6.
(2) Theogn. Fragm. 758-764 Bergk. 2.ª ed.

paró las jornadas de Artemisio y Salamina obligando á los peloponesios á aceptar allí el combate, y, con agudísimo ingenio, fué tambien él quien motivó la retirada de Jerjes.

Pues bien; á pesar de tan eminentes servicios, al comenzar la próxima campaña no es Temístocles quien lleva las riendas del gobierno ático, ni el que dirije las fuerzas militares del país, al frente del cual encontramos, por un cambio de circunstancias incomprensible, á sus más decididos adversarios, Jantippo y Arístides, á quienes, como hicimos notar anteriormente, se habia levantado el destierro. Dióse al primero el mando de la armada ateniense y á Arístides el del ejército de tierra, siendo tambien Jantippo primer arconte del ejercicio corriente. Para darnos cuenta de este cambio extraordinario, verdaderamente incomprensible, por el que los atenienses, en situacion tan crítica, se privaron de los servicios del más inteligente de los caudillos griegos, nos vemos reducidos á simples conjeturas. Herodoto no hace la menor indicacion sobre las causas de su caida; Eforo dice tan sólo, que el pueblo ático llevó tan á mal el que Temístocles aceptase regalos de Esparta que le privó del mando supremo del ejército y se le dió á Jantippo (1). Esto es verosímil como lo es tambien el que los atenienses mirasen con recelo la fama de Temístocles, que oscurecia hasta los hechos más gloriosos de la patria y sus brillantes muestras de valor y constancia;

(1) Plut. Arist. 11: *stratègós autokratôr*. Pero en el c. 20 llama á Myronides y Lèocrates *süstrategûs* de Arístides y les concede voto. Herodoto dice (IX, 28) que les mandaba Arístides hijo de Lisimaco, pero luego habla siempre en plural, de los estrategos atenienses. De donde parece inferirse que Arístides era el arconte polemarjo del ejercicio, en tanto que Jantippo fué el arconte epónimo. Compár. Diodor. 11, 27. Herod VIII, 125.

pero de todos modos debe principalmente atribuirse su caida á la oposicion de Jantippo y Arístides, que pondrian en juego todos sus recursos para reconquistar el poder y recobrar su anterior influencia, en cuya empresa les ayudarian todos los que tenian algun motivo para temer el poderío extraordinario que habia alcanzado el eminente caudillo.

Segun todas las apariencias fundarian Jantippo y Arístides su oposicion á Temístocles en estas ó parecidas razones: la próxima campaña consistiria principalmente en combates terrestres, en la defensa del patrio suelo, antes hollado por mercenarios extranjeros; pero de continuar Temístocles al frente de los negocios volveria á dar mayor importancia á las operaciones navales, á resucitar su plan de ataque al Helesponto, dejando desmantelada la capital y sus contornos. Este era el plan que convenia á Esparta, porque la permitia resguardar sus fuerzas detrás de los muros del Istmo y defender al mismo tiempo la patria; de suerte que mientras Temístocles llevase las riendas del gobierno ó el mando del ejército, los espartanos estaban seguros de no verse obligados á salir del Istmo; pues por esa razon le habian dispensado tan altos honores, á fin de sobornarle; y entonces ellos tendrian que evacuar de nuevo el Atica. No dejarian tampoco de aprovechar el escaso fruto de su expedicion á las Cicladas y los rumores que corrian acerca de su soborno por dinero, á fin de echar por tierra todo su prestigio. Hubo quien llegó á sospechar de la exactitud de las cuentas presentadas por Temístocles, pero esta suposicion tenia menos fundamento que las otras y es seguro que Herodoto no la hubiera pasado por alto, habiendo recibido noticias directas del hijo de Jantippo. Por lo que hace al banquete mencionado anteriormente, ni siquiera merece tomarse en con-

sideracion. Sea de esto lo que quiera, con la eleccion de Jantippo y Arístides en la primavera del año 479, dió claramente á entender el pueblo que Atenas renunciaba á la guerra por mar y que en la próxima campaña se limitaria á la defensa del territorio de Atica, especialmente por tierra.

Cuando llegó á Esparta la noticia de la votacion desfavorable á Temístocles enfriáronse no poco las relaciones de ambos Estados, como se desmostró desde luego por la resolucion que adoptó Esparta de limitar más y más su accion á la defensa del Istmo y del Peloponeso; en realidad este acuerdo equivalia á una ruptura de relaciones. Para asegurarse el concurso de la armada ateniense, tuvo Esparta que hacer concesiones y penosos sacrificios en la anterior campaña, pues sólo en obsequio á Atenas y sus aliados tomó la resolucion de ocupar los desfiladeros del Olimpo y del Oeta sacrificando á Leonidas con sus 300 espartanos; pero en la inmediata campaña no era tan necesario ese concurso; ya que los persas no podian disponer de grandes fuerzas navales y tal vez no llegaria á presentarse su armada en las costas de Grecia (1). Aun en el caso de que esta tratase de operar un desembarco, estaba justificada la concentracion de su ejército en el Peloponeso para evitarle. Los griegos tenian por cierto que Mardonio abriria la campaña por el ataque del Istmo detrás de cuyos muros esperaban confiados al enemigo; nadie osaba oponerse á tan considerables fuerzas en campo abierto. Para los pelopo-

(1) Tucid. I, 91: «Los lacedemonios creyeron las palabras de Temístocles, por la amistad que le profesaban.» Eforo pone bien de manifiesto este cambio: «confiando en la enemistad que de aquí se originó entre Atenas y los demás helenos, empezó Mardonio á entablar negociaciones con los atenienses.» Diodor. 11, 28.

nesios era cuestion secundaria el que Atica volviese á caer en poder de los persas; cuanto más se debilitase Atenas, más resaltaba el poder de Esparta y con más razon podía llamarse la primera potencia de Grecia; esta república no hizo, pues, otra cosa que seguir la política egoista del año anterior; por lo que resolvió no hacer en favor de Atica sino lo indispensable para evitar que se pasara al enemigo. Con semejante política no podían esperarse grandes resultados de la inmediata campaña.

***

Hay hechos en este período de la guerra que no tienen fácil explicacion, pero desde luego no están acertados los que pretenden explicar la equívoca y desleal conducta de Esparta y las vacilaciones de Pausanias en Beocia el año 479 por la necesidad de esperar el resultado de las operaciones marítimas. En la primavera de dicho año no pensaban los espartanos tomar la ofensiva por mar, puesto que carecian de armada, y lo demuestra además el hecho de no haber aceptado los ofrecimientos de los chienses. Su exígua flota podia á lo sumo cubrir las costas del Peloponeso, pero no oponerse á las 500 ó más naves de la armada persa; así es que nadie pensaba entonces en buscar la solucion en el mar con solos 110 triereos, antes por el contrario, Esparta se hallaba más resuelta que nunca á esperar al enemigo detrás de las fortificaciones del Istmo, siempre que no tuviese que sacrificar por completo la alianza y la amistad de Atenas, cuyo concurso era indispensable si se renovaban las operaciones navales y cuya defeccion haria imposible la defensa del Istmo, puesto que dejaria al enemigo en libertad de operar desembarcos en cualquier punto de la costa. Esto nos dá la explicacion de la ambigua conducta de Esparta respecto de Atenas

con la que no queria romper antes de conocer á punto fijo el plan de campaña del enemigo. Pero despues que salieron á campaña las fuerzas espartanas, una vez evidenciado que la armada persa no avanzaria siquiera hasta las Cicladas y que, por tanto, la decision tendria lugar en el continente heleno, Pausanias pudo emprender las operaciones en Beocia sin esperar el resultado del combate naval.

En efecto; la accion de Micala fué un acontecimiento de todo punto inesperado, ya que nadie podia imaginar siquiera que 100 naves derrotasen á 300 y hasta paralizasen las operaciones del ejército de tierra. El celo imprevisto de los jónios fué la causa que movió á Leotiquidas á acometer una empresa heróica que rehabilitase tambien su decaido prestigio en Esparta; por lo demás, es notorio que los griegos tuvieron que agradecer, en gran parte, este resultado á la fundada desconfianza de los caudillos persas respecto de los jónios, eolios y helespontios que servian en su armada, á la imposibilidad de emprender operaciones navales con semejantes marinos, á la heterogénea composicion del ejército de Tigranes y al socorro que les prestaron los samios, todos hechos imprevistos y sobre los que no podia fundarse ningun cálculo razonable. Tampoco creemos acertado suponer, con Wecklein, que la miserable conducta de Pausanias en Platea fuese el resultado de cálculos estratégicos. Lo que en 480 movió á los espartanos á sacrificar á Leonidas, permaneciendo parapetados detrás de las fortificaciones del Istmo, y les hizo rehuir en 479 el combate, fué el temor de medir sus armas en campo abierto con los persas y de perder su reputacion de buenos guerreros, luchando contra un enemigo cuyo sistema de combate les era desconocido. Por lo demás, no sólo disponia de mayor número de hoplitas que los ate-

nienses, si que tambien de un número respetable de tropas ligeras.

Las causas anteriormente apuntadas inspiraron á Mardonio el pensamiento de entablar negociaciones antes de abrir la campaña. Detrás de las mismas fortificaciones del Istmo buscó aliados que dificultaran la defensa de aquellas posiciones. Desde luego encontró dispuestos á escuchar sus proposiciones á los argivos que no habian olvidado antiguos agravios inferidos por Esparta en la persona del Rey Cleomenes. Segun el testimonio de Herodoto, Argos, sin declararse por los persas de una manera ostensible deseaba el triunfo de Jerjes, por lo que ofreció á Mardonio hacer todo lo posible para evitar que los espartanos acudiesen en auxilio de Atenas; Argos no dejaria de cumplir su promesa, siquiera fuese en ódio á su rival Esparta. Pero además se encomendó la mision de ganar próselitos para la causa de los persas entre los mismos aliados de Laconia, al griego Arthmio de Zelea, en la Troade, á quien se entregaron con ese objeto sumas respetables antes de partir para el Peloponeso (1).

No era tan fácil como se creia separar á Atenas de Laconia. Es verdad que habiendo abandonado Esparta á su aliada, podia esperarse que diesen favorable resultado las negociaciones con los atenienses. Si Atenas se dejaba seducir por los ofrecimientos y halagos de los persas, dada la situacion en que se hallaba Grecia, quedaban nuevamente dueños del mar sus enemigos y la armada real podia tomar parte en el ataque al Pelopo-

(1) Herod. IX, 12. Diodor. 11, 28. Dinarch c. Aristog. 24, 25: Aesch. in Ctesiph. 258. Demosth. in Philipp. 3 p. 121. 122; falsa legat, p. 428 R. Plut. Themistocl. 6. Acl. Aristid. 1. 310. 2, 286. 393 Dindorf.

neso. Por lo que hace á Mardonio mostró no comun habilidad en la direccion de las negociaciones (1).

El rey Alejandro de Macedonia, vasallo del Soberano de Pérsia, sin romper abiertamente con éste, habia aprovechado el levantamiento de los jónios que acabó temporalmente con la soberanía medo-persa del lado acá de los Estrechos, para reanudar sus antiguas relaciones con los griegos y trabar amistad con ellos; era segun vimos antes, descendiente de raza helena. Conservó con Atenas las mismas relaciones que habia mantenido su padre con los pisistratidas; acogió á los atenienses en su territorio, por cuya razon le otorgaron el título de «bienhechor de Atenas», y representante de los intereses de Atica en Macedonia, con lo que se le otorgaba al mismo tiempo el derecho de hospitalidad en Atenas. Era, pues, el hombre más apropósito para servir de intermediario de las negociaciones entre esta república y Mardonio, quien le dió esa comision, comunicándole al efecto detalladas instrucciones. En Atenas se comprendió desde luego que la misiva de Mardonio habia de provocar temores y recelos en Esparta, y tan exacto fué su juicio en este punto, que los embajadores lacones se encontraron en Atenas con el del general enemigo y pudieron presentar á un mismo tiempo sus respectivos mensajes.

Llegado á la capital de Atica el enviado de Mardonio, habló á los atenienses de esta manera: «amigos atenienses, Mardonio me envia á daros de su parte esta embajada: me ha venido una orden de mi Soberano concedida en estos términos: «vengo en perdonar á los atenienses todas las injurias que de ellos he recibido; os mando oh Mardonio, primero, que les restituyais todas

(1) Herod. VIII, 130. 132.

sus propiedades; en segundo lugar, quiero que les acrecenteis sus dominios dándoles la provincia que quieran ellos mismos escoger, quedando independientes con todos sus fueros y su libertad; así mismo os ordeno que á costa de mi erario les reedifiqueis los templos que les mandé abrasar; todo ello con la condicion de que quieran ser mis aliados.» Por su parte Mardonio os dice lo siguiente: ¿qué tenacidad es la vuestra en querer continuar luchando contra mi Soberano? Ni en la presente guerra podeis serle superiores ni tampoco sereis capaces de continuarla por mucho tiempo. Bien conoceis el número, el valor y las hazañas de las tropas persas, y las fuerzas considerables que conmigo tengo. Aun cuando llegarais á vencerme en la actual campaña, pronto vendrá á continuar la guerra otro ejército más numeroso todavia. No os empeñeis, pues, en oponeros al Rey, espuestos siempre á perderos por vuestro capricho y á perder juntamente vuestra república. Haced la paz ya que el Rey mismo os convida con ella en condiciones tan ventajosas, y permaneced libres é independientes, unidos con nosotros, sin doblez ni engaño en una liga defensiva y ofensiva. Esto es lo que de su parte me mandó deciros Mardonio. Yo, por lo que respeta á mí. nada quiero deciros tocante á la amistad que os he profesado siempre; ya la conoceis; pero sí os añadiré que siendo tan inferiores vuestras fuerzas á las de Jerjes, condescendais ahora con las proposiciones de Mardonio; si yo viera en vosotros tanto poderío como es necesario para sostener la guerra contra el Rey, no me hubiese encargado de semejante embajada; pero el poder de Jerjes parece más que humano, tanto que no veo á donde no alcance su brazo. Si ahora que se os presentan partidos tan ventajosos no aceptais la paz que os ofrece, me lleno de horror sólo con imaginar el desastre que os

aguarda; pues vosotros sois los que entre todos los confederados estais mas expuestos á ser víctimas del furor enemigo. Estad seguros de que el Rey os hace un honor muy particular, no sólo en perdonaros los agravios, sino en escogeros entre los demás griegos para ser sus amigos.»

Luego que Alejandro dió fin á su discurso, tomaron la palabra los embajadores de Esparta y dijeron: «Tambien venimos nosotros á haceros una peticion de parte de los lacedemonios: redúcese á suplicaros que ni deis oido á las proposiciones del bárbaro, ni querais introducir la menor novedad en los asuntos de Grecia, cosa opuesta á la justicia, que os prohibe el honor de los griegos y muy particularmente vuestro mismo decor Pues vosotros habeis ocasionado la presente guerra, sin nuestro consentimiento; vuestra ciudad ha sido el primero y principal blanco del furor enemigo como lo es ahora por vuestra causa la Grecia entera. Y dejados aparte todos estos motivos, fuera cosa insufrible que vosotros, atenienses, que os habeis preciado siempre de ser los mayores defensores de la libertad, fueseis al presente los principales autores de la esclavitud de los griegos. Compadecemos vuestra desventura al veros privados por segunda vez de vuestras cosechas y vuestras casas abrasadas y arruinadas por el bárbaro que os halaga. Pero los lacedemonios con los griegos aliados suyos, se ofrecen gustosos á la manutencion de vuestras mujeres, así como de la demás gente que no sirva para la guerra, por todo el tiempo que dure la actual. No os dejeis engañar y seducir de las buenas palabras de Alejandro que tanto os lisonjea de parte de Mardonio: es que un tirano patrocina la causa de otro tirano, pero vosotros sabeis no se debe dar fe á las palabras, ni ménos fiarse de las promesas de un bárbaro.»

Oido esto dieron los atenienses á Alejandro la siguiente respuesta: «No ignoramos que las fuerzas del medo son muy superiores á las nuestras, y no era necesario hacer ese alarde y venir á echarnos en cara nuestra falta de poder. Pero defendiendo la libertad sacaremos esfuerzo de la debilidad nuestra, hasta tanto que más no podamos. La respuesta que dareis á Mardonio es que en tanto que gire el sol por donde al presente gira, jamás hemos de confederarnos con Jerjes, á quien eternamente haremos la guerra confiados en la proteccion de los dioses y en la ayuda de los héroes, cuyos templos y estátuas tuvo el bárbaro la impiedad de profanar con el incendio.»

Despues de despachar así á Alejandro, dieron esta otra respuesta á los enviados lacedemonios: «el que teman los espartanos que nos coliguemos con el bárbaro, es una flaqueza natural entre hombres, pero el que vosotros, testigos de nuestro denuedo lo creais, es una injuria. Entended que ni encierra tanto oro en sus minas el globo entero, ni hay region tan feraz ni tan preciosa á trueque de cuyo tesoro y país quisiéramos los atenienses pasarnos al medo, sobre todo para procurar la servidumbre de Grecia... Nos lo vedan en primer término, aun cuando á ello nos sintíeramos tentados, los templos de los dioses que aquí vemos abrasados y convertidos en ruinas; la piedad y la religion nos incitan á tomar venganza de los autores de tanta profanacion, en vez de hacer alianza con ellos. En segundo lugar nos lo prohiben el nombre mismo de griegos inspirando en nosotros amor hácia los que son de nuestra sangre y hablan la misma lengua, la comunidad de templos y sacrificios y la uniformidad en las costumbres; en fuerza de tales vínculos, juzgamos cosa vergonzosa el ser traidores á nuestra pátria y nacion... Sabed, pues, si

antes no lo teníais por cierto, que mientras quede vivo un ateniense, no haremos alianza con Jerjes. Respecto de ese cuidado que os mueve á ofreceros á la manutencion de nuestras familias, con toda el alma os lo agradecemos. Pero, en medio de la estrechez á que nos vemos reducidos, procuraremos ingeniarnos de tal manera que no os causemos molestia alguna. Lo que os pedimos es que nos envieis cuanto antes vuestras tropas, pues claro está que lo mismo será oir el bárbaro que rechazamos sus proposiciones, se dirigirá contra nosotros. De suyo piden las circunstancias que antes que se nos entre por Atica, salgamos á recibirle á Beocia.»

* * *

El intento de Mardonio habia fracasado por completo, bien sea que abriese las negociaciones fiado en la tirantez de relaciones que existia entre Lacedemonia y Atenas ó en la precaria situacion de la última. Aun suponiendo que la respuesta de los atenienses estuviese concebida en términos menos enfáticos que los que dá Herodoto, su negativa es altamente patriótica, leal y enérgica. Sin embargo, es seguro que Temístocles se hubiera mostrado más prudente en esta ocasion, porque no se le hubieran ocultado tan por completo los designios de Esparta. Cuando más resuelta y francamente se rechazasen los ofrecimientos de Mardonio, más tranquilos podian estar los lacedemonios parapetados detrás de sus murallas; que esas eran sus intenciones, por el momento lo demuestra bien á las claras la oferta que hace de tomar á su cuidado el sustento de la poblacion ateniense que no sirviese para la guerra. Por lo demás, con la expresada negativa adquirió Atenas el derecho á exigir el avance de los peloponesios hasta Beocia, por cuanto nadie podia dudar, ni en Atenas ni en Es-

parta, que Mardonio emprendería el ataque contra Ática tan pronto como llegasen al campamento persa sus embajadores. Sin embargo, Esparta se contentó con prometer la inmediata salida del ejército para Beocia; por el momento sus promesas no se tradujeron en hechos (1).

Habíase acordado de ante mano armar una pequeña flota para la defensa de las costas; pero, como siempre, Esparta entendia por tales costas las del Peloponeso en primer término; para su equipo se destinó un número limitado de tropas ó epibates, con objeto de reservar el núcleo principal del ejército para las operaciones por tierra; esta es la razon de no presentarse en Egina más que 110 triereos, la mitad de los cuales próximamente eran áticos (2). En lugar de Euribiades mandaba esta esta flota el rey Leotiquidas. El ejército peloponesio se reunió en el Istmo á las órdenes de Cleombroto y se ocupó inmediatamente en la conclusion de las fortificaciones empezadas el año anterior. Los lacedemonios entendian que ofrecer y dar eran dos cosas muy distintas; por eso no se apresuraron á enviar su ejército á Beocia segun la promesa formal hecha á los atenienses: Mardonio permanecia acampado en Tesalia y aun podia ocurrir que la armada persa se presentase de improviso en la costa de Grecia, derrotase la débil flota helena y operase un desembarco en el Pelononeso; estos eran los cál-

---

(1) Herod. IX, 7.

(2) Con ménos de 50 tríereos no hubiera osado Atenas al finalizar la campaña, poner bloqueo á Sestos, ciudad que contaba con una fuerte guarnicion, ya que dicho número de naves sólo exigian una fuerza de 1.200 epibates. En Platea combatieron 8 000 hoplítas áticos, y de 9 á 10.000 en Maraton, resultando una diferencia de 1.000 á 1.500 que ahora se destinaron á la armada. Diodoro dá á esta un total de 250 triereos (11, 34).

culos egoistas de los espartanos, que no se resolvian á sacrificar uno solo de sus soldados por acudir en auxilio del canton que todo lo habia sacrificado por la salvacion de Grecia (1). Cuando los atenienses esperaban con más impaciencia la salida del ejército peloponesio, sucedieron cosas verdaderamente increibles: «al tiempo de celebrar Cleombroto los sacrificios preliminares de la campaña contra los persas, se oscureció el cielo y, tomando esto como augurio desfavorable, se retiró de nuevo al Istmo con su gente.» Encomendada la custodia del Istmo á los corintios, como más interesados en la defensa de las fortificaciones, empezó á disolverse el resto del ejército, cuyo hecho increible equivalia á decir á Mardonio que sin peligro ninguno podia emprender la marcha hácia el Ática y aun al Istmo.

Esto es lo que se desprende tambien de la relacion de Herodoto, que no puede en manera alguna referirse á la retirada del ejército en el otoño del 480, despues de la marcha de Jerjes, toda vez que entonces no podia tomar por pretexto el oscurecimiento del sol. Hallándose en construccion la muralla cuando se presentó Alejandro en Atenas y estando ya terminada al salir á campaña los espartanos, instados por los atenienses, síguese que antes debieron ocuparse los peloponesios en aquellos trabajos (2). El mismo Herodoto asegura esplícitamente que con la primavera despertaron tanto los griegos como el persa Mardonio; y en realidad de verdad nadie podia imaginar siquiera que este perma–

(1) Tucídides, 1, 90, y Herodoto, IX, 7. 8, apuntan las razones que movieron á obrar así á los espartanos. La conducta de Esparta en el año inmediato con respecto á Atenas, y el odio que mostró contra Temístocles por haber este restaurado las fortificaciones de la capital de Atica, confirman plenamente el juicio de los dos mencionados historiadores.

(2) Herod. IX, 8. 10.

neciese inactivo hasta el mes de Junio. La armada se reunió antes que las fuerzas terrestres (1), á lo que parece oponerse esta otra noticia del mismo: «en tanto no se daban reposo los peloponesios en fortificar el Istmo,» aludiendo á la presencia de sus embajadores en Atenas (2), pero se resuelve esa aparente contradiccion suponiendo que no se comprende en esa denominacion á los espartanos, que no cumplieron los deseos de los atenienses hasta el dia décimo, en tanto que los demás peloponesios tardaron aun más en salir á campaña; en efecto: «los peloponesios que seguian el partido de la patria, viendo que se hallaban acampados ya los espartanos, no juzgaron oportuno quedarse atrás en aquella empresa y fueron á unirse con ellos» (3). Por fin Mardonio, sabiendo que se dirigia hacia Megara un cuerpo de 1.000 lacedemonios, formó el proyecto de apoderarse de aquel destacamento, mas como recibiera entre tanto el aviso de que los griegos se hallaban ya reunidos en gran número en el Istmo, retrocedió de nuevo; por donde se vé que los espartanos tenian reunidas sus fuerzas en el Istmo al mediar el mes de Julio, antes que llegasen allí los destacamentos de los aliados.

***

Aun despues de conocer el fracaso de sus tentativas para separar á los atenienses del partido nacional, no se resolvió Mardonio á emprender inmediatamente las operaciones. Su propósito era atraer á los griegos hácia su campamento y esperar entre tanto la llegada de la division de Artabazo que habia recibido la orden de incorporársele despues de inspeccionar las posesiones

(1) Herod. VIII, 131.
(2) Herod. IX, 8.
(3) Herod. IX, 19.

griegas de la costa de Tracia. El envio de esta fuerza á las indicadas costas estaba perfectamente justificado. El triunfo de los griegos en Salamina y la inmediata retirada de Jerjes, produjo en las colonias una explosion de entusiasmo patriótico mal contenido; así es que la presencia de Artabazo con sus 60.000 hombres, no fué capaz de evitar un levantamiento casi general de dichas poblaciones. Todas las ciudades situadas en la lengua de Pallene, se rebelaron contra los persas. A la cabeza del movimiento se puso Potidea, colonia fundada por Periandro de Corinto, y su accion fué secundada por Olynto, Mende, Scione y Afytis, que tomaron las armas para defender su libertad. Aunque ninguna estaba situada en el camino que va de Terme á Acantho, desvió Artabazo su marcha al llegar á Calcidice, para reprimir el movimiento, empezando por el sitio de Olynto. La ciudad opuso tenaz resistencia pero al fin tuvo que abrir sus puertas. Con objeto de imponer miedo á las demás, Artabazo cometió un acto de verdadera barbarie: mandó sacar fuera de la poblacion á todos sus babitantes y los degolló uno á uno. Entonces entregó la ciudad completamente despoblada á los calcidios de la próxima punta de Sithonia y nombró caudillo de la nueva colonia á Critobulo de Torone.

La sumision de las demás ciudades dependia de la suerte de Potidea que estaba situada como dos millas al S. de Olynto sobre la misma garganta de la península, defendida por un muro que corria de un lado á otro de la costa. El ataque sólo podia efectuarse por el Norte, donde se hallaban reunidos y apercibidos para la defensa los hoplitas de Afytis, Mende y Scione, con objeto de cerrar al enemigo el paso. Artabazo encontró enérgica resistencia en la muralla de Potidea; viendo que no lograba vencer aquel obstáculo trató de entablar

relaciones con personas influyentes de la ciudad. Timoxeno, jefe de las fuerzas de Scione, se mostró dispuesto á vender al enemigo Potidea y con ella las demás poblaciones de la Península. Para llevar á cabo la negociacion, se valian de cartas que colocaban en la entalladura de una flecha, en lugar de plumas, disparando estos proyectiles á un lugar préviamente convenido. Pero ocurrió que una de las flechas, arrojada desde el campo persa, fué á dar á un soldado griego de Potidea que se hallaba en la muralla y se le clavó en la espalda. Acudieron sus compañeros al socorro del herido, se descubrió la carta y de esta manera se evitó la traicion.

Tres meses llevaba Artabazo sitiando la ciudad, sin esperanza de éxito, cuando se le presentó otra coyuntura favorable. Sin duda á consecuencia de fuertes vientos del Norte, se retiraron las aguas del mar mucho más de lo acostumbrado, dejando un espacio suficiente para rodear la lengua de tierra á lo largo de la costa y poder atacar á los griegos por el Mediodía, envolviendo igualmente á las demás ciudades. Destacó el general persa un cuerpo de tropas en la indicada direccion, pero aun no habia salido de la playa, donde marchaba con dificultad suma sobre un suelo cenagoso, cuando volvieron las aguas á su anterior estado; la mayor parte perecieron ahogados, y los que trataron de salvarse fueron alcanzados por potidenses que salieron en barcas en su persecucion.

Artabazo, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, levantó el asedio para reunirse con Mardonio. La constancia de los potidenses salvó las ciudades de Pallene. De los 60.000 hombres que acompañaron á dicho general en la expedicion á Tracia, sólo 40.000 volvieron á Tesalia; los demás habian sucumbido, ya en los combates,

en el mencionado accidente del mar ó á consecuencia de los rigores del invierno.

Entre tanto los espartanos dejaron trascurrir el otoño y la primavera sin salir del Istmo, á pesar de lo cual aún alimentaban los atenienses la esperanza de que, comprendiendo lo que de ellos exigian el honor y la patria helena, cumplirian una palabra empeñada de tan solemne manera; pero despues de esperar muchos meses el ofrecido socorro, recibieron la increible nueva de la disolucion del ejército poloponesio en el momento de partir para Beocia. No podia imaginarse perfidia más negra ni traicion más odiosa; Atenas, en cumplimiento de los sagrados deberes que imponia la honra de la patria, habia rechazado ventajosas proposiciones del enemigo, se habia cerrado todos los caminos para reanudar las negociaciones con Mardonio, y por toda recompensa sus aliados la entregan por segunda vez en manos de los persas.

Grande fué el descontento que produjo en Atenas la expresada noticia; el pueblo no ocultó su irritacion contra los traidores lacedemonios. En un momento cayeron por tierra las esperanzas que un imprudente descuido habia hecho concebir respecto de la inmediata campaña. Nunca presentó peor aspecto la causa de Grecia. La situacion llegó á inspirar temores al mismo Teognis de Megara que habia conservado su buen humor en los mayores peligros. Ahora habian empeorado las cosas de tal modo, que le oimos exclamar: «La torpeza y la perniciosa discordia de los griegos me inspiran sérios temores» y dirigiéndose á Febo, dice: «Proteje, por tu bondad, la ciudadela que tu mismo levantastes para refugio de Alkathoo y aleja de la ciudad el orgulloso ejército de los medos» (1).

(1) Theogn. Fragm. 773-782. Bergk. 2.ª ed.

***

Hallábase el pueblo ático dominado por tan tristes impresiones, cuando en los primeros dias de Julio llegó á Atenas la desagradable nueva de que Mardonio habia empezado el movimiento de avance (1). Reducida á sus propias fuerzas, era evidente que la esquilmada Atica no podia oponerse á tan numeroso ejército. Si el timon hubiese estado en manos de Temístocles, habria hecho seguramente ocupar las Termópilas en primavera, sin cuidarse de la actitud de los beocios, como el año anterior votó por la ocupacion del Olimpo, ó á lo menos, si no era posible conservar aquel desfiladero, no habria dejado sin defensa los del Citeron.

Jantippo y Arístides sufrieron un terrible desencanto, ya que nadie más que ellos habia hecho creer al pueblo ateniense que, trasladada la guerra al continente, era seguro el avance de los espartanos á Beocia. Oponer los ocho ó nueve mil guerreros atenienses á los 300.000 que mandaba Mardonio, era loca temeridad. No se veia otra salvacion que la de evacuar por segunda vez el Atica y perder la cosecha juntamente con el trabajo empleado durante nueve meses para restaurar sus viviendas, reedificar las murallas de la capital y cultivar sus campos. Pero antes de tomar esta resolucion extrema, acordaron los atenienses hacer un postrer ensayo para sacar á los peloponesios, especialmente á los espartanos, de su incomprensible apatia. Es verdad que aun en el supuesto de que su embajada encontrase la más favora-

(1) Al decir de Herodoto (IX, 3) emprende Mardonio el avance contra Atica diez meses despues de la toma de Atenas por Jerjes, y puesto que éste ocupó dicha capital á mediados de Setiembre de 480, síguese que Mardonio debió salir de Tesalia al finar el mes de Junio para llegar al Atica en la expresada fecha. Pruébalo tambien el hecho de haber llegado los embajadores atenienses á Esparta durante las fiestas Jacintias.

ble acogida en Esparta no habia ya tiempo suficiente para salir al encuentro de Mardonio en Beocia, pero sí le habia para llegar al Atica antes que el general persa y cerrar los desfiladeros del Citeron, ó en el caso de que los hubiese ocupado ya el enemigo, dar la batalla en la llanura de Tria y decidir allí la suerte de toda la Grecia al mismo tiempo que la de Atica.

De acuerdo con lo propuesto por Arístides se resolvió enviar una embajada á Esparta á fin de solicitar el inmediato envío de los ofrecidos socorros (1). Al propio tiempo se dió órden de tener dispuestos los triereos y barcas de todas clases para, en el caso de que los lacedemonios no acudiesen al llamamiento, trasladar nuevamente las familias de los guerreros á Salamina. Por este tiempo habia salido ya la flota aliada con rumbo á las Cicladas que desde el otoño anterior seguian la bandera nacional, y se hallaba anclada en Delos; pero Jantippo recibió órden de regresar con los triereos áticos á fin de tenerlos á mano para dicho traslado y aun para evitar que Mardonio pusiera en práctica el pensamiento de pasar con sus tropas á la isla como lo habia intentado Jerjes, en el caso de que los peloponesios persistieran en su egoista propósito de no salir del Istmo.

Herodoto dice que los atenienses no hicieron más que prevenir á los espartanos que si no les enviaban socorros hallarian ellos algun medio de salir del apuro en que se

(1) Herodoto no dice que fuese Arístides el autor de la expresada proposicion, ni tampoco cita los nombres de los embajadores que fueron á Esparta; pero ambas cosas están perfectamente atestiguadas por Plutarco (Aristid. 10), de cuyo testimonio no hay motivo para dudar. Idomeneo afirma que el mismo Arístides fué entre los embajadores, pero sin duda confunde esta embajada con la que este repúblico desempeñó el año 478 cerca de los espartanos. Tucid. I, 91.

veian; pero la retirada de sus triereos indica algo más que una simple amenaza; era ya un medio eficaz de ejercer presion en el ánimo de los espartanos. Y sin embargo, era cierto que Atenas habia menester de todas sus naves para verificar el trasporte de la poblacion y que todas sus fuerzas apenas bastarian para rechazar las de Mardonio, si este intentaba el paso á Salamina, con lo cual está igualmente conforme el testimonio de Plutarco, quien asegura que el expresado psefisma designaba á Jantippo, Mironidas y Cimon para llevar la misiva á Esparta (1); y siendo el primero general en jefe de la armada, parece evidente que esta se hallaba anclada en las playas áticas, á fin de poder verificar el trasporte de las familias. De los tres mencionados repúblicos elegidos para llevar el «ultimatum» á Esparta, Mironidas era uno de los diez estrategos del ejercicio y Cimon era hijo de Milciades, que en Salamina dejó en excelente lugar el nombre de su ilustre familia. A los representantes de Atenas se agregaron enviados de Platea y Megara, que se encontraban en la misma situacion que Atenas.

Apenas entraron en Esparta los embajadores de las tres repúblicas, se presentaron á los éforos y les hablaron en estos términos: «Los atenienses, tanto por el respeto con que veneramos á Júpiter, cuanto por el horror que sentimos de ser traidores á la pátria comun no hemos dado oidos á las proposiciones de los medos, por más que ya antes nos vimos, no sólo desamparados, sino vendidos por los griegos y, sabiendo muy bien cuánta mayor utilidad nos traeria la avenencia que la guerra con el persa, protestamos de nuevo que jamás nos coligaremos con el bárbaro. Pero vosotros que en-

(1) Plut. Arist. 10. 26. Al decir de Herodoto, Mardonio encontró á los atenienses en Salamina y en las naves. Sin embargo, esta segunda evacuacion fué un acontecimiento de todo punto imprevisto.

tonces temiais y recelabais que hiciéramos alianza con los persas, viendo despues que de ninguna manera éramos capaces de ser traidores á Grecia y teniendo, además, concluida vuestra muralla del Istmo, no contais ni poco ni mucho con los atenienses, pues no obstante habernos antes prometido que saldriais hasta Beocia al encuentro del persa, habeis faltado á vuestra palabra y nada os importa que este haya invadido el Atica. Los atenienses están, pues, resentidos de vuestra conducta, que no está conforme con vuestros deberes; por lo que al presente os piden que con la mayor brevedad posible les envieis un ejército que venga en nuestra compañía, á fin de oponer nuestras fuerzas reunidas al bárbaro en Atica, pues una vez perdida la oportunidad de salirle al encuentro en Beocia, la llanura de Triasia, en Atica, es el campo más apropósito para la batalla» (1).

Los éforos difirieron para el dia siguiente la respuesta, y así de un dia para otro fueron entreteniéndolos con evasivas y promesas hasta el décimo. Así como en las jornadas de Maraton y de las Termópilas fueron las olimpiadas y las carneas el pretexto que impidió la oportuna salida de las tropas espartanas, así tambien objetaron ahora que era preciso celebrar antes las jacintias de Apolo, en las que todo el pueblo espartano se trasladaba á Amiclae.

Despues de hacer esperar en vano diez dias á los repúblicos más eminentes de Atenas y viendo estos que los éforos eludian toda respuesta definitiva, resolvieron abandonar la ciudad al dia siguiente, con la explícita declaracion de que Esparta sentiria muy luego las consecuencias de su conducta, de las que ella sola seria responsable. Hallábase á la sazon en la capital de Lace-

(1) Herod. IX, 7.

demonia Fileo de Tegea, hombre de gran influencia en el pais, que habia apoyado á Temístocles en el consejo del Istmo para apaciguar las discordias que se suscitaron en el momento de empezar la campaña. Informado ahora del asunto que llevaba allí á los embajadores atenienses, comprendió que la cobardía y el egoismo de los espartanos arrastraria á la Grecia entera al borde del abismo del que con tanto trabajo habia podido escapar el año anterior. Presentóse, pues, á los éforos y les hizo ver la locura y ceguedad de su egoista conducta y las funestas consecuencias de su política, terminando con esta observacion: «Si los atenienses coligados con el bárbaro no obran de acuerdo con nosotros, por más cerrado que tengamos el Istmo con 100 murallas, tendrán los persas abiertas las puertas del Peloponeso. Es preciso dar audiencia y respuesta á los atenienses antes que tomen algun partido pernicioso á la Grecia» (1).

***

Aun en el supuesto de que fuera posible rechazar el ataque de Mardonio á las murallas del Istmo, lo que era harto problemático, nunca hubieran podido los peloponesios oponerse á la armada enemiga y evitar desembarcos, sin el concurso de la flota ateniense. Por fin comprendieron los espartanos la necesidad de corresponder á los sacrificios de Atenas si no se queria lanzarla al partido enemigo. Habia ya en el Istmo varios cuerpos de tropas dispuestos á defender las fortificaciones y rechazar el paso de Mardonio si por acaso tomaba aquella direccion; los éforos juzgaron oportuno demostrar con hechos prácticos y no con vanas promesas sus deseos de ayudar á los atenienses á defender su territorio. Acor-

---

(1) Herod. IX, 9.

daron que inmediatamente saliesen de la ciudad algunas tropas auxiliares, cosa que podia realizarse ya sin peligro alguno; los éforos sabian perfectamente que, al cabo de tantos dias de espera, los combatientes lacedemonios llegarian demasiado tarde á la batalla de Tria.

En efecto; Mardonio tenia que recorrer poco más de 30 millas ó doce jornadas desde Larissa á Atenas. La noticia de la marcha de su ejército en direccion á esta ciudad, no pudo llegar á ella sino dos dias despues de emprendida; suponiendo, pues, que en el inmediato despachasen los atenienses sus embajadores, resulta evidente que no pudieron llegar á Esparta hasta seis dias despues de la marcha del ejército persa. Aun cuando las tropas lacedemonias saliesen de la ciudad el dia octavo antes de amanecer y recorriesen el trayecto á marchas forzadas, no pudieron llegar á Eleusis hasta el dia onceno. Pero habiendo detenido á los embajadores diez dias las tropas espartanas salieron por lo ménos 18 despues de haber abandonado Mardonio la Tesalia y no llegaron, por consiguiente, al Atica sino 21 ó 22 dias despues de la expresada marcha del general persa. Aún suponiendo que este procediese con lentitud extremada tuvieron que llegar tarde las tropas lacedemonias.

Apenas amaneció el dia onceno, los atenienses, que nada sabian de la salida de las tropas, se presentaron á los éforos y les hablaron en estos términos: «ahora podeis quedaros en vuestra casa celebrando muy despacio esas fiestas en honor de Jacinto y faltando á la correspondencia que debeis á vuestros aliados. Obligados los atenienses tanto por el desprecio que nos estais haciendo como por verse faltos de socorro se entenderán con los persas del mejor modo que puedan. Pero entended bien que una vez amistados con el Rey seguiremos como aliados sus banderas á donde quiera que nos con-

duzcan; vosotros sentireis entonces los efectos que podrán resultar de tal alianza.» Los éforos respondieron á este discurso afirmando, bajo juramento, que las tropas espartanas se hallaban ya en marcha y debian estar en Orestio (1), más allá de las fronteras de Esparta. Durante la noche habian salido 5.000 hoplitas espartanos y en el mismo dia debian ponerse en camino otros 5.000 de los perioicos. Oido lo cual, los embajadores regresaron sin pérdida de tiempo á Atenas.

Mardonio habia partido de Tesalia en cuanto llegó la division de Artabazo (2). Acompañábanle Alejandro y Thorax con respetables cuerpos de tropas macedonias y tesaliotas, y en el camino debian agregársele nuevos cuerpos de malios y locrenses; hasta los focenses del valle del Cefiso superior, sometidos el año anterior, tuvieron que dar 1.000 hoplitas. Los persas respetaron el santuario délfico, porque Mardonio prohibió á sus tropas causar daño alguno á los templos griegos; á fin de no herir los sentimientos religiosos de sus aliados de esta nacion; los focenses de la montaña guardaban el Parnaso.

Cuando los atenienses supieron que Mardonio habia llegado al Citeron, viendo que ningun socorro les llegaba de Esparta resolvieron abandonar de nuevo el país. La mayor parte se refugiaron en Salamina. Al mediar el mes de Julio pudo Mardonio establecer su cuartel general en Atenas sin haber disparado una flecha. Pero esta vez prohibió á sus tropas asolar el país y saquearle. Abandonados tan por completo los atenienses á sus propios recursos, podia esperar Mardonio que sus proposiciones de paz y amistad hallarian ahora más favorable

(1) Monumento del héroe Oresteo.

(2) Herod. VIII, 126. IX, 66. 31.

acogida que antes (1). Esta fué tambien la causa de prohibir el saqueo de la comarca. El general persa envió al griego Murigides, natural del Helesponto, para que hiciese á los atenienses retirados en Salamina proposiciones análogas á las que anteriormente les hizo por mediacion de Alejandro, amenazándoles con el saqueo del país, si las rechazaban.

Los atenienses estaban no poco sorprendidos de ver que el enemigo no entregaba la ciudad á las llamas y el país al saqueo, cuando la llegada de Murijides les descifró el enigma. Inmediatamente dió á conocer al consejo de los 500 la embajada que se le habia confiado. La situacion del pueblo ático era mucho más precaria que en los dias en que les llevó un mensaje análogo Alejandro de Macedonia; por eso fué tanto más honrosa y más meritoria su constancia. Sin embargo, uno de los consejeros, por nombre Lykidas, defendió en el consejo la conveniencia de aceptar las proposiciones de Mardonio y de presentar al pueblo un proyecto en dicho sentido; no se sabe si obró así por conviccion ó por haber recibido dinero de los persas.

Los demás consejeros oyeron con indignacion la cobarde proposicion de su compañero; pero aún fué mayor el encono que despertó en el pueblo contra su autor; una vez terminada la sesion fué muerto á pedradas y las mujeres amotinadas apedrearon tambien á la esposa é hijos de Lykidas (2). No era menester más res-

(1) Herodoto, IX, 31, 42, llama la atencion hácia el respeto que mostraban los persas á las creencias religiosas de los griegos y sus templos El oráculo habló antes y despues de la batalla de Platea; Plut. Arist. 11, 20; y á eso deben sin duda reducirse las relaciones, que, segun dicho historiador mantuvo Mardonio con el pretendido oráculo y sus indagaciones tocante á los vaticinios que aludian á la presente guerra.

(2) Herod. IX, 4. 5. 13. Licurgo (c. Leocr. 71), pone este hecho

puesta. La relacion de Murijides hizo comprender á Mardonio que serian vanos todos sus esfuerzos para atraer al partido persa á los atenienses. Por segunda vez prendió fuego la ciudad, y mandó destruir cuanto habia quedado en pié en el primer incendio y saqueo ó se habia restaurado posteriormente, tanto en la capital como en la campiña.

***

La expedicion espartana regresó al punto de partida sin haber traspuesto la frontera ni cumplido nada de lo ofrecido á los embajadores de Atenas. Los éforos habian logrado el objeto que se propusieron con sus incalificables dilaciones y sus hipócritas excusas: las fuerzas de Esparta llegaron demasiado tarde para tomar parte en el combate de Tria y ayudar á los atenienses. La expedicion no tenia ya objeto y las fuerzas volvieron á acampar detrás de las murallas del Istmo. Sin embargo, los lacedemonios enviaron un socorro, aunque pequeño á otro de los cantones más amenazados. Segun digimos antes, en Megara reinaba indescriptible pánico y una comision de esta ciudad acompañó á los diputados atenienses á implorar el apoyo de Esparta. Enviáronse mil hoplitas espartanos á reforzar la guarnicion de Megara. Inmediatamente despacharon los argivos un correo para hacer saber á Mardonio que un cuerpo de tropas lacedemonias habia salido en direccion á Megara, sin que ellos hubiesen podido estorbarles la salida. To-

---

en relacion con la embajada de Alejandro, diciendo que estuvo á punto de ser apedreado por los atenienses. Demóstenes cita como víctimas del furor popular á Cirsilo y su mujer, que hubieron de morir apedreados por haber aconsejado el primero la sumision, (Cor. p. 296 R.); pero entre todas estas versiones, merece la preferencia la de Herodoto, que bebió en fuentes más seguras y más próximas á la época en que ocurrió el suceso.

mando este cuerpo de soldados por la vanguardia del ejército espartano, se propuso cortarles la retirada, y partiendo hacia el Istmo, entró á saco por la comarca de Megara en ocasion en que la pretendida vanguardia se habia guarecido ya detrás de los muros de esta ciudad. La caballería persa llegó en sus correrías hasta Pagae, situada en el golfo de Corinto (1).

Los esfuerzos de Mardonio tenian por principal objeto obligar á los griegos á dar la batalla fuera del Istmo, donde no podia desplegar todas sus fuerzas. En vano habia esperado largo tiempo en Tesalia creyendo que los griegos le saldrian al encuentro; invadió por fin el Atica, suponiendo que su presencia daria más fuerza á las negociaciones que pretendia entablar con los atenienses; pero en ninguna parte le salió al encuentro el enemigo.

Entretando, la concentracion de las tropas espartanas en el Istmo produjo su efecto, porque los poloponesios, siguiendo su ejemplo, enviaron tambien allí sus guerreros. Avisado Mardonio de que los peloponesios se hallaban reunidos en el Istmo, hizo un nuevo esfuerzo para sacar las fuerzas de sus trincheras. A este efecto retrocedió á Beocia, en cuyas espaciosas llanuras le era más ventajoso dar la batalla que en el angosto valle de Eleusis y Tria, donde no podia maniobrar la caballería (2). Pero los megarenses, creyendo que la retirada

(1) Herot. IX, 14. 15. 19. Pausan. 1, 44. 4.

(2) Segun Herodoto, IX, 13, otro de lcs motivos que aconsejaron á Mardonio la retirada, fué el comprender que si era vencido en Megara ó Atica, no le quedaba otra salida que estrechos desfiladeros; pero este inconveniente existia de igual manera en Beocia, y es con seguridad invencion de los griegos.

del gran ejército delante de las puertas de su ciudad era un efecto de la proteccion de Artemis, la erigieron estátuas en Pagae y en Megara (1).

(1) Pausan. I, 44, 4.

XIII.

LA BATALLA DE PLATEA.

La retirada de los persas no produjo el resultado que se proponia Mardonio; á pesar de las numerosas fuerzas reunidas en el Istmo, no osaron los peloponesios alejarse de sus trincheras y parapetos. General en jefe de todo este ejército de los aliados peloponesios era Pausanias, hijo de Cleombroto, que habia muerto poco despues de regresar con sus tropas al Istmo á consecuencia de los augurios desfavorables; el mismo Pausanias heredó la regencia durante la minoría de Pleistarjo, hijo de Leonidas. Para que le ayudase en el mando del ejército se asoció á su primo Euryanax, hijo de Dorieo, el caudillo que sucumbió en el Eryx luchando contra los cartagineses. Muerto Cleomenes correspondia el trono de Esparta á Euryanax, en lugar de Leonidas, pero los espartanos excluyeron de la sucesion á Dorieo por haber emigrado del país.

Esparta dió al ejército 5.000 hoplitas lacedemonios y otros 5.000 de sus perioicos, á los que se agregaron 30.000 hilotas armados á la ligera y gran número de

siervos de los hoplitas. Graves consideraciones debieron pesar en el ánimo de los espartanos para haber adoptado la importante resolucion de armar á sus hilotas y siervos; pere sin duda se propusieron tener disponible un cuerpo numeroso de guerreros de arma ligera, á fin de oponerlos á los persas que en su mayor parte usaban la misma clase de armamento; aunque tambien pudiera ocurrir que estos bisoños soldados, sin instruccion ninguna, fuesen para el verdadero ejército un estorbo inútil.

Los expedicionarios espartanos encontraron ya en el Istmo 5.000 hoplitas corintios y otros 1.600 que las colonias de esta procedencia enviaban en auxilio de la Metrópoli para la defensa del Istmo y de sus fortificaciones, que eran al mismo tiempo el baluarte de Corinto; Ambracia y Leucas, cuyos buques se batieron tambien en Salamina, enviaron 1.300 hoplitas, Potidea, cuya excelente defensa hemos descrito anteriormente, dió 300. Aunque no tan bien equipados, en conjunto, Megara y Sicyon dieron 3.000 hoplitas cada una, Trecena y Fliunte 1.000 cada una, Epidauro 800, y Hermione 300, Micena y Tirinto, que fueron libertadas del yugo argivo por Cleomenes, presentaron en junto 400 hoplitas; de los arcadios sólo acudieron 1.500 de Tegea y 600 de Orcomenos. Elide no aprontó un solo soldado; de Trifilia acudieron únicamente 200 hoplitas lepreotes y otros tantos de Cefallenia, ciudad marítima de Occidente; por último, Egina presentó 500 hoplitas. Por donde se vé que el ejército de Pausanias se componia de 30.000 hoplitas y unos 60.000 siervos armados á la ligera; en junto una fuerza de 90.000 hombres que era la mayor que jamás habia reunido Grecia (1).

(1) Herod. IX, 76. Xenoph. Resp. Laced. 13, 5.

***

Por más que la retirada de Mardonio demostraba bien á las claras que no tenia intencion de atacar el Istmo, el ejército heleno permaneció detrás de sus parapetos. Los motivos que les movian á obrar de esta manera, eran más políticos que militares y estaban inspirados en refinado egoismo. Pausanias sólo ejercia nominalmente el mando supremo del ejército; además de haber recibido instrucciones muy precisas, acompañábanle dos éforos que velaban por la extricta observancia de las mismas. Asolada ya nuevamente el Atica y habiendo rechazado los atenienses con igual energía que antes las proposiciones del general enemigo, no habia ya motivo alguno que aconsejase el abandono de aquella posicion.

Es verdad que si la ocupacion de Tesalia y Beocia por los persas se prolongaba; si una vez disuelto el ejército peloponesio al finar el otoño, ó bien en la próxima primavera volvia Mardonio á invadir el Atica y saquearla, era de temer que los atenienses, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, comprasen la paz á los persas al solicitado precio de su alianza, y esta seria la más peligrosa de todas las soluciones. Era, pues, preciso hacer algo por Atenas antes de la llegada del invierno, prestarla algun apoyo aunque sólo fuese en apariencia. La salida de las tropas fuera del Istmo no implicaba la necesidad de trabar combate con los persas, toda vez que estos se hallaban acampados más allá del Asopo.

Los desfiladeros del Citeron estaban abiertos; los peloponesios comprendieron que con la ocupacion de estos pasos prestarian un servicio excelente á los atenienses, sin comprometer sus fuerzas, ya que, aun tomando posiciones en la falda septentrional de la montaña, no tenian que temer ningun ataque de los persas. Al cabo de cinco ó seis semanas de inaccion, al comenzar el

mes de Setiembre se puso Pausanias en movimiento en direccion al Norte (1).

En una série de colinas que se estienden desde Leuctra hasta Platea, en la direccion de Noroeste á Sudeste, formando la divisoria de las aguas que corren al golfo de Eubea y de las que van al golfo de Corinto, tenia orígen el Asopo que corre en direccion á Oriente para desembarcar, despues de trazar una línea recta en la última parte de su curso, en el citado golfo de Eubea, como á ocho millas de su nacimiento, no lejos de Oropos. Detrás de este rio, habia tomado posiciones Mardonio, sobre una colina que rodea por el S. O. el Tenmesso, teniendo de frente la llanura que cruza el Asopo, entre el Tenmesso y el Citeron, en la que podian maniobrar con holgura su caballería y sus numerosos

(1) Segun Herodoto, diez meses despues de la retirada de Jerjes invade Mardonio el Atica. Si tomamos por punto de partida el 20 de Setiembre en que tuvo lugar la batalla de Salamina, dicha invasion ocurrió el 20 de Julio próximamente, despues de cuya fecha ontab'a Mardonio por segunda vez negociaciones con los atenienses, ordena el saqueo de Atica, se reune en el Istmo el ejército espartano primero y luego todas las fuerzas peloponesias; y por último, emprende Mardonio la retirada. Estos sucesos ocuparian unas cuatro semanas ó sea hasta mediados de Agosto; sigue luego la marcha de los griegos á Beocia y suceden los acontecimientos que preceden á la batalla, en todo lo cual, segun Herodoto, sólo se invirtieron tres semanas. De donde se infiere que no pudo darse la batalla antes de mediar el mes de Setiembre. Al decir de Plutarco (de glor. Athen. 7), ocurrió aquella el tres ó cuatro de Boedromio, ó el 16 de Metageitnio (Aristid. 19. Camill. 19); resultando por consiguiente una diferencia de cinco ó seis dias. Ahora bien, segun los cálculos de Böckh (Index lect. univ. Berol. 1816) el 26 de Metageitnio y su cálculo es el que presenta más visos de certeza. Por los mismos dias precisamente tuvo lugar la batalla de Micala. A Jantippo le sorprendió el invierno durante el asedío de Sestos, y á esa circunstancia se debió la toma de la ciudad por sus tropas. Herod. IX, 117. Tudid. I, 89.

batallones. Componíase su ejército de 300.000 persas, medos, bactrios, sacos é indios, con 50.000 hombres, ó sea 25.000 hoplitas y otros tantos hilotas procedentes de los cantones griegos aliados: los macedonios, tesalios, malios, focenses, beocios y locrenses. Sobre una loma que se alzaba detrás del campamento, mandó construir un reducto fortificado, en forma de cuadrilátero, de un cuarto de milla de lado: el espacio interior estaba protegido por una muralla de madera ó empalizadas hechas de vigas coronadas á trechos por altas torres. Dentro de este reducto se levantó la tienda de Mardonio, que se distinguia de las demás por sus ricos bordados de oro, y á su alrededor se asentaron las de todos los oficiales superiores; encontrando allí tambien acomodo y alojamiento sus útiles de campaña, su numerosa servidumbre, sus mujeres y toda la impedimenta del ejército (1). Los almacenes de provisiones se habian establecido en Tebas, que sólo distaba media milla, en las mejores condiciones de seguridad; y en el caso improbable de una desgracia, las fuertes murallas de esta ciudad ofrecian seguro asilo, en tanto que los tebanos protegerian la retirada del ejército y contendrian á los perseguidores.

En tan ventajosa posicion era Mardonio dueño de sus actos y libre para adoptar cualquier resolucion: desde allí podia emprender el ataque ó mantenerse á la defensiva; por el contrario, los griegos tenian que pasar el Asopo de frente y exponerse á los tiros del enemigo en la llanura si querian abrir ellos el ataque.

Los tebanos trataron de obsequiar á sus huéspedes y de hacerles todo lo agradable posible la vida del campamento. Los jefes del partido dominante invitaron á

(1) Herod. IX, 31. 32. 76. 80. Plut. Aristid. 11.

los oficiales persas á su mesa; por lo ménos se tiene noticia de un convite que dió á Mardonio Attagino, jefe de dicho partido, al que fueron invitados cincuenta de los persas más distinguidos y otros tantos tebanos. Para manifestar mejor las amistosas relaciones que unian á los dos pueblos, se dividieron los huéspedes de manera que en cada divan se sentara un persa y un tebano.

***

Pausanias siguió el camino de Corinto á Eleusis pasando por Megara, á fin de unirse allí con los atenienses que venian de Salamina, en número de 8.000 hoplitas y 800 tiradores sacados de la clase de los thetes, todos al mando de Aristides (1). Acompañaban á esta fuerza los contigentes de las ciudades que seguian, como Atenas, la bandera nacional: 400 hoplitas de Chalcis, 600 de Eretria y Styra, 600 de Platea á las órdenes de Arimnesto, que habia mandado ya las fuerzas platenses en Maraton, y 1800 tespios que desde la destruccion de su capital luchaban con grandes dificultades para armar sus fuerzas. El número de hoplitas que componian el ejército de Pausanias se elevó á 40.000, la mitad de los cuales procedian de Esparta y Atenas que con los 30.000 hilotas armados á la ligera y los siervos componian un total de 110.000 hombres.

En el derruido santuario de Eleusis se ofreció el sacrificio preliminar, y como los augurios resultasen favorables emprendieron inmediatamente la marcha por Oenoe y Eleutera en direccion al Citeron. Traspuesta la cañada que cruza el camino que va de Eleutera á la

(1) Herodoto y Plutarco dan 8.000 hoplitas (Pl. Arist, 11); el número de tiradores se deduce de los datos del mismo Plutarco (Temist. 14) y del sobrante de 800 armados á la ligera que resultan en el computo de Herodoto, IX 28. 61.

cima de la montaña, en la que se encuentra el desfiladero de las «cabezas de encinas» especie de loma situada entre el pico más alto del Citeron que se eleva á unos 5.000 piés, y otra altura de menor importancia que se eleva al Este, quedaron los griegos sorprendidos de ver las tiendas del campamento enemigo que se estendian por la llanura del Asopo. Pausanias acampó entre Hysiae y Eritrea en la falda del Citeron, de modo que el ala izquierda, que tenia sus reales cerca de Hysiae, tocaba casi con las «cabezas de encinas» que mantenian libre la comunicacion con el Peloponeso (1). Formaban esta ala los atenienses, en el centro acampaban los peloponesios, hácia Eritrea, y á la derecha de estos los lacedemonios y tegeatas. Esta posicion estaba á cubierto de los ataques de la caballería persa y ofrecia singular semejanza con la que tomó Milciades en las alturas de Maraton. Pero entre todos los generales griegos no habia uno más distante de la pericia y del valor de Milciades que Pausanias. Aquel mandó ocupar las alturas á fin de emprender desda allí un ataque, rápido á la vez que decisivo; éste, aunque disponia de fuerzas muy superiores bajo todos conceptos, tomó la indicada posicion para mantenerse en ella á la defensiva. Pausanias estaba tan lejos de peseer el indomable valor de su tio mayor Dorieo, como la inquebrantable y tranquila resolucion de su tio menor Leonidas. Era valiente cuando la necesidad le obligaba á pelear, pero cobarde al tomar una resolucion.

La actitud y cualidades del general estaban en per-

(1) Los atenienses dieron al paso el nombre expresado por el bosque de encinas que cubria las vertientes de ambas lomas; en tanto que los beocios le llamaban «tres cabezas» porque desde su país se distinguen una tras otra tres lomas. Vischer, *Recuerdos*, p. 533.

fecta armonía con la política de Esparta, que consideró siempre el Peloponeso como el asilo más seguro al que en cualquier evento podian retirarse los combatientes y en el que todos podian refugiarse, para emprender de nuevo el ataque (1). Cuanto menor era este año el peligro que corria Esparta, otro tanto superaba la cobardía de Pausanias y de los dos éforos que le acompañaban á la de Euribiades; y por lo que respecta á Arístides, con la mejor voluntad, no poseia los conocimientos estratégicos ni el talento político de Temístocles. Dada la actitud y las miras políticas de sus jefes no podian esperar los griegos sino desventuras y la completa pérdida del pleito que sostenian con los persas. Los espartanos, temerosos de arriesgar su propia existencia en una batalla campal con los persas, rehuian el combate, y sólo querian hacer en favor de su aliada Atenas una demostracion en la que, á ser posible, no arriesgasen nada.

Cuando Mardonio se convenció de que los griegos no se arriesgaban á bajar de las montañas, en lo que él habia cifrado precisamente grandes esperanzas, envió toda su caballería al mando de Masistios, con órden de molestarles y atraerles al llano. De esta manera esperaba obligarles á aceptar la batalla. La disposicion del terreno, harto accidentado, no permitia á los griegos formar en línea compacta y uniforme, antes bien, se vieron precisados á dividirse en grupos situados en los puntos menos escabrosos de la montaña. Los ginetes persas atacaron estos diferentes puestos, divididos tambien en escuadrones, ó los molestaron desde lejos con flechas, gritando al mismo tiempo que los griegos eran unos cobardes que no osaban descender al valle; de esta manera les causaron no pocas bajas.

(1) Tucid. I, 90.

Sucedió, pues, que el punto más accesible al ataque de los persas, era el ocupado por los 3.000 hoplitas megarenses que, formando parte del centro, estaban acampados en las cercanías de Eritrea; aquí se formalizó el combate en términos que los megarenses, viéndose en inminente peligro de sucumbir, enviaron un mensaje á Pausanias diciéndole, que no podian sostener por sí solos el ataque de la caballería persa, por lo que, si no se les relevaba pronto, abandonarian el puesto y retrocederian á lugar más seguro. En vez de acudir en su socorro con los espartanos, mandó Pausanias un aviso á los contingentes del ejército por si algun cuerpo queria ocupar aquel puesto peligroso. Ninguno se brindó á ello más que los atenienses; Arístides envió allí un cuerpo de 300 guerreros escogidos, á cuyo frente iba Olimpiodoro, hijo de Lampon, juntamente con los tiradores ó ballesteros.

Emprendida de nuevo la accion, duró por algun tiempo sin llegar á un resultado definitivo. Pero habiéndose adelantado á los ginetes persas su caudillo Masistio, los griegos, que le reconocieron facilmente en los dorados arreos del caballo, dirigieron contra él sus tiros logrando herir en un costado al caballo que dió en el suelo con el ginete. Entonces corren allí los atenienses y, apoderándose del caballo, acribillaron á lanzadas la coraza del general enemigo, sin que sus golpes surtiesen efecto alguno, hasta que un hoplita le metió por un ojo la punta de una lanza y acabó con él.

Los persas, que sin duda retrocedieron ante la terrible embestida de los atenienses, al apercibirse de la pérdida de su caudillo, cobran ánimo y acometen con furia, resueltos por lo menos á recobrar el cadáver de Masistio. Al ver los atenienses que toda la caballería enemiga se lanza contra ellos, piden auxilio, y en tan-

to que llega este, se enciende encarnizado combate al rededor del caido caudillo; mas luego, viéndose atacados de flanco, se retiran los persas como á unos 600 pasos, á fin de deliberar sobre lo que debian hacer. Los capitanes, no teniendo quien les mandase, resuelven regresar al campamento por no tomar sobre sí la responsabilidad de un nuevo ataque (1). En tanto que los ginetes persas repasan el Asopo, los griegos echan el cadaver de Masistio en un carro y le pasean por todo el campamento heleno; los hoplitas corren de todas partes á contemplar aquel trofeo, y los gritos que resuenan en el campo enemigo dan á entender que los persas han perdido uno de sus más ilustres caudillos (2).



Aunque de escasa importancia, fué una ventaja po-

---

(1) Plut. Aristid. 14. Diodor. 11, 30. Tucid. 6, 100. Herod. 9, 23.

(2) El relato de Herodoto sobre estos sucesos, merece entero crédito, ya que tomó sus noticias 30 años despues en el círculo de Pericles, al que concurria el hijo de Olimpiodoro; como facilmente se comprende, las objeciones de los espartanos tienen escaso valor. Herodoto ha utilizado además la tradicion de Tegea, cuyos servicios tanto pondera Jileo, y luego, en la parte relativa á Esparta y á las fuerzas de sus guerreros en la batalla, ha tenido á su disposicion las tradiciones espartanas. Las noticias relativas á la conducta de Amomfareto de Pitana, las recibió el citado historiador de Arjias de Pitana, con quien conversó en Esparta, segun su declaracion expresa (III, 55). Vid. Kirchhoff, *Entstehungszeit*, p. 34. Y tocante á los sucesos ocurridos en el campo de Mardonio, tuvo por confidente á Tersandro de Orjomenos (IX, 16); aunque tambien ha podido utilizar fuentes más directas ó testimonios persas, sobre todo en lo que hace relacion á Artabazo, cuya prudencia se alaba en esta ocasion, y á quien premió Jerjes con el nombramiento de Sátrapa de Dascileon. Tucid. I, 129. 132. Los datos que provienen de la córte macedonia, se reconocen desde luego en el colorido favorable á Alejandro que los caracteriza.

sitiva la que alcanzaron los griegos al rechazar el ataque de la temible caballería persa; el hecho contribuyó no poco á reanimar el abatido espíritu de las huestes helenas y encendió en todos el deseo de imitar á los atenienses. El mismo Pausanias adoptó una actitud más resuelta, segun se hizo notar por sus inmediatas disposiciones. La posicion que ocupaban los griegos era harto desventajosa, en razon á que los manantiales inmediatos no bastaban para el consumo de las tropas; en tanto que más á Occidente, en las inmediaciones de las ruinas de Platea, los abundantes manantiales de Gargafia ofrecian una posicion excelente para establecer el campamento sin necesidad de bajar al llano. Pausanias resolvió, según eso, emprender un movimiento de flanco, por Hysiea, en direccion á Platea, verificar aquí una evolucion hácia la derecha, de tal modo, que los lacedemonios que formaban dicha ala quedasen acampados en las vertientes del Citeron, el centro pasase á las colinas inmediatas y la izquierda, ó sea los atenienses vibaqueasen en la llanura del Asopo, cerca del campamento persa. De esta suerte, si atacaba el enemigo caia inmediatamente sobre los atenienses, en tanto que él y sus espartanos permanecian seguros en la montaña, y eran hasta el último momento dueños de sus actos. Aquellos, sin embargo, declararon estar prontos á obedecer las órdenes de los lacedemonios, ocupando el puesto que se les señalase, en el que tratarian de dar pruebas de valor (1). El movimiento se llevó á cabo en la forma expresada, de manera que el nuevo frente que los helenos opusieron á los persas seguia la direccion Nordeste, en lugar de hallarse dirigido hácia el Noroeste como antes.

(1) Herod. IX, 26. 27. Plut. Arist. 12.

En el ala izquierda, casi tocando con el Asopo, se hallaban los 8.600 hoplitas de Atenas, Platea y Tespia, con 2.600 hombres de armamento ligero; á continuacion se colocaron, formando el centro, los peloponesios, por el órden siguiente: los megarenses y fliusios, luego los contingentes menos numerosos, y á la derecha de éstos los sicyonios y los corintios con los cuerpos procedentes de sus colonias, que componian en junto 18.600 hoplitas; por último, en el ala izquierda se estendieron, desde la fuente Gargafia hasta cerca de la cima, los tegeatas y los espartanos que componian 11.500 hoplitas con 30.000 soldados de arma ligera.

Abrazaba el frente del ejército heleno una longitud de más de media milla y cuando las tropas formaban en órden de batalla, tenia seis ó siete hoplitas en fondo (1). Del otro lado del Asopo, en el recodo que forma el rio en aquel punto, al torcer su curso hácia el Sudeste, para volver á tomar cerca de Eritrea la direccion Nordeste, se hallaba acampado el ejército persa, de tal manera que á los espartanos se oponian los soldados de orígen persa, al centro los medos, bactrios, indios y sacos, y á los atenienses los helenos vasallos del Rey. La línea de batalla persa era tan profunda que no rebasaba la de los griegos y toda su caballería, incluso la de los beocios y tesalios, se hallaba acampada detrás de la infantería.

Pero ninguno de los dos ejércitos osaba emprender el ataque; Mardonio, no queriendo arriesgarse á pasar el Asopo en presencia del enemigo, preferia dejar á los griegos la gloria de ser los primeros que acometiesen; Pausanias, porque no tenia valor ni resolucion para tomar la ofensiva. Así permanecieron acampados

(1) Dedúcese esto de la distancia que separaba el Asopo de la fuente Gargafia, que era de 3¡4 de milla.

los dos ejércitos, observándose mútuamente sin mostrar deseos de trabar combate. Unicamente los siervos helenos del ala izquierda se veian dia y noche acosados por los tiradores que ocupaban la orilla opuesta del rio, cuando bajaban á cojer agua, y no pocos perecieron á la bajada ó á la subida, por cuya razon, los atenienses acordaron enviar á sus siervos á la fuente Gargafia, que distaba una hora del lugar donde ellos acampaban.

***

Reunidos los estrategos para celebrar los sacrificios usuales á los dioses y á los héroes, invocar su auxilio y ofrecerles sus votos para el caso de que les fuese favorable el resultado de la campaña, Tisameno, adivino de Pausanias, oriundo de la raza yamida de Olimpia, anunció que los augurios eran desfavorables, es decir, tales como los deseaba el pusilánime general espartano, y que sólo en la ofensiva dejaban entrever buen resultado (1). Pero aun fué más espresivo un oráculo que se dió en Delfos á los mensajeros de Arístides, que aconsejó esplícitamente la retirada, como si aquel cuerpo sacerdotal hubiese querido pagar de esta manera á Mardonio la conducta benévola que usó con el santuario. Despues de ordenarles que tributasen veneracion á la Juno del Citeron, á las ninfas de la misma montaña y á los arjeguetas de Platea, anuncia el oráculo que los atenienses serian superiores al enemigo si le esperaban en Atica, en los campos de Demeter y Kore, cerca de Eleusis; por donde se vé que el númen délfico ordenaba á los griegos la retirada á Eleusis, punto mucho más próximo al Istmo que el Citeron. Los plateenses vinieron en auxilio del oráculo, haciendo saber á los demás

(1) Tucid. 3, 58. 2, 74. Plut. Pericl. 17.

griegos que en la misma vertiente del Citeron, detrás de sus posiciones actuales, habia un santuario dedicado á la Céres eleusina que, si bien se hallaba situada en su territorio, podia en cierto sentido decirse que pertenecia al de Atica por haber ellos quitado la piedra que marcaba los límites (1).

La nueva posicion de los griegos satisfacia los deseos de Mardonio mejor que la primera; mas aún esperaba el caudillo persa hacerlos bajar de la montaña y atraerlos del otro lado del Asopo. Pero cuando vió que trascurrian ocho dias sin que los helenos hiciesen ademan de atacar, acudió á otros procedimientos más eficaces para atraerlos al valle y obligarles á dar la batalla. Las posiciones de Pausanias ofrecian un gravísimo inconveniente: habia en ellas agua abundante para el ejército, pero dejaban á merced del enemigo el desfiladero de las «cabezas de las encinas», por el que aquel podia cortar fácilmente las comunicaciones con el Peloponeso.

No se le escapó á Mardonio este inconveniente, puesto que en una de las noches inmediatas le hizo ocupar por una parte de su caballería, y en tanto que, á la mañana siguiente, la infantería avanzaba en direccion al Asopo en orden de batalla, el grueso de la caballería pasó el rio con el propósito de cercar á los griegos y obligarles á aceptar la batalla. Los ginetes persas encontraron libre el paso, y los griegos presenciaron su

(1) Herod. IX, 65. Pausan. 9, 4, 3. Plut. Arist. 11. Segun todas las probabilidades, este oráculo se redactó despues de la jornada de Platea, para enaltecer la gloria del ídolo délfico. La tradicion reviste nuevos caractéres legendarios con el sueño de Arimnesto que la sirve de comentario. Como quiera que sea, la leyenda tiene antigüedad notable, toda vez que Alejandro alude á ella cuando dice, para justificar la restauracion de Platea, que sus habitantes cedieron entonces su territorio á la pátria helena.

ocupacion sin moverse de sus puestos. El dia siguiente bajaba el desfiladero un gran convoy de 500 carros cargados de víveres, cuyos conductores no tenian noticia de aquella operacion; los persas se apoderaron sin dificultad alguna del convoy; degollaron á los encargados de su conduccion y custodia y llevaron los vehículos á su campamento.

Los griegos no podian restablecer sus comunicaciones con el Peloponeso sin tomar la ofensiva, á lo que les obligaria el hambre si permanecian algunos dias más en la inaccion. Pero trascurrieron dos sin que les sacasen de ella las repetidas excitaciones de los persas. Mardonio perdia la paciencia y con razon; el mes de Setiembre tocaba á su término y no podia dar por finalizada la campaña sin haber obtenido algun triunfo de resultados positivos sobre el enemigo. Al decir de Herodoto celebró consejo con los caudillos del ejército. Artabazo se declaró opuesto á que se diese entonces la batalla y en el mismo sentido se expresaron los tebanos, asegurando que con el soborno se lograria vencer más facilmente á los griegos; á pesar de lo cual persistió Mardonio en su propósito de dar la batalla decisiva en uno de los dias inmediatos, cuya resolucion se comunicó tambien á los jefes de las tropas auxiliares helenas (1).

Tomado este acuerdo y cuando las sombras de la noche cubrian la tierra, reinando profundo silencio en ambos campamentos, presentóse á los centinelas atenienses un ginete y les dijo que tenia que hablar con sus generales. Fuéronse algunos á toda prisa para da[illegible] les aquel aviso, y cuando estuvieron delante del g[illegible] les habló de esta manera: «Atenienses mios; [illegible]

(1) Herod. IX, 45.

ha resuelto principiar el combate, tan pronto como la luz del dia amanezca. Estad, pues, prevenidos, y en caso de que no os embista mañana mismo, manteneos firmes, sin moveros de aquí. Yo no os diera este aviso, si no me interesara mucho por la comun salud de Grecia, que no quisiera ver reducida á la esclavitud. Si saliereis de esta guerra como deseais, acordaos que yo soy el que, al informaros de los intentos de Mardonio, he impedido que los bárbaros os cojan desprevenidos. Adios, amigos; soy Alejandro, rey de Macedonia.» Dijo y dió la vuelta al campamento persa (1).

Los estrategos atenienses se trasladaron inmediatamente al ala derecha para dar parte á Pausanias de lo que acababan de oir. Sorprendióle no poco la nueva, porque no esperaba que la decision estuviese tan próxima. El resultado de las escaramuzas habidas con los ginetes persas y la necesidad de buscar agua abundante para el ejército, le habian movido á cambiar la pri-

(1) Las diversas fuentes en que Herodoto ha bebido sus noticias, le hecen incurrir en pequeñas contradicciones: sobre la marcha de los sucesos en el campamento persa, sigue á Tersandro de Orjomenos, en tanto que la visita de Alejandro al campamento heleno, la expone con sujecion á las tradiciones de la corte macedonia. Así, despues de anunciarles la firme resolucion de Mardonio de atacar al dia siguiente, les dice que si no les embiste á la mañana siguiente, se mantengan firmes, pues sólo tiene víveres para algunos dias; y antes (c. 41) dice, por boca de Artabazo, que tiene en Tebas tan gran cantidad de trigo, municiones y forrajes, que pueden esperar allí tranquilamente el resultado de su gestion para sobornar á algunos contingentes de los griegos. Por lo demás no hay motivo alguno para poner en duda el hecho mismo del aviso dado por Alejandro á los helenos; Herodoto pudo tomar esta noticia de la tradicion macedonia y confrontarla con la tradicion Atica. Un aviso análogo les envió el mismo príncipe al paso del Tempe; y está en perfecta armonía con su actitud vacilante y ambígua respecto de los dos partidos.

mitiva disposicion de las tropas y á tomar aquellas posiciones en la esperanza de que, dándose en el llano la batalla, los atenienses sostendrian casi todo el peso de la misma, toda vez que él se encontraba al abrigo de la montaña y, hallándose más próximo á los desfiladeros del Citeron, tenia asegurada la retirada.

Pero las cosas se presentaban de muy distinta manera; Mardonio opuso á los lacedemonios sus mejores tropas, los persas, y además, ocupando los desfiladeros les habia cortado la retirada. Por más que hacia tres dias que no llegaban al ejército las acostumbradas provisiones y empezaba á dejarse sentir la escased de víveres, precursora del hambre; que Pausanias tenia noticia de los grandes convoyes que se hallaban detenidos del otro lado del desfiladero; que no ignoraba, además, que allí se encontraban igualmente los destacamentos de hoplitas eleos y mantineos, imposibilitados para unirse al grueso del ejército, en tanto que los persas ocupasen el desfiladero, el pusilánime general espartano permaneció inactivo, sin atreverse á embestir la posicion enemiga que, por hallarse aislada del ejército persa, hubiera podido conquistar facilmente, único medio de salir de situacion tan enojosa. Por su torpeza se veia obligado á aceptar el combate en una posicion sin salida, teniendo cortadas las comunicaciones con el Istmo (1).

Al verse tan comprometido, sólo pensó en rehuir la lucha con los persas, con los soldados más aguerridos de Mardonio; y sin cuidarse para nada del honor de las armas espartanas, de que las nociones más rudimentales del decoro militar, le obligaban á permanecer en el ala derecha, que tenia en frente á los medos, y de que las

(1) Herod. IX, 45. 51. 77.

fuerzas atenienses eran muy inferiores á las suyas, hizo á los estrategos que le llevaron el aviso la proposicion de que se pasaran con sus tropas al ala derecha, á fin de apostarse enfrente de los persas, cuya manera de pelear conocian, por haberse medido en Maraton con ellos. A lo que los generales atenienses replicaron, que cuando vieron á los persas enfrente de los espartanos, tuvieron intencion de indicarles lo mismo, pero no osaron hacerles la proposicion ignorando si seria de su agrado; por su parte se hallaban dispuestos á verificar el cambio. No bien apuntó el alba tomaron los atenienses las armas y, marchando á retaguardia del centro, fueron á ocupar el ala derecha.

Entretanto los persas habian empezado tambien el movimiento de avance. El cambio operado en la disposicion de las tropas griegas no pasó desapercibido para los medos, y no bien tuvo noticia de él Mardonio, adivinando que los espartanos temian medir sus armas con los persas, mandó operar en sus brigadas un cambio análogo, trasladando los persas al ala derecha y las tropas auxiliares helenas á la izquierda. En virtud de esta evolucion, se encontraba Pausanias en peor situacion que antes, puesto que ahora tenia delante á los persas y una llanura sin el abrigo que ofrecia la montaña á los que formaban en el ala derecha. Pero en cuanto advirtió la novedad, viendo que el enemigo habia descubierto su ardid, mandó que los espartanos volviesen de nuevo al ala derecha, y Mardonio, por su parte, deshizo el cambio operado anteriormente. Entonces despachó el general persa un heraldo á los espartanos con órden de retarlos al combate y decirles, que si bien los lacedemonios gozaban fama de ser la flor de la tropa griega y de no desamparar jamás su puesto, acababan de demostrar lo contrario, pues en lugar de cerrar con los persas,

huian de miedo y cedian á los atenienses el honor de abrir el combate. Mardonio les retaba á pelear cuerpo á cuerpo con los persas, en igual número, bajo la condicion de que se reputase vencedor aquel ejército, cuyos campeones saliesen triunfantes en el desafio. Nadie contestó al reto del caudillo persa.

Como quiera que sea, Mardonio lanzó toda su caballería contra los griegos, con órden de cercarlos, al propio tiempo que destacó un cuerpo de tropas persas, tomadas del ala izquierda, para que cegasen los manantiales de Gargafia. Y aunque esta operacion tenia que absorber, por precision, mucho tiempo, atendido el gran caudal de agua que suministraban los expresados manantiales; por más que era el único punto donde el ejército podia proveerse de tan necesario elemento, Pausanias no adoptó disposicion alguna para evitar aquella desgracia (1).

***

Mardonio podia estar satisfecho de las ventajas que obtenia sobre los griegos. Despues de impedirles tomar agua del Asopo durante doce dias consecutivos, de cortarles la retirada y los víveres les dejó sin agua. En realidad no hubiera sido necesario más combate para vencerlos; dentro de pocos dias se verian precisados á capitular. Sin embargo, dió orden á la caballería de continuar molestando á los griegos y de atacarlos en momentos favorables, á fin de acelerar la disolucion de su ejército.

La situacion de los griegos era desesperada cuando los estrategos se reunieron á la mañana siguiente para deliberar con Pausanias. La cobardia del caudillo aquellos cambios de posicion sin objeto y el abandono del

(1) Herod. IX, 49. Pausan. 9, 4, 3.

desfiladero y del único manantial que les surtia de agua habian hecho cundir el desaliento en las tropas. Agotados ya los víveres, empezaba á faltarles tambien el agua. A pesar de lo cual aun no se atrevió Pausanias á apelar al único medio de salvacion que le restaba: atacar resueltamente al enemigo antes que se agotasen por completo las fuerzas de sus soldados. Siguiendo su sistema de evasivas y paliativos, hizo prevalecer el acuerdo de que si Mardonio diferia para otro dia la accion, se pusiera en marcha el ejército, en la segunda vigilia, aprovechando la oscuridad de la noche para impedir que la caballería les picase la retaguardia, á fin de establecer en lugar más ventajoso el campamento, ya que en las posiciones actuales no habia medio de aprovisionar el ejército y Pausanias queria evitar á todo trance el combate. Érale, además, preciso restablecer las comunicaciones con las comarcas situadas al lado opuesto del Citeron, para abrir paso á los convoyes de víveres, objeto que creyó lograr trasladándose más allá de la línea hidrográfica de los golfos de Eubea y de Corinto; desde cuyo punto, que sólo dista un par de millas de la bahía de Creusis, podian recibirse facilmente provisiones procedentes de los golfos de Corinto y Sicyon.

A occidente de Hesiea y no lejos de la fuente Gargafia, corren algunos arroyos que bajan del Citeron y, dirigiéndose al Oeste, se reunen para formar el riachuelo de Oeroe que, separado del Asopo por una série de colinas poco elevadas, corre al Norte de Platea lamiendo la falda del mencionado Citeron, en direccion opuesta á dicho rio, atravesando terrenos pantanosos, hasta desembocar en el golfo corintio por la bahía de Creusis. Este riachuelo forma, al Nordeste de Platea, con otro arroyo procedente asimismo del Citeron y que corre más próximo á dicha poblacion, en línea paralela con

el primero, una especie de isla muy larga y estrecha que termina en su confluencia con el Oeroe (1). A esta isla se dió orden de trasladar el campamento heleno que de esta manera se alejó del Asopo para acercarse á las ruinas de Platea. El Oeroe les ponia á cubierto de las embestidas de la caballería enemiga, aunque no de sus flechas y el arroyuelo del Sur les suministraba el agua necesaria. Abrigaba Pausanias el propósito de atacar en la misma noche, con la mitad del ejército, una vez tomadas aquellas posiciones, el desfiladero de las cabezas de las encinas y desalojar á los persas, por lo ménos todo el tiempo necesario para que pudiesen atravesarle los trasportes de provisiones que se hallaban detenidos en la falda opuesta, á fin de remediar la falta de víveres. Desde su nuevo campamento esperaba tambien poder restablecer las comunicaciones con el Istmo, por el golfo de Corinto.

La resolucion de no atacar el desfiladero sino despues de ocupar las nuevas posiciones, siendo así que en las antiguas se hallaban los espartanos más próximos al mismo, pone de manifiesto la increible cobardia del general. Su primera posicion era de carácter defensivo; la segunda era ofensivo-defensiva y la que se proponia ocupar ahora era exclusivamente defensiva; daba á los persas positivas ventajas para el ataque y parecia indicar que los griegos temian medir sus armas con los asiáticos.

Pero antes de que llegasen á ocupar las nuevas posiciones, apareció la caballería enemiga. Alentados por la resistencia pasiva de los griegos embistieron los ginetes persas con más resolucion que nunca, sin que lo-

(1) Vischer, Recuerdos de Grecia, p. 548 sigs. De las aseveraciones contradictorias del mismo Herodoto, IX, 51 y 57, se deduce que la isla distaba más de 10 estadios de la fuente Gargafia.

grasen despertar la apatía de los griegos que, además de no encontrar estímulo en sus jefes, se hallaban cada vez más abatidos por la sed y el hambre. Los espartanos del ala derecha eran los ménos expuestos á la persecucion de la caballería; los atenienses contaban para rechazar sus embestidas con el eficaz apoyo de sus tiradores; pero el centro se hallaba directamente expuesto á sus ataques, y su existencia quedaba seriamente comprometida tan pronto como la lluvia de flechas disparadas por los persas y el empuje de los caballos rompiesen la cohesion de las filas de los hoplitas; por lo que éstos, advirtiendo el peligro, en cuanto llegó la noche, retrocedieron, en completo desórden, hasta más allá del Oeroe y de su afluente, escalando las alturas en que se alzaron las murallas de Platea, cuyos restos les sirvieron de abrigo. Algo más á Oriente, al rededor del templo de Juno, plantaron sus reales los hoplitas, rendidos de fatiga y de hambre. Nadie se preocupó de esperar á la segunda vigilia, segun lo acordado, para emprender la marcha hácia la isla de Oeroe, sino que cada uno obró por cuenta propia, sin miramiento al órden y á la disciplina (1).

Pausanias habia observado el movimiento del centro al pasar en retirada por su izquierda, y, creyendo que se habia adelantado á cumplimentar sus disposiciones y marchaba á ocupar la posicion designada, dió órden á sus lacedemonios de ir en seguimiento de las tropas que les precedian. Su mandato encontró inesperada oposicion; uno de los lojagos, llamado Amomfareto, hijo de Poliades, irritado al ver la pusilanimidad del jefe, de-

(1) El templo de Juno distaba segun Herodoto 20 estadíos de la fuente Gargafia, y el Centro tenia sus reales al Noroeste de la fuente y á considerable distancia de la misma. Busolt, lacedemonios, p. 452. Herod. IX. 52. 61. Pausan. 9, 2, 7.

claró que no se moveria de aquel sitio, porque no queria por su voluntad cubrir de infamia á su patria, huyendo del extranjero. No podia darse mayor desprecio de la decantada disciplina del ejército espartano; el rebelde caudillo hizo esta manifestacion á fin de obligar á Pausanias á adoptar resoluciones más enérgicas, en vista del vergonzoso papel que hacia desempeñar á los espartanos. Toda la gente que mandaba Amomfareto se puso de parte de su jefe y declaró no querer moverse de aquel sitio.

Pausanias no podia contraer la responsabilidad de abandonar á tan manifiesto peligro aquel regimiento en el que habia muchos nobles espartanos. Mandó, pues, detener la marcha, y reuniendo á los polemarjos y lojagos trató de convencer á Amomfareto que aquello era lo más conveniente para la salvacion de todos, en lo que principalmente le apoyó Euryanacte. La disputa se fué acalorando y degeneró en reñida pendencia; lanzáronse acusaciones sobre la mala direccion de las tropas y así se dejó pasar la segunda vigilia. En el momento en que Amomfareto habia agarrado con ambas manos un gran guijarro y dejándole caer á los piés de Pausanias exclamaba que con aquella chinita votaba él no querer huir de los extranjeros, llegó un enviado de los atenienses. Habíanle despachado estos á fin de que observase si los espartanos emprendian la retirada ó si era su ánimo no desamparar el puesto, y de saber de Pausanias lo que debian hacer ellos. El general lacedemonio trató á Amomfareto de mentecato y de furioso, y volviéndose al ginete ateniense, le mandó dar cuenta á los suyos del enredo en que se hallaba y suplicarles al mismo tiempo de su parte que se acercasen á sus huestes ejecutando lo que á él le vieren hacer.

Tambien los atenienses habian observado la retirada

del centro, pero no mostraron impaciencia por apartarse del enemigo; por otra parte las vacilaciones y dudas de Pausanias le habian hecho perder la confianza de los demás jefes, en particular de los atenienses, que no tuvieron reparo en ser los últimos que abandonaron el campo, despues de enviar un mensajero á cerciorarse de lo que haria Pausanias. Apenas habia emprendido la vuelta el ginete ateniense á comunicar á sus jefes la orden recibida, cambió aquel de propósito. Viendo que se acercaba el dia, que entonces volveria á la carga la caballería enemiga y que le faltaba el apoyo del centro; perdida la esperanza de vencer la resistencia de Amomfareto, á quien ni razones, ni súplicas ni amenazas hicieron mudar de pensamiento, y no creyendo el momento oportuno para emplear la fuerza, resolvió Pausanias emprender la marcha á la isla y sacrificar una parte del ejército para que no pereciese todo, sin preocuparse lo más mínimo del daño que podia causar á los atenienses que, obedeciendo sus órdenes se dirigian á la fuente Gargafia y podian ser cercados por todo el ejército enemigo. En vez de seguir el camino directo, hizo torcer á sus tropas hácia el Mediodia, á fin de no salir de la montaña (1), y despues de marchar unos diez estadios, hizo alto cerca del rio Moloeis, que desemboca en el Asopo despues de recorrer el terreno situado á occidente del camino que va de Tebas á Eleuthera; cerca del templo de Céres Eleusina, se detuvo á fin de observar lo que hacia Amomfareto. Este no creyó oportuno sacrificarse solo con su gente en aras del deber, y cuando vió que ninguno de los jefes le apoyaba y que Pausanias le dejaba solo, dió orden á sus soldados de seguir á paso lento al grueso de las tropas, alcanzándolas cerca del expresado templo.

(1) Herod. IX, 56. Plut. Aristid. 17.

Al amanecer del dia tres de Boedromio, uno de los últimos de Setiembre, se hallaba el ejército heleno dividido en tres partes: el ala derecha compuesta de espartanos y tegeatas acampaba como á media milla á oriente de Platea, cerca del templo de Céres, al abrigo de la montaña (1); el centro habia sentado sus reales junto á los muros de Platea, no lejos del templo de Juno y los atenienses, que componian el ala izquierda, formados en orden de batalla iban marchando hácia los manantiales de Gargafia. En cuanto estuvo de regreso su mensajero, emprendieron la marcha, y al pasar detrás de las colinas sobre las que habia tomado posiciones el centro, alcanzóles un enviado de Pausanias que les mandaba á decir, que hallándose junto al santuario de Céres, habia caido sobre los lacedemonios y tegeatas toda la caballería enemiga, por lo que era razon que acudiesen á socorrer el ala derecha que se veia completamente agobiada. «Tanto nosotros, añadió, como vosotros, hemos sido vendidos por los demás griegos aliados, que se han escapado durante la noche; por tanto debemos socorrernos mútuamente... Acudimos á vosotros, por saber que en esta guerra sois los que mayor celo habeis desplegado y que estais prontos á darnos gusto en lo que pedimos» (2). La caballería persa emprendió el movimiento de avance al rayar el alba y, viendo desocupado el campamento de los griegos, siguió adelante. En toda la llanura no encontró un solo soldado; ni podian los ginetes persas ver á los atenienses que entonces marchaban por el lado opuesto de la colina que antes ocupó el centro del ejército heleno. Era, pues, evidente que los griegos habian emprendido la

(1) Segun se deduce de la descripcion que hace Pausanias del lugar ocupado por el Trofeo, 9, 2, 6.

(2) Herod. IX, 60.

retirada y que probablemente tratarian de forzar el paso de las cabezas de las encinas. Esto pensaron los persas, cuya caballería se corrió en aquella direccion, con el doble objeto de contener la marcha de los fugitivos y prestar auxilio al destacamento que guarnecia el paso. Entre tanto se dió á Mardonio aviso de lo ocurrido, quien ordenó el avance inmediato de toda la infantería, no sin manifestar á los príncipes de Tesalia su admiracion de ver abandonado el campo del honor por los que se vanagloriaban de ser los primeros soldados del mundo. Mardonio comprendió la necesidad de que la infantería avanzase con toda la rapidez posible, á fin de contener á los griegos, bien sea que intentasen forzar el paso ó huir por las cimas del Citeron, antes que lograsen trasponer la montaña por cualquiera de estos dos puntos; ya que la accion de la caballería quedaba paralizada si no lograba darles alcance en el llano.

Recibido nuevo aviso de que los griegos se hallaban descansando junto al camino de Platea, como en direccion al desfiladero, cerca de un santuario, y que la caballería habia empezado ya el ataque, al punto dió orden Mardonio de que tomasen aquella direccion los persas, que formando el ala izquierda, se hallaban más próximos al lugar expresado. Mardonio pica espuelas á su caballo, de tal manera, que los soldados tienen que seguirle á la carrera; y llegado al lugar del combate, emprende sin detenerse la lucha con los guerreros de su guardia. Las tropas de la derecha y del centro: medos, bactrios, sacos é indios, fueron en su seguimiento, con gran premura, sin orden ni disciplina (1).

Tan pronto como los ginetes persas estuvieron á la debida distancia de los espartanos, empezaron á lanzar

(1) Herod. IX, 59.

flechas sobre ellos. Pausanias tuvo que sacudir su apatía y formar su gente en orden de batalla. Despachado el indicado mensaje á los atenienses, dispuso sus tropas de manera que el templo, el muro de circunvalacion y el bosque sagrado les cubriesen la espalda, al mismo tiempo que los hilotas, subidos en los árboles podian lanzar piedras sobre los persas. En tanto que su izquierda se apoyaba en el arroyo Moloeis, la derecha tocaba casi con la vía que desde las «cabezas de las encinas» conducia á Tebas y á Platea.

Sucesivamente fué llegando toda la caballería persa y tomando posiciones para impedir á los griegos la retirada; y cuando Pausanias vió cerca al mismo Mardonio en lugar de sus aliados los atenienses, cuyo auxilio aguardaba con ansiedad; cuando vió aparecer en las inmediatas alturas la infantería enemiga que tomó inmediatamente posiciones en el sitio ocupado antes por la caballería, entonces comprendió que se habian realizado de una vez todos los temores que le asaltaron la noche anterior y que ya no tenia más remedio que aceptar la batalla. Despues de tantas humillaciones para evitarlo, tenia que medir sus armas con los persas, solo, sin el apoyo de los aliados, en circunstancias altamente desfavorables, con tropas hambrientas y fatigadas, como que habian andado casi toda la noche.

Los persas clavaron en el suelo sus venablos, con los que formaron compacta empalizada que abrazaba toda la línea espartana, rodeándola como una muralla; hecho lo cual empezaron á disparar una verdadera granizada de flechas sobre el enemigo. En un principio mandó Pausanias que los hoplitas sostuvieran el ataque al abrigo de sus escudos, en tanto que su adivino Tesameno ofrecia sacrificios y observaba las entrañas de las víctimas. De esta manera sucumbieron algunos solda-

dos y muchos más fueron heridos. Pero no atreviéndose á cerrar con el enemigo, por no serle todavia favorables los augurios, volvióse Pausanias al Hereo de Platea y levantando los brazos suplicó á Juno que no le abandonase en tan apurado trance, ni permitiera que se malograsen las esperanzas de toda la Grecia (1).

En tanto que Pausanias invocaba el auxilio del númen, se levantaron los tegeatas y, cansados de dejarse asaetear, sin esperar las órdenes del general en jefe ni aguardar á que la derecha abriese el combate, se dirigieron contra los persas que se hallaban cubiertos por una muralla de escudos. Por fin empiezan á mostrarse favorables las víctimas, y Pausanias da la órden de ataque. Pronto llegaron los lacedemonios á la barrera de escudos y ballestas y empezó el combate con el arma corta y cuerpo á cuerpo. Roto aquel parapeto se trabó ruda pelea, porque los persas, armados de cortos sables, se agarraban con valor á las lanzas y escudos de sus adversarios, esforzándose por romper las primeras y desbaratar la nutrida línea de los espartanos, ya peleando cada soldado aisladamente, ya por pelotones de 10 ó más guerreros. La lucha se hizo más tenaz y encarnizada en las cercanías del templo de Céres y en su bosque sagrado (2).

El espartano Aristodemo realizó proezas de valor y osadía, metiéndose en medio de las filas enemigas. Habia estado con Leonidas en las Termópilas y, enviado con una mision por aquel caudillo, los espartanos lo

---

(1) Herod. IX, 61. La noticia de la embestida de los lidios, que introduce aquí Plutarco (Arist. 17), aunque con el preámbulo «segun dicen algunos», está tomada de la leyenda mítica de la Diana Orthia que se veneraba en Esparta. Wecklein, l. c. p. 286.

(2) Herod. IX, 62. Plut. Arist. 18.

condenaron á sufrir todos los castigos destinados á los cobardes, por suponer que pudo encontrarse de vuelta para el postrer combate. Deseando borrar esta afrenta peleó con valor rayano en temeridad, hasta que sucumbió; la misma suerte tuvieron Poseidonio, Filocyon y Amomfareto, despues de dar admirables ejemplos de arrojo. Y en general, toda la tropa de hoplitas dió muestras de valor indomable, desde el momento mismo en que se les dejó en libertad para hacer frente al enemigo, que tantas veces les habia asaeteado impunemente desde lejos. Pronto empezaron los persas á perder terreno y á retirarse. Sin ninguna armadura defensiva, perdidos los escudos, peleaban á pecho descubierto no pudiendo resistir el empuje de guerreros armados de punta en blanco. La línea de los espartanos empezó un vigoroso movimiento de avance, seguida de cerca por las masas de hilotas, que protegian los flancos y la espalda de sus señores.

Mardonio, que aquella misma mañana habia abrigado temores de que los griegos se le escapasen por las gargantas del Citeron, que á fin de evitarlo habia emprendido una marcha rápida y desordenada, alimentando la firme esperanza de aniquilar aquel pequeño ejército, vió muy luego que la batalla tomaba un giro harto desfavorable para sus huestes. Aunque el terreno era poco adecuado para que pudiese maniobrar la caballería, recibió orden de atacar á los espartanos, á fin de contener su movimiento de avance. Los ginetes sacos hicieron una espantosa carnicería en los hilotas de los flancos, pero no lograron detener á los lacedemonios; el mismo Mardonio, que con su presencia trató de reanimar el espíritu de las tropas de la izquierda, fué incapaz de evitar su movimiento de retroceso (1). Entonces

(1) Herodoto (IX, 71), habla de la elite de los ginetes sacos; pero

se puso á la cabeza de los 1.000 soldados escogidos de su guardia, que se lanzaron sobre el ala derecha de los espartanos, desde el camino que va de Tebas á las cabezas de las encinas (1). Los espartanos resistieron á pie firme el ataque. Precedíales Mardonio, que se distinguia de todos por su caballo blanco, hasta llegar á las mismas filas enemigas; sucumbieron en el choque muchos griegos, pero el espartano Ainmesto le asestó tan certera pedrada en la cabeza que le dejó sin vida en el acto. No cejaron por eso los soldados de la guardia en su propósito de rebatir á los espartanos, hasta que los últimos les hicieron retroceder con sus lanzas (2).

Libres de tan temible enemigo dirigieron sus ataques los lacedemonios contra el centro que habia recibido nuevos refuerzos. La muerte del caudillo introdujo tal confusion y tan gran desaliento en las filas enemigas, que en su precipitada y desordenada fuga arrastraron las tropas del centro á los indios que aun no habian entrado en accion. Unicamente Artabazo, que no habia

---

su accion debió limitarse á cubrir la retirada; mas como por una parte Eforo (Diod. 11, 31) asegura que en el ataque de Mardonio cayeron muchos griegos, cuyos muertos hace subir á 10.000, y segun Herodoto sólo murieron 91 hoplitas espartanos; por otra hace mencion el mismo historiador, IX, 63, del sepulcro de los hilotas, que fueron los que tuvieron en esta accion mayor número de víctimas, creemos perfectamente justificada la version que damos en el texto.

(1) Los *logádes perseôn hoi áristoi jílioi* de Herodoto (IX, 63), no pueden ser otros que los 1.000 ginetes á que alude VIII, 113, ó sea uno de los dos regimientos de ginetes que formaban su guardia (id. VII, 4. 41. 55). De la circunstancia de haber sido un espartano el que le dió la muerte y del monumento conmemorativo colocado en aquel sitio, al lado del camino de Eleuterae á Platea, se deduce el lugar en que cayó Mardonio. Pausan. 9, 2, 2.

(2) Herod. IX, 64. 71. Diod. 11, 31.

aprobado las últimas resoluciones de Mardonio, y habia seguido con más lentitud y en mejor orden el movimiento del centro, retrocedió ahora con su division y la condujo á lugar seguro.

Animado por el inesperado triunfo que acababa de obtener, persiguió Pausanias á los fugitivos con energía, mas no pudo darles alcance porque la caballería amparaba y cubria su retirada, conteniendo la marcha de los griegos. En realidad, el éxito de la jornada hubiera sido muy distinto, si hubiesen tenido los persas un caudillo que reorganizase sus huestes en las cercanías del Asopo; pero Artabazo, á quien incumbia esta operacion, en lugar de contener con su division de cuarenta mil hombres á los fugitivos, dió desde luego por perdida la jornada y, tomando con sus tropas el camino de la Focide y Tebas, marchó en derechura al Helesponto, sin duda con el propósito de tener un cuerpo de tropas bien organizadas que mantuviesen en la obediencia á las ciudades griegas de Tracia, en tanto que las masas de fugitivos se lanzaron al Asopo y trataron de hacerse fuertes detrás de las trincheras y en las torres del campamento (1). La caballería pasó de largo y se unió á la division de Artabazo. Pausanias no se detuvo hasta llegar á la empalizada, y á fin de no dar al enemigo tiempo para reflexionar y rehacerse, ordenó inmediatamente el asalto de las fortificaciones. Una granizada de flechas cayó sobre los espartanos, que no acostumbrados á esta clase de operaciones llevaban la peor parte, porque los persas hicieron tenaz resistencia.

Entre tanto llega á la division griega del centro que habia ido á acampar cerca del Hereo, no lejos de los muros de Platea, la noticia de que se estaba dando

(1) Herod. IX, 64. 71 Diodor. 11, 31.

una batalla decisiva en la que los griegos llevaban la mejor parte; oido lo cual, todos salen del campamento á fin de no perder su parte en el triunfo. La derecha de la division, compuesta de corintios y eginetas y otros contingentes ménos numerosos, tomaron la marcha por la falda del Citeron arriba, en direccion al templo de Céres; pero la izquierda, ó los megarenses y fliasios, en junto unos 4.000 hoplitas, creyendo llegar más pronto, echaron á correr por el llano con objeto de caer sobre el flanco enemigo en tropel y sin órden de batalla. Al verlos venir Asopodoro, jefe de la caballería beocia que apoyaba la retirada de la derecha del ejército persa, cargó de repente contra ellos y dejó tendidos á 600, obligando á los demás á refugiarse en el Citeron (1).

Al mismo tiempo libraban reñida batalla los atenienses contra las tropas griegas aliadas de Jerjes que formaban el ala derecha del ejército de Mardonio, por las que, segun vimos anteriormente, fueron detenidos al ir á socorrer á los espartanos. Por más que esta division de macedonios, tesalios, beocios, malios, locrenses y focios era por lo menos tres veces más numerosa que la division ática, toda vez que segun testimonios autorizados subia á 50.000 hombres (2), obtuvieron desde luego ventaja los atenienses. Unicamente los beocios opusieron larga y tenaz resistencia, aún despues que el centro, los persas, y por último, los macedonios y tesalios emprendieron la fuga. Pero entre los beocios señaláronse por su arrojo los tebanos. De suerte que los atenienses tuvieron que sostener ruda pelea, en la que dieron muestras de sin igual bravura algunos de sus guerre-

(1) Herod. IX, 69. Simonid. fragm. 107. Bergk. 2.ª Böckh, Corp. I. G. Num. 1051.

(2) Plut. Aristid. 18 y Herodoto.

ros, como los descendientes de Ayas y Sofanes de Decelea que ya se habia distinguido en Maraton y en el sitio de Egina. Por último, muertos los 300 tebanos escogidos, volvieron tambien la espalda los beocios, y huyeron en derechura á Tebas, cuya direccion habian seguido igualmente los macedonios y tesalios. Los atenienses no les siguieron más allá del Asopo, desde donde torcieron hácia el campamento atrincherado de los persas, para ayudar en el ataque á los espartanos.

Unidas las dos divisiones, dieron el asalto con mayor empeño, y aunque todavia se defendieron los persas, por fin los atenienses, con su acostumbrado arrojo, asaltaron la empalizada con sus torres y, abriendo brecha, penetraron por ella los tegeatas primeramente y luego los demás griegos, que se dirigieron ante todo al pabellon de Mardonio. Pausanias ordenó que no se diese cuartel y que se acabase con el último enemigo antes de recojer el botin; tal vez temia la embarazosa carga de tan gran número de prisioneros. A esta orden siguió una horrorosa carniceria; viéndose tantos millares de hombres encerrados en tan estrecho cercado de madera, se dejaron degollar sin resistencia. Los que lograron escapar con vida se unieron á la division de Artabazo (1).

De la situacion más desesperada que imaginarse puede, á la que los habia llevado, por una parte la ambigua política de Esparta y la cobardía de su jefe por otra, pasaron los griegos á un estado satisfactorio por una victoria tan brillante como inesperada. La causa nacional de los griegos tomó desde este momento un aspecto decididamente favorable. Pero Pausanias debia este triunfo más que á sus propios méritos á la constan-

(1) Herod. IX, 80. Diodor. 11, 32.

cia y arrojo de los atenienses; al valor de los espartanos y tegeatas, y muy particularmente á la torpeza de su adversario.

En el momento decisivo perdió Mardonio la prudente tranquilidad y el aplomo con que hasta entonces habia dirigido las operaciones de la campaña, para caer en una precipitacion y zozobra incomprensibles. Este ardor inconsiderado, su muerte, y luego la conducta de Artabazo que tuvo en completa inaccion una gran parte del ejército, habian allanado á los griegos el camino del triunfo; á estos graves yerros del enemigo se debia en primer término el triunfo de los griegos, en segundo al valor de los hoplitas de Atenas, Esparta y Tegea, y en último lugar á Pausanias quien, despues de hacer todo lo posible para llevar el ejército á su ruina, á lo ménos se mostró animoso, resuelto y acertado desde el principio al fin de la jornada.

Terminada la accion, quedáronse pasmados los griegos al ver las tiendas de los oficiales persas, ricamente adornadas de oro y plata y en ellas las camas doradas y plateadas, los divanes y muebles preciosos, con gran cantidad de tazas, vasos y fuentes de los mismos metales que yacian por el suelo ó se hallaban custodiados en los carros. Entre los carros y tiendas yacian tendidos innumerables muertos cubiertos de ricos vestidos, y engalanados con brazaletes y collares de oro y sables adornados del mismo. La multitud de camellos y bestias de carga, las ataviadas mujeres y sus doncellas, los cocineros y toda clase de sirvientes, aumentaron el asombro de los sencillos griegos. Pausanias dió orden á los hilotas de que recogiesen en un lugar toda la presa. Al ver aquella magnificencia y riqueza no pudieron ménos de preguntarse los caudillos griegos: ¿qué podia mover á unos hombres que poseian todo aquello á in-

tentar la conquista de un país tan pobre como Grecia? (1)

Los helenos no compraron demasiado caro triunfo tan brillante, ya que todos sus muertos subieron sólo á 1.360 hoplitas, á los que es preciso agregar un número seis veces mayor de heridos, por lo menos, y los hilotas, de que sucumbieron algunos miles, particularmente en la salida del bosque sagrado de Céres. De la espresada cifra, corresponden á los espartanos 91 muertos, sin contar los perioicos ó hilotas, á los tegeatas 16 y de los atenienses cayeron 52 pertenecientes á la valerosa tríbu de Ayas, siendo desconocido el número de muertos de las otras tríbus. Eforo hace subir á 10.000 el número de muertos que tuvieron los helenos, de los que, á ser exacta la cifra, corresponderian tres quintas partes á los hilotas. El número de heridos debió ser muy considerable, por cuanto una seccion importante estuvo expuesta durante varios dias á los dardos de los persas (2).

(1) Herod. IX, 82.

(2) Los datos de Herodoto, muy incompletos en este punto, arrojan solo 759 hombres; segun Plutarco los 52 atenienses corresponden sólo á la tríbu ayantida; desde luego es increible que en un combate en que sucumben los 300 guerreros escogidos de Tebas, cuyos soldados estaban animados de verdadero encono contra los atenienses, sólo muriesen 52 de estos (Herod. IX, 67). La cifra de 1.360 hoplitas que da Plutarco como bajas de la batalla es la que más se acerca á la verdad; y añadidos los hilotas se obtendrian los 10.000 muertos que da Eforo. Por lo demás, fuerza es convenir con Plutarco que en los combates parciales de los dias anteriores tuvieron bajas todos los contingentes, tal vez con la única excepcion de los eginetas. Los griegos exajeran hasta lo increible las pérdidas de los persas; variando sus cálculos desde 100.000 bajas que les da Eforo hasta la destruccion completa de su ejército, del que segun Herodoto sólo se salvan 3.000 hombres, además de la division de Artabazo.

Pausanias no continuó la persecucion del ejército enemigo; por lo que los griegos aliados pudieron llegar tranquilamente á sus cantones y Artabazo alcanzó, sin ser molestado, la costa de Tracia, habiéndosele unido en dicho trayecto numerosos grupos de fugitivos y toda la caballería (1). En las mismas ruinas de Platea, en la que habia sido plaza pública, celebró Pausanias el sacrificio de accion de gracias á Júpiter por el triunfo que á un mismo tiempo habia salvado ejército y patria. El oráculo délfico mandó que se celebrase con fuego puro, y como estuviesen contaminados los fuegos sagrados de los altares de Beocia por la presencia del bárbaro, hubo de ofrecerse el plateense Eujidas á llevar allí fuego de Delfos en un plazo muy breve. Un solo dia empleó en la ida y vuelta, pero al llegar al lugar del sacrificio cayó muerto. Lo cierto es que sus compatriotas le enterraron en el templo de la Diana Euclea, donde erigieron un monumento á su memoria (2).

Una vez celebrado el sacrificio, Pausanias, á nombre y por encargo de los griegos aliados para aquella guerra, entregó á los plateenses su ciudad para que la repoblasen, juntamente con su comarca, y viviesen allí independientes, diciéndoles: «si alguno os hace injustamente la guerra ó se os amenaza con la servidumbre, los aliados saldrán á vuestra defensa, cada uno segun sus fuerzas» (3). Era esta una garantía solemne y segura que ponia la independencia de los plateenses á

---

(1) No es siquiera posible que Artabazo se adelantase á la noticia de la derrota, como pretende Herodoto.

(2) Plut. Aristid. 20. Segun la inscripcion que da Plutarco hizo el viaje de vuelta en un dia; pero este escritor incluye tambien en ese tiempo la ida, lo que es absolutamente imposible, toda vez que Delfos dista de Platea doce millas.

(3) Tucid. 2, 71. 72. 74. 3, 68. Plut. Arit. 21.

cubierto de la ambicion tebana; al mismo tiempo que un honroso testimonio de la abnegacion y del valor que sus habitantes habian desplegado luchando por la patria helena; era como una consagracion de aquel suelo, sobre el que se habia roto el poderío de Jerjes y en el que iban á recibir sepultura los héroes que allí habian sucumbido defendiendo la libertad de Grecia. A propuesta de Arístides se acordó además que, en memoria de la victoria se ofreciese en Platea cada cuatro años, un sacrificio á Júpiter Libertador y se celebrasen juegos y certámenes, que recordasen tan importante acontecimiento; de aquí nacieron las eleutherias. Los plateenses quedaron encargados de ofrecer los sacrificios funerarios por los que sucumbieron en la batalla. Hay quien supone, fundado en el testimonio de Plutarco y Diodoro (1) que se tomó asimismo el acuerdo de celebrar todos los años un congreso de representantes de los aliados, para discutir los medios más adecuados á fin de continuar la guerra y que los mismos cantones aliados se comprometieron á sostener, con ese objeto, 10.000 hoplitas, 1.000 ginetes y 100 triereos, hechos que no juzgamos suficientemente probados, á pesar de los argumentos que en su favor ha presentado un escritor de justo renombre (2).

FIN DEL TOMO XI.

(1) Tucid. 3, 50. Plut. l. c. Diodor. 11. 55.

(2) Busolt, Los lacedemonios, p. 465 sigs.

INDICE

I.

La expedicion de Mardonio.

II.

La batalla de Maraton.

Páginas.

III.

LA EXPEDICION DE MILCIADES.

IV.

LA EXPEDICION DE CLEOMENES.

V.

ARISTIDES Y TEMÍSTOCLES.

VI.

ARMAMENTO Y MARCHA DE JERJES.

VII.

Los medios de defensa de los griegos.

VIII.

La batalla de Artemisio.

XI.

RETIRADA DE JERJES.

XII.

NEGOCIACIONES Y COMPONENDAS.

Páginas.

XIII.

La batalla de Platea.

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA MISMA LIBRERIA.

Museo Español de Antigüedades bajo la direccion del Dr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, con la colaboracion de los primeros escritores y artistas de España, van publicados diez tomos y parte del 11, en gran fólio. al precio de 200 pesetas, cada uno.

Esta publicacion, impresa á todo lujo, con magnífico papel, se encuentra adornada con multitud de láminas, que representan los objetos más antiguos de España, y por consiguiente es de suma utilidad, haciéndose necesaria á toda biblioteca y aficionados á este género, por ser la obra única en su clase.

Historia universal, por César Cantú, traducida del italiano conforme á la última edicion de Turin, ilustrada con láminas, retratos y mapas, nueva edicion. Paris 1883, 10 tomos en fólio, tela, con planchas, 180 pts.

Historia antigua, publicada bajo la direccion de V. Duruy, por J. J. Guillemin, traducida por D. Mariano Urrabieta. París 1880, un tomo en 8.°, tela, con grabados, 6 pts.

Historia (Compendio de la) antigua hasta los tiempos de Augusto, por D. Manuel Silvela. Madrid 1843, 2 tomos en 4.°, chagrin, cortes dorados, 10 pts.

Historia bibliográfica de la medicina española, obra póstuma de D. Antonio Hernandez Morejon. Madrid 1842, 7 tomos en 8.° mayor, holandesa, 30 pts.

Historia civil, política y religiosa de Pío VI, escrita con arreglo á memorias autènticas por un francés católico romano y traducida al castellano, por el licenciado por D. Antonio García Bermejo. Madrid 1814, 2 tomos en 8.°, pasta, 4,50 pts.

Historia constitucional de Inglaterra desde el advenimiento de Jorje III, (1760-1871), por Sir Thomas Erskine May, vertida al castellano, por D. Juan de Izaguirre. Madrid 1884, van publicados 5 tomos á 3 pts.

Historia criminal del gobierno inglés desde los primeros asesinatos de la Irlanda, hasta el envenenamiento de los chinos, por

Mr. Elías Regnault. Madrid 1841, un tomo en 8.°, pasta, 5 pesetas.

Historia de América desde el principio y descubrimiento hasta el estado actual del territorio, por M. Anquetil, traducida por don M. C. de L. M. Madrid 1840, un tomo en 8.°, pasta, 4 pts.

Historia universal, por César Cantú, traducida directamente del italiano de la sétima edicion de Turin y anotada, por D. Nemesio Fernandez Cuesta. Madrid, 10 tomos en fólio, pasta, con láminas, retratos y mapas, 128 pts.

Historia de Bélgica y Holanda, por M. Van Kasselt, traducida por una sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 6 pesetas.

Historia de Búrgos (Compendio de la), por Antonio Buitrago y Romero. Búrgos 1882, en 4.°, 6 pts.

Historia de cien años 1750-1850, escrita en italiano, por César Cantú. Madrid 1852, un tomo en 4.° mayor, 8 pts.

Historia de Dinamarca, por M. J. B. Eyries, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, pasta, 4,50 pts.

Historia de España compendiada desde sus orígines hasta nuestros dias en cien lecciones, por el Ilustrísimo Sr. D. José Pulido y Espinosa. Madrid 1886, un tomo en 4.°, 10 pts.

Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente, por Cárlos Romey y traducida por A. Bergnes de las Casas. Barcelona 1839, 4 tomos en 4.°, holandesa, ilustrados con láminas, 35 pesetas.

Historia de España desde los tiempos más remotos hasta el año 1840 inclusive, por una sociedad liberaria. Un tomo en 4.°, láminas, holandesa, 7 pts.

Historia de España (Compendio de la) ó guía del mapa simbólico para el nuevo método de estudiar la historia, escrito en francés, por doña Adela Costes, traducido por D. Luis Bordas. Barcelona 1842, un tomo en 8.° mayor, cartoné, 2,50 pts.

Historia de España (Elementos de), por D. José España Lledó. Granada 1881, un tomo en 8.°, holandesa, 8 pts.

Historia de España (Tratado de), por D. José Baena Ibañez. Zaragoza 1881, un tomo en 4.°, 6 pts.

Historia de Francia, por D. Jacinto Salas y Quiroga. Madrid 1846, 2 tomos en 8.°, holandesa, 5 pts.

Historia de Granada y sus contornos desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, su arqueología y descripcion circunstanciada de cuanto digno de admiracion se encuentra en ella, por José Francisco de Lúque. Granada, un tomo en 8.°, pasta, 5 pesetas.

Historia de Inglaterra, por M. M. Leon Galibert y Clemente Pellá,

traducido por una Sociedad literaria. 4 tomos. en 4.°, holandesa, láminas, 20 pts.

Historia de Inglaterra, por Oliverio Goldsmith, vertida al castellano por D. Angel Fernandez de los Rios. Madrid 1846, 4 tomos en 4.°, pasta, 25 pts.

Historia de Inglaterra por Oliverio Goldsmith, continuada por Ch. Coote. Madrid 1853, un tomo en 4.° mayor, ilustrado con grabados, pasta, 12,50 pts.

Historia de Jesucristo, sus hechos admirables, su predicacion y su doctrina, por D. Emilio Moreno Cebada. Madrid 1862, 2 tomos en 8.° mayor, holandesa, 6 pts.

Historia de Leon XIII escrita sobre el pensamiento de la que ha publicado en francés el Abate Vidien, por D. Leandro Herrero. Madrid 1879, un tomo en 8:° mayor, 3 pts.

Historia de Méjico, por M. de Laaenaudiére, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 6 pts.

Historia de Monseñor Beltran Du Guesclin, que contiene las guerras, batallas y conquistas hecha á los ingleses, españoles y otros, durante los reinados de los reyes Juan y Cárlos V de Francia, por Monseñor Juan de Estanteville, traduc ion de D. Pedro A. Berenguer. Madrid 1883, un tomo en 8.°, 1 pt.

Historia de Nuestro Señor Jesucristo y de su siglo, por el conde F. L. de Stolberg, traducida del aleman por el presbítero Jager. Madrid 1844, 2 tomos en un volúmen, pasta, 5,50 pts.

Historia de Polivio Megalopolitano, traducida del griego por don Ambrosio Rui Bamba. Madrid 1789, 2 tomos en 8.° mayor, 12 pesetas.

Historia de Portugal, por M. Fernando Donis. traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 4,50 pts.

Historia de Ruiz Zorrilla (D. Manuel), dedicada á los españoles, por D. E. M. R. Madrid 1885, un tomo en 8.°, 1 pt.

Historia de Sibila, por Octavio Feuillet, traduccion de F. Norberto Castilla. Madrid 1882, un tomo en 8.°, 3 pts.

Historia de Suecia y Noruega, por J. Le-Bas, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 5 pts.

Historia de un corazon, por Emilio Castelar. Madrid 1874, 2 tomos en 8.°, holandesa, 6 pts.

Historia de una venganza, por M. Fernandez y Gonzalez. Madrid 1863, un tomo en 8.°, 2 pts.

Historia del antiguo y del nuevo Testamento, traducida de la última edicion francesa. Madrid 1855, un tomo en 4.°, holandesa, 15 pesetas.

Historia del año 1884, por Emilio Castelar. Madrid 1885, un tomo en 8.° mayor, francés, 4 pts.

Historia del cardenal D. Francisco Ximenez de Cisneros, por el Ilustrísimo Sr. Esprit Flechier, traducida por Miguel Franco de Villalva. Madrid 1773, un tomo en 4.°, holandesa, 5 pts.

Historia del conflicto de las Carolinas. Prueba del derecho de soberanía que sobre ellas posee España y demostracion de la trascendencia que tiene la mediacion del Papa, por Enrique Taviel de Andrade. Madrid 1886, en 4.°, 8 pts.

Historia del Comunismo ó refutacion histórica de las utopias socialistas, por M. Alfredo Sudre, traducido por D. Angel Maria Terradillo. Un tomo en 4.°, 2 pts.

Historia del Derecho y de su desenvolvimiento en España, por el Dr. D. Clemente Fernandez Elías. Madrid 1877, un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Historia (Elementos de la) del Derecho Romano, por D. José Muñoz Maldonado. Madrid 1847, un tomo en 8.° mayor, 2,50 pts,

Historia del descubrimiento y conquista de América, por Campe, traducida por D. Francisco Fernandez Villabrille. Madrid 1845, un tomo en 4.°, pasta, 6 pts.

Historia del Egipto desde la conquista de los árabes hasta la espedicion francesa, por M. M. Marcel, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 4,50 pts.

Historia del emperador Cárlos V, insiguiendo la de Robertson, traducida por P. D. A. T. Barcelona 1846, un tomo en 8.°, pasta, 3,50 pesetas.

Historia del perro Paco, juzgado por la opinion pública, escrita por D. Blás Jocen. Sevilla 1882, un tomo en 8 ° mayor, 1,50 pts.

Histcia del porvenir sobre el Imperio del gran Monarca y triunfos de la Iglesia Católica hasta el fin del mundo, segun las profecías más célebres antiguas y modernas, por D. J. Lascoé M. Lérida 1869, un tomo en 8.°, 3 pts.

Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, por Guillermo H. Prescott, traducida por D. Atilano Calvo Iturburo. Madrid 1855, un tomo en 4.° mayor, 4,50 pts.

Historia del sagrado cuerpo del glorioso patriarcha San Juan de Matha, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, Redempcion de Cautivos, dispuesta por el P. Fr. T. Lúcas de la Purificacion. Un tomo en 8.° mayor, pergamino, 3 pts.

Historia del santuario y romería de Nuestra Señora la Virgen de la Alegria, por D. Pedro Pardo de la Casta. Madrid 1876, un tomo en 4.°, 4 pts.

Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596, escrita por Fr. Pedro de Abreu. Cádiz 1866, un tomo en 4.°, con láminas, 6 pesetas.

Historia (Apuntes para la) del segundo Imperio Mejicano, por don

Francisco de Paula de Arrangoiz. Madrid 1869, un tomo en 8.°, 6,50 pts.

Historia de la Alemania, por Mr. Ph. Le Bas, traducida por una Sociedad litararia. 2 tomos en 4.°, holandesa, láminas, 10 pts.

Historia de la Arábia, por Mr. Noel des Vergers. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 5 pts.

Historia de la Armenía, por Eugenio Boré, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 4,50 pts.

Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y monumentos, por D. Antonio Martin Gamero. Toledo 1862, un tomo en 4.° mayor, pasta, 20 pts.

Historia de la civilizacion europea ó curso de historia moderna desde la caida del Imperio Romano hasta la Revolucion francesa, por M. Guizot. Barcelona 1839, un tomo en 4.°, pasta, 7,50 pts.

— La misma. Barcelona 1849, en 8.°, pasta, 4,50 pts.

— La misma. Madrid 1846, en 12.°, holandesa 3 pts.

Historia (La) de la civilizacion y la ciencia de la Naturaleza, por M. Du Bois Reymond. Madrid 1870, un tomo en 8.°, 1 pt.

Historia de la dominacion de los Arabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas, por el Dr. D. José Antonio Conde Madrid 1874, un tomo en 4.° mayor, 2 pts.

Historia de la Edad Media (Compendio de la), por V. Duruy. París 1882, un tomo en 8.°, con grabados, cartone, 1,75 pts.

Historia de la evolucion del sentido de los colores, por Hugo Magnus. Madrid 1881, un tomo en 8.°, 1,50 pts.

Historia de la edad moderna. Madrid 1885, un tomo en 8.°, pasta, 2,50 pts.

Historia (Ensayo sobre la) de la farmacia, por D. Quintin Chiarlone y D. Cárlos Mallaina. Madrid 1847, un tomo en 4.°, pasta, 12 pts.

Historia de la filosofía griega. Escuelas anteriores á Sócrates, por Ricardo Beltran y Rózpide. Madrid, un tomo en 8.°, 2 pts.

Historia de la Francia, por Mr. Ph. Le Bas, traducida por una Sociedad literaria 4 tomos en 4.°, holandesa, láminas 15 pts.

Historia de la guerra de España en el Pacífico, por D. Pedro de Novo y Colson, edicion económica. Madrid 1882, un tomo en 4.°, 30 pts.

— La misma, edicion de lujo, 40 pts.

Historia de la guerra de treinta años, traducida por D. M. A. Quadrado Madrid 1876, un tomo en 4.°, 4 pts.

Historia de la India, por M. A. D. de Janciguy, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, 7 pts.

Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla, antor Diego de Colmenares. Segovia 1846, 4 tomos en 2 volúmenes, pasta, 15 pts.

Historia de la Italia, por M. Artaud, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 5 pts.

Historia de la literatura latina, por el Dr. Juan Félix Baehr, vertida al castellano de la 3.ª edicion germánica, por el Dr. D. Francisco María Rivero. Un tomo en 4.°, 8 pts.

Historia de la matrícula de Mar y exámen de varios sistemas de reclutamiento marítimo, por D. F. Javier de Salas. Madrid 1879, un tomo en 4.°, holandesa, 5,50 pts.

Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, desde su más remota antiguedad hasta la muerte de Fernando VII, por el doctor D. Matías Sangrador Vítores. Valladolid 1851, 2 tomos en 4.°, holandesa, 20 pts.

Historia (Ensayo de la) de la nobleza de los vascongados; para servir de introduccion á la historia general de estos pueblos, escrito en frances y traducido, por D. José Gironda. San Sebastiau 1858, un tomo en 8.°, 3 pts.

Historia de la Oceanía ó quinta parte del mundo, por M. L. D. de Rienzi, traducida por una Sociedad literaria. 4 tomos en 4.°, holandesa, láminas, 20 pts.

Historia de la Pérsia, por Mr. Luis Dubeux, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 5 pts.

Historia de la pintura en España, por D. Francisco Pí y Margall. Madrid 1851, tomo 1.°, en holandesa, 22 pts.

Historia de la Plaza de Toros de Madrid, por un aficionado. Un tomo en 8.° mayor, 1 pt.

Historia de la Polonia, por Mr. Cárlos Fartter, traducida por una sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 5 pts.

Historia de la Propiedad candominical de una finca rústica, conforme al resultado de sentencias antiquísimas, documentos públicos y fallos judiciales de fechas recientes. Madrid 1881, un folleto, 1,50 pts.

Historia de la Religion, por un Sacerdote de las Escuelas Pías de Castilla. Madrid 1859, un tomo en 8.°, holandesa, 4 pts.

Historia de la Revolucion de Setiembre, sus causas, sus personajes, sus doctrinas, sus episodios y sus resultados, por Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell é ilustrada con láminas. Barcelona 1875, 2 tomos en 4.°, holandesa, 15 pts.

Historia (Memorias para la) de la Revolucion de Centro-América, por un Guatemalteco (el Sr. D. Manuel Montufar. Guatemala 1853, un tomo en 4.°, 3 pts.

Historia de la Rusia, por Mr. Chopin, traducida por los Editores del Guardia Nacional. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas 5 pesetas.

Historia (Nueva) de la Santísima Vírgen Maria, Madre de Dios y

Señora nuestra, por D. Emilio Moreno Cebada. Madrid 1862, 2 tomos en 4.°, con láminas, pasta, 12 pts.

Historia de la sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos ó influencia del cristianismo en la familia, por J. Gaume, traducida por J. M. y F. seguida de la obra: La Religion y la Libertad considerada en sus mútuas relaciones, por M. L. E. Bautain. Barcelona 1855, 2 tomos en 8.° mayor, 6 pts.

Historia de la Suiza y Tirol, por Mr. de Golbery, traducida por los Editores del Guardia Nacional. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 6 pts.

Historia de la Tartaria, por Mr. Luis Dubeux y Mr. V. Valmont, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 4 pts.

Historia de la Tierra Santa, por D. M. R. S. Madrid 1853, un tomo en 4.° mayor, 12,50 pts.

Historia de la Turquia, por M. José Maria Jouanin y por Julio Van Gaber, traducida al castellano por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 6 pts.

Historia de la Turquia, por A. de Lamartine, con láminas. Paris 1855, 8 tomos en 8.°, pasta, 45 pts.

Historia de la Universidad de Oviedo y noticias de los establecimientos de enseñanza de su distrito, por el Dr. D. Fermin Canella Segades. Oviedo 1873, un tomo en 4.°, 6 pts.

Historia de la vida del Buscon, por D. Francisco de Quevedo. Un cuaderno, con grabados, 0,50 pt.

Historia de la villa y corte de Madrid, por D. José Amador de los Rios, D. Juan de Dios de la Rada y Delgada y D. Cayetano Rosell. Madrid 1874, 4 tomos fólio, con láminas al cromo, acero, cobre y litografía, 150 pts.

Historia de la Vírgen María. Instrucciones familiares dedicadas á las niñas, por doña Isabel Chaix Martinez. Sevilla 1873, un tomo en 8.°, 2 pts.

Historia de las ciudades anseáticas, por M. Roux de Rochelle, traducida por una Sociedad literaria, un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 4,50 pts.

Historia (Memorias para la) de las Constituciones Españolas. Memoria primera sobre la constitucion gótico española, por D. Juan Sampere. París 1820, un tomo en 4.°, 2,50 pts.

Historia de las Cruzadas escrita, por M. Michaud, traducida por G. Amado Larrosa. Madrid 1855, un tomo en fólio, holandesa, 20 pts.

Historia de las Germanias de Valencia y breve reseña del levantamiento republicano de 1869, por Manuel Fernandez Herrero, con un prólogo de Roque Bárcia. Madrid 1870, un tomo en 8.° mayor, holandesa, 2,50 pts.

Historia de las ideas estéticas en España, por el Dr. D. Marcelino Menendez y Pelayo. Madrid 1883-84, 3 tomos en 8.°, 13 pesetas.

Historia de las islas Madagascar, Borbon y Mauricio, por Mr. V. Charlier, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 6 pts.

Historia de las sociedades secretas, antiguas y modernas, por Pedro Zaccone, traducida del francés por D. Esteban Fernandez y Fernandez. Madrid 1880, 2 tomos en 4.° mayor, con láminas, pasta, 25 pts.

Historia de las variaciones de las iglesias protestantes y Exposicion de la doctrina de la iglesia católica sobre los puntos de controversia, por el Ilustrísimo Sr. Jacobo Benigno Bossuet, traducidas por D. Miguel Joseph Fernandez. Madrid 1765, 5 tomos en 4.°, pasta, 30 pts.

Historia de los conflictos entre la religion y la ciencia, por Juan Guillermo Draper, traduccion por Augusto T. Arcimis. Madrid 1886, un tomo en 8.° mayor, 4 pts.

Historia de los diez años de la administracion de D. Manuel Montt, por B. Vicuña Mackenna. Santiago de Chile 1862, 5 tomos en 4.°, 37,50 pts.

Historia de los Estados-Unidos de America, por Mr. Roux de Rochelle, traducida por una Sociedad literaria. Un tomo en 4.°, holandesa, láminas, 5 pts.

Historia de los progresos del entendimiento humano en las ciencias exáctas y en las artes que dependen de ellas á saber: La Aritmética, Algebra, Geometría, Astronomía, Gnomónica, Cronología, Navegacion, Optica, Maquinaria, Hidráulica, Acústica, Música, Geografía, Arquitectura civil, Arquitectura militar y Arquitectura naval. Con un compendio de la vida de los autores más célebres que han escrito sobre estas ciencias compuesta en francés, por monsieur Saverien, traducida por D. Manuel Rubin de Celis. Madrid 1775, un tomo en 4.° menor, pasta, 6 pts.

Historia de los riegos de Lorca de los rios Castril y Guazdal ó del canal de Múrcia y de los Ojos de Archivel, por D. J. Muso y Fantes. Múrcia 1847, un tomo en 8.° mayor, holandesa, 4 pts.

Historia (verdadera) de los sucesos de la conquista de la Nueva-España, por el capitan Bernal Diaz del Castillo. Madrid 1863, 3 tomos en 8.°, holandesa, 6 pts.

Historia de los voluntarios cubanos, hechos más notables en que ha tomado parte aquel benemérito, fines de su creacion, refutacion de los cargos dirigidos al mismo y apuntes biográficos de sus principales jefes, por D. José Joaquin Ribó. Madrid 1876, 2 tomos en fólio, 25 pts.

Historia filosófica de la Revolucion Española de 1868, por Cárlos Rubio. Madrid 1869, 2 tomos en 4.°, con láminas, 18,75 pts.

Historia general de Inglaterra desde los tiempos más remotos, por David Hume continuada hasta nuestros dias por Smollet, vertida al español por D. Vicente Ortiz de la Puebla. 2 tomos en 4.° mayor, 29 pts.

Historia de los Códigos Españoles (Estudios de ampliacion de la) y de sus instituciones sociales, civiles y políticas, por el Dr. don Domingo Ramon de Morató. Vallodolid 1871, un tomo en 4.°, pasta, 10 pts.

Historia general, por Manuel Sales y Ferré. Madrid 1884, un tomo en 8.° mayor, 7 pts.

Historia general (Compendio de), por D. Antonio Alix. Valencia 1848, un tomo en 4.°, 5 pts.

Historia general (Resúmen de), por D. Fernando de Castro. Madrid 1878, un tomo en 8.° mayor, tela, 5 pts.

Historia general de Alemania desde la antigüedad hasta nuestros dias, por Ortiz y Lebas, ricamente ilustrada por los eminentes artistas Neuville Phílipoteax y Planas. Barcelona 1877, 3 tomos, fólio, 30 pts.

Historia general de los Desinfectantes, por Joaquin Olmedilla y Puig. Madrid, un tomo en 8.°, 2 pts.

Historia general de España y sus colonias desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias, por D. Esteban Hernandez y Fernandez, Ilustrada con gran número de láminas. Madrid 1878, 2 tomos en 4.°, pasta, 11,50 pts.

Historia general de España, compuesta, enmendada y añadida por el padre Mariana, con la continuacion de Miniana, adornada con 250 láminas. Madrid 1852, 3 tomos en 4.°, pasta, 26 pts.

Historia general de España (Compendio de la), por D. Miguel de Cervilla y Soler. Madrid 1880, un tomo en 4.°, holandesa, 6 pesetas.

Historia griega escrita en francés, por V. Duruy, traducida por D. Mariano Urrabieta, edicion ilustrada, con 4 mapas y 18 grabados Paris 1882, un tomo en 8.° mayor, tela, 6 pts.

Historia griega (Compendio de), por V. Duruy, version española, por D. Mariano Urrabieta edicion ilustrada con grabados y mapas. París 1885, un tomo en 8.° mayor, cartoné, 1,75 pts.

Historia jurídica del patrimonio real, por D. Fernando Cos-Gayon. Madrid 1881, un tomo en 4.°, 8 pts.

Historia literaria del antiguo testamento, por Th. Nöldeke, version castellana de Enrique Rouget. Un tomo en 8.°, 5 pts.

Historia militar de Europa (Compendie de la), por D. Miguel de Cervilla y Soler. Madrid 1878, un tomo en 4.°, 7 pts.

Historia militar y política de D. Ramon María Narvaez. Madrid 1849, un tomo en 4.º mayor, holandesa, 7,50 pts.

Historia monumental del heróico Rey Pelayo, y sucesores en el trono cristiano de Astúrias, ilustrada, analizada y documentada, por D. José María Escandon. Madrid 1862, un tomo en 4.º, pasta, 6 pts.

Historia natural, por J. Langlebert. traducida por D. A. de Linares. París 1883, un tomo en 8.º mayor, tela, con grabados en el texto, 6 pts.

Historia natural del género humano, aumentada y refundida con láminas, por J. J. Virey, puesta en castellano, por D. Antonio Bergnes de las Casas. Barcelona 1835, 2 tomos en 4.º, pasta, 10 pesetas.

Historia natural del hombre, por Quatrefages, traducida por Alejo García y Moreno Primer cuaderno: Unidad de la especie humana. Madrid 1874, un cuaderno en 8.º, 1 pt.

Historia natural de las Drogas simples, por N. I. B. G. Guibourt, traducido por D. Ramon Ruiz. Madrid 1852, 4 tomos en dos, holandesa, 30 pts.

Historia ó elogios de las mujeres insignes de que trata la sagrada escritura en el viejo testamento: antretexida con los sucesos más memorables de los patriarcás, profetas, reyes y varones ilustres de sus tiempos, su autor el Dr. D. Martin Carrillo. Madrid 1783, un tomo en 4.º, pasta, 5 pts.

Historia ó pintura del carácter, costumbres y talento de las mujeres en los diferentes siglos. Un tomo en 8.º, holandesa, 1,50 pesetas.

Historia política y literaria de los Trovadores, por D. Víctor Balaguer. Madrid 1878, 6 tomos en 4.º, 47,50 pts.

Historia (La) por la Aritmética, Problemas sencillos con datos de la antiguedad clásica. Madrid 1882, un tomo en 8.º mayor, 1,50 pesetas.

Historia razonada y compendiada de la religion, antes de la venida del Salvador, por Cárlos Francisco Lhomond. Madrid 1868, un tomo en 8.º mayor, pasta, 4,25 pts.

Historia romana hasta la invasion de los Bárbaros, por V. Duruy, traducida por D. Mariano Urrabieta, Edicion ilustrada con 2 mapas y 52 grabados. París 1883, un tomo en 8.º mayor, tela, 6 pesetas.

Historia romana (Compendio de), por V. Duruy. París 1883, un tomo en 8.º, con grabados. cartoné, 1,75 pts.

Historia romana (Compendio de) hasta los tiempos de Augusto, por D. Manuel Silvela. París 1830, un tomo en 4.º, pasta, 7,50 pesetas.

Historia, tradiciones y leyendas de las imágenes de la Vírgen apa recidas en España, escritas por el Excelentísimo señor conde de Fabraquer. 3 tomos en 4.°, 102 pts.

Historia universal (Brevísimo compendio de), por Nicolás Salmeron y Federico de Castro, Edad antigua. Madrid 1863, un tomo, en 8.°, mayor, 2 pts.

Historia universal (Compendio de), por D. Policarpo Mingote y Tarazona. Leon 1880, un tomo en 8.° mayor, 5 pts.

Historia universal (Compendio de), por César Cantú. Un tomo en 8.° mayor, tela, 7,50 pts.

Historia universal (Compendio de), por D. Juan de Leon y Valero. Madrid 1853, un tomo en 8.°, 2,50 pts.

Historia universal (Compendio de), por D. José Espñña Lledó. Castellon 1880, un tomo en 8.° mayor, holandesa, 8 pts.

Historia universal (Compendio de) y particular de España, por don Nicolás María Serrano. Madrid 1875, un tomo en 8.° mayor, 5 pesetas.

Historia universal (Ensayo de), por R. Machiandiarena. San Sebastian 1883, en 4.°, 6 pts.

Historia universal (Epítome-programa de), por D. Joaquin Rubió y Ors. Barcelona 1873, 2 tomos en 8.°, pasta, 13 pts.

Historia universal (Nociones de), por D. Manuel de Góngora y Martinez. Granada 1880, un tomo en 4.°, 7,50 pts.

Historia universal de la Iglesia, por Juan Alzog, traducida por D. Francisco Puig y Esteve. Barcelona 1856, 4 tomos en 4.°, pasta, 11 pts.

Historia universal desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por D. Salvador Costanzo. Madrid 1853, 4 tomos en 4.°, holandesa, 25 pts.

Historia universal para niños, por Luis Felipe Mantilla. Nueva edicion adornada con 215 grabados y mapas y considerablemente aumentaba, por Nicolás Estébanez. París 1885, un tomo en 8.° mayor, cartoné, 6,50 pts.

Historia, vicisitudes y política tradicional de España, respecto de sus posesiones en las costas de Africa, desde la monarquía gótica y en los tiempos posteriores á la restauracion hasta el último siglo. Memoria escrita, por D. Leon Galindo y de Vera. Madrid 1884, en 4.° mayor, 10 pts.

Historia y arte militar (apuntes para un libro de) por D. Cándido Varona y Olarte. Madrid 1870, un tomo en 4.°, 6 pts.

Historia y descripcion de la ciudad y departamento del Ferrol, por D. José Montero y Aróstegui. Nadrid 1859, un tomo en 4.°, holandesa, 8,50 pts.

Historia y descripcion general de los intereses de comercio de to-

das las naciones de Europa, en las cuatro partes del mundo, traducida del francés por D. Domingo de Marcoleta, Caballero de la Orden de Santiago. Madrid 1774, 4 tomos en 4.°, pasta, 10 pts.

Historia y juicio crítico de la escuela poética Sevillana en los siglos XVIII y XIX, memoria escrita por D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles. Madrid 1876, un tomo en 4.°, 6 pts.

Historia y tragedia de los Templarios, por D. Santiago Lopez. Madrid 1813, un tomo en 4.°, pasta, 4 pts.

Año cristiano ó ejercicios devotos para todos los dias del año, por el P. Juan Croisset, traducido al castellano por el P. José Francisco de Isla. Madrid 1852, 5 tomos en 4.°, con infinidad de láminas, 46 pts.

Apologia de la leyenda Vascongada, ó ensayo crítico filosófico de su perfeccion y antigüedad sobre todas las que se conocen, por D. Pablo Pedro de Astarloa. Madrid 1803, 4.°, pasta, 8 pts.

Agricultura general, que trata de la labranza del campo y sus particularidades: crianza de animales etc., etc., por Alonso de Herrera. Madrid 1790, fólio, pasta, 10 pts.

Diccionario de la administracion española, compilacion de la novísima legislacion de España peninsular y ultramarina, por don Marcelo Martinez Alcubilla. Cuarta edicion. Van publicadados 4 tomos, cada uno, 12 pts.

Se admiten suscriciones y se remiten á provincias anticipando el importe, más una peseta para franqueo y certificado.

Estado (El) sin Dios, por Augusto Nicolás, traducido al castellano por D. José Vicente y Caravantes. Madrid 1885, 8.° mayor, 2 pesetas.

Ingenioso (El) Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra, nueva edicion corregida, por la Real Academia Española. Madrid 1780, 4 tomos, en fólio, pasta, con hermosas láminas, 150 pts.

Los tres reinos de la naturaleza. Museo pintoresco de Historia natural. Descripcion completa de los animales, vegetales y minerales útiles y agradables, su forma, instinto, costumbres, virtudes ó aplicaciones, etc., etc., etc., obra arreglada sobre los trabajos de Buffon y otros. Madrid 1856, 9 tomos en fólio, con infinidad de láminas, en colores, 150 pts.

Obras de D. Manuel Breton de los Herreros de la Real Academia Española. Madrid 1850, 5 tomos en 4.° mayor, pasta, 60 pesetas.

Obras de D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, ordenadas y precedidas de una noticia biográfica, por Davino Tejado. Madrid 1854, 5 tomos en 4.° mayor, holandesa, con retrato, agotada, 100 pts.